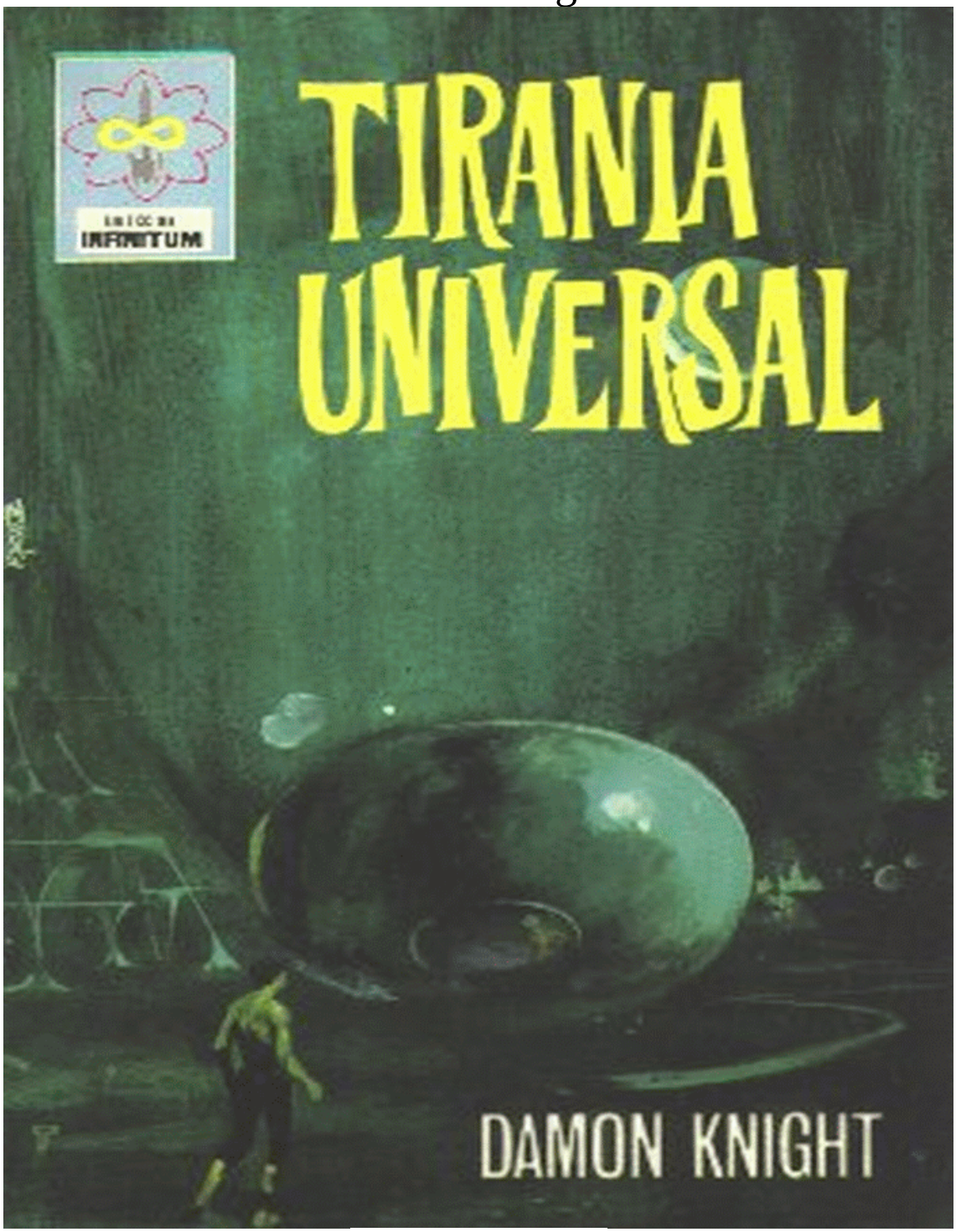
TIRANIA UNIVERSAL

Damon Knight



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

"Ahora, conquista" (o, "Con esto, conquista.")
Palabras que acompañaron a la visión de la cruz
vista por Constantino en la víspera de su victoria
sobre Maxentius, en el año 312.

Capítulo I

Esto no sucedió en el año 312, sino en agosto de 1971.

Un hombre llamado Harry Breitfeller, retirado de su cargo de vicepresidente de Banco, que vivía en una confortable casa para dos familias en Santa Mónica, con su esposa y otros parientes, cierta mañana, después de las nueve, salió al porche de cemento para recoger la correspondencia. Había media docena de sobres, facturas en su mayoría, en el buzón y bajo éste, en el suelo, una enorme caja de cartón.

Breitfeller recogió la caja, pensando que se trataba de algún objeto comprado por su esposa, pero vio que en la etiqueta constaba su propio nombre.

No figuraba la dirección del remitente. Según el timbre de correos, la caja fue enviada a última hora de la tarde anterior en Clearwater, que está a unas treinta y cuatro millas al nordeste de Los Angeles.

Breitfeller no recordó que tuviera ningún conocido en Clearwater. Acordándose, empero, de las historias que había oído contar acerca de bombas depositadas por correo, agitó la caja con suma cautela. Era demasiado ligera para contener una bomba y sonaba como un sonajero.

Llevó la caja dentro y la dejó en el suelo, acercó una silla y puso el puro que estaba fumando en un cenicero.

Madge, su esposa, salió de la cocina secándose las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—No lo sé. —Breitfeller había abierto su navaja y estaba cortando la faja de papel de estraza que sellaba la caja.

—Bueno, pero ¿*quién* lo envía?

—Tampoco lo sé —repitió Breitfeller. Retiró cuidadosamente las dos mitades de la tapa de la caja. Debajo había un pedazo de periódico arrugado y bajo el mismo algo hecho de madera. Lámparas para una casa de campo fue su primer pensamiento, pero no estaban pintadas, carecían de pantallas y de porta lámparas.

Sacó los dos objetos de la caja colocándolos encima de la mesa. Su esposa miraba por encima del hombro de Breitfeller, y lo mismo hizo Ruth, la hermana de ella, que acababa de salir de la cocina. Los objetos eran dos cruces de madera idénticas. Tenían aproximadamente un pie y medio de altura. Cada una tenía una gruesa base de madera y una especie de alambre unido al brazo vertical y transversal. En la base de cada objeto había, sujeto con grapas, un papel escrito a máquina que decía:

Esto es un Gismo, un aparato duplicador... Todo lo duplica, incluso otro Gismo.

Para su funcionamiento, sujétese un ejemplar del objeto que se desee duplicar al brazo izquierdo del Gismo, según se indica.

(Al margen había un esmerado boceto a pluma.)

Luego oprímase el conmutador y aparecerá una copia sujeta al brazo derecho del Gismo.

Advertencia: Debe evitarse que el objeto copiado entre en contacto con otra cosa.

Breitfeller lo leyó dos veces en silencio, ignorando la pesada respiración de las dos mujeres que se apoyaban en sus hombros. Era un hombre de rostro sonrosado, ojos bastante saltones y barbilla poco acentuada, pero tenía más fuerza de la que aparentaba.

Examinó sin prisas las dos cruces, invirtiéndolas para ver si había algo en su base, después examinó cada parte del alambre.

—Es una broma —dijo Ruth a su espalda—. Una broma estúpida.

—Tal vez —replicó Breitfeller, llevándose de nuevo el cigarro a la boca. Vio que los alambres sujetos a los travesaños de ambos Gismos eran lazos en forma de presillas y que los curiosos bloques pequeños de metal y vidrio que colgaban de los mismos estaban suspendidos de estos lazos.

Había un solo circuito enlazado a uno de los pequeños bloques de metal y vidrio del lado izquierdo que se prolongaba, también enlazado al otro del lado derecho. Lo restante, unido al soporte vertical, no era más que un par de pilas secas y un conmutador ordinario de luz de mercurio.

Breitfeller se consideró capaz de construir algo parecido en media hora, a excepción de los pequeños bloques de metal y vidrio. Jamás había visto nada semejante.

Inclinado sobre la mesa, los examinó de cerca. El vidrio era un material de singular aspecto velado, posiblemente no era vidrio, sino plástico, y a ambos lados aparecía revestido en cobre. En la base de cada bloque había un pequeño gancho de cobre.

Le parecía a Breitfeller que el vidrio o lo que fuese sería suficiente para aislar ese gancho de la débil corriente que pasaría por el lazo de alambre; de modo que el Gismo no podía hacer gran cosa y mucho menos lo que se le atribuía.

Pero ya no estuvo tan seguro cuando examinó aquellos pequeños emparedados de metal-vidrio-metal.

Pete, su hijo mayor, entró diciendo:

—Papá, me llevaré el coche para ir a Glendale, esta mañana, ¿vale? ¿Qué es esto?

—Gismos —dijo Breitfeller chupando su cigarro. Con el ceño fruncido miraba la cruz que tenía más próxima. Se cerraba el conmutador *aquí,* la corriente ascendía hasta *aquí,* a través de estos pequeños contactos y alrededor de *aquí,* junto al bloque de metal-vidrio izquierdo, sin

atravesarlo, y luego hasta *aquí,* repitiendo la operación en el bloque del lado derecho y de vuelta a las pilas secas. Tuvo la sensación de que no podría suceder nada si lo intentaba. Los dedos empezaron a cosquillearle.

—Eh, déjamelo ver —dijo Pete alargando la mano.

Breitfeller se lo impidió.

—Quieto, no lo toques —dijo con voz inexpresiva.

—Papá, yo entiendo de electrónica.

—No entiendes de *ésta* en particular, créeme. —Breitfeller se levantó con una cruz en cada mano.

—Harry, ¿qué vas a hacer? —preguntó su esposa, alarmada.

—Yo cero que deberías avisar a la policía —dijo Ruth detrás de ella.

Breitfeller declaró:

—Voy a la parte trasera del garaje. Y voy solo.

Salió, pasando junto a su cuñado Mack que acababa de levantarse y tenía aire soñoliento, y cruzando el patio se encaminó hacia el estrecho callejón: había unos tres pies de espacio entre el lateral de su garaje y la valla sin otro obstáculo que la parte posterior de un almacén de cerveza. Breitfeller suponía que en el caso de que algo saliera mal, los daños serían mínimos.

Dejando ambos Gismos cuidadosamente asentados sobre la pila de desechos de leña, se quedó contemplándolos. "PARA SU FUNCIONAMIENTO, SUJÉTESE UNA MUESTRA DEL OBJETO QUE SE DESEE DUPLICAR..."

Enrollado al gancho de debajo del travesaño del lado izquierdo había un trozo de alambre de cobre; este detalle le convenció a medias. Pensándolo bien, también resultaban convincentes los bloques de vidrio y metal y la fibra de la madera que era idéntica en las dos cruces. El cuarto detalle, el que realmente aceleraba los latidos de su corazón, era el hecho de que hubiera dos Gismos en lugar de uno solo.

Porque, suponiendo que se tratara de una broma, ¿Por qué había dos? En cambio, si era verdad, con dos Gismos se podría conseguir un tercero, un cuarto, un quinto...

Bien, nada consigue quien nada arriesga.

Con una mirada algo sarcástica, Breitfeller extrajo un dólar de los billetes que llevaba sujetos con un clip en el bolsillo.

Después de desenrollar el alambre de cobre lo lió alrededor del billete y con todo cuidado lo sujetó al gancho pequeño del lado izquierdo del Gismo. Lentamente acercó el dedo cordial al conmutador. Lo oprimió despacio...

Sus ojos parpadearon. Suspendido del brazo derecho del Gismo, como si hubiera estado allí siempre, aparecía otro billete verde de a dólar.

—Dios Todopoderoso —dijo Breitfeller fervientemente.

Capítulo II

El sol, poco después del mediodía, proyectaba un deslumbrante aro de luz en torno de cada sombra en la penumbra. A excepción de este

resplandor y de dos o tres destellos metálicos delatados por el rayo de sol, la habitación estaba en las tinieblas. El aire estaba cargado y caliente. Sobre el banco de laboratorio había una mezcolanza de equipo electrónico en descuidado montón. En el suelo había un libro tirado entre pilas de papeles, cintas aislantes y alambre. Al otro extremo, en un rincón, la mitad de una pila maciza de papelotes había caído de la precaria pirámide colocada encima del archivo. Por debajo de esos libros sin encuadernar y desparramados asomaban las piernas y el cuerpo de un hombre.

Los libracos se agitaron, elevándose y separándose con ruido de ultratumba. Apareció una cabeza coronada de polvo. Una mano sostuvo la cabeza. Hubo un gemido.

El señor Gilbert Wall, de Western Electronics, se incorporó penosamente y, sentado, miró a su alrededor. Llevaba el cabello enmarañado y la cara sucia. Aparecía una enorme contusión que empezaba a volverse amarilla y azul alrededor de su ojo derecho, el cual estaba casi cerrado a causa de la hinchazón. Wall se palpó la magulladura con sumo cuidado y volvió a gemir.

"Un maníaco", murmuró para sus adentros.

Aún sentado, se irguió un poco más, asaltado por un temor repentino.

—¿Ewing? —llamó. No hubo respuesta.

Parpadeando se volvió y descubrió la luz que resaltaba en la penumbra. Consultó su reloj de pulsera.

—¡La una y cuarto! —exclamó.

Miró en torno suyo con consternación y se levantó con dificultad. Estaba sobresaltado cuando se acercó al banco. Sus manos no hallaban lo que buscaban. De nuevo miró a su alrededor, aturdido.

—¡Dios mío! —dijo.

Junto a la puerta, había un teléfono en la pared. Viéndolo, Wall fue hacia allí. Descolgó el aparato, oyó la señal para marcar y accionó el "0".

—Señorita —su voz sonó temblorosa— póngame con Los Angeles. —Dio el número—. Deseo hablar con Nathan Mac Donald... *Nathan...* con N de necio... Así es. De prisa, por favor. Es urgente.

—Todas las líneas con los Angeles están ocupadas —replicó la voz—. ¿Prefiere esperar o que vuelva a llamarle?

Wall tragó saliva.

—Señorita, al habla Roy M. Jackson, del Federal Bureau of Investigation. Se trata de un asunto de interés nacional. Ahora, consígame esta llamada, por favor.

Se produjo una pausa.

—¿Tiene la bondad de darme su número de identificación, señor?

Maldición.

—Señorita, aún no lo tengo porque soy nuevo en el cargo. Tendrá que creer en mi palabra. Tengo que hacer esta llamada.

—Señor, no puedo intervenir una línea principal a menos que me facilite su número de identificación.

—Póngame con la vigilanta.

Momentos después, se oyó otra voz:

—Señor, aquí la señorita Timmins. ¿En qué puedo servirle?

Wall repitió su historia con voz de apasionada sinceridad.

—Un momento, por favor. Diré a la operadora que le comunique con la oficina del jefe de policía de Clearwater.

—¡No quiero la policía, quiero hablar con Los Angeles! —dijo Wall, furioso.

—Es todo cuanto puedo hacer por usted, señor. Si el jefe Underwood responde por usted o acude a nuestras oficinas de la telefónica para mostrarnos su identificación...

—Póngame con el jefe —dijo Wall.

Pensaba: "Underwood... ¿Por qué será que me suena el nombre?"

Ya lo había recordado cuando consiguió la comunicación con el hombre.

—Underwood, al habla Gilbert Wall. —(Si la operadora estaba escuchando, allá ella)—. Es posible que me recuerde usted. Nos conocimos en la convención Masónica hace dos años... ¿No se acuerda de que nos presentó Norman Hodge?

—¡Naturalmente que le recuerdo, señor Wall! —contestó la voz de Underwood. (La memoria nunca fallaba. Wall imaginó mentalmente el rostro del hombre: servil, obsequioso, el típico funcionario público resentido de una pequeña ciudad.)

—Vaya, vaya, ¿cómo está usted?

—Bien, ¿y usted?

—Ya ve, tirando. No puedo quejarme. ¿Puedo servirle en algo?

Wall se llevó la mano al nudo de la corbata.

—Underwood... ¿su nombre es...? —¿Cómo diablos se llamará ese tipo?— ¿Ed?

—Sí, Ed.

—Llámeme usted Gil, ¿eh? Verá, Ed, tengo un problema. Paso el día en Clearwater por un asunto confidencial. No puedo hablarle de ello por teléfono, pero, y eso que quede entre nosotros, cierto señor Hoover se interesa mucho en esto.

—¡Oh! ¿De verdad? Bueno, ya sabe que todo lo que esté en mi mano...

—Sólo una cosa, Ed. Debo hacer una llamada urgente a Los Angeles, pero ocurre que las líneas están ocupadas. Comprenda que estoy trabajando contra reloj, Ed. Cuenta cada minuto que pasa. ¿Sería tan amable de hablar con la vigilanta de telefonistas, una tal señorita Timmins, respondiendo por mí... A propósito, espero que cenemos juntos antes de marcharme, Ed. Ello me dará la oportunidad de explicarle las cosas con más detalles.

—Ah, muy bien, Gil —dijo Underwood—. Será espléndido. Veamos, usted desea que yo le diga a la vigilanta que...

—Dígale sencillamente que me conoce y que tenga la amabilidad de conseguirme la llamada. Dígale también que mi número de teléfono es el —Wall leyó el número del disco de su teléfono—. Si le parece bien, pasaré a recogerles a usted y a su familia alrededor de las ocho, ¿de acuerdo?

—Espléndido.

—Espléndido, Ed. Hasta luego y un millón de gracias.

Sudando, Wall colgó el aparato y revolvió en sus bolsillos buscando un cigarrillo.

El teléfono sonó al cabo de algunos minutos. Wall lo descolgó con gesto rápido.

—Al habla Gilbert Wall.

—¿Es usted quien solicitó hace poco rato una llamada con Los Angeles?

—Sí, yo soy, operadora.

—Señor, antes me dio usted otro nombre, ¿no es cierto?

—En efecto —replicó Wall con frialdad—, me vi obligado a darle mi verdadero nombre al jefe Underwood para que pudiera identificarme.

Hubo cierta indecisión por parte de la operadora.

—Bien, en seguida le pondremos con el numero que solicitó —dijo la voz con cierto titubeo—. No se retire, por favor.

Wall esperó, fumando con nerviosismo. Se alisó los cabellos hacia atrás, se palpó los gemelos de oro para comprobar que no habían desaparecido y le irritó descubrir que un botón de la camisa estaba a punto de caerse. La cartera seguía en el bolsillo interior de su americana; tampoco faltaban la pluma estilográfica, las llaves ni la libreta de notas.

—¿Diga? —Era una voz masculina desconocida.

—Tengo una llamada para el señor Nathan Mac Donald. ¿Está ahí?

Ese era el número, pero, ¿dónde estaba la señorita Jacobs, la telefonista de la centralilla?

—Está ocupado. ¿Quiere dejarme algún mensaje?

—Oiga —interrumpió Wall a la operadora—. Aquí Gilbert Wall. Deseo hablar con Mac Donald.

—¡Ah, señor Wall! Soy Ernie, el botones. En seguida le pongo con él.

Otra pausa.

—Hola, Gil.

Wall respiró aliviado.

—Hola, Nate. Sólo yo sé lo que ha costado poder hablar contigo por teléfono, pero ya no importa. Escucha, el tal Ewing es un loco. Sí, hablo en serio. En primer lugar, Nate, los informes secretos que conseguimos eran verdaderos. Su chisme, ese Gismo, *funciona.* No hay duda sobre esto. —Le extrañó el silencio—. *¿Alo?* ¿Escuchas, Nate?

—Te he oído.

Wall recordó el rostro de fuertes mandíbulas, las facciones duras, la boca, la nariz chata, los ojos juntos, el cabello gris peinado a un lado, las gafas de montura en forma de línea recta. Así era Mac Donald: áspero, desprovisto de emociones incluso en las crisis, y sin embargo Wall percibió algo en su voz que le inquietó.

—La situación es quizá peor de lo que suponíamos. Fue imposible hacerle razonar, Nate y lo más grave es que ese hijo de perra se me escapó. —Wall se pasó el dedo ligeramente por la sien—. Tal vez tuve yo la culpa. Perdí la cabeza, le amenacé intentando atemorizarle y... me cogió por sorpresa. Nunca le hubiera creído capaz de eso. Me tiró algunos librotes a la cabeza, perdí el conocimiento y por eso no he

telefoneado antes. Nate, he estado inconsciente toda la noche. Todavía no me he recuperado por completo. Bien, yo creo que se esconde en alguna parte. Imagino que estará asustado por haberme agredido. ¿Estás de acuerdo conmigo, Nate?

La voz contestó:

—Probablemente.

—Bien, debemos actuar sin perder un momento, Nate. Reconozco que he complicado las cosas, pero tenemos que dar con ese sujeto. Consigue una orden de arresto o... Oye, ¿qué te parece si les decimos a los de Sanidad Pública que tiene la peste bubónica...? ¿Nate?

La voz dijo:

—Aquí hay mucho alboroto.

Wall oyó un murmullo lejano, como el de una multitud que hablara (¿gritaban?). Entonces se oyeron algunos chasquidos en la línea y por fin sonó de nuevo la voz de Mac Donald:

—¿Qué planes tienes ahora, Gil?

—¿Planes? —exclamó Wall, desconcertado—. Bien, podría permanecer aquí, me conviene no deshacer una cita con el jefe de policía por si necesitamos su colaboración, o si quieres volveré para discutir el asunto. Escucha, no podemos abandonarlo. Quiero decir que si a ese maníaco de Ewing le da por ir *repartiendo* su Gismo... Nate, no me atrevo ni a pensarlo. Soy incapaz de imaginar lo que pasaría.

—Yo estoy viéndolo —dijo la voz opaca de Mac Donald.

—¿Cómo? —preguntó Wall un momento después—. ¿Qué has dicho, Nate?

—Veo lo que está sucediendo —dijo Mac Donald—. ¿Qué supones que estuvo haciendo Ewing todo ese tiempo?

—¿Qué? —repitió Wall.

—Estos aparatos llegaron en el correo de esta mañana. Dos en cada caja. Los habrán recibido unas cien personas. La gente empezó alrededor de las diez a duplicarlos para dárselos a sus amigos y familiares. Ahora están peleando en las calles.

—Nate... —a Wall se le quebró la voz.

—También yo tengo uno. Envié a Crawford para que me lo trajera. Haz lo que te parezca mejor. En cuanto a mí, sé de un lugar en Wyoming que está construido como si fuera una fortaleza... Tiene capacidad para un ejército entero. Bien, cuídate, Gil. Nadie lo hará por ti.

—Nate, espera sólo un minuto, no puedo creerlo...

—Enciende tu TV —dijo Mac Donald. Se produjo un chasquido y la comunicación quedó cortada.

Wall fijó su mirada extraviada en el auricular. Después se volvió lentamente. En el banco había una pequeña TV portátil. Después de dejar el teléfono colgando del cable, Wall se acercó al aparato y giró el interruptor. La imagen era borrosa...

"...por todo el Sunset Boulevard, desde Olvera Street. A continuación, un mensaje urgente."

Se aclaró la imagen de la pantalla mostrando unas rayas, pero no apareció ningún rostro.

"El jefe de policía Víctor Corsi dirige una llamada a todos los cuerpos especiales de policía voluntarios para que contengan a las multitudes. Sospecho que nadie le escuchará. Hoy día el problema es éste: ¿Tiene usted un Gismo? Nada más importa, pueden creerme ustedes. Esta emisora continuará en el aire para mantenerles informados mientras ello sea posible, pero no será gracias al cobarde director general J. W. Kidder ni al asqueroso director de programas Douglas M. Dow, que huyeron hacia las montañas en cuanto consiguieron su Gismo. Por mí pueden irse al infierno. ¡Y al infierno la "Pacific Broadcasting Company" y todas sus afiliadas! ¡Que le den morcilla al alcalde Needham y que se vayan al diablo los..."

Wall apagó el televisor. Calló la voz y la imagen fue empequeñeciéndose hasta convertirse en un titilante punto luminoso que acabó por desvanecerse.

Capítulo III

Después de abrir la puerta trasera, Ewing entró en el patio. No había nubes en el cielo de esa mañana; todas las brumas se habían concentrado en el valle. Era incómodo caminar por la hierba alta y seca y él descendió automáticamente por la pendiente hasta encontrarse bajo el turbinto. En la fría caverna, detrás de la cortina de ramas colgantes, el suelo estaba alfombrado por hojas rojizas y las pequeñas bayas. Los chiquillos construyeron ahí dentro una choza con la madera de la cerca y sus juguetes aparecían desperdigados por el lugar.

Ewing oyó las voces agudas en el interior de la casa y, contrariado, frunció el ceño. Eso no resultaba: se les oía a una distancia de media milla, y durante el día correteaban por la montaña. Pero era imposible encerrar a los niños como si fueran criminales.

De todas formas, habían encontrado un buen sitio. La casita de campo se levantaba en su terraplén a mitad de la ladera. En la parte superior sólo había el terreno montañoso cubierto de peñascos, y una hilera de palmeras resecas junto al canal de riego. La única casa vecina, entre la casita y el camino de montaña, estaba vacía y derruida por un incendio.

Debajo de la casa había otro terraplén donde al parecer alguien instaló una cocina al aire libre. A continuación, el terreno formaba un abrupto declive para convertirse en un huerto de pequeños naranjos. Ewing había visto el nombre del propietario en un buzón, abajo, al pie de la montaña: Lo Vecchio, o algo parecido. ¿Qué sería ahora de él y de su huerto?

Más abajo se extendía el valle ondulante hasta perderse a lo lejos en un improbable azul. Ewing podía ver el camino que se empequeñecía hasta tornarse un hilo amarillento. A su alrededor, el horizonte se curvaba por tres lados. Los eucaliptos ocultaban las carreteras; a excepción de algún avión o de algún automóvil que transitara por el área residencial de abajo, Ewing hubiera podido creer que el mundo estaba desierto.

Se elevó en el aire limpio el ruido de un motor en marcha.

Sobresaltado, Ewing miró a su derecha, donde los árboles ocultaban el camino. Al parecer alguien subía por la colina.

Dificultades. Podía tratarse de alguien de la colina adventista que viniera a visitarles, pero, por lo que Ewing había visto, todos ellos conducían coches último modelo. Y ese motor, por el sonido, parecía el de un cascajo. Con el corazón encogido, Ewing entró en la casa, pasó junto a Fay y las dos muchachas que estaban desayunando, y sacó la escopeta del armario. No se olvidó de coger también la caja de cartuchos. Momentos después se plantó en el porche delantero, llegando a tiempo de ver detenerse el coche en el camino, más arriba de la casa.

Era un "Lincoln" cupé, desvencijado y polvoriento, con el abultado portaequipajes abierto. Carecía de adornos cromados en la carrocería y los guardabarros y los estribos estaban oxidados. El radiador espumeaba vapor.

—¡Dave, muchacho! —gritó el conductor asomado por el otro lateral del coche, como una marioneta.

El hombre tenía los cabellos grises y llevaba chaqueta y suéter deslucidos. Ewing bajó el arma, mirándole. Esa voz chillona, cordial...

—¡Platt! —exclamó con una mezcla de alivio y exasperación.

—¡El mismo! ¡Aquí me tienes en persona!

Platt descendió saltando ora sobre un pie, ora sobre el otro, sendero abajo moviéndose con nerviosa energía, agitando los codos, con una ancha sonrisa en su cara alargada.

Cogiéndole la mano a Ewing, se la estrujó con fuerza. Le brillaban los ojos grises y acuosos.

—¡Por fin te encuentro! ¡Daría contigo aunque te escondieras en el mismísimo infierno! ¡Diantres, me alegro de verte, Dave! Hola, Fay, hola, pequeñas... Por el amor de Dios...

Ewing se había vuelto, viendo que su familia estaba en la puerta. Después, se encaró de nuevo con Platt que seguía parloteando:

—¡Bien podrías ofrecerme un vaso de agua si no hay otra cosa, muchacho! Tengo la garganta reseca. ¿Qué hacéis ahí, pequeñas? ¡Diablos! ¿Esta es Elaine? ¡Cielos, cómo has crecido! Eres tan bonita como tu madre. ¿Y quién es la otra?

Recelosa, Kathy se escondió detrás de la falda de su madre. Elaine, que tenía doce años, estaba ruborizada como una debutante.

Al fin entraron todos en la sala de estar donde Platt se dejó caer en la única silla tapizada lanzando un rugido de satisfacción. Al minuto se inclinaba hacia adelante, sin dejar de hablar, al tiempo que sacaba un pitillo de un mugriento paquete de cigarrillos de su bolsillo y lo encendía. Después de tirar la cerilla, rodeó a Elaine con un brazo y le hizo un guiño a Kathy.

Platt era un hombre de entusiasmos galopantes; buen científico experimental, pero nadie tomaba en serio sus teorías. Cada año cambiaba de teoría, creyendo en la nueva con toda el alma, con una pasión frenética. Sentía verdadero amor por los cohetes, pero nunca consiguió que le dejaran colaborar en proyectos de envergadura. Su sentimiento de frustración, aunque arraigado, no hacía más que

aumentar su entusiasmo. Cambiaba de empleo a menudo y aparecía en la vida de Ewing de vez en vez. La última vez que se vieron fue en 1967.

Sonrojándose aún, Elaine se apartó para dirigirse a la cocina.

—Le traeré agua, señor Platt.

—Llámame Leroy. ¡Y no colmes el vaso, preciosa!

—No hay en casa licores de ninguna clase —dijo Fay—. Llegamos ayer y... Pero puedo hacer café...

—No, déjalo, tengo una botella en el coche... la botella inagotable, gracias a nuestro muchacho. Después la traeré para que lo celebremos. —La ceniza del cigarro cayó sobre su jersey—. Dave, quiero decirte que eres un genio, el mejor de todos. ¡Me quito el sombrero ante ti, muchacho! ¡Quisiera que el invento fuera mío, palabra! Pero te pertenece... ¡eres formidable! Palabra, lo digo de corazón.

Platt aceptó el vaso que le trajo Elaine y dijo, levantándolo:

—Brindo por ti, Dave Ewing... ¡y viva tu Gismo!

Bebió un sorbo de agua, hizo una mueca y acabó vaciando el vaso.

—¿Por qué supones que yo...? —empezó a decir Ewing.

—¿Quién sino tú trabajó con Schellhammers? —exclamó Platt—. ¿Crees que no estoy al tanto de lo de John Henry? ¿Vas a decirme que tú no lo hiciste?

—No, pero...

—¡Claro que fuiste tú! Lo supe en cuanto lo vi y me dije: ¡tengo que encontrar a Dave aunque deba seguirle el rastro como si fuera un sabueso!

Intervino Fay:

—Leroy, ¿cómo nos encontró...?

—Te lo diré, muñeca. Verás, Dave y un servidor hicimos el servicio militar juntos, allá en Fort Benning. Solía decir que algún día viviría en las montañas... Su ambición era sentirse como un águila que contempla con desprecio a todos los forasteros del llano. Por lo tanto, me hice esta pregunta: ¿Dónde iría Dave si tuviera prisa en desaparecer? No iría a Los Angeles, porque aquello se convertirá en un infierno. Tampoco iría a la costa porque el camino es largo y podrían detenerle antes de llegar. Entonces me dije: seguro que enfiló la ruta noventa y una parándose en cuanto llegó a un lugar elevado. Era tan solo una corazonada, pero seguí adelante hasta encontrar esta casa. ¿Qué te parece?

Los Ewing se miraron con desaliento. Fay tenía la mano encima de la radio portátil. Debía haberla encendido porque del altavoz surgía un fuerte zumbido. No se oían voces: la última emisora local había interrumpido sus programas la víspera. Consternada aún, Fay la apagó.

—¡Qué diablos, no tenéis por qué quedaros aquí —inquirió Platt—. No es que resultara fácil encontraros, pero escucha, Dave y tú también, Fay, ¿qué pensáis hacer ahora si no tenéis que trabajar para vivir?

Ewing se aclaró la voz:

—No hemos tenido tiempo de discutir esto. Cuando la situación se normalice me gustaría construir un laboratorio en alguna parte...

—Naturalmente, y lo harás, muchacho. ¡Diablos, eso me recuerda lo que quería deciros! Escucha, gracias a ti ahora podemos hacer lo que se nos antoje... Dave, ¿sabes lo que yo quiero hacer?

Ewing dijo la primera cosa fantástica que se le ocurrió:

—Ir a la Luna, me imagino.

—Exacto. ¡Gran muchacho, agudo y punzante como un cuchillo! ¡No se te escapa una!

—¡Oh, no! —dijo Ewing, cogiéndose la cabeza.

—Dave, escucha, vente conmigo. Llévate a la familia... He escogido el lugar y conozco a unas veinte personas dispuestas a acompañarnos. Pero antes quería hablar contigo. ¡Esto será lo más grande del mundo, muchacho!

—¿Realmente piensas construir una astronave?

—*Voy* a construirla, muchacho, en Santa Rosa. Los laboratorios Kennelly están en orden, hay espacio suficiente y todo el equipo necesario. Nos organizamos en un par de meses... ¡y en marcha!

—¿Por qué no White Sands?

Platt movió la cabeza con impaciencia.

—Eso no me interesa, Dave. En primer lugar porque todos los chiflados que hay en el país soñando con los viajes espaciales, ya estarán allí. Aquello debe estar abarrotado de gente. Después, ¿tienen algo útil para nosotros? Sí, sí, hay maquinaria, proyectiles, armazones, pero casi todo en escala equivocada. Comenzaremos de nuevo y lo haremos bien, Dave. Es imposible construir un vehículo interplanetario con una embarcación vikinga... sería como almacenar cohetes en un granero. Piensa en ello, esfuérzate por comprenderlo.

Avanzó el cuerpo un poco más abriendo sus brazos desgarbados:

—Construye tu astronave, hazla tan espaciosa como un edificio de apartamentos si quieres, Dave. Provéela de todo: Dormitorios, boleras, cocinas... Cocinas no, serán innecesarias. Pero harán falta bibliotecas, teatros, laboratorios...

Ewing preguntó, sobresaltado:

—Leroy, ¿has bebido licor duplicado por el Gismo? Antes dijiste algo...

—Claro que sí —replicó Platt con impaciencia—. También tomé alimento duplicado. Y, ¿por qué no? En la operación de doblarlo sólo hay que tomar la precaución de no invertir las cadenas de péptidos. Bien, escucha con atención, muchacho... Tú constrúyelo a tu antojo, ¿entendido? Luego, debajo le pones los cohetes propulsores, Puedes conseguir diez o un millón con el Gismo. Respecto al combustible... ¿vale la pena recordar aquellos tanques enormes que nos mataban antes de poder despegar? Dave, sólo necesitamos dos tanques pequeños, hidracina, oxígeno, y dos Gismos. Nos *haremos* el combustible a medida que vayamos necesitándolo. ¡Olvídate de tus malditos cocientes de masa-energía! ¡Puedo levantar el Templo Mormón para llevarlo a la Luna! ¡*La Luna, diablos*!

Respiró hondo.

—¡Dave, piénsalo! ¡Podemos ir a cualquier rincón del *universo*! ¡El próximo año, por estas fechas, estaremos en Marte! Marte.

Platt se levantó, extendidos los brazos, convirtiéndose en un explorador con traje espacial, en Marte, escrutando la lejanía.

—¿Qué es lo que veo? ¿Pirámides extrañas? ¿Hombrecillos con siete

narices? Haremos investigaciones, pero que sea pronto, porque tenemos una cita con Venus. Sin embargo, dejaremos atrás algunos Gismos enormes como planta atmosférica... cincuenta años, cien años, en Marte habrá aire suficiente para respirar sin los cascos. Después, *Venus...* Allí se repetirá la operación. Si carece de oxígeno, nosotros lo *haremos.* Dave, dentro de cien años, la humanidad será dueña del universo. |Créeme! ¡Nos apoderaremos a capricho de Marte, Venus y el sistema Joviano! *¿Por qué no?* Dave, en esa astronave podemos vivir indefinidamente... Tendremos hijos que continuarán nuestra labor cuando desaparezcamos. ¿No los ves? ¿No te entusiasma la idea?

Hizo una pausa, mirando a Ewing con incredulidad:

—¿No?

—No. Mira, Leroy, consideremos un punto... Tu plan acerca de la atmósfera. Vas a añadir masas, billones de ella. No es lo mismo liberar oxígeno químicamente, de óxidos en el suelo o algo parecido. Vas a alterar las órbitas de los planetas.

—Despreocúpate —replicó Platt con energía—. Mira, pongamos por ejemplo la masa de un planeta pequeño como Marte... —Sin dejar de hablar, Platt cogió una regla de cálculo de celuloide y empezó a mover rápidamente la pieza corredera hacia adelante y hacia atrás.

—Espera un momento —dijo Ewing—, ya vuelves a las andadas. Te precipitas demasiado.

Ewing sacó su propia regla de cálculo del bolsillo posterior y ambos se inclinaron sobre ella tratando de hablar a un tiempo. En vista de lo cual, Fay se levantó y se dirigió hacia la cocina llevándose a las resignadas chiquillas.

Media hora después, cuando volvió Fay con café y bocadillos, Platt se ponía de pie en un éxtasis de desesperación ante la estupidez humana.

—Voto a diablos —dijo—. Voto a diablos, diablos, muchacho. Traeré la botella para celebrarlo, de todos modos. Puede que un trago te relaje un poco —agregó, en un teatral aparte. La puerta de rejilla se cerró violentamente tras él.

Sonriendo un poco, Ewing rodeó con el brazo a su esposa que se sentó a su lado.

—Más vale que prepares la habitación de los huéspedes.

—No, Dave, es muy pequeña y allí hay el calentador de agua. Además, no tengo un colchón para él.

—Dormirá en el suelo, insistirá en ello —dijo Ewing. Movió la cabeza, experimentando un sentimental afecto hacia Platt que no había cambiado después de tantos años.

—¡El buenazo de Leroy! —dijo—. ¡Venus!

Los rayos del sol inundaban toda la casa poco después del mediodía. El cielo estaba despejado; el calor se echaba, torrencialmente, sobre la tierra seca que lo despedía de rechazo. Sobre la ladera montañosa, el aire era muy caliente y las palmeras aparecían polvorientas y vidriosas. Ewing cogió un terrón de tierra que se deshizo entre sus dedos convertido en polvo parduzco.

—Vaya calor hace —dijo Leroy Platt, abanicándose con un deformado

sombrero de fieltro. El sol daba a sus ojos pálidos un aire extraviado, sorprendido como ostras en la concha blanca de su cara. Volvió a ponerse el sombrero.

A Ewing le gustaba el calor. El sol le castigaba cabeza y hombros, como si tratara de cocerle, pero sus miembros se movían con libertad, flexiblemente, y gotitas de sudor, como una niebla dorada, brotaban de su cuerpo y de sus brazos. Le gustaba su sombra angulosa que se deslizaba en el suelo aplastada por la luz intensa. Le gustaba pensar que dentro de la casa encontraría una sombra refrescante después de tantos golpes de calor.

—Casi hemos llegado —dijo mientras continuaba subiendo.

Desde lo alto de la pequeña colina podían contemplar el área residencial, la escuela adventista y la fábrica de alimentos dispuestos como en un pueblo de juguete. Las calles bien trazadas, los árboles verdes, los tejados azules o rojos.

Se volvieron. Al pie de la ladera opuesta se extendía otro mundo: valles montañosos quemados, desnudos, extendiéndose sucesivamente hasta la lejanía, con el aspecto de despedir vapor al contacto de una gota de agua. Hasta el horizonte no había indicios humanos.

—Ahí tienes —dijo Platt, jadeando—. Millares de millas cuadradas, Dave. El terreno es desigual, pero lo tenemos al alcance, olvidándonos de su existencia. Cuando uno camina por una calle con edificios a ambos lados, pensamos que en trescientos años hemos civilizado este continente. ¡Qué diablos! ¡Ni siquiera hemos arañado la superficie! Imagina, Dave, si es posible el suministro de agua en el lugar que se elija, ¿qué impide cubrir de hierba todas estas montañas? ¡Diantres, hay espacio suficiente para que cada hombre se sienta un rey!

—Hmmm. —Ewing estaba ensimismado.

—Pero, claro, la gente es tan imbécil... ¿Ocurre algo?

Ewing miraba el cielo hacia el norte, protegiéndose los ojos con la mano.

—Lo oigo, pero no lo veo —dijo.

—¿Qué? —Platt volvió la mirada en aquella dirección—. Un helicóptero —dijo. El ruido sordo y distante ahogó sus últimas palabras.

El eco retumbante procedía del cielo. Oyeron una voz, pero no consiguieron entender las palabras.

—Ahí está —dijo Ewing, un momento después. Al norte, flotando sobre el valle, el puntito se acercaba cada vez más. Ahora el rumor casi permitía entender las palabras.

—Es un helicóptero militar —dijo Platt. Calló y ambos escucharon.

«Rrrr rrr rrrrr», dijo la voz metálica en el cielo. Prosiguió después de una pausa. *«Rrr... atención... Atención... por favor... rrr. La zona queda sometida a la ley marcial... aaal. Se ordena a los ciudadanos que permanezcan en sus casas... sas... y se abstengan de provocar disturbios. Permanezcan en sus casas... casas. En breve se reanudarán los servicios Las infracciones de la ley serán severamente castigadas... castigadas.»* La voz se convirtió en un grito ensordecedor cuando el helicóptero siguió aproximándose. Lo tenían casi encima de sus cabezas y Ewing pudo ver las aletas relucientes girando bajo el sol y la cabina

transparente ocupada por dos figuras oscuras. La máquina viró mientras se deslizaba por el aire, con su cuerpo largo y curvado como el abdomen de un insecto. La voz empezó de nuevo: «ATENCIÓN, POR FAVOR... FAVOR. ATENCIÓN, POR FAVOR... FAVOR...»

Ewing se tapaba los oídos con las manos. Platt movía las mandíbulas. Apartó las manos un instante para preguntar:

—¿Qué?

Platt gritó:

—¡La ley marcial! —dijo algo más acerca de "deserciones", pero Ewing no le entendió muy bien. El helicóptero, del cual continuaban saliendo gritos, descendió hacia la carretera. Siguiéndole con la mirada, Ewing vio algo extraño. Vio algo parecido a una hilera de coches y camiones tocándose casi los guardabarros que avanzaban por el camino de la montaña. Había un camión grúa seguido por un descapotable rojo, dos camiones de mudanzas, tres furgonetas, dos turismos último modelo remolcando resplandecientes caravanas de aluminio, y un camión-gasolinera.

Agarró a Platt por el brazo, señaló. Un momento después bajaba corriendo, saltando por la ladera montañosa, con el corazón en la boca, consciente de que el vehículo que iba al frente de los demás aparecía por la curva del camino.

Un hombre rollizo estaba de pie en el asiento posterior del descapotable, apuntándole con un arma:

—¡Alto ahí!

Ewing extendió los brazos al sentir que resbalaba. El canal de riego subía como un ascensor rápido; podía ver el borde blanco del cemento duro, y los pececillos casi transparentes agitándose en la sombra. No podía detenerse, bajaba lanzado... Con un violento esfuerzo se echó hacia atrás, y la montaña le golpeó fuertemente. Le silbaban los oídos. Le salpicaba el polvo levantado a su alrededor. Tosió, luchando por levantarse.

El hombre del descapotable alzó los ojos mirándole en silencio. Empuñaba una escopeta de doble cañón corto. Sostenía la culata bajo el brazo. Llevaba la camisa de polo azul sucia y sudada; la cara y los brazos macizos estaban enrojecidos por el sol, pero sólo se protegía la cabeza con una vieja gorra de polo. Había un rifle apoyado contra el asiento, al alcance de su mano, y de su cinto asomaban las culatas de dos revólveres. Su cara redonda era inexpresiva, plácida. Mordía la colilla apagada de un cigarro puro.

—No te muevas —dijo por fin. Ewing miró a su izquierda viendo allí a Platt, de pie, sin sombrero, con la nariz sangrante.

—¿De qué huíais, amigos? —les preguntó el hombre rollizo.

Ewing no contestó. El negro joven que ocupaba el asiento delantero clavaba la mirada al frente, sin mirar, como si no escuchara. Estaba esposado al volante. También estaban esposados los conductores del camión grúa y del primer camión de mudanza. Los tres tenían idéntica expresión vacía.

El de cara redonda parpadeó, movió el cigarro de sitio. Con la cabeza indicó el viejo "Lincoln":

—¿Es vuestro ese cacharro?

—Es mío —dijo Platt, avanzando—. Lo apartaré...

La escopeta hizo un movimiento brusco y Platt se detuvo.

—No te muevas —dijo el de la cara redonda—. Vale, Percy.

El negro joven pulsó el botón de puesta en marcha con la mano libre y el descapotable se puso en movimiento. En su parte delantera, los eslabones de una pesada cadena chirriaban rozando el suelo mientras, detrás, otra cadena similar se tensó con un sonido metálico seco. Un momento después comenzaron a moverse los otros vehículos. Al transmitirse el movimiento a lo largo de la hilera, se repitieron los ruidos de cadenas y de motores.

El camión grúa avanzaba lentamente. Su ancho parachoques de madera delantero chocó con el posterior del "Lincoln", embistiéndole.

El "Lincoln" se movió un poco, se estremeció, impulsado hacia el lateral del camino. Su rueda delantera derecha se salió del borde. El camión grúa, en primera, dio otro empujón. El "Lincoln" se inclinó hacia el estrecho cañón que separaba el camino y la casa.

Quedó suspendido, reacio a caerse, y finalmente se despeñó con estrépito contra el costado de la casa. Del interior surgió un grito de sobresalto. Cayó una teja del techo deslizándose por el lateral visible del "Lincoln". Se levantó la nube de polvo. Las ruedas dejaron de girar.

La caravana se detuvo poco a poco. El hombre rechoncho prestó de nuevo toda su atención a Ewing y Platt. Lo hizo a propósito, como si en su interior hubiera engranajes macizos en marcha. Hizo un guiño, apretó el cigarro en la comisura de los labios y dijo:

—¿Por qué aparcas un coche en el camino?

A Ewing le pareció ver una cara en la ventana del dormitorio. Dijo con desgana:

—No pasa nadie por aquí. Este camino no conduce a ninguna parte, excepto a un rancho que hay al otro lado. Ahora está abandonado, hay una barrera.

El hombre rechoncho digirió esta explicación en silencio. Movió el puro otra vez de sitio.

—¿Sí? —Mordía el cigarro con expresión de asco, lo apartó de la boca, escupió y volvió a morderlo—. ¿Es muy grande ese lugar?

—¿El rancho? No tengo la menor idea —dijo Ewing secamente.

Platt miraba con tristeza su coche volcado entre la ladera y la casa.

El hombre rollizo miró fijamente a Ewing.

—¿Lo has visto?

—Vi la casa... desde lejos. Ya le dije que no sé nada acerca del rancho.

El otro quedó pensativo:

—¿Sólo hay una casa?

—Yo vi sólo una.

El tipo rechoncho asintió con la cabeza después de otra pausa. Equilibró la escopeta sobre la rodilla, sacó un pedazo de papel y un lápiz casi gastado de su bolsillo de la camisa y trazó una línea gruesa a través del papel.

—Bien. Que se vaya todo al infierno —dijo, guardando lápiz y papel

con la misma cachaza de antes. Empuñó de nuevo la escopeta y miró a Ewing—. ¿Vives aquí?

Ewing asintió:

—¿Otras personas?

—Nadie más —dijo Ewing con aspereza—. Sólo mi amigo y yo.

—No me vengas con historias. ¿De qué vives?

Ewing contestó, mordiendo las palabras:

—Soy fisico experimental.

En vez de soltar un gruñido, como lo esperó Ewing, el hombre gordo se limitó a indicar a Platt con la cabeza.

—¿Él también?

—Sí.

El otro respiró por la nariz, clavada la mirada en el suelo, cerca de los pies de Ewing, mordiendo el cigarro de vez en cuando. Dijo por fin:

—Bajad de ahí, saltad la cadena y acercaos.

Eso hicieron y entonces él bajó del coche y se plantó a su lado, en el camino.

—Andando.

Echaron a andar camino abajo.

—¿Sabe disparar con armas de fuego tu esposa? —preguntó a Ewing mientras caminaban.

—No —contestó Ewing. Era la verdad.

En silencio llegaron hasta el porche delantero y abrieron la puerta. Fay y las niñas estaban esperando en la salita de estar.

—Me llamo Krasnow —dijo el hombre rollizo—. Herb Krasnow. Durante siete años fui carpintero de navío en San Diego y antes de eso estuve en el cuerpo de Marines, así que no cometan el error de pensar que no voy a utilizar la escopeta.

La cara de Krasnow era redonda, la nariz corta y ancha, la boca y la barbilla se confundían perdiéndose entre sus enormes carrillos. Los ojos daban la impresión de pertenecer a otra persona: penetrantes bajo las cejas negras y descuidadas. Apenas enseñaba los dientes al hablar. Cuando lo hizo por un momento, Ewing vio que eran cortos, amarillentos y separados entre sí. Vello negro le cubría los brazos y las manos; sus dedos eran gruesos, en forma de espátula, con las uñas muy recortadas y ribeteadas de negro, propios del hombre acostumbrado a trabajar con las manos. Por su mugrienta gorra y la manchada camisa, se le hubiera podido tomar por un camionero, o un obrero de los que arreglan las calles de la ciudad. Ewing pensó que había visto millares de hombres como éste durante su vida, pero que nunca vio a uno tan de cerca.

Cuando Krasnow se retiró la gorra de la frente, envejeció inmediatamente. Débiles mechones de pelo húmedos le cubrían apenas la calva. Se sentó en la silla, junto a la ventana, de cara a los Ewing y Platt que se apretujaban uno junto al otro en el sofá. Krasnow balanceaba la escopeta sobre un muslo, dando a entender que esa posición le permitiría disparar en cualquier momento.

—Mi mujer murió hace un par de años —dijo—. Estoy completamente solo en el mundo, así que me digo... ¡Qué diablos, tengo tanto derecho

como otros a tener mujer propia!

Ewing dijo con indignación:

—Una filosofia hecha a su medida. ¿Y esos que están en el camino...? ¿No tienen derecho a lo mismo?

—¡Vaya descaro tiene usted! —exclamó Fay—. ¿Se cree un dios? ¡No puede tratar así a la gente!

Krasnow meneó la cabeza.

—Ellos harían lo mismo conmigo. Me arriesgo como lo hicieron ellos. Tal vez podrían atacarme y adueñarse de la situación. Estoy yo solo.

Platt se inclinó hacia adelante apoyado sobre sus piernas cruzadas. Se doblaba como una navaja de bolsillo, todo articulaciones y manos huesudas. Tembló el cigarrillo que sujetaba entre los dedos, desparramando ceniza.

—¿Cuándo dormirá, Krasnow?

La carcajada que soltó Krasnow sonó como un ladrido.

—Sí, ha dado en el blanco, amigo. Llevamos un día y medio viajando y apenas he podido echar algunas siestas. Percy, el negro, me asesinaría a la primera oportunidad. Supongo que no podré dormir en un par o tres de noches. Me hago viejo. Diez años atrás lo hubiera resistido mejor.

—Usted debe estar loco —dijo Ewing—. Lo que dice es imposible. No podrá vigilar indefinidamente a esa gente... alguna vez tendrá que dormir.

Krasnow agitó la cabeza.

—Ahora hay que tener esclavos. —Lo dijo como si aludiera a un hecho positivo—. Es lo único que importa. Es la única forma de hacerles trabajar. ¿Quién, sino, haría el trabajo?

—¿Qué trabajo? —preguntó Ewing—. ¿No comprende que ahora todo es gratuito... poder, maquinaria, todo lo que proporciona un Gismo. Más adelante habrá Gismos mayores para cosas como automóviles y casas prefabricadas. ¿Qué se propone? ¿Construir una pirámide o algo parecido? ¿Por qué no se queda con su Gismo y deja libres a esas personas?

—No, está usted diciendo disparates. Todos tienen su Gismo, ¿y qué con eso? Ah, no, amigo. Ya se dará cuenta de que sólo existen dos soluciones: conseguir esclavos o convertirse en uno de ellos.

—El poder aborrece el vacío —dijo Platt con una voz singularmente ablandada. Examinaba con atención la colilla de su cigarrillo encendido—. ¿Cómo piensa retenerles allá en la granja? En cuanto puedan le cortarán el cuello para salir huyendo. ¿Qué pasará entonces?

Krasnow le miró con curiosidad.

—Aún tengo que resolver este problema. Por el momento, los vehículos están encadenados entre sí y cuento con bombas de demolición que puedo accionar por onda corta. Hay una en cada coche. No es un buen recurso, pero resulta. Más adelante tendré que pensar en algo mejor. Ustedes que son listos, ¿no tienen ideas?

—Tal vez —contestó Platt apretando los dientes. Sostuvo la mirada de Krasnow.

—Claro. Bien, entretanto necesito un sitio que tenga tapias —

Krasnow suspiró—. Me hablaron de esa granja, y decidí echarle un vistazo. Sin embargo, por lo que les he oído decir a ustedes, no creo que interese. Me dirigiré hacia la costa. Hacia el norte hay muchas villas de señorones que apenas van por allí en todo el año. Puede que se me adelanten otros, pero en cualquier caso, ya me las apañaré.

Krasnow se puso de pie.

—Ewing, ¿quiere mucho a su esposa y a las niñas?

Ewing sintió un calambre de miedo y rabia en los músculos de la cara.

—Esto no le importa.

Krasnow movió la cabeza, muy despacio.

—Pues claro que me importa. Bueno, escucha, amigo. Si no quieres verlas muertas, harás lo que te diga, ¿estamos?

Ewing tenía la garganta reseca, no podía hablar.

Krasnow prosiguió:

—Te vendrás conmigo. Me has caído bien y me gusta tu familia. Me serás útil siendo un científico. Así que empieza a acostumbrarte a la idea. Vamos, afuera... sí, todos. Quiero enseñarles algo.

Salieron al patio. Parpadeando a causa del deslumbrante resplandor, Krasnow y Platt se miraron con pesar. La sombra del arma de Krasnow proyectaba una corta línea oscura en el suelo que les separaba.

—No me sirves ni puedo fiarme de ti —dijo Krasnow—. Así, que echa a correr.

Ewing les miraba con incredulidad. Vio que Platt, sin apartar sus ojos de los de Krasnow, se estremecía y luego ponía el cuerpo rígido. Un instante después, del hombre alto sólo se veían codos y rodillas, corriendo ladera abajo, hacia el terraplén, zigzageando mientras intentaba resguardarse en el turbinto más próximo...

El disparo de escopeta sonó como el fin del mundo. Aturdido, sin comprender, Ewing vio desplomarse el cuerpo de su amigo entre las malas hierbas. Chillaron las niñas. El aire se llenó del acre olor a pólvora. Entre las ramas, Ewing pudo ver lo que quedaba de la cabeza de Platt: un guiñapo rojo y gris. Las piernas seguían pataleando, pataleando...

El rostro de Fay estaba lívido. Miró a Ewing y las pupilas de sus ojos empezaron a girar, extraviada la vista. Él la sostuvo antes de que se le doblaran las rodillas.

—En cuanto vuelva en sí —dijo Krasnow en tono reposado—, empiecen a cargar lo que necesiten en la caravana. Les concedo media hora. Y entretanto vaya usted pensando por qué hice eso. —Y con la cabeza indicó el cuerpo entre las hierbas.

Arriba, en el camino, los rostros de los ocupantes de todos los vehículos estacionados se habían vuelto a mirarles. Sus expresiones no habían cambiado, pero fue como si un hilo común les hubiera sacudido a todos a un tiempo, como a simples marionetas.

Al anochecer, la caravana enfiló hacia el norte siguiendo la carretera de la cordillera en dirección a Tejón Pass. El aire era fresco. A la izquierda de Ewing, el sol descendía tras las montañas entre fajas de luz escarlata y naranja; los faros del camión de delante destellaban en

la penumbra del ocaso.

Fay y las niñas viajaban en uno de los remolques, compartiéndolo con la familia de otro pobre diablo. Ewing estaba solo con la noche inminente, con el ronroneo del motor, esposada su muñeca al volante.

Un esclavo...

Y padre de esclavos.

Había tenido tiempo de reflexionar la última frase de Krasnow. Krasnow asesinó a Platt para darles una lección práctica y también porque sabía que Platt nunca hubiera sido un buen esclavo... Demasiado inquieto e impulsivo. Además, Platt era soltero. Platt no tenía condiciones para esclavo.

Condiciones para esclavo...

Resultaba curioso pensar que había tipos físicos incluso entre los nativos del Congo que jamás habían oído hablar de físicos... y tipos de esclavos entre los físicos de América, que habían olvidado que existiera algo llamado esclavitud.

Y era curioso que resultara tan fácil admitir la verdad sobre sí mismo. Mañana, cuando hubiera dormido y el sol estuviera ya alto en el cielo, él volvería a encenderse de indignación —una indignación que se moderaba tan fácilmente—, jurándose, inútilmente, que escaparía, que mataría a Krasnow, que salvaría a su familia... Pero ahora, a solas, sabía muy bien que jamás lo haría. Krasnow era lo bastante listo para ser "un buen amo". Ewing movió los labios: la frase era amarga.

¿Y dentro de cincuenta o cien años? ¿No se quebrantaría la sociedad de esclavos? ¿No sería el Gismo lo que Ewing había deseado que fuera, un medio emancipador? ¿No aprenderían los hombres a respetarse unos a otros, viviendo en paz?

¿Valdrían la pena entonces la miseria y la muerte? Ewing sintió respirar la tierra bajo sí mismo, un largo y lento movimiento ondulante del gigante dormido... Entonces, ¿había obrado bien o mal?

No lo sabía. El coche avanzaba, siguiendo los faros posteriores del camión de delante. Desde el oeste, la oscuridad se extendía lentamente, segando la tierra.

Capítulo IV

Dick Jones abrió los ojos perezosamente a una mañana verde y oro, sabiendo, en su despertar, que este día le reservaba algo especial. Cómodamente tumbado, entregado con la sensualidad de un felino a la fresca brisa, se preguntó qué podría hacer: ¿Un día de caza? ¿Visitas? ¿Algún viaje?

Al recordarlo, se incorporó repentinamente. Era el día en que abandonaba Buckhill para ir a Eagles.

Desperezándose, sacó las piernas de la enorme cama circular. Era flexible, bronceado y muy alto para sus dieciséis años. Tenía el cuerpo proporcionado como el de un hombre, anchos los hombros y el torso, pero todos sus músculos estaban cubiertos bajo una capa de grasa de adolescente. Había en su aspecto el sutil aire incompleto de una obra inacabada.

Cruzando la sedosa alfombra, penetró en el cuarto de baño, extendiendo los pies sobre el mármol frío. Respiró profundamente antes de zambullirse en la piscina. Los peces de colores se desbandaron en el centro donde él se había chapuzado. Bajo el agua, los azulejos aparecían matizados de verde mar, iluminados por los discos amarillos de las paredes. Dick se dio impulso para subir a la superficie. De dos brazadas llegó a la parte de menos profundidad, se revolcó de espaldas, con el agua hasta el pecho, resoplando. Miró a su alrededor, no vio a nadie y gritó:

—¡Sam!

El cuerpo entró precipitadamente, medio dormido, con un frasco y un cepillo. Era un muchacho alto, de tez pálida, un año mayor que Dick. Habían crecido juntos. En silencio, empezó a enjabonar a su amo hasta conseguir espuma. Frotó con emolientes el cuero cabelludo de Dick, le afeitó con maquinilla de afeitar, y finalmente acercó el rociador para enjuagarle.

Sam siempre llevaba colgando el labio inferior y sus enormes orejas eran muy sobresalientes. Entre sus omoplatos llevaba marcada en tinta púrpura la palabra "BUCKHILL" y debajo una serie de números rodeados de hojas púrpuras. Callado y soñoliento aún, envolvió a su amo con una toalla y comenzó a secarle.

—Sam, hoy es mi último día en Buckhill —dijo Dick.

—Sí, amo Dick. Mañana se marchará a Colorado.

—Estaré ausente cuatro años. Cuando regrese tendré más de veinte.

—Es verdad. Tendrá usted veinte años. Cierto, amo Dick.

Dick soltó un bufido, con una vaga sensación ultrajada. De acuerdo, el chico era sólo un "cuerpo" —o "esclavo", esa palabra anticuada que papá prefería oírle decir—, pero era de suponer que incluso los cuerpos tenían sentimientos. Los que salían en revistas y teledramas siempre gimoteaban apenados ante la idea de que sus jóvenes amos se marcharan. Entonces, ¿qué diablos le ocurría a Sam?

Entonces descubrió que tenía hambre y se olvidó del asunto.

—Tomaré huevos con jamón —dijo Dick, cogiendo la toalla—. Después, algunos pastelillos, Sam... y café con leche. Diles que se den prisa, estoy muñéndome de hambre.

Mientras el cuerpo pedía el encargo por teléfono a la cocina, Dick sacó la ropa del armario y empezó a vestirse. De paso, encendió la pantalla de televisión de la pared: estaba sintonizada con la KING-TV de Buffalo Keep, y Dick miró de soslayo las frenéticas cabriolas de los músicos al tiempo que seguían el ritmo con su cabeza. Le gustaba la música militar, era la única que entendía.

Sam había vuelto y estaba hablándole al oído; la música apagaba su voz.

—¿Qué? —dijo Dick, irritado—. Apaga eso.

Sam alargó la mano, acertando con el botón de la consola que había junto a la cama. La música fue extinguiéndose con eco áspero.

—Dice el cocinero —repitió Sam— que está muy atareado con el banquete y no puede prepararle el desayuno. Tendrá que enviarme usted a los Almacenes o...

—¡Maldita sea! —dijo enojado, y, haciendo una pausa, escondió el estómago mientras cerraba la cremallera de sus ceñidos pantalones de color azul y azafrán. El traje no fue hecho para tomar tantas precauciones: estaba aumentando de peso otra vez—. ¿Por qué se armará tanto jaleo cada vez que hay un banquete en perspectiva?

—¿Señor?

—Olvídalo. Ahora vete, pronto. Iré yo mismo a por mi desayuno.

En el corredor, dos "cuerpos" vestidos con monos se afanaban en desmontar por separado uno de los paneles de la pared para colocar otros nuevos, idénticos, salvo que los viejos se volvían verdiazules a causa de la corrosión y éstos, en cambio, eran de bronce bruñido, recién salido del Gismo.

Dick reconoció las figuras de los bajorrelieves: eran viejos amigos. Estuvieron en este corredor toda su vida, pasando del color brillante al opaco en un ritmo eterno. Se detuvo para mirar una mano familiar que sostenía la culata de un rifle, y el rostro duro, familiar, que había un poco más arriba. Ambos de metal bruñido, resplandeciente... nuevos, renacidos.

En la parte de abajo, el Gran Salón estaba desierto, a excepción de un "cuerpo" que se afanaba limpiando, con los brazos sudorosos. Bajo las luces, las hileras de mesas estaban desnudas; aún no se habían puesto los manteles.

El enorme reloj eléctrico señalaba las siete y veinticinco. Los padres de Dick debían estar acostados aún, así como su hermana Constance, que últimamente se había vuelto perezosa. Sus hermanos Adam, Félix y Edward quizás estaban ya levantados, pero cualquiera sabía dónde se encontraban ahora. Siendo unos niños tan insensibles, lo más probable es que estuvieran paseando en barca o montando a caballo, sin importarles en absoluto que a Dick le gustara verles la última mañana que pasaba en casa.

Se dio cuenta, tardíamente, de que este malhumor se debía a que no había desayunado todavía. Aunque se le atragantaran los huevos artificiales, necesitaba comida en el estómago.

El Almacén era una bóveda fría, iluminada por grupos aislados de fluorescentes en el techo. En uno de los círculos de luz había algunos "cuerpos" apretujados en torno del mostrador de Fossum. Dick tardó bastante tiempo en llamar la atención del anciano. Se acercó un poco más, abriéndose paso empujando con los hombros.

Los ojos de Fossum estaban irritados, con ribetes rojos; su venosa nariz corva y su cabeza estrecha cubierta de cabello ralo le daban aspecto de pollo ávido de engullirse gusanos.

—¿Qué? ¿Qué? —decía Fossum—. ¿Un centro de rosas con qué? Lirios del valle... Muy bien. ¿Y un centenar de qué? ¿Globos? ¿Por qué no lo dijo antes? No griten todos a la vez. ¿Quieren esperar un momento? Diecisiete candelabros... Sí, los tengo. ¡A callarse! Tienen que esperar. ¡Un momento! ¡No puedo hacerlo todo a un tiempo...!

—¡Fossum! —bramó Dick.

La expresión del viejo se agrió más aún. Inquieto y a regañadientes, escuchó mientras Dick encargaba su pedido. Garrapateó unos símbolos

en su libreta e hizo como si fuera a atender al siguiente "cuerpo" impaciente.

—Ahora, Fossum —dijo Dick, acercándose más.

Refunfuñando, el viejo se alejó por la nave, arrastrando los pies, bajo el círculo de luz fría que le seguía. Se detuvo debajo del rótulo colgante que decía "Alimentación". Al igual que todos los demás, los estantes altos de esta sección estaban divididos en casillas, cada una de las cuales tenía capacidad suficiente para un objeto pequeño y retorcido. Había millares de estas casillas en los estantes dispuestos a lo largo de la parte interior de la enorme bóveda. A primera vista parecían guijarros de formas extrañas o raíces secas.

Fossum pasó su nudoso dedo índice por la fila de casillas, se detuvo en una de ellas y cogió en la palma de la mano el objeto pequeño y duro. Rezongando aún, penetró en la Sala del Gismo. La puerta maciza se cerró tras él.

Dick se sentía inquieto. Sabía que ese objeto extraño era algo llamado un "prototipo detenido" o "prote" para abreviar. En resumidas cuentas, era su desayuno en miniatura, apenas reconocible, preparado veinte años atrás quizás y duplicado por el Gismo, pero de manera incompleta. El proceso fue interrumpido en la mitad, de forma que de allí no salió un plato de huevos con jamón recién hechos, sino una materia informe para ser almacenada en una casilla y conservarse indefinidamente. Cuando Fossum colocara ese objeto pequeño y retorcido en el lado primario del Gismo, y quitara el inhibidor, por la otra terminal aparecería una copia exacta no del "prote", sino del desayuno original.

Para Dick el proceso era fastidioso y familiar. Si se lo hubieran preguntado, habría dicho, no muy convencido, que el Gismo era una maravilla. Pero en realidad daba por supuesto que existiera como la TV o los helicópteros. Dick también sabía que debía su propia existencia y la del mundo que le rodeaba al anónimo inventor del Gismo. El invento databa de unos setenta años atrás, pero eso era historia... Lo único que ahora le interesaba era saber si el "prote" escogido por Fossum era correcto o —cosa muy probable— sería una mala imitación.

El viejo ya volvía, caminando pesadamente en el círculo de luz. En su carrito había una fuente humeante. Se detuvo para depositar el "prote" en su nicho. Momentos después, colocaba la fuente encima del mostrador. Huevos, tocino, tostadas, café y leche. Las doradas yemas temblaban, a punto de romperse.

Dick sofocó un grito de exasperación.

—Fossum, pedí los huevos *muy cocidos...*

—¡Oh, diablos, qué más da!

Con un gesto le indicó al "cuerpo" que tenía más cerca que recogiera la fuente, siguiéndole, malhumorado, a uno de los reservados para comer alineados a lo largo de la próxima pared.

El día estaba echado a perder, sin duda. La comida duplicada no era menos nutritiva ni sabrosa, naturalmente, pero era cosa de principios. Por regla general, sólo los "cuerpos" comían alimentos duplicados. La gente comía alimentos guisados especialmente. Cierto que la mayoría de los ingredientes eran artificiales, duplicados también, y por

consiguiente no era tan crucial la diferencia; pero la había.

Comió con apetito, pero, insatisfecho, apartó a un lado del plato los restos de clara manchados de amarillo, dio un mordisco a otra tostada y, renunciando al fin, tiró la fuente, los cubiertos de plata y lo demás al conducto para desechos.

A pesar de todo, la cosa cambiaba después de haber comido. Huraño aún, pero sintiéndose algo menos irritado, Dick salió al corredor, pasando por delante de las cocinas con sus tentadores olores a pollos asados y pasteles, hasta salir por la puerta de la ladera montañosa. El aire era frío y olía a flores, y un poco a césped recién cortado. Se oía el ruido claro y seco de un hacha desde abajo. A pesar suyo, Dick hizo una profunda inspiración, sintiéndose contento. Echó a caminar ligero colina abajo, por el sendero.

Unos diez metros más abajo, se detuvo para mirar atrás.

Por encima de él, Buckhill se erguía con impresionante grandiosidad, gris, bajo el sol. Parecía como si el reino mineral hubiera tratado de crear un gigante propio en la ladera montañosa, consiguiéndolo sólo a medias. El monstruo incompleto dormía en espera del segundo espasmo de esfuerzo que le diera vida.

La vieja posada, una masa de piedras en forma de C. de estilos vagamente alpino y vagamente español, por partes iguales, fue construida como hotel de turismo en época de la democracia, en aquellos días en que los Poconos fueron invadidos por gente que venía de vacaciones desde Nueva York y Filadelfia. El primer Hombre de Buckhill agregó las fortificaciones y las tres torres de piedra de vigilancia. El segundo Hombre, y primer Jones (un sobrino del famoso Nathan MacDonald cuyo retrato estaba colgado en el Corredor Largo), construyó el campo de aterrizaje, así como numerosos refugios subterráneos y posiciones de artillería. Pero el tercer Hombre —él tío abuelo de Dick— únicamente añadió algunas pistas de tenis, huertos de calabazas y cosas parecidas. Y, a excepción de la conservación y de algunas obras de jardinería, el padre de Dick, el cuarto Hombre, apenas hizo nada.

Para Dick, las cosas estaban bien como estaban. Buckhill se le antojaba perfecto. Cuando fuera él el Hombre, no haría ningún cambio. Incluso dejaría en su sitio las horrendas torres. Permitiría que Dunleavy consiguiera los mismos macizos de flores y de plantas para trasplantarlos por turno y por siempre jamás. Dick opinaba que la vida debía seguir siendo así.

Pero tenía dieciséis años y aún no era el Hombre. Y tendría que irse a Colorado por espacio de cuatro años.

El abuelo de Dick había tomado Buckhill con la ayuda de la familia MacDonald, que eran antepasados colaterales del actual Jefe de Colorado. En consecuencia, Buckhill estaba considerado todavía como centro preeminente de todo el litoral oriental por encima de Charleston Manor, y el heredero de Buckhill automáticamente se convertía en oficial de brigada del ejército del Jefe, prestando servicio durante cuatro años en Eagles, Colorado. Era un honor que esperaba con anticipado placer, y no podía rehuirlo aunque lo hubiera deseado. Así estaban las

cosas.

Mientras descendía internándose en la garganta, la sombra se cerró sobre su cabeza como el agua. Los viñedos y zonas cubiertas de musgo, a su izquierda, estaban húmedos. El aire estaba lleno de moho. Un poco antes de llegar a la primera curva, encontró a dos "cuerpos" jardineros que arrancaban tocones de un arce joven caído atravesado en el sendero.

Bajo las raíces al descubierto, la tierra era rica y húmeda. Los pedazos de leña recién cortada tenían un olor propio especial. Los dos "cuerpos" se apoyaron sobre sus hachas, en silencio, y esperaron. En la penumbra, sus ojos refulgían con matices blancos y azulados. Dick pasó por encima del tronco caído y prosiguió su camino.

Más adelante, el aire estaba encalmado como si lo hubieran derramado, dejándolo que se posara. Al pasar, Dick se acercó al margen, rozando con la mano una mata de licopodios de romas y suaves espinas. Los había de tres especies, creciendo juntos, al alcance de su mano. Aprendió sus nombres, sin esfuerzo, durante sus innumerables paseos por este paraje, con Padgett, el tutor.

Ahí tenías botánica; sí, y petrología un poco más adelante, donde estaban abiertas las páginas del gran libro de piedra: caliza, arenisca roja, marga.

Botánica, ecología, silvicultura... Dick se detuvo debajo del tronco inclinado de diez pies de la Cicuta William Penn.

Un momento después, franqueó la pequeña pendiente para plantarse de pie encima, y rodeó con sus brazos la corteza áspera, escamosa. Al levantar la mirada, vio el enorme tronco precipitándose a lo lejos, tan inclinado y desnudo que encontró fastidioso seguirlo: el árbol parecía inclinarse, no hacia arriba, sino eternamente abajo, hacia un insondable mar verde.

Se apartó de nuevo, sintiéndose empequeñecido y deseoso de pedir perdón, como siempre que, tocaba el árbol enorme. "Sin permiso", fue la primera frase que se le ocurrió. Pero, claro, eso era ridículo. Se volvió de espalda a él (¿por última vez?) y descendió otra vez.

Trató de escuchar el sonido del agua y ahora podía oírlo. El rumor se hacía más intenso a medida que Dick bajaba la escalera zigzagueante, pisando las tablas. Las cascadas superiores, crecidas a causa de las lluvias primaverales, provocaban un tronante torrente blanco que se desplomaba pesadamente en la laguna de arriba. La espuma llenaba el aire, casi ocultando el nicho abierto en la pared rocosa de enfrente, en cuyo suelo frío y resbaladizo estuvieron él y Adam tantas veces agazapados, jugando a Robinson Crusoe, al Capitán Nemo o a lo que fuera...

Siguió el curso de la corriente, dejando atrás la sombría laguna del centro, hasta salir al angosto valle. La luz del sol aún no había llegado hasta aquí, pero había un difuso resplandor desde arriba, parecido a un amanecer de invierno.

El agua era clara como hielo derretido y casi igual de fría en la laguna inferior y en el arroyo que cubría apenas las piedras rojizas separadas sorprendentemente por líneas de verdes algas. Cruzó el puente y siguió

bajando por el otro lado, disfrutando el silencio que le rodeaba a medida que se alejaba del ser humano más próximo.

Este era el corazón de Buckhill. Más arriba, los pájaros llenaban de ruido los campos —arrendajos, estorninos, cornejas, cardenales—, pero aquí abajo, ni un sonido. Ni siquiera se oía el rumor de las cascadas. Era el escondite secreto, tranquilo, que todos los demás rehuían. Y él le decía adiós.

Cuando por fin se levantó de la orilla herbosa, pensó que había pasado allí más tiempo del previsto. No podía calcular el tiempo, que en el valle parecía pasar a ritmo distinto. Mejor dicho, era como si el tiempo no pasara hasta el momento en que uno despertaba con sobresalto, descubriendo que los músculos dolían y el estómago estaba vacío.

Eso le hizo recordar que no habría almuerzo a causa del banquete. Cruzó el puente de más abajo y comenzó a trepar cuesta arriba, regresando a la casa por el camino de herradura.

Antes de que transcurrieran quince minutos, el sol, que ya estaba alto en el cielo, inundaría el valle Empezaba a notarse el calor. Cuando llegó a las colinas, Dick tenía el rostro encendido y sudoroso.

Dentro, el calor era más intenso aún; un infierno culinario de narices escarlatas salpicadas de sudor, delantales, maldiciones, entrechocar de platos. El aire irrespirable estaba espesado por los olores de pavo, ganso, faisán, capón, pichón; olía a carne de venado, pastel de carne, cerdo, cordero, a ostras al vapor, almejas, camarones gigantes, langostas, cangrejos, a bacalao, albacora, platija, caballa, pez espada, salmón, a compotas y picantes, quesos, budines, a pan, bollos, bizcochos, pasteles pequeños y grandes.

Los ayudantes de cocina, de ojos hinchados, iban corriendo de un lado a otro. Se cerraban de golpe las puertas de los hornos, los platos chocaban ruidosamente, los hombres, al borde de la locura, gritaban y sus gargantas estaban resecas. Cayó al suelo una bandeja metálica, y al estruendo siguió el estrépito de los cacharros rotos. El más joven de los pinches lanzó un chillido y los cocineros soltaron imprecaciones furiosas contra él.

Dick aprovechó la ocasión para escurrirse hacia la parte de atrás de una mesa cargada con adornos florales (oliendo todos a grasa caliente), hasta alcanzar el mostrador donde estaban colocados los quesos cercados por pequeñas cuñas. Dick se cortó un buen pedazo de queso y, cogiendo un jarro de leche con la otra mano, salió a escape.

Le traía sin cuidado que la leche y el queso fueran artificiales. Había escamoteado de la cocina esta comida sin pedírsela a Fossum, como si fuera un "cuerpo". Comió bajo un emparrado junto a la bolera encrespada, escondió las sobras en un matorral y echó a andar colina abajo, pasando por delante de los pabellones y los campos de tenis.

Cada centímetro de estos lugares desbordaba recuerdos; la tierra, las malas hierbas de los rincones más insólitos, la misma hierba eran las mismas año tras año. Todo era conocido y familiar para el oído, la vista y el olfato. Se detuvo en el borde del campo de prácticas, donde el armero, el pequeño Blashfield, estaba lanzando gritos a su pelotón de

torpes:

—¡Hup! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Derecha, ar! ¡Derecha, imbéciles!

El sol arrancaba destellos de las culatas de los rifles de imitación. Las piernas a franjas verdes se levantaban y bajaban.

Ahí había la Fila de Artesanos, elevándose las olas de calor de los hornos de los alfareros, como de costumbre. Y el golpeteo intermitente de los cobertizos bajos donde trabajaban los tallistas y los remendones. Bostezaba un perro mestizo, rascándose la oreja. Al ¡clang! ¡tink! ¡clang! ¡tink! procedente de la herrería, le remplazó un grato silencio. En lo alto del roble marchito empezó a cantar un pájaro. Sintiéndose íntimamente feliz, Dick continuó andando hacia los establos.

Los muchachos sometidos a adiestramiento estaban sacando fuera a los caballos árabes y puras sangres, grises y pardos, y las altivas cabezas asirías daban tirones a las bridas.

Durante unos instantes, Dick los contempló con el placer de un entendido. Después se acercó a su favorito, "Gypsy Fiddler", que estaba en su cuadra. Al castrado animal ya le habían limpiado por la mañana y su piel brillaba como la seda. Levantó la cabeza al ver a Dick, relinchando y estirando la cabeza por encima del portillo de la cuadra.

”Gyp" tenía tres años de edad, un pecho ancho y cuerpo macizo: en opinión de Dick, era el caballo ideal para montar por terreno difícil.

Se aproximó uno de los caballerizos:

—¿Lo montará esta mañana, señor?

Dick despidió con un ademán al muchacho y ensilló al animal.

Subieron por la senda que bordeaba los prados y los huertos de manzanos en flor. Arrullado por la brisa y el movimiento, Dick se entregó al sueño de imaginarse luciendo un vistoso uniforme, un casco emplumado, al frente de una tropa de caballería, yendo al encuentro de un enemigo vagamente imaginario.

Pero... cuatro años...

Pero si cuatro años atrás, a los doce, él no era más que un renacuajo.

Se había roto la pierna en el hielo, aprendió a saltar desde el trampolín, recibió los elogios de Blashfield por su excelente puntería, aumentó de estatura unas nueve pulgadas, empezó a afeitarse, mató su primer gamo... Todo esto, y otras muchas cosas, en cuatro años.

Se imaginó regresando a casa, alto, arrogante, con las mejillas más delgadas y más anchos los hombros, con una nueva visión de las cosas. Su madre le esperaba en la puerta. Había llorado:

—¡Oh, Richard, tu padre ha...!

Dejó de soñar con un respingo. El caballo había franqueado el sendero, llevándole hasta Skytop. A su alrededor, el cielo era un enorme bol azul, y a lo lejos, al norte, Dick descubrió un destello luminoso: era una dina o un helicóptero que descendía. Un instante después, vio otro, y luego un tercero. Empezaban a llegar los invitados.

Capítulo V

Había mucha gente y ruido en el Salón Superior. Las mujeres se envolvían en nubes de gasa, algunas llevaban las mejillas pintadas

como muñecas, otras sólo mostraban los colores naturales de la comida, el vino y la vida al aire libre. Ellas se lamentaban del viaje, hablaban de los niños, se dedicaban nerviosas inclinaciones de cabeza entre sí, cual gallinas que no acertaran a saber a quién dar los picotazos.

Los "cuerpos" iban presurosos de un lado a otro, sobrecargados con los equipajes, las raquetas de tenis favoritas, los anoraks, trajes de baile, sillas de mano plegables, toda suerte de cosas insólitas. Había más niños que nunca: algunos con las narices sucias, otros mareados del viaje, algunos corriendo entre la multitud, otros sentados en el suelo, aullando. Los hombres, todas las personas menos notables de los Poconos y áreas circundantes, deambulaban con paso majestuoso lanzando miradas de soslayo, visiblemente armados, atusándose los fieros bigotes, como perros en una perrera extraña.

Dick descubrió a su padre en el centro de un grupo de hombres que fumaban puros. Dick pasó de refilón:

—Quería esperar a que pasara el segundo celo para emparejarla, pero... ¿Qué opina sobre esto? Oye, muchacho, pásame la caja. Admirable fusil de aguja... diseño "Chassepot", 1870. El viejo Flack me lo cambió por dos perros labradores... Sí, sólo existen estos dos ejemplares de estas revistas ilustradas. Hay pocas personas que hayan oído hablar de *The Bungles,* pero en mi opinión...

Así era su padre. Se le iluminaban los ojos de entusiasmo cuando hablaba de las tiras de dibujos que publicaban los periódicos del siglo XX. Poseía un gran número de estas tiras, laminadas en hojas de plástico y bien archivadas en la Sala de Dibujos Las coleccionaba desde que era un muchacho.

Hizo un ademán ausente al ver a Dick y siguió hablando:

—...Resulta una ironía, pero para comprender realmente esa época es preciso estudiar *The Bungles.* A propósito, tal vez no sepan que Tuthill interrumpió la serie de tiras de dibujos el día que se cansó de hacerlo. No hubo ningún otro artista que le sustituyera. Es asombroso teniendo en cuenta la codicia de dinero que tenía entonces todo el mundo...

El padre de Dick, el cuarto Hombre de Buckhill, no era alto, pero tenía un cuerpo esbelto, facciones delicadas y una tez clara. Era fuerte y ágil, empero, y nunca dio a entender que le cohibiera su escasa estatura. Gobernaba en Buckhill con firmeza y eficiencia. No había ninguna hacienda mejor administrada en todo el Este.

George Jones de Twin Lakes, el hermano más pequeño del Hombre, daba la impresión de proceder de otra familia: era alto, de huesos recios, mandíbula y frente de bruto. Había engordado en los últimos años y ahora tenía un estómago impresionante debajo de un chaleco de brocado verde.

Viéndoles juntos, uno creería que George era el mayor de los dos hermanos. Sus facciones tenían cierto aire macizo de los MacDonald y él lo acentuaba peinando su cabello áspero, salpicado ya de gris, en un mechón que le caía sobre la frente.

—Sé razonable, Fred —estaba diciendo cuando se les acercó Dick—. Se te calculan quinientos "cuerpos", incluyendo la guardia, y yo sé

positivamente que hay por lo menos seiscientos. Es ignominioso... Debiste empezar a darles un escarmiento cinco años atrás, ahogando a los recién nacidos.

El padre de Dick movió la cabeza con decisión:

—Jamás haría eso, George, ni siquiera a un esclavo.

—Bien, entonces más te valdrá empezar a cortarles el dedo con que aprietan el gatillo. Te lo digo por tu bien, Fred. Eres demasiado blando con ellos. Tal vez pienses que eso siempre seguirá igual, pero tarde o temprano el Jefe mandará a un inspector y entonces tendrás un lío gordo.

Dick se alejó unos pasos, con inquietud. Lo había oído decir centenares de veces y esperaba volver a oírlo infinidad de veces más. Los días de visita habían sido, hasta un mes atrás, y salvo por algunos aspectos agradables, un verdadero fastidio. Ahora descubríase a sí mismo escuchando con irritable interés; no le producía placer, pero era incapaz de distraer su atención hacia otras cosas.

Había una forma familiar, el pequeño Echols de Scaroon, con su abultado estómago cubierto por un chaleco escarlata, el cigarro en una mano y la copa de champaña en la otra. Su apariencia no era en absoluto estética, pero estaba presente en todas las fiestas de la región. Y Dick experimentó un curioso sentimiento de nostalgia al pensar que no volvería a ver ese chaleco durante cuatro años o tal vez nunca jamás.

De la multitud salió otra figura que vino hacia él: la reconoció sin ningún agrado. Era su primo Cashel, el hijo único de tío George. Cashel, dos años mayor que Dick, era un muchacho huraño, de cabeza apepinada y cabellos de color negro sucio.

Cuando eran niños, él y Dick peleaban por cualquier motivo cuantas veces se reunían las familias. Al contrario de lo que era de suponer, no nació amistad alguna de estas peleas infantiles. Al hacerse mayores, aprendieron a tolerarse, pero aumentó su mutua antipatía. Dick consideraba a Cashel un resentido malicioso, y muy feo. Se daba cuenta de que a Cashel le amargaba ser el primogénito de un segundón; codiciaba Buckhill por razones torcidas sin excepción.

Pero siendo el heredero, a Dick le correspondía compartir las obligaciones del anfitrión.

—Hola, Cash —dijo al tiempo que le tendía la mano—. Me alegro de que pudieras venir y todo eso.

El apretón de manos fue rígido, desprovisto de entusiasmo.

—Bueno, ¿necesitas algo? —preguntó Dick—. Si deseas ir a los lavabos, están en esa habitación.

—No, ya fui, gracias —dijo Cashel impulsivamente. Un instante después su expresión dejó adivinar que se arrepentía de no haber aprovechado el pretexto para irse—. Tengo un poco de sed —agregó, esperanzado.

Obligado por la cortesía, Dick tuvo que preguntar:

—¿Champaña? ¿Tokay? ¿Cerveza? —alargando el brazo para detener a uno de los camareros—. ¿Clarete? —insistió ante la indecisión de Cashel—. ¿Oporto? ¿Riesling?

—Riesling —aceptó Cashel—. Sí, tomaré Riesling. Bueno, supongo que encontraré por ahí algún otro camarero. —Empezó a alejarse.

Fue una frase desafortunada. Dick se picó:

—Me figuro que habrá uno o dos —dijo, recalcando las palabras—. Espera un poco, ¿quieres?

Dirigió una rápida mirada de indignación a Cashel, abordando al infeliz camarero con la misma expresión, y el pobre diablo, sobresaltado, agitó la cabeza y desapareció rápidamente entre la muchedumbre.

Hasta que regresó el camarero, Dick y Cashel mantuvieron las miradas fijas en algún punto por encima de sus respectivas cabezas, sintiéndose incómodos. El sirviente llegó con otro camarero que empujaba otro carrito parecido al suyo. El segundo camarero descorchó una botella de vino de color de paja, y después de llenar dos copas entregó una a Cashel y otra a Dick.

—Riesling —dijo Dick con frialdad.

Cashel aceptó su copa.

—Justamente lo que quería —dijo con falsa cordialidad. Tomó un sorbito—. No está nada mal.

—Sólo lo supera el Rudesheimer —dijo Dick, indiferente—. Si lo deseas, puedo encontrarte un Mohawk del 75.

—No, no, éste está bien.

Por un momento se miraron inexpresivamente, con las copas en la mano. Se daban cuenta de que se encontraban en una situación de la que ninguno de los dos podía salir airosamente. Cashel hizo como si fuera a apurar el vino de un trago, pero se contuvo, con el consiguiente alivio por parte de Dick: eso hubiera representado para él, como anfitrión, ofrecerle otra copa, y para Cashel tener que bebérsela.

—¡Qué diablos! —dijo Dick finalmente—. Oye, Cashel, cada uno tenemos una opinión particular acerca del otro, pero eso no significa que no podamos tolerarnos durante media hora, ¿verdad? Vamos, oiremos música.

Se trataba de una importante concesión. Dick aludía al Dixieland, una forma ruidosa a la que Cashel era aficionado y que a Dick le ponía nervioso como a un perro de caza. Cashel se animó visiblemente.

—¡Me parece estupendo!

Se dirigieron hacia las habitaciones interiores. Por el camino, Dick tiró su copa de vino casi intacta en la primera mirilla de horno, y Cashel hizo lo mismo.

La masa de gente empezaba a dispersarse. Mientras se adentraban en la casa, encontraron grupos pequeños por doquier: algunos contemplaban las colecciones y trofeos, otros miraban la TV o el cine, estaban sentados jugando a cartas, algunos comían y bebían, otros hojeaban libros, daban pellizcos a las sirvientas, otros, ya embriagados, estaban cantando, y tampoco faltaban los grupos que hablaban mientras paseaban sosegadamente.

Dick encontró a los músicos que buscaba en una de las salitas más pequeñas. Tocaban baladas del siglo XX para una media docena de hombres y mujeres que no les hacían el menor caso.

Dick llamó la atención del director de orquesta. Era un hombre maduro de cabellos grises, llamado Bucky Williams. Al igual que todos los músicos, Bucky nació en la hacienda y fue instruido por su predecesor. Algunas personas opinaban que esto era una pérdida de tiempo —era mucho más sencillo obtener un "prote" del artista sacándole un duplicado cuando el primero se gastaba—, pero el padre de Dick tenía prejuicios contra la operación de duplicar a los "cuerpos".

—¿Dixieland? —dijo Bucky—. Sí, señor.

Intercambiaron miradas él y los otros cuatro músicos. Los trompetas humedecieron los labios, el pianista y el tambor iniciaron un ritmo inconcreto y, en opinión de Dick, los cinco comenzaron a emitir cacofonías independientes. Flotaba una melodía anticuada como fondo, pero cada vez que coincidía con ella alguno de los músicos, los demás parecían considerar la conveniencia de no inmiscuirse con ella.

Sentado, Dick padeció el primero, el segundo y el tercero de los paroxismos.

Se sentía peor que si tomara una purga, pero aguantó la prueba hasta que el más agradable de los sonidos dominó la música del combo.

—*Va a empezar la competición de armas ligeras* —anunció el altavoz instalado en la habitación—. Se ruega a los participantes que ocupen sus puestos. La primera prueba se hará con rifle, al estilo libre, abierto, a cincuenta y una yardas.

Se extendió un murmullo de voces en las habitaciones contiguas. Oyéronse algunas exclamaciones de júbilo, pasos apresurados en la sala, colisiones, maldiciones y, dominando toda la barahúnda, las llamadas irritadas de los zumbadores de veintenas de "cuerpos".

Dick sacó su caja de señales, pulsando el botón, pero no se encendió la luz de respuesta. Probablemente Sam se encontraba demasiado lejos. Los pequeños transmisores de ondas tenían un alcance de ciento cincuenta yardas solamente... Podría ser también que el transmisor se hubiera estropeado antes de lo acostumbrado. Este modelo tenía un defecto que nadie había podido localizar y, generalmente, funcionaba bien durante tres semanas.

En cualquier caso, ya había encontrado la excusa para dejar a Cashel inmediatamente. Dirigiéndole un ligero saludo a su enemigo con la cabeza, Dick salió al corredor, abriéndose paso contra la corriente de invitados que regresaban a la escalera mecánica. No tuvo dificultad en encontrar a Sam, abajo en el Gran Salón, donde ayudaba en las tareas de colgar los adornos. Con una mueca de alivio, el "cuerpo" fue en busca del carrito de armas de Dick.

La decoración del Salón estaba casi terminada. Las paredes aparecían profusamente adornadas con los capullos híbridos de los jazmines de Dunleavy. Todas las mesas, cubiertas con manteles de lino, tenían su centro de flores y resplandecían de cristal y plata bajo las lámparas. Los músicos ocupaban sus puestos en su glorieta. Los camareros, en actitud nerviosa, aguardaban cerca de las puertas de la cocina mientras Perse, el mayordomo, y dos jefes de camareros, iban de mesa a mesa, colocando mejor un vaso ahí, una servilleta allá...

Dick ya no recordaba haber comido. Sentía un vacío en el interior y

escamoteó un puñado de nueces del aparador para llenarlo.

Sam ya volvía con el carrito. Mientras andaban, Dick comprobó su contenido: "Carabina Marlin", "Winchester 375", "Remington 10", el "Schloss 12" —un ejemplar único, hecho a mano, con una placa de "no duplicado" en su culata—, el "Mannlicher-Schoenauer 308", y cartuchos para todas ellas. El bastón-trofeo de cinco pies, los extensores y prismáticos en sus grapas acolchadas, la pistola "Ruger 22", el arma corriente "S. y W. 38", "Colt 45", y sus municiones. Los calibres parecían limpios, a primera vista, pero había una mancha de moho en el cañón de la "Remington". Tomó nota de ello mentalmente. Era hora de tirar todas las armas, a excepción de la hecha a mano, para sustituirlas por duplicados que le daría Fossum. Abrochó la hebilla de la funda del arma de cada día, por rutina. Estaba acostumbrado a sentir el peso en su cadera cuando disparaba o iba a disparar con cualquier arma.

Casi todos los invitados se les habían adelantado. Atravesaron grupos de mujeres, más indolentes, que seguían parloteando de sus cosas, con los rostros encendidos por los licores y la sociabilidad, y grupos dispersos de niños, perros y sirvientes desorientados. Pero aún había tiempo: la tribuna situada por encima del campo de tiro sólo estaba ocupada en su cuarta parte, y la mayoría de los jóvenes se hallaban de pie en pintorescas actitudes en la ladera de la colina, sosteniendo cada cual, con indolencia, su bastón-trofeo que llevaba talladas franjas en colores blanco, amarillo y rojo. Algunos de los más jóvenes, en particular aquellos cuyos bastones-trofeos estaban desnudos, estaban dedicados a competiciones improvisadas por su cuenta: lucha libre, boxeo, judo, salto, lanzamiento de cuchillo, a escupir y revolcarse por el suelo. Un poco más arriba, en la ladera, las institutrices habían acorralado a varias docenas de los niños más pequeños, tratando de ocuparles en el juego del corro y, como siempre, sin mucho éxito: por encima del murmullo del gentío se oían las vocecitas de protesta.

Pasaron junto al reverendo doctor Hamper, sentado en cuclillas sobre un montículo, abrazándose las rodillas eclesiásticas, cabizbajo, con la pipa coleándole de la boca y escuchando, sonriente, al sacerdote visitante américo-católico, procedente de Fontainebleau. Existía en Buckhill la general opinión de que Hamper era un capellán mediocre, y se recordaba a su predecesor, el reverendo doctor Morningside, como modelo de sucinta elocuencia. Pero fue el mejor ministro episcopalista nacido de forma natural que se consiguió en Buckhill... Las grandes familias del Este habían duplicado tantos, que empezaban a escasear los naturales.

Más adelante se produjo un tumulto de gruñidos y gañidos.

A través de la gente que se agolpaba allí, Dick descubrió a los dos perros. Uno era un precioso perro pastor, el otro uno de mala raza, un grotesco mestizo que, a juzgar por su aspecto, debía ser mezcla de San Bernardo, de Dobermann y a saber de qué otra casta.

Apretujados en el ancho círculo que se había formado, Dick y el "cuerpo" miraron con interés. Era una buena pelea, pero cuando el perro pastor llevaba la peor parte, se adelantó un hombre vestido con

blusa verde y calzones cortos que disparó una pistola. Sobresaltado, el pastor se apartó. El perro mestizo se retorcía, herido en los cuartos traseros. El de verde apuntó con cuidado y esta vez le disparó a la cabeza. El animal se convulsionó una vez más y quedó inerte. La gente empezó a dispersarse. Mientras Sam y él se alejaban, Dick se volvió a mirar, presenciando un espectáculo desagradable: un "cuerpo", un muchachito vestido con el uniforme de Buckhill, estaba arrodillado, con la cabeza apretada contra el pecho del perro, y a su lado, en la hierba, había una bandeja llena de vasos derramados.

Muy bien, si los "cuerpos" se obstinaban en tener animales domésticos, permitiendo que se reprodujeran a voluntad, ¿quién podía impedirlo? Abajo, en el llano, la orquesta iniciaba los acordes de *Buckhill por siempre jamás.* Era tiempo de ocupar las posiciones.

Ya estaban casi todos. Algunos de los primeros participantes habían empezado a disparar, y el olor acre de la pólvora sin humo flotaba en el aire. Dick ocupó el primer puesto vacante, descubriendo tardíamente que Cashel era su vecino. Cashel se volvió al mismo tiempo y ambos se miraron con abierto desagrado. Luego, encogiéndose de hombros, Cashel se dio media vuelta, diciéndole algo a su "cuerpo". Desde las nueve soplaba una brisa ligera. Sam le entregó la carabina cargada. A su lado, Cash disparó y una voz gritó:

—¡Diez!

Dick hizo una señal con la cabeza al "cuerpo" del monitor de TV, adoptó la debida postura e hizo fuego.

—¡Diez! —gritó el "cuerpo".

El "bang" del arma de Cashel casi estalló en su oído, y el "cuerpo" gritó:

—¡Nueve!

Dick disparó de nuevo.

—¡Siete!

No era muy bueno, pero ya se remontaría. Era mejor tirador que Cash, lo fue siempre. Pero hoy no. Tal vez la ruidosa multitud, o las frustraciones de la mañana habían influido en su baja forma. Cash estaba consiguiendo buenos tanteos de nueve y diez, mientras que Dick, aunque hacía los disparos con gran cuidado, conseguía resultados muy irregulares.

—Siete —gritó el "cuerpo" del monitor—. Nueve... Siete... Siete... —Hubo una pausa embarazosa—. Disparo fallado.

¡Fallar el tiro a cincuenta yardas y con su propia carabina! Se sintió abrumado por la mortificación. Hubiera querido ocultarse debajo de la plataforma de los tiradores o bien encasquetarle el arma en la cabeza al monitor de TV y salir corriendo. ¡Lo que tendría que oírle a Blashfield el lunes! Pero no habría otro lunes. Había vuelto a olvidarlo. De pronto, dejó de agradarle el contacto de la tela calentada por el sol en sus omoplatos. La carabina se había convertido en una barra de metal en sus manos. ¿Qué hacía en esa estúpida competición de tiro en lugar de pasar los últimos minutos en Buckhill despidiéndose de los lagos, de los bosques o de los establos?

—¡Diez! —dijo alegremente el "cuerpo" monitor; de Cashel.

Dick volvió la mirada, involuntariamente, viendo que el semblante sombrío de Cashel se iluminaba con una complacencia torpe, bobalicona. Se le secó la boca y empezaron a temblarle las manos. Tuvo la impresión de que lo único satisfactorio para él sería pisotear esa cara y hacerle tragar polvo...

Se volvió, temblando. Conocía su mal genio: había salido en eso a la familia de su madre. Todos los Dabney eran pendencieros y morían jóvenes.

—Si quieres morir en la cama —solía decirle Blashfield—, tendrás que moderar tu carácter o adquirir dos veces más destreza con las armas de la que tienes.

Pasó la primera prueba, con un tanteo ligeramente superior al del más torpe tirador. La segunda no fue mejor, aunque Dick procuró distanciarse bastante de Cash. Después, cuando pasó junto al marcador, lo miró sólo de refilón. No vio su propio nombre, pero el de Cash destacaba claramente precisamente debajo de los primeros diez.

Continuaba la mala racha de suerte. El descanso fue lo bastante prolongado para permitirle a Cashel salir de la multitud para alcanzarle. Todos los invitados regresaban a la casa. No había ninguna excusa para escabullirse y siguieron andando uno al lado del otro.

Cash dijo por fin:

—Por cierto, Dick...

—¿Sí?

Cashel se humedeció el labio inferior con la lengua, con expresión azorada.

—Respecto a lo de mañana... —y se interrumpió.

Dick se apartó a un lado, impaciente, para pasar junto a un grupo de matronas chismosas.

—¿Qué pasa con mañana?

—Me refiero —prosiguió Cash—, que te irás a Colorado y todo eso...

Dick se le quedó mirando.

—Quiero decir —agregó Cash, con un arranque final de candor—, que es justo que vayas tú en mi lugar.

Dick se quedó sin habla por un instante. Después apretó los puños, y se le hinchó el cuello. Cerró sus mandíbulas fuertemente. Era inútil. No podía contenerse.

—¡Oh, vete al infierno! —gritó. Y con un gesto de impotencia, giró sobre los talones y se alejó a zancadas.

Cashel le dio alcance al cabo de un momento. Su cara alargada estaba pálida.

—Oye, Dick, no tenías que hablarme así...

—¡Déjame en paz! —dijo Dick con dificultad—. ¿Quieres dejarme tranquilo, hombre?

—Escucha, Dick...

—¡Escucha tú! —replicó Dick, exasperado, incapaz de razonar—. ¡Por todas partes me encuentro con tu cara babosa! ¡Lárgate!

Cashel no se movió, pero su cara estaba lívida y las manazas le colgaban a los costados.

—Dick, perdona.

Dick le volvió la espalda, sin contestar. Cashel no le siguió.

La casa estaba llenándose de nuevo. Algunos invitados bajaban la escalera para asistir al torneo de bolos, otros organizaban partidas de cartas y de dados. Dick estuvo rondando todas las habitaciones de juegos y los salones. En el Salón Superior se tropezó con su madre, que paseaba serenamente con un grupo de señoras de vistosos sombreros. Le vio antes de que Dick pudiera escabullirse.

—¿Ocurre algo, Dick? —Le acarició la mejilla con la palma de la mano, ignorando su intento de apartarse—. Tienes fiebre, mi cielo.

—Fuera hace calor —dijo Dick.

—Señoras —dijo ella, sin volverse—. Creo que ya conocen a mi hijo Richard.

Impasible ante el coro de "¡Oh, sí!", "¡Cielos, qué alto estás!" y "¡Qué afortunado eres, jovencito!", ella clavó su mirada límpida, irónica, en los ojos de Dick.

La madre de Dick era una mujer alta, rubia, de porte arrogante como todos los Dabney. Tenía las facciones demasiado duras para ser hermosa —Dick y Constance se le parecían, cosa que a Dick le complacía interiormente y lamentaba por Con—, pero sus modales y carácter constituían el ideal de la esposa de un personaje importante. Era valiente como un hombre. Decían que en su juventud había derribado a un "cuerpo" enloquecido golpeándole con su palo de golf y que después continuó jugando como si no hubiera habido ninguna interrupción.

En esos momentos dijo:

—Por supuesto que si estás seguro...

Dick terminó con las obligadas reverencias e inclinaciones de cabeza a las amigas de su madre. Dijo después, sintiéndose muy incómodo:

—No será nada. Primero hablaré con papá... ¿Sabes dónde está?

—Mira en su cuarto de estudio.

Mientras se alejaba, ella le rozó el hombro con la mano al pasar. Después, su voz clara fue apagándose:

—...Como ya saben, este ala fue reconstruida por el padre de mi esposo allá por los años noventa...

Dick siguió caminando, apresurando el paso. Los invitados ocupaban todos los ascensores y tuvo que utilizar la escalera mecánica para llegar al último piso, donde trepó por la escalera que conducía a la torre. Una vez en el vestíbulo frío, en la penumbra, que olía a cuero, llamó con los nudillos a la puerta tallada de ébano. Después, entró.

Su padre estaba sentado ante una mesa de despacho de superficie de ébano, con la cabeza inclinada. Levantó los ojos de la carta que sostenía en la mano.

—¿Sí, Dick? —dijo—. Siéntate. En seguida estaré por ti.

Dick se sentó en el amplio sofá bajo la ventana que seguía la curva de la torre. Desde aquí, mirando la ladera del sur, podía ver el sol resplandeciente sobre el lago de las lanchas motoras. Los techos rojos de los establos asomaban por encima de los árboles, y más allá de todo eso aparecían las antiguas y grises fortificaciones. Ahora estaban invadidas por enredaderas y en ruinas, pero en los tiempos del abuelo

de Dick circundaron toda la hacienda: tres niveles de acero y hormigón, con paredes que en algunos sitios tenían un grosor de quince pies, y un foso que en otro tiempo podía llenarse de ácido gaseoso en diez minutos.

El primer Jones fue un hombre cauto, convencido de que un ataque contra Buckhill, si superaba la etapa de las pequeñas incursiones aéreas, se efectuaría en masa por soldados de infantería.

Al parecer, nadie atacó jamás Buckhill. (Cuando era niño, Dick imaginaba que su abuelo debía haber muerto sintiéndose muy decepcionado.) En años posteriores, la mayoría de las fortificaciones, habiéndose convertido en obstáculos, fueron demolidas. De ellas sólo quedaba ese trozo. Durante el doble de años de los que contaba Dick, no hubo ni siquiera una guerra local...

Se volvió a mirar a su padre, erguido en la silla de ébano tallada que parecía pertenecerle, aunque los brazos macizos del mueble le daban aspecto ahusado. La luz fría procedente del prisma del tragaluz, a unos veinte pies de altura, jugaba sobre su cabeza. En torno del pozo del tragaluz se elevaban ringleras superpuestas de estanterías conteniendo volúmenes pesados, solemnes, de cuero rojo y marrón, ricamente trabajados. Las ventanas estaban cerradas, el aire cargado con los olores del papel, el cuero, el tabaco, la madera pulida.

"Si fuera mi habitación —pensó Dick involuntariamente—, abriría todas las ventanas para dejar correr el viento..."

Mirándole a él, su padre dobló la carta y se recostó en la silla, sacándose del chaleco un reloj de caja de saboneta. Lo abrió y volvió a cerrarlo con un chasquido.

—Bien, Dick, ¿de qué se trata?

Dick contestó:

—Creo que Cashel pedirá autorización para desafiarme.

Trató de darse ánimo, sin saber por qué. Pero el Hombre sólo dijo:

—Cuéntamelo.

Eso hizo Dick, con toda la brevedad posible, y concluyó diciendo:

—Vi a Cash otra vez, cuando volví a casa, y creo que él me vio también, pero pasó de largo. Tenía una expresión rara.

—¿Sí?

—Me miró como si hubiera tomado una decisión.

El Hombre hizo un signo afirmativo, con aire cansado y pensativo. Extendió los papeles encima de la mesa, luego los apartó a un lado.

—Esto resulta molesto, Richard. Supongo que tú no le habrás provocado directa o indirectamente, ¿no es cierto?

Dick titubeó:

—No, creo que no —dijo a regañadientes.

—No voy a pedir explicaciones ni demostraciones de arrepentimiento —dijo su padre con voz precisa—. Tampoco voy a sermonearte. Estabais armados, provocasteis una pelea. Cuando te autoricé a llevar una pistola, accedí tácitamente a tratarte como a un hombre en cuestiones de honor personal. Así lo haré. Si hace ese desafío... —Sonó el teléfono.

El Hombre contestó:

—Sí, muy bien. Hágales subir. —Colgó de nuevo el aparato—. *Cuando*

haga ese desafío —prosiguió—, haré lo que pueda como cabeza de familia... Porque supongo que desearás que te represente, ¿no?

Dick tragó saliva con dificultad.

—Sí, papá, por favor.

—Muy bien. Si me pides consejo, te lo daré, naturalmente. Pero creo que la elección no es difícil: peleas o te echas atrás.

—Sí, señor —dijo Dick, humedeciéndose los labios. Se sentía aturdido, y, para ser completamente sincero, un poco asustado, pero de una cosa estaba seguro: no consentiría que el Hombre se avergonzara de él.

Pasó considerable tiempo antes de que se abriera la puerta y entrase tío George. Le seguían detrás su cuñado, tío Floyd Logan, y un primo de tía Jo Anne, llamado Alee Brubaker. Tío Floyd era mayor que los demás: moreno, panzudo, con mala dentadura. El primo Alee era rubio, nervioso y delicado. Cashel entró el último, con expresión hosca.

El padre de Dick les observó con frialdad.

—Aunque estaréis un poco estrechos, creo que os sentiréis cómodos en el sofá —dijo—. Dick, trae una silla para Cashel.

Tío George tenía la cara más enrojecida aún por la cólera cuando habló:

—Fred, temo que me comprendiste mal... Este asunto es privado.

El Hombre enarcó una ceja.

—¿Y bien? Tu hijo Cashel está presente.

—Cashel es la parte ofendida.

—Si le ha ofendido uno de mi familia —replicó el Hombre secamente—, dudo que fuera mi esposa o mi hija. Y mis otros hijos son demasiado pequeños para tomar en serio lo que digan. Si no me equivoco, sólo queda Richard.

Tío George asintió.

—Pues *bien,* Fred, es Dick.

—En este caso, es mejor que se quede. Y puesto que has traído a tus otros parientes... —El Hombre pulsó el zumbador de su mesa de escritorio.

—Es un asunto de familia, Fred —dijo tío George.

—Precisamente. —El Hombre le dijo al "cuerpo" que apareció en la pantalla de su mesa—: Localiza al señor Orville Dabney y al señor Glenn Dabney, y ruégales que tengan la amabilidad de reunirse con nosotros. —Desapareció la imagen. El Hombre miró con frialdad, en silencio, a sus invitados. El silencio se prolongaba.

Por fin entraron los dos tíos maternos de Dick, con aire sombrío y cauteloso: ambos eran altos, rubios, de facciones acusadas, ojos azules penetrantes y manos velludas. Orville Dabney, el mayor, tenía la costumbre, de todos conocida, de lanzar a los hombres por encima de su cabeza a la menor provocación y preocuparse después del protocolo. Glenn Dabney, que lucía un bigote generoso y rizado, era más bajo y más pacífico, pero no menos peligroso. Le faltaba el lóbulo de la oreja derecha... Decían que se lo arrancaron de un disparo en el duelo que sostuvo contra un visitante de Cornualles, en su juventud.

El Hombre les saludó gravemente, invitándoles a tomar asiento. La

pequeña habitación estaba abarrotada ahora y hacía calor. El Hombre abrió el bote humectativo colocado encima de la mesa, y lo hizo pasar de uno a otro. Mientras los hombres cortaban y encendían sus cigarros, él unió las yemas de los dedos y empezó a hablar en tono tranquilo. Un instante después, Dick se dio cuenta de que estaba representando toda la historia de los Jones, Dabney y Logan, desde el Cambio. Vio las manos levantadas al aire, las expresiones sorprendidas en la habitación cuando los demás tuvieron la misma idea que él, pero un poco más tarde. Escuchar esa historia era cosa de orgullo familiar, pero no se trataba sólo de esto: contada por el propio Hombre, la historia era fascinante.

Una tras otra fueron descritas las figuras destacadas de las tres familias... Jeremy Logan, que luchó contra los Morganistas en Pimple Hill y Big Pocono; Fabrique de Forest Dabney, fundador de la dinastía, a quien, según las familias de "cuerpos", aún veían en noches de luna, cabalgando como un demonio, sin nada más puesto encima que su famosa barba blanca; Edward R. Jones y su conquista de Buckhill lograda con su solo esfuerzo. Aunque se sabía la historia de memoria, mientras la escuchaba Dick se dio cuenta, no sólo del orgulloso pasado de su familia, sino de lo precario que fue.

El primer Jones despojó de Buckhill al propietario anterior por medio de una estratagema algo turbia: disfrazándose de "cuerpo" para introducirse en la casa y arrojando al viejo August Boyle por la ventana de su dormitorio. Ahora, esta historia familiar era pintoresca, pero si aquello volviera a repetirse, sería un crimen.

Hubo después el tercer Hombre de Buckhill, hermano de Edward, Leonard A. Jones, que se adueñó de la casa cuando Edward murió en un accidenté montando a caballo, y al cual el Hombre actual tuvo que desafiar y matar a fin de conseguir sus derechos cuando regresó de Colorado. La historia parecía indicar que el poder era algo delicado. Quienes lo tenían debían conservarlo con firmeza, pero cuidadosamente... Tenían que mimarlo, y ser prudentes.

—Y Frederick engendró a Richard, y George engendró a Cashel —murmuró el padre de Dick—. Creo que el resto de la historia te corresponde contarla a ti, George.

Hubo un silencio. Todas las miradas se volvieron hacia tío George, quien, enderezándose, lanzó un suspiro pesaroso y plantó ambas manazas sobre sus rodillas.

—Fred y todos vosotros, en pocas palabras, ésta es la situación. Mi hijo Cashel se me acercó hace un rato y me dijo: "Papá, quiero que me autorices a desafiar a duelo a Dick." Bueno, me dejó impresionado, y le pregunté: "Pero, ¿qué te ha hecho?" "Me llamó *cuerpo*", contestó.

Tío George paseó la mirada por la habitación, en actitud abierta, viril.

—Bueno, traté de ser justo y le pregunté: "Cashel, ¿qué hiciste *tú* para provocar semejante insulto por parte de tu primo?" Mirándome a los ojos, mi muchacho dijo: "Papá, solamente le deseé buena suerte cuando vaya a Eagles en Colorado."

Dick sintió frío y calor alternativamente. Se removió en el asiento del ventanal hasta que su padre, con una mirada, le indicó que

permaneciera quieto. Observó que, al otro extremo de la estancia, Cashel se contemplaba alicaído sus propias manos.

Tío George, cobrando seguridad a medida que hablaba, añadió:

—Le dije que un duelo no podía ser precipitado, especialmente entre parientes consanguíneos, y que, empero, hablaríamos con tío Fred. Sé que él dispondrá lo más justo. —Recostándose, extendió las manos—. Y así están las cosas, familia.

Tío Orville habló después de *va* prolongado silencio:

—Oigamos ahora la otra versión de los hechos.

—Se hizo esa ofensa —dijo el padre de Dick inmediatamente—. Lo admitimos para evitar discusiones.

Con una inclinación de cabeza, Orville se retrepó en su asiento. Entonces habló tío Floyd:

—En este caso, existen tres soluciones. Que se vuelva atrás uno de los críos, que el otro se disculpe o bien que ambos peleen.

Hubo un momento de silencio mientras todos reflexionaban. Tío Orville y tío Glenn intercambiaron miradas entre sí y con el Hombre. Como si se hubieran transmitido una consigna entre ellos, tío Orville preguntó:

—¿Dejarás que le desafíe en duelo o no?

Tío George estaba visiblemente molesto.

—No es fácil tomar una decisión. Sin embargo, si nos presentan excusas…

—Vayamos por partes —intervino bruscamente tío Orville.

Y tío Floyd objetó:

—Lo cual no significa que no lo discutamos previamente. Fred, la cuestión es saber si tu hijo pedirá disculpas si nuestro muchacho retira el desafío.

Todas las miradas se fijaron con expectación en el Hombre. Ante la sorpresa de Dick, su padre dijo simplemente:

—Preguntádselo a mi hijo.

Antes de que Dick pudiera hablar —en realidad, antes de que se le ocurriera una respuesta—, tío Floyd estalló:

—Un momento, Fred. No puedes dejarlo a criterio del chico, es menor de edad.

—Puedo hacerlo y lo hago —contestó el Hombre.

Los Jones-Logan se consultaron con la mirada. Tío George dijo con gravedad:

—Fred, parece que no te das cuenta. Un duelo es algo muy serio.

—También lo es pedir disculpas.

Los Dabney expresaron su conformidad con algunos murmullos, y, aunque a regañadientes, tío Floyd y primo Alee hicieron lo mismo.

—Bien, ¿qué dices, George? —preguntó primo Alee.

—Exijo una satisfacción —murmuró tío George.

Orville se echó hacia adelante:

—¿Quieres decir que le permitirás hacer el desafío?

—No dije eso —replicó tío George—. No he tomado ninguna determinación. —Volvióse indignado hacia el Hombre—. No me facilitas mucho las cosas, Fred.

El Hombre no contestó.

—Está bien, la situación viene a ser ésta —dijo tío George instantes después. Se echó hacia adelante y miró a Dick directamente a los ojos—. Dick, si accedemos a retirar el desafío, ¿presentarás disculpas?

Por el rabillo del ojo, Dick podía ver el semblante atento de su padre. El Hombre no se movía ni hacía ninguna señal, pero instintivamente Dick contuvo la contestación que se le había ocurrido.

Dijo:

—Tendré que esperar el momento oportuno para decidirlo, tío George.

Los hombres se echaron hacia atrás en su asiento.

—El asunto queda ahora en tus manos, George —dijo tío Orville con una sonrisa torcida.

Tío George estaba malhumorado, con el semblante sombrío. Se le hinchaba una vena del ojo. Tío Floyd chupaba su cigarro, sonriendo con acritud. Primo Alee se mordía la uña del dedo pulgar, sin apartar sus ojos amarillentos como los de un sabueso de tío George.

El distante tañido de campanas rompió el silencio.

—Es la llamada para cenar —dijo el padre de Dick, consultando su reloj. Cerró después la cajita y se la guardó en el bolsillo—. ¿Bajamos, pues, y dejamos la discusión para luego?

Tío George miró rápidamente a los suyos. Titubeó, pero finalmente se levantó, gruñendo:

—Por mí, de acuerdo.

Los otros se dirigieron hacia la puerta. ¿Eso era todo? ¿Tan de prisa se había solventado?

Así parecía indicarlo la actitud decepcionada de tío George, caminando alicaído, con los hombros hundidos.

En el Gran Salón, los invitados ocupaban sus puestos en medio de una incesante actividad y arrastrar de los pies. La orquesta tocaba algo pegajoso; había "cuerpos" por todas partes, indicando el sitio a los invitados, retirando sillas para ellos, sirviendo cócteles y vino.

La mesa alargada para la familia se encontraba en la parte alta de la sala, un poco elevada del suelo. El servicio de mesa estaba dispuesto en un solo lado, a fin de que nadie estuviera de espaldas a los invitados. Dick se sentó al lado de su padre y de su madre, entre los adultos. Este lugar de privilegio parecía muy distante del anterior, al extremo de la mesa, desde donde Adam y los otros le miraban con adoración.

La otra mitad de la mesa, como de costumbre, la ocupaban tío George y su familia, eficazmente ocultos para Dick, como si se encontraran al otro extremo del salón.

De la cocina salían olores exquisitos. En las mesas del rincón, los "cuerpos" escanciaban combinados de gigantescas cocteleras. Las soperas descendían por los pasillos en flotillas de plata, galones de sopa, sopa suficiente para ahogar a un hombre, que despedía un fragante vapor.

Dick descubrió que era su sopa favorita, de tortuga. Lo cierto era que el banquete había sido preparado a su gusto. Cuando iba a coger su cuchara, oyó la voz del Hombre:

—¿Has comido mucho hoy, Dick?

Dick le miró. Como siempre, las facciones pequeñas del Hombre expresaban seriedad.

—Bueno, desayuné huevos con tocino y después tomé queso y leche... y nueces. ¿Por qué?

—Come con moderación —dijo el Hombre—. Un poco de sopa y algo de carne, pero nada de aves, pescado, mariscos ni pasteles. Y ni una gota de vino. Fingirás comer más de lo que realmente comas. ¿Está claro?

A Dick se le hacía la boca agua.

—¿Has entendido? —insistió su padre.

—Supongo que sí.

—Esto era demasiado... ¡en su propio banquete de despedida!

—Pero papá...

—¿Sí?

—Creía que se había suspendido el duelo.

—¿Qué te hizo suponer tal cosa?

Dick se turbó:

—Bueno, no lo sé...

—Tal vez se haya suspendido. Así lo espero, pero entretanto, tomarás las precauciones que te he indicado.

Había tanto ruido que Dick tuvo dificultad de entender las palabras. Volatineros, cedidos para la ocasión por unos amigos canadienses de los Dabney, bajaron haciendo piruetas por la mesa desocupada del centro. Parecían, con sus mallas rojas y amarillas, ruedas de fuegos artificiales. Distendiéndose, brincaron, hicieron reverencias y comenzaron sus juegos malabares.

Uno de ellos, el más alto, dio un traspié, cayéndosele de las manos una pelota de goma roja que rebotó yendo a parar a la sopa de Mitchel Krauss. Krauss se puso en pie, aullando de rabia, y le tiró una botella de vino al "cuerpo". A causa del golpe en las costillas, el juglar perdió el equilibrio, cayéndose al pasillo. A su alrededor estallaron las carcajadas. Krauss y su compinche Roscoe Burns hicieron entrechocar sus copas, salpicándose a sí mismos y a sus gordas esposas que ya tenían las caras congestionadas de risa.

A la derecha, aún era mayor el jolgorio en la mesa de los "cuerpos", donde el reverendo doctor Hamper, Padgett, Blashfield y el doctor Scope presidían la mesa de los criados de más categoría.

Después de terminar su número, los dos volatineros restantes se marcharon. Dick observó, cuando se llevaban al que se había caído, que parecía sentir vivos dolores. Seguramente se había roto un par de costillas. Una prueba de la falta de consideración de Krauss, aunque todo el mundo sabía que Krauss trataba del mismo modo a sus "cuerpos".

Después de la sopa vino la carne con borgoña e "highballs" para quienes lo deseaban. Bajo las luces, los centros de flores se marchitaban rápidamente. Las caras de los atareados camareros estaban grises de fatiga, sudorosas.

Los rostros de los comensales resplandecían de grasa; sus bocas se abrían para prorrumpir en risotadas, cerrándose sobre porciones de

suculenta carne, de patatas con salsa, de exquisitas coles de Bruselas, alcachofas con salsa holandesa, tajadas de arándano agrio. Little Echols se atragantó, se puso de color púrpura y tuvieron que darle fuertes palmadas en la espalda.

En las mesas ocupadas por los más jóvenes, se arrojaban bollos unos a otros, esgrimiendo manojos de apio. Entre agudos chillidos de rabia, varios niños tuvieron que ser sacados del salón por sus niñeras.

Obediente, Dick comió un poco de carne de venado y se dejó el resto. Su vaso de vino quedó intacto. El siguiente plato era faisán, con un vino dorado del Rhin... Seguramente era el Mohawk, pensó Dick con amargura. El "cuerpo" que le servía, emparentado al parecer con el jefe de la cocina, miró a Dick con reproche al retirarle los platos.

Sirvieron después carnes domésticas... duplicadas, naturalmente. Nadie cuidaba ya ganado. El plato iba acompañado de clarete. Después pescado con sauterne.

El padre de Dick le tocó el brazo indicando con la cabeza a tío Orville. Cuando Dick le llamó la atención a éste último, el Hombre les dijo a ambos:

—Cashel no ha comido nada después de la sopa.

Tío Orville hizo un signo afirmativo con la cabeza y se volvió. De pronto, Dick sintió la boca reseca.

Prosiguió el banquete. La sala, los comensales y todo lo demás había adquirido un aspecto irreal. Parecía haberse suspendido el paso del tiempo. Los platos fueron servidos sucesivamente con enloquecedora lentitud. Dick trinchaba la carne, cortaba las legumbres con el tenedor, se humedecía los labios con el vino y dejaba de nuevo la copa llena.

Los actores de Buckhill, que en la vida cotidiana eran "cuerpos", secretarios y cosas por el estilo, representaron un paso cómico titulado *El ojo experto*. Dick había visto los ensayos y le parecía una farsa muy graciosa, pero ahora la encontró aburrida y vulgar. Salieron después los cantantes y a continuación el mago y un par de payasos nuevos que tío Glenn trajo consigo desde Newcastle. Bajo el techo flotaban oleadas de calor, los sorbetes casi se derretían en el momento de servirse.

Por fin escanciaron champaña en la larga hilera de copas. Tío Orville, a la derecha de Dick, se puso de pie para hacer el primer brindis.

—Por el muchacho que mañana nos dejará para pasar cuatro años lejos de su hogar y aprender buenos modales y maldad. —Tío Orville lanzó un bufido—. ¡Que todo sea para bien, joven Dick Jones!

En toda la sala se alzaron las copas resplandecientes a guisa de saludo. Hubo más brindis, interminables, mientras la estancia quedaba impregnada por los vapores, las emanaciones de los vinos y la grasienta fragancia de la carne, especias, sudores y perfumes.

Todo terminó de pronto. Los invitados se levantaron, llenando los pasillos en confusión, abandonando lentamente la sala con el suelo y las mesas cubiertas de los tristes restos del banquete. Los ecos se hicieron sepulcrales.

Las mujeres de las dos familias Jones se fueron llevándose a los niños más pequeños. Los invitados más rezagados no podían oír lo que. se hablaba. Apoyados los codos encima de la mesa, el Hombre dijo:

—¿Y bien, George?

George estaba pálido.

—Fred, has llevado las cosas demasiado lejos, quiero que lo comprendas así. Nunca te tuve envidia.

El Hombre debía haber hecho algún sonido puesto que tío George se interrumpió como si le hubieran pinchado.

—¡No, Dios, nunca te envidié! —exclamó—. Pero te crees que puedes dominar a tu antojo toda la región...

Le temblaba la voz. Se interrumpió nuevamente, miró el plato de postre que tenía delante, con su monograma y el distintivo de los Jones. A continuación, cogió el plato y lo rompió en el borde de la mesa.

Cashel, sentado a su lado, dio un respingo de sobresalto y su rostro grueso reflejó la sorpresa.

La voz del Hombre parecía desprovista de entonación:

—¿Debo entender por ese gesto que Cashel desafía a Dick?

—¡A menos que reciba disculpas aquí, en este mismo momento! —gritó tío George golpeando el puño encima de la mesa. La vajilla de plata tintineó, vacilando.

Sin perder su compostura, el Hombre se volvió:

—¿Y bien, Dick?

Los hombres sentados a la mesa ladearon la cabeza para dirigir sus miradas hoscas o enojadas hacia él. Dick, mirándoles, comprendió cuáles eran los verdaderos motivos de la actitud de tío George y Cashel. Una vez le hubieran quitado de enmedio a él, y teniendo en cuenta que a Ad le faltarían cuatro años para cumplir los dieciséis, se produciría una vacante y sería Cash quien iría a Colorado para recibir instrucción, para conocer a gente importante...

Por primera vez, que Dick recordara, tenía la impresión de que él y el Hombre estaban en completa armonía y de que, sin una palabra, sin un gesto, cada uno conocía los sentimientos del otro.

A fin de cuentas, esto era lo único importante y no quién tenía razón y quién no la tenía.

Dijo:

—Acepto.

Las palabras flotaron en el aire denso. En el extremo distante de la estancia, el sol entraba a raudales, generosamente, haciendo parecer opaca y enfermiza la luz incandescente. Nadie habló durante un largo momento.

El viejo Vaughan, de cabellos grises, "cuerpo" del Hombre, entró a paso vivo por la puerta. Dick adivinó que el Hombre debía haberle hecho una señal minutos antes. Echándose hacia atrás en su silla, el Hombre le dio algunas instrucciones a Vaughan. El "cuerpo" salió regresando casi de inmediato con una máquina de escribir portátil. Uno de los secretarios, previamente llamado, se sentó ante la máquina y en pocos minutos preparó un documento que entregó, haciendo una reverencia, al Hombre.

Para entonces, ya había aparecido Kunkle de Delaview. Tenía la cara más encarnada que de costumbre y vestía una horrible chaqueta verde manzana y pantalones holgados de media pierna.

Kunkle era un entusiasta de los deportes y armas de fuego. Conocía los reglamentos de todas las pruebas de competición y siempre actuaba de arbitro en los encuentros importantes.

Aprovechando la oportunidad de levantarse, todos los hombres se congregaron en grupo para dar lectura al documento, después de lo cual y por turno, se sentaron para estampar en el mismo su firma. Lo hizo primero el padre de Dick, después el tío George y finalmente los parientes, empezando por los de más edad.

En el ángulo inferior izquierdo, como si fuera una postdata, aparecían dos líneas: "Exige el desafío", con un espacio en blanco. Después de firmar, Dick ojeó el documento antes de entregarlo. Decía: "Para general conocimiento, hoy, diez de mayo de 2049, habiéndose originado una disputa entre Richard Jones, primogénito y único hijo varón de Frederick Jones de Buckhill, y Cashel Jones, primogénito y único hijo varón de George Jones..." Al pie de la última línea mecanografiada, Dick vio la firma de su padre, de trazos austeros, y la de tío George, envuelta en fiorituras. La G mayúscula era pequeña, pero la J resultaba enorme, desproporcionada y el trazo final de "Jones" formaba un ringorrango descendente que subrayaba el nombre.

—Bien, si están conformes todos ustedes —dijo Kunkle—, el duelo tendrá lugar esta tarde... Digamos, dentro de media hora.

Capítulo VI

La multitud descendía por la larga pendiente verde en átomos de blanco y escarlata, color de alhucema y de cielo azul. Dick estaba entre ellos, protegido por un círculo reducido de parientes y sirvientes: en primer lugar, el Hombre y tío Orville, caminando juntos, en silencio; a continuación Blashfield, el armero, situado a un lado y tío Glenn al otro. Detrás de él, los "cuerpos", porteadores y demás criados. En torno suyo, se hablaba en voz baja. Nadie gritaba ni reía. Las sombras de los enormes robles estaban estancadas en sus raíces, había una frescura melancólica en el aire. Era inminente la penumbra mágica del crepúsculo, cuando todos los contornos se desdibujaban confundidos en una neblina dorada y el suelo parecía adquirir un leve resplandor con su luz propia.

Dick tenía miedo.

Puso toda la voluntad en disimularlo, caminando con la cabeza erguida, el gesto tranquilo. Por dentro se sentía helado, las rodillas flojas, los labios fríos y secos.

Millares de veces había jugado a batirse en duelo con Ad y los otros y estaba seguro de comprender de que se trataba: tranquilo, sereno, uno aguardaba en posición hasta oír la señal, entonces uno apuntaba, disparaba y el contrincante caía a tierra. Incluso si era uno mismo quien caía, sabía que se volvería a levantar en seguida.

Pero caer para no volver a levantarse jamás... Desaparecer, hundirse en la negrura para siempre...

Al terminar el día, Dick lo veía en conjunto. Ese fue el objetivo final, desde el mismo momento en que se levantó de la cama. El contratiempo

por causa del desayuno, el Dixieland, Cash y él acercándose inevitablemente el uno al otro como el hacha y el árbol...

Iba a *morir.* Su mente rechazó horrorizada ese pensamiento, pero ahí estaba, persistente, con una mueca implacable. Su cuerpo se corrompería bajo tierra mientras arriba, bajo el sol, continuarían sucediendo cosas agradables, deliciosas... En Buckhill, Adam sería el Hombre, la vida seguiría de manera intolerable.

Si hubiera sentido esto antes, cuando aún quedaba tiempo... Jamás lo hubiera llevado adelante. Hubiera aceptado el deshonor, todo si era preciso. Pero quería vivir.

Abajo en el llano, a cien yardas del tiro de rifle, los "cuerpos" terminaron de medir la distancia y habían levantado postes. A ambos lados del campo del duelo, se agolpaba la multitud. La línea de fuego era aproximadamente de norte y sur, de modo que el sol no les diera en los ojos ni a él ni a Cash.

La gente les abrió paso cuando se acercaron. El grupo de Dick se dirigió al extremo norte del campo y él vio a Cash situarse entre el círculo de los hombres de Twin Lakes, al otro extremo. La camisa blanca le daba un aire extraño a Cash. Parecía más desgarbado y torpe que nunca.

—Dame el arma —dijo tío Orville.

Se acercó, con ella, al poste central para reunirse con Kunkle y tío Floyd. Compararon las armas y hablaron durante un rato interminable. Por lo visto había alguna irregularidad.

Dick sintió en el brazo la presión de los dedos fuertes de Blashfield. El hombrecillo parecía una paloma de plumaje gris, su cabeza revuelta llegaba sólo al hombro de Dick.

—Por primera vez todos se sienten igual —dijo, enfurruñado—. Está bien, está bien.

—¡Oh, Blashfield! —dijo Dick.

—Todo irá bien. Es como tirarse del trampolín más alto por primera vez. Resulta más fácil la segunda vez.

Dick consiguió replicar con un bufido:

—¿Cómo lo sabe? Usted no sabe nadar, Blashfield.

El semblante del armero era grave y digno.

—No, señor, pero luché al lado de tu abuelo defendiendo Pumple Hill.

Dick respiró profundamente y volvió la mirada atrás. Al parecer se había resuelto satisfactoriamente la discusión. Las dos armas colgaban en el poste central y tío Orville retrocedía con paso lento. A la izquierda, algo apartados de la multitud, Dick descubrió al doctor Scope y a dos esclavos con batas blancas afanados en el carro de emergencia. Había dos camillas rodantes, un aparato de plasma y un pulmotor...

Dick estaba pensando en la zambullida desde el trampolín alto, en la caída y el impacto en el agua helada... ¿Era así la muerte? ¿Un choque y luego nada?

—Bien, esto durará poco —dijo Blashfield afectuosamente—. Recuerda que debes dispararle precisamente debajo del brazo. Nunca a la cabeza. Si le apuntas a la cabeza y fallas, no pasa nada, pero si fallas el disparo al corazón, aumentan sus posibilidades de sobrevivir. ¿Cómo

van esos nervios?

—Bien —contestó Dick, con la garganta seca.

—Magnífico. —Blashfield le dio unas palmaditas en el brazo—. Y ahora recuerda también esto. Un duelo es un duelo, no importan las circunstancias que lo provocan ni si uno tiene o no razón. Estás aquí para matarle si puedes. Deja los sermones para el reverendo.

En este momento, el reverendo doctor Hamper se adelantaba con paso lento al centro del campo. Llevaba la Biblia en las manos y su cabeza blanca, desnuda, brillaba a la luz de los últimos rayos de sol. Miró a su alrededor antes de hablar.

—Señoras y caballeros, antes de que ocurra lo irremediable, tengo el deber de preguntarles humildemente si no puede hallarse una solución pacífica a la disputa. Caballeros, les ruego que lo consulten ron su corazón. ¿Están dispuestos a proseguir con este duelo? —Miró primero a Dick, la parte desafiada, después a Cash. Nadie habló. Todos esperaban pacientemente que él terminara. Hamper se volvió de nuevo e inclinó la cabeza sobre sus manos juntas—. Recemos. ¡Oh, Señor misericordioso, haz que nos retiremos de este campo con las manos inmaculadas y auténtica humildad en los corazones! Te lo suplicamos en nombre de Jesús. Amén. —Irguiéndose de nuevo, volvió a su lugar entre la muchedumbre. Hubo un zumbido de conversaciones interrumpidas.

—Blashfield —dijo Dick precipitadamente—. ¿Qué piensas de la religión? Me refiero a...

El hombrecillo le dirigió una mirada grave.

—Creo que todos hemos estado aquí anteriormente.

Después de hablar con el doctor Scope, Kunkle caminó hasta el centro y levantó los brazos.

—Atención, por favor. El duelo se celebrará de acuerdo con el Reglamento de Cleveland. Los muchachos usarán armas del 38, con tres cartuchos en cada una de ellas. La distancia será de ciento cincuenta pies. El duelo terminará cuando uno de los dos caiga o hayan hecho los tres disparos. Ahora ruego a los contendientes que se aproximen al centro.

Dick se adelantó a desgana, observando a Cashel que iba a su encuentro por la verde avenida. Le sudaban las palmas de las manos. Cashel tenía la palidez de un muerto.

Se reunieron con Kunkle en el poste central y se detuvieron.

—Ahora, muchachos —comenzó diciendo el arbitro—. Os entregaré las armas y volveréis a vuestras posiciones. Llevaréis el arma colgando de la mano. No sacaréis para disparar. Cuando yo diga "preparados", os situaréis junto al poste de cada extremo, de cara al otro lado. Ya sabéis, vueltos de espaldas a este punto. Cuando yo diga "media vuelta", os volveréis y a la señal de "fuego", dispararéis. —Les miró alternativamente—. ¿Alguna pregunta? ¿No? Está bien, volved a vuestros puestos y que gane el mejor.

Dick retrocedió por la línea, viendo, al pasar, una sucesión de caras borrosas. Le castañeaban los dientes y su rostro estaba crispado.

Blashfield le salió al paso, le detuvo y conduciéndole hasta el poste

del extremo, le situó a unos dos pies de distancia del mismo. Por encima de la cabeza del armero, Dick vio a su padre y a los dos tíos de pie, callados, con expresión tensa.

—Respira hondo —dijo Blashfield.

Hizo una aspiración, retuvo el aire, soltándolo a continuación.

—Otra vez.

—*¡Preparados!* —dijo la voz.

Blashfield le dio una última palmadita y se alejó. Se produjo una pausa prolongada. Blashfield, su padre, sus tíos, habían desaparecido de su vista. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que dolía.

—*¡Media vuelta!*

Giró sobre sus talones, apoyando el peso sobre el pie derecho extendido, como le habían enseñado. Levantó el brazo, pesado como un tronco.

—*¡Fuego!*

Visto por encima del cañón del arma, el cuerpo de Cashel parecía una diminuta marioneta. Su cabeza hubiera encajado fácilmente en la muesca de la mira posterior del arma. Estaba ladeado, con el brazo derecho en alto y casi invisible en escorzo. Venciendo el temblor de su antebrazo, Dick dirigió la mira hacia el pecho de Cashel, a la derecha y ligeramente hacia arriba...

Junto a su oído izquierdo oyó un ruido seco que anuló el distante estampido del disparo. Vio que la mano de Cash se movía en el aire y bajaba de nuevo. El brazo le temblaba otra vez y había errado la puntería: torvamente trató de rectificarla. Las miras volvían a ser niveladas; oprimió suavemente el gatillo cuando oscilaban, acentuó la presión al equilibrarlas de nuevo. El arma rugió en su mano. Le silbaban los oídos.

Allí estaba Cash aún, apuntando.

Al bajar el arma, oyó de nuevo el estallido, esta vez a la derecha.

Tal vez tenía un segundo para disparar antes del tercer disparo de Cash. Vio que las miras de su arma enfilaban al blanco. Apretó el gatillo con suavidad, después con fuerza. Miras y blanco coincidieron con una precisión que le hizo pensar "¡tocado!" Rugió el arma.

Por debajo de su mano, vio la diminuta marioneta de Cashel acortándose, doblarse, caer sobre la hierba.

Mientras se volvía, alguien le quitó el arma de la mano. Otra persona intentó sostenerle desde atrás, pero Dick prosiguió caminando hasta topar con un árbol. Abrazándose al tronco, inclinó el cuerpo y vomitó.

Cuando se incorporaba, tío Glenn le dio un pañuelo. Blashfield se afanaba con el arma: le colocó un nuevo cartucho, la amartilló y la devolvió al interior de la funda.

Más allá, al final de la avenida, vio a tío George plantado, erguido entre la multitud que se dispersaba, con el cuerpo de Cashel en los brazos. El doctor Scope estaba a su lado, hablando, gesticulando, pero tío George no le escuchaba. Brillaban lágrimas en sus mejillas. Estaba frenético, aturdido.

—¿Muerto? —preguntó Dick con incredulidad.

—Muerto como una caballa —dijo tío Orville.

Recordaba que el doctor Scope le dio un sedante y, después, un largo período informe, negro, algo parecido al duermevela. En una ocasión había abierto los ojos y la habitación estaba invadida por la oscuridad; por la ventana abierta las ramas esqueléticas aparecían destacadas contra el fondo estrellado. Debió dormirse otra vez porque, al abrir los ojos por segunda vez, las luces estaban encendidas y su padre se inclinaba sobre él.

—¿Qué ocurre? —preguntó aturdido.

—Vístete —dijo su padre—. Padgett, ¿y ese café?

El anciano tutor se adelantó con una cafetera de plata en la mano.

—Bebe —dijo el Hombre, dándole una taza llena hasta los bordes.

Dick tragó un sorbo de café hirviente.

Había una luz débil y enfermiza en la habitación. Los postigos estaban cerrados.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Poco más de las seis —dijo Padgett—. Si nos damos prisa, podremos partir antes del amanecer.

—¿Qué? —dijo Dick, sentándose. Apareció Sam, con las prendas de vestir en las manos. Le puso la camisa a Dick por la cabeza y, automáticamente, Dick levantó los brazos.

—Creemos que lo mejor será que te marches temprano —dijo su padre. Tenía bolsas debajo de los ojos y llevaba la misma ropa del día anterior.

Dick se levantó, tambaleándose. Le asaltó la imagen del cuerpo que se desplomaba y exclamó:

—¡Oh...!

Había llovido durante la noche y el césped estaba pisoteado, aplastado, pero ahora salía ya el sol, matices dorados contra matices grises, y en el este el cielo estaba despejado. Detrás de la casa, en el terreno nivelado por el abuelo de Dick, había dos aviones en la pista: un caza-pasaje bimotor "Lockheed" y un "aerodyne" "Lippisch" de líneas menos aerodinámicas. Dick se sorprendió al no ver actividad en torno del "Lockheed". Junto a la puerta abierta del "aerodyne" se encontraban Blashfield y un pelotón de la Guardia de la Casa.

Creyendo aún que se trataba de un error, Dick pasó de largo junto al "aerodyne" dirigiéndose hacia el "Lockheed", pero su padre le detuvo cogiéndole del brazo.

—Ese despegará más tarde, como señuelo —dijo—. Este es el tuyo.

Dick miró con disgusto la forma achaparrada. El "aerodyne" era una nave segura, pero sin atractivo. Fue construido según un diseño a medio desarrollo de la época del Cambio, cuando cesó todo tipo de trabajo tecnológico. Era fuerte, tenía estabilidad y seguro funcionamiento, pero carecía de estilo. Dick se sintió sublevado. Era como si le dieran una yegua vieja para montar a caballo.

—¿No podías elegir algo mejor? —preguntó.

Su padre enarcó la ceja e hizo una señal a Blashfield para que sus hombres subieran a bordo del aparato.

—Pero bueno, ¿de qué tenemos miedo? —preguntó Dick—. ¿De tío

George? Escucha, papá, si a ti no te importa...

El Hombre se volvió:

—¿Sí?

—No soy un niño pequeño —dijo Dick.

—Richard —dijo su padre pausadamente—, has vivido protegido hasta ahora. De acuerdo, no eres un chiquillo, pero ser hombre significa mucho más que batirse en duelo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Creo que sí —contestó Dick.

—Lo que equivale a decir que no entiendes. Pronto decidirás por ti mismo y podrás cometer errores. Tal vez debiste tener esta libertad mucho antes. Pero mientras no llega ese momento, sigue mis consejos. Ahora viene tu madre. Ve a despedirte de ella.

Dick levantó los ojos; su madre salía del pasadizo cubierto. Sintióse envuelto en el leve perfume que ella usaba. Como siempre, su beso fue frío, nada exigente.

—Adiós, querido Dick.

Después de ella se acercaron Adam, con los ojos irritados, y Constance y Félix que jadeaban. Ad llevaba un objeto cuadrado envuelto en seda que puso en la mano de Dick.

—Es un regalo —dijo—. Un libro de recuerdos. Padgett nos ayudó a reunir las citas y Litis lo ha encuadernado... aunque creímos que no lo terminaría a tiempo.

—Le dije qué debía dibujar —dijo Constance—. Dick, espero que te guste la encuadernación y todo lo demás. ¿Me enviarás esmaltes para mi colección? —Estaba muy encarnada y a punto de romper en uno de sus llantos sin sentido.

El Hombre le apremió a dirigirse hacia la pasarela. El motor del "aerodyne" estaba caliente, marchando en vacío, les envolvía el vapor de su chorro inferior.

—Sé lo que sientes —le dijo el Hombre al oído—, lo sé mucho mejor de lo que crees. Cuando llegues a Eagles —puso en la mano de Dick un sobre delgado— dale esto a un hombre llamado León Ruell. ¿Has comprendido?

—Sí, Ruell —repitió Dick.

—Bien. Él te explicará las cosas mejor que yo.

Ante el asombro y embarazo de Dick, había señales de emoción en el rostro del Hombre. Se dieron un apretón de manos y seguidamente el Hombre le empujó pasarela arriba. Inclinándose, entró en la cabina. Padgett le había dejado sitio junto a la puerta. Blashfield y los guardias se alineaban detrás. El piloto, un "cuerpo" joven impasible llamado Otto hizo girar su elevado asiento en espera de órdenes.

La pasarela rodante fue retirada. A través de la puerta abierta, Dick pudo ver a su padre erguido, azotadas sus ropas por la propulsión a chorro. A su alrededor, la familia permanecía en actitud de espera. Allí estaba miss Molly, tarde como de costumbre, con Edward en los brazos. Lástima, a Dick le hubiera gustado decirle adiós a Eddie... Y el reverendo doctor Hamper había surgido de alguna parte, y el doctor Scope, y Sim, el caballerizo...

Dorados sus rostros por el sol, parecían todos extraños. Era como si

al otro lado de la puerta hubiera un muro de cristales de color y todos ellos se hubieran equivocado de lado.

Otto le miraba inquisitivamente. Dick levantó la mano. Otto se volvió y la puerta se cerró. El chorro acumulaba violencia en su acometida; hubo un quejido y alboroto al intervenir los propulsores internos. El "aerodyne" comenzó a elevarse lenta y firmemente.

Al mirar ahora por la ventanilla de la cabina, Dick vio que el suelo se alejaba repentinamente. Las personas se empequeñecían, con el cuello estirado mirando hacia arriba, llevándose las manos a las cejas. El campo adquiría un nuevo verdor, más intenso al ensancharse, extendiéndose como una alfombra. Ahora Dick podía ver a un tiempo todos los rincones familiares, como gracias a una visión ilegal y mágica. Había la pequeña franja de césped entre la casa y el camino de herradura, con el antiguo reloj de sol y el baño para los pájaros en el centro. ¡Durante cuántas tardes interminables limitaron su universo ese reloj de sol y ese baño para pájaros! Mirando abajo, Dick pudo ver cada uno de los familiares desniveles del terreno. Era como mirar hacia el pasado. Y miraba con atención, fascinado, inquieto.

Ahora retrocedían los tejados de la casa. Vio las pizarras azuladas, brillantes, secándose al sol, y los nidos de pájaros en los canales de los tejados. Vio las bocas ennegrecidas de las chimeneas abiertas al cielo, y las cabezas vacías de las torres. La casa quedaba atrás, a su alrededor se ensanchaba la tierra y por un momento Buckhill apareció desnudo debajo de Dick: los establos, los campos de deportes, el valle angosto, todo visto en su oculta proporción. Disminuido, velado, era un mapa en relieve, un modelo del país en el que había soñado. Aquellos puntitos de color eran personas, de pie en el césped; ni siquiera podía adivinar quién era quién. Después, incluso los puntos se esfumaron, la casa fue engullida y solamente quedó, cada vez más rezagada, la colina boscosa con fajas de sombras violetas.

Capítulo VII

Poco antes de las seis cruzaron la meseta Allegheny, al sur de la antigua ciudad de Pittsburgh...

Dando un rodeo, a juicio de Dick, para no ser vistos desde las grandes casas que se arracimaban más juntas entre sí hacia el norte. Una vez en la llanura, viraron hacia el sur, más de lo que parecía prudente, pero Dick se despreocupó. Comió sin apetito en la bandeja que le sirvió Padgett. Se sentía aturdido e indiferente. El arranque de cólera fue el último. Aún le obsesionaba la imagen de Cashel desplomándose al suelo. Eso le inquietaba sordamente, como si fuera una muela estropeada cuya raíz estuviera muerta.

Más allá del Mississippi comenzaba la zona selvática, miles de millas cuadradas sin nada excepto hierba ondulando al viento como un mar infinito de color verde y amarillo. Era un espectáculo hipnótico e inquietante. Dick se sintió abrumado por las brutales dimensiones del mundo. Desde su altura, la inmensa llanura ofrecía una curvatura perceptible. Bajo la luz del sol, parecía que pudieran tocarla con sólo

alargar la mano. Sin embargo, Dick sabía que esos grupos de puntitos negros, casi invisibles, debían ser de hombres o animales...

—Bisontes —dijo Padgett mirando con interés a través de los prismáticos—. Una manada bastante grande. Y ahí están los cazadores... Serán comanches probablemente.

Le pasó los prismáticos a Dick. Contemplando la escena repentinamente magnificada, vio los lomos pardos como una avalancha viviente. Más adelante, los pájaros abandonaban en bandadas la hierba y a cada lado aparecía la cabeza de algún venado o antílope que se alejaba frenéticamente en zigzag. Detrás venían los cazadores, con sus redondas cabezas negras sobre las crines de los caballos.

Dick vio dos o tres rifles; el resto iba armado con arcos. Las formas que se agitaban parecían pequeños muñecos, irreales a causa de su silencio: por un momento Dick casi logró imaginarse a sí mismo montando a horcajadas, con el olor cálido del polvo adherido a las ventanas de la nariz, el batir de los cascos en los huesos... Entonces, todo desapareció. Las figuras pequeñitas quedaron atrás, perdidas en otra dimensión.

El sol se elevaba con torturante lentitud; la mañana parecía interminable. Deshabituado a permanecer sentado durante tanto tiempo, Dick empezó a sentir calambres en los músculos. Padgett estaba sentado tranquilamente a su lado, con la mirada abrillantada por el interés. Estaba demasiado bien adiestrado para hablar antes de que le dirigieran la palabra, pero Dick adivinó, no obstante, la corriente de comentarios instructivos que fluía en su cabeza de cabellos grises. Si sobrevolaban una ciudad en ruinas, visible como una pálida cicatriz a través de la tierra acumulada encima, Padgett sabría o conjeturaría cuál era, diciendo el nombre de su fundador y muchos incidentes curiosos y edificantes acerca de su historia, conocía los nombres de ríos y montañas, los lugares dónde hubo las antiguas líneas de confines de los estados, cuáles de los caminos apenas visibles fueron vías ferroviarias y cuáles de ellos carreteras.

—Padgett —dijo Dick—. ¿Cree que se enemistarán las familias?

El tutor le miró gravemente.

—Ocurrió un caso parecido —dijo—. Recuerdo que sucedió en las Carolinas, hace unos treinta o treinta y cinco años. Decían que un muchacho había ahogado a su primo en el Estrecho de Port Royal. Los de linaje más antiguo afirmaron, naturalmente, que había sido un accidente. Al año siguiente hubo tres o cuatro muertos a causa de duelos entre las dos ramas de la familia, y creo que a un hombre le mataron de un disparo en una emboscada. Los Columbia House Bretts y los Pamlico Bretts. Dudo que hayas oído hablar de ellos; si no me equivoco, murieron todos los descendientes varones sin dejar sucesor. —Añadió al ver que Dick permanecía callado—: Ha pasado bastante tiempo de eso, desde luego, pero admito que el caso podría repetirse. Tu familia tiene fama de ser impetuosa y temeraria.

Dick se sintió enrojecer. Casi fue un alivio porque le libraba del entumecimiento.

—No me importa lo que usted piense —dijo—. Volvería a hacer lo

mismo.

—Oh, claro —dijo Padgett, impasible—, eso fue seguramente lo mejor que podías hacer, al menos por el momento. Pero a la larga, cualquiera lo sabe.

Dick le miró con curiosidad:

—¿Qué quiere decir?

—La reputación cuenta mucho en un sitio como Eagles. Supongo que los rumores llegarán allí antes que tú. No es frecuente que llegue un joven a Eagles después de matar a un hombre recientemente. Y, naturalmente, mientras estés allí te librarás *relativamente* de represalias. No obstante, un joven debe mantener su reputación —dijo Padgett, retrepándose en su asiento, con su habitual actitud reflexiva—. Me atrevería a afirmar que el duelo ha, ampliado tus oportunidades en todos sentidos... ¡Ah, ahí están! Son hermosas, ¿verdad? —Echándose hacia adelante otra vez, miró embelesado por la ventanilla—. Siempre he deseado vivir en las Montañas Rocosas.

Flotando hacia ellos desde el horizonte, se elevaba la primera falange de montañas. Al contrario de las suaves colinas de Pennsylvania, éstas se coronaban de picos violeta y azulados, y en sus laderas superiores había retazos de nieve.

Dick miraba fascinado. Pudo ver de cerca las negras líneas paralelas de troncos quemados contra una pendiente de nieve azulada, como la barba hirsuta de una barbilla pálida. Todavía más cerca, las montañas se hacían más empinadas y desoladas, hasta que volaron a través de una alta garganta entre dos hileras de picos velados por las nubes. Abajo, el río serpenteante, era una cinta de plata en la blancura verde del valle. Arriba, los peñascos eran majestuosos, roca desnuda expuesta al viento. Y mientras seguía volando, descollando al extremo del valle, se levantaba el pico más alto de todos y en su cumbre el brillo repentino de edificios.

Había estilaciones de marfil y azul, aristas de bronce, destellos de verde jade, azafrán, marrón. Ascendían a nivel hasta cubrir el pico, como el sombrero multicolor en la cabeza de un gigante, y en la cumbre florecían en fantasía pura: pináculos, minaretes, cúpulas y una forma increíble, una esquelética torre de oro que desaparecía entre las nubes turbulentas más arriba.

—Eagles —dijo Padgett, y quedó sumido en el silencio otra vez.

La montaña se elevaba más todavía; la fantástica ciudad volvía el rostro hacia lo alto. Perdían altura, descendiendo hacia el pie de la montaña, donde Dick descubrió algunos edificios desparramados, como objetos arrojados desde las alturas.

—¿Por qué no aterrizamos en la cumbre? —preguntó.

—A causa de la corriente de aire. Calefaccionan toda la cima de la montaña y supongo que se preocupan poco de la aislación. En cualquier caso, a esta altitud se produce una potente corriente de aire ascendente. Fíjate en las nubes que borbollan y se agrietan justamente por encima. Ahí no es posible que aterrice un avión... ni arrojar una bomba, debido a eso precisamente. Subirás en funicular.

Padgett señaló con el dedo y Dick descubrió una línea de cables

suspendidos que ascendía por la ladera. Observó un coche que trepaba reptando por ella y otro que descendía.

Más adelante, la radio transmitía para Otto. Se nivelaron para aterrizar y permanecieron inmóviles hasta que les franqueó el paso un grupo de helicópteros pequeños. Seguidamente, descendieron sobre una de las reducidas áreas de aterrizaje arracimadas a cada lado del sistema central de pistas. Cesó el bramido casi inaudible del chorro y los propulsores, dejando un silencio resonante.

Un hombre de uniforme y armado abordó el "aerodyne" apenas se abrió la puerta. Hablaba tan correctamente que Dick, tomándole por una persona, contestó a una serie de preguntas ligeramente insultantes, antes de descubrir el tatuaje verde en su frente, casi oculto por la visera de su gorra. Era un "cuerpo" y había exigido —recibiéndola— el arma de Dick. Encendido de cólera, Dick se disponía a reclamar su devolución, pero le detuvo la prudente presión de la mano de Padgett.

"Otros lugares, otras costumbres", recordó Dick.

—Vamos, Padgett —dijo, levantándose—, puedes despedirte de mi en el funicular.

—No es aconsejable —dijo el guardia uniformado—. Le detendrían en el próximo puesto de control y eso podría traer complicaciones. En cualquier caso, no podrá acompañarle hasta el funicular. Respecto a ellos —indicó a Blashfield y el resto de la guardia, que permanecían sentados, todos en la parte posterior de la cabina— estando armados tendrán que quedarse en el "aerodyne".

—Adiós, señor Dick —dijo Blashfield con voz ronca.

—Adiós —dijo Padgett con un apretón de manos. Dick vio con asombro que el anciano tenía los ojos húmedos—. Dios te proteja —añadió el tutor, retrocediendo un paso.

—Y ahora, si tiene usted la amabilidad, señor... —decía el guardia.

Dick bajó a tierra. "Cuerpos" con monos blancos de faena estaban descargando las maletas del compartimiento de equipaje del "aerodyne" llevándoselas en carritos rodantes. El guardia le condujo en dirección opuesta. Detrás, les seguían otros dos llevando el mismo uniforme y armados con semiautomáticas.

—¿Adonde llevan mis cosas? —preguntó Dick.

—Deben ser revisadas. Todo le será devuelto en perfecto orden. Sírvase entrar aquí...

"Aquí" era un edificio bajo estucado donde fue examinado por fluroscopio, le tomaron las huellas dactilares, le reconoció un dentista que golpeó ligeramente sus empastaduras y finalmente le fue entregado un brazalete de identificación que, lo descubrió posteriormente, estaba cerrado con llave y era imposible de abrir.

Con el ánimo moderado y muy pensativo, media hora después Dick se encontró en un andén de cristal de la estación del funicular, esperando el vagón descendente. En el andén había tres de los impresionantes guardias del aeropuerto, con sus uniformes grises y unas seis personas: hombres de piel bronceada que llevaban enormes sombreros blancos de alas de oro, dos lindas mujeres con vestidos

vaporosos y un hombre con barba y turbante que sostenía una cartera en la mano.

Cuando llegó el vagón —un trasto arcaico, pintado de negro y oro— únicamente descendieron cuatro pasajeros. Tres de ellos llevaban uniforme escarlata. Dick sólo pudo ver que iban armados con porras de madera. El cuarto vestía de negro y tenía una cara blanca. Los tres condujeron al último al lado de los guardias del aeropuerto y después de dejarle con ellos, regresaron al vagón. Cuando Dick miró atrás, por encima del hombro, el hombre vestido de negro caminaba penosamente escoltado por el pelotón de gris... ¿hacia dónde? ¿Qué había hecho?

El vagón era estrecho y estaba mal ventilado. Los asientos, colocados uno por encima de otro, como las sillas en un paraninfo, estaban tapizados de color carmesí. Tras una espera interminable, el vagón dio una sacudida y comenzó a ascender.

Dick se inclinó a través del pasillo dirigiéndose a uno de los hombres de sombrero blanco.

—Disculpe, ¿es éste el *único* medio de llegar a Eagles?

El hombre pareció sorprenderse. Era delgado, anguloso, de piel cobriza. Apenas se veían sus cejas y sus pestañas.

—No —contestó suavemente—. Hay un ferrocarril subterráneo que desciende al valle. Está permitido utilizarlo en ocasiones... todo depende del tráfico. —Un momento después preguntó—: ¿Es la primera vez que sube?

Dick hizo un signo afirmativo con la cabeza. El hombre de piel bronceada le miró de soslayo, bajó aún más la voz y dijo confidencialmente:

—No haga demasiadas preguntas —después de lo cual se echó atrás en su asiento.

El recorrido parecía no acabarse nunca. Aburrido, casi asfixiado, Dick salió por fin a un amplio andén de cristales que parecía suspendido sobre el valle. Miró hacia abajo, fascinado: al fondo, donde desaparecían las líneas convergentes del funicular, el valle formaba una taza de oro, el trazo reptante del río era intolerablemente brillante, incluso visto a través del cristal ligeramente coloreado. Jirones de nubes se vaporizaban hacia arriba por delante de la ventana; las enormes hojas de vidrio se doblaban hacia dentro, temblaban, se enderezaban y volvían a curvarse...

Tuvo la sensación de que toda su vida anterior quedaba prendida en esa improbable taza de oro, callada, sofocada en algún rincón. A su espalda había ecos de voces, pisadas. Notó que alguien le tiraba de la manga.

Se volvió. La gente cruzaba el andén en todas direcciones, un destello de color, un barboteo de voces. Vio tres uniformes distintos, dos hermosas mujeres, un grupo de "cuerpos" con un carrito tirado a mano donde se apilaba un montón de cajas. Había un hombre vestido de satén anaranjado, con las mangas acolchadas que le hacían parecer dos veces más gordo; llevaba una cadena alrededor del cuello, con un medallón de oro, tenía barba y sus dedos regordetes estaban adornados de sortijas. Al pasar por su lado, dejó una estela de perfume. Se

acercaron entonces dos mujeres tocadas con enormes sombreros blancos: iban abstraídas en su conversación. Sus faldas negras crujían al rozar el suelo. Allí, un muchacho que no tendría más de doce años, deslumbrante con sus mallas rojas, iba comiendo cacahuetes que sacaba de una bolsa de tela. Más cerca, un rostro feo le contemplaba con fijeza: una cara cómica y desproporcionada como la de un bulldog. En la frente apenas había espacio para su marca verde de "cuerpo", sus orejas eran enormes y vellosas, la nariz chata.

—¿Su primera visita a Eagles, señor Jones? —dijo en tono áspero—. Bien, si tiene la condescendencia de acompañarme aquí... —Retrocedió de espaldas, tratando de congraciarse con una mueca que dejó al descubierto sus dientes rotos.

Dick le siguió a través del andén hasta una casilla abierta donde había otro "cuerpo" sentado. Esté tenía la piel cetrina y ojos oscuros, tristones.

—Ya está con nosotros el señor Richard Jones —dijo la gárgola descargando la mano abierta sobre el mostrador—. Encárgate tú de él y nada de tonterías, ¿entendido?

El "cuerpo" de expresión aburrida, con aire disgustado, sacó dos objetos de debajo del mostrador: un cinturón del que colgaban dos cadenitas y un bastón flexible de madera, de una yarda de largo, con los extremos redondeados.

La gárgola, con un gruñido de satisfacción, cogió el cinturón y lo sujetó a la cintura de Dick.

—¿Qué es esto? —preguntó Dick, resistiéndose. Por primera vez observó que ambos "cuerpos" llevaban cinturones similares, con las cadenitas sujetas a sus mangas por encima del codo.

—Es lo que nosotros llamamos control de codos, señor Jones —dijo la gárgola, pasando hábilmente una de las puntas de las cadenitas terminadas en un alfiler por la bocamanga derecha de Dick—. En Eagles lo llevan todos los hombres, y también los criados. Cuando se acostumbre ni notará que lo lleva. —Pasó la segunda cadena por la otra manga de manera parecida, quitó los alfileres y sujetó los extremos de las cadenas a los tachones del cinturón. Cuando Dick probó a mover los brazos, descubrió que las cadenas le impedían levantar las manos por encima de la cabeza.

Irritado, miró a su alrededor y vio que era cierto: todos llevaban una versión similar de cinturón y cadenas. Seguía sin gustarle eso.

—No lo entiendo. ¿Para qué sirve?

—Para evitar que los hombres lleven demasiado lejos sus discusiones —dijo la gárgola—. También protege un tanto a las mujeres. Ahora, aquí tiene el bastón, lo que nosotros llamamos bastón ligero de paseo... sólo dispondrá de esta arma en Eagles, pero ahora sólo se lo he mostrado. De nada serviría llevárselo antes de aprender a utilizarlo como es debido. —Se lo devolvió al otro "cuerpo".

—Es que ya sé manejarlo —dijo Dick, alargando la mano—. ¡Maldición! —La cadena le reprimió el gesto, no podía extender el brazo completamente.

Aunque indeciso, la gárgola le puso el bastón en la mano.

—¿Está usted seguro, señor Jones? ¿Con cadenas y todo?

Dick lo sopesó con los dedos; cada una de las protuberancias redondas debía tener una onza de plomo. Los bastones que había usado en casa pesaban más. No había otra diferencia, exceptuando, naturalmente, el entorpecimiento de las cadenas.

Todas las tardes, desde que cumplió los doce años, se lastimaba los nudillos y le sangraba la nariz —con el consiguiente disgusto por su parte, ya que nadie peleaba con bastones— entrenándose con su padre en el gimnasio: allí aprendió a atacar, defenderse, esquivar, dar estocadas del revés... Jamás sospechó la finalidad de ese duro adiestramiento, pero ahora ya lo comprendía.

—Sé manejarlo —dijo Dick, sujetando el bastón en una presilla lateral de su cinturón que, al parecer, era el lugar apropiado.

El "cuerpo" de detrás del mostrador había sacado un grueso volumen de hojas sueltas y empezó a hojearlo.

—Jones... vamos a ver...

—¡Deja eso ahora! —exclamó la gárgola—. No tienes que decirme que lugar le corresponde al señor Jones. Por aquí, señor...

Pasaron por debajo de una arcada que consistía en una sola y enorme lámina de un metal blanco cuyo diseño, hecho a mano, representaba un ciervo y hojas de roble. Un reflector empotrado en el techo lanzaba una luz plateada. Más allá, el vestíbulo era de color cobrizo transparente, iluminado por detrás. El suelo era de cristal sólido y por debajo fluía el agua por un canal poco profundo.

Subieron tres peldaños de marfil y pasaron a través de una multitud de chismosos que llenaban a medias una vasta sala. Se cruzaron con un pavo real que extendía su plumaje como un abanico sutil de innúmeros ojos. Una música suave se esparcía por la habitación, interrumpida únicamente por los chillidos de las cacatúas enjauladas a lo largo de la pared más alejada.

Mientras caminaba, Dick miró a su alrededor con desaprobación. Había demasiada gente y, en su opinión, todos vestían con ridícula exageración. El sitio era demasiado grande y excesivamente extravagante. A pesar del aire perfumado, olía mal. Descendieron otro tramo de peldaños y pasaron por debajo de otra arcada: el edificio había sido construido a seis niveles distintos, al parecer sin propósito determinado.

Se encontraban ahora en un corredor estrecho cuyas paredes y suelo dorados estaban curvados de forma tan irregular como un túnel abierto en la tierra. A un lado, fluía la misma corriente de agua que Dick vio previamente. Aquí no estaba cubierta ni provista de barandillas. Pasó una forma escurridiza, tal vez una trucha, pero desapareció tan rápidamente que él no pudo cerciorarse. Dick miró atrás por encima del hombro. Al extremo del corredor, la rápida corriente se extendía hasta perderse de vista.

Un poco más adelante, un joven se arrodillaba, con una mano dentro del agua, mientras que un grupo reducido —dos chicas, otro muchacho y algunos "cuerpos" vestidos de seda— le observaban. Cuando ellos se aproximaban pasó otra forma oscura corriente abajo. El joven

arrodillado se agitó, exclamando:

—¡Aja!

Y levantó la mano triunfalmente. Dentro de una bolsa verde —evidentemente era su sombrero, ya que hacía juego con su traje—, se retorcía un pez. Riéndose, el muchacho lo hizo saltar al suelo sacudiendo su sombrero. El agua salpicó a Dick hasta las rodillas.

De rodillas aún, el joven levantó sus ojos risueños. El pez, una trucha, se arqueó una vez, dos veces y finalmente cayó al agua donde desapareció con un chapoteo.

—¿Buena puntería? —preguntó el muchacho, sonriendo aún.

Era rubio y apuesto. El cuello de encaje de su túnica estaba abierto descubriendo un cuello fuerte y bronceado. Detrás de él, los demás miraban en silencio.

—Señor —dijo la gárgola, cogiendo a Dick por el brazo—, hoy está demasiado concurrido este corredor… Más vale que demos un rodeo por la South Promenade.

—Déjale tranquilo, Frankie —dijo el joven sin volver la cabeza—. Le hice una pregunta.

Dick sintió la humedad en la piel a través de las perneras del pantalón.

—Una puntería excelente —contestó.

Frankie, la gárgola, le susurraba algo al oído:

—Es Jerry Keel, tenga cuidado con él, señor…

Ignorándole, Dick se inclinó y recogiendo agua en la palma ahuecada de la mano, se la arrojó al otro a la cara.

El muchacho rubio, Keel, se levantó al momento, con la nariz y la barbilla chorreando agua, empuñando el bastoncillo en una mano. Sonreía ahora enseñando los dientes.

—Veamos qué pasa ahora —dijo.

—Jer, es sólo un novato —murmuró una de las chicas.

—Pero lleva un bastón, ¿no? Vamos, tú, no me hagas esperar.

Dick desprendió el bastoncillo de su grapa y rodeó uno de los extremos nudosos con la mano. Él y Keel avanzaban cautelosamente el uno hacia el otro, vueltos los pies hacia los bordes del charco de agua. A Dick le desconcertaba un poco la cadena del codo; debería recordar que no podía lanzar una acometida completa…

Entablaron batalla. Keel en una postura curiosamente negligente, sostenía el bastón en alto, haciéndolo entrechocar contra el de Dick con insultante suavidad. Irritado, Dick hizo una finta hacia la derecha, hacia la izquierda y arremetió contra los nudillos del otro.

Hubo un sonido discordante al chocar las maderas con fuerza. El bastón de Keel arañó la muñeca de Dick y seguidamente lanzó una astuta estocada en el movimiento de retroceso que casi le obligó a soltar el suyo.

Retrocedieron un instante, mirándose a los ojos. Después, Keel se adelantó y Dick fue a su encuentro, pisando ambos el escurridizo metal mojado. Keel efectuó una serie de ataques que culminaron en una estocada directa a la que Dick respondió con una rápida parada y contrataque. Keel trató de inmovilizarle el codo y la mano; Dick a duras

penas se zafó de la encerrona, atacando a su fin y por poco no alcanzó a Keel en la cara. Retrocedieron de nuevo, con la respiración un tanto penosa.

Dick tenía la muñeca entumecida y le dolía el codo a causa de sus esfuerzos por estirarlo más de lo que se lo permitía la cadena. Sonriendo, Keel blandió su bastón descargándolo en dos rápidas estocadas y avanzó otra vez.

Entablaron combate por tercera vez; Keel hizo dos fintas, rechazó el contrataque de Dick y acometió. Dick logró esquivarle dando un salto hacia atrás, pero embistió nuevamente con un movimiento violento y fuerte. Keel actuó a la defensiva manteniéndose en guardia, Dick cruzó el charco y le acorraló. Tambaleándose, Keel perdió el equilibrio. Dick le golpeó con una súbita parada. Luchando a brazo partido, dieron unos tumbos; zafándose de la mano que le tenía cogido, Dick dio otro empujón. Con un grito de rabia, Keel cayó al agua.

La multitud lanzaba exclamaciones de asombro. Dick oyó un golpazo y se volvió a tiempo de ver aparecer la cabeza y un brazo de Keel envuelto en espuma allí donde el agua pasaba arqueándose por debajo de la pared.

Sonaron pisadas apresuradas.

—¡Juego limpio! ¡Juego limpio! —vociferó alguien de improviso.

El amigo de Keel y dos o tres "cuerpos" que corrían hacia Dick, se detuvieron y empezaron a retroceder. De pie en la entrada del corredor, había un hombre corpulento vestido de seda verde y canela. Bajo un absurdo sombrero de color limón asomaba su cabello gris metálico, pero sus ojos negros eran brillantes.

—Conoces el reglamento —dijo, volviéndose hacia Dick con un irónico saludo de su bastón.

En el agua, a una yarda de distancia, el cuerpo de Keel aparecía en forma de cruz contra los laterales angostos del canal. Dick vio horrorizado que no había rejas ni barrotes; lo único que salaba a Keel de ser arrastrado por la corriente era la presión que hacía con pies y manos contra el liso metal. Las cadenas de los codos le restaban posibilidades de apuntalarse mejor; la fuerza de la corriente era tremenda. Si hacía un solo movimiento, perdería su punto de apoyo. El agua y la espuma le cubrían hasta la barbilla. Se ahogaba poco a poco. El gesto involuntario de Dick fue reprimido.

—¿Jones? —preguntó el hombre corpulento, apoyando su bastón sobre el brazo de Dick. Su voz era profunda, con un ligero ceceo. Su cara tenía un matiz gris poco saludable, la nariz ganchuda, la boca firme y delgada.

—¿Qué? —dijo Dick—. Sí, pero…

—Me llamo Ruell. *Ruell.* Sigue mi consejo… déjale. Él hubiera hecho lo mismo contigo.

El hombre adelantó un poco más su cabeza morena. Se estremecieron los músculos de su espalda, como si fuera a relajarse. Dick fue asaltado por la incongruente visión de otro cuerpo que se desplomaba de cabeza contra la hierba.

Tenía la boca seca.

—¡Apártese de mi camino! —exclamó rudamente.

Arrojando su bastón a un lado, sin importarle donde cayera, se arrodilló en el borde, apuntalando un pie contra el lateral de la entrada. Agarrando la muñeca de Keel con ambas manos, tiró de él.

Una mano gigantesca tiraba con fuerza de Keel desde el otro lado Dick se ladeó un poco, cogido aún a su presa. Resbalaba irremediablemente; las luces del techo le aturdían con su resplandor. Unos brazos le rodearon la cintura. Se oyó un entrechocar de bastones con el metal, parloteo y otra mano gigantesca empezó a tirar de él hacia atrás. Fue como si fueran a arrancarle los brazos de cuajo, pero Dick siguió aferrándose. El brazo y la cabeza ladeada de Keel pasaban ya dificultosamente por encima del borde; después pasó la otra mano, desfallecida, y finalmente el resto de su cuerpo.

No fue el amigo de Keel, como imaginó Dick, quien le sostuvo por la cintura, sino Frankie, la gárgola. Ese amigo, un hombre de cabellos oscuros y boca hosca, miraba desde el último término. Frankie se incorporó bamboleándose y, montando a horcajadas sobre Keel comenzó a frotarle rítmicamente las costillas. Salieron unas gotas de agua de la boca de Keel; se agitó.

—Se pondrá bien —dijo Frankie jovialmente—. Espéreme unos minutos y le acompañaré a sus habitaciones, señor Jones.

El hombre corpulento (¿Ruell? ¿Por qué le era familiar el nombre?) se había inclinado para recoger su bastón y con toda delicadeza se sacudía el polvo de las manos. Entonces él debió ser el tercer hombre de la cadena humana que salvó a Keel.

—Yo le conduciré allí —dijo Ruell, con una rígida inclinación de cabeza hacia Dick—, si usted no se opone. ¿Cuál es su *suite*?

—La número H 103, en el patio de palo de rosa junto a la Fuente Vieja.

—Conozco el sitio. Vamos, señor Jones, aquí ha hecho todo cuanto podía hacer.

Al pasar ellos junto al hombre de gesto hosco, éste animó su expresión.

—¡Jerry no le olvidará!

—Él tampoco —murmuró Ruell caminando junto a Dick—. Cometió usted un error. Jerry es demasiado vanidoso para sentir gratitud. Le haré una última advertencia: si puede, mate a ese hombre en la primera oportunidad que se le presente.

Estaban cruzando un patio enorme, embaldosado, encerrado entre vidrios de cincuenta pies de altura, con geométricos macizos de geranios y cambrina, cornejo, asters, consólidas reales, tulipanes. La reacción de Dick se traducía en una debilidad y aturdimiento generales. Dijo:

—Entonces, ¿por qué me ayudó usted a salvarle?

—Fue usted quien lo decidió —dijo Ruell con indiferencia—. A su izquierda —prosiguió— el Winton Número Uno.

Indicaba un objeto espantoso colocado sobre un estrado de piedra laminada, un carruaje dorado de cuatro ruedas y un dosel bordado que cubría la plaza. Cada pulgada de la superficie estaba tallada, esculpida,

engastada con joyas, profusamente adornada.

—Uno de los primeros automóviles vendidos en los Estados Unidos —dijo Ruell—. Claro está que se trata de una reconstrucción, sin ningún valor histórico, pero único en su clase. —Señaló de nuevo—. A su derecha, un "Packard" primitivo, el primero con volante en lugar de timón. Más allá, naturalmente, hay el automóvil de vapor "Stanley".

—¿Es eso lo que colecciona el Jefe? —preguntó Dick—. ¿Coches?

—¡Ja, ja! —prorrumpió Ruell en explosivas carcajadas. La nariz se le crispó y enarcó las cejas—. ¡Ja, ja! ¡Oh, *ja, ja, ja*! ¡Ah, mi querido muchacho...! —Con una mano se apretó el estómago y con la otra le dio unas palmadas a Dick en el hombro.

Dick se apartó.

—¿Y eso qué tiene de gracioso?

Recobrando inmediatamente la compostura, Ruell prosiguió diciendo:

—Ahí tenemos la famosa Fuente Vieja. —Era un estanque de poca profundidad, de roca laminada y unos veinte pies de anchura, con un delgado chorro de agua en el centro—. Los peces que parecen anguilas —añadió Ruell— son lampreas. Unos bichos antipáticos: atrapan a la presa con esa ventosa dentada y le abren un agujero con sus lenguas que también tienen dientes. Un romano de la época de los Augustos tenía lampreas en su estanque de peces y les arrojaba a los esclavos que cometían faltas sin ninguna importancia. Se llamaba Vedius Pollio. Eso fue hace veintiún siglos. *Plus qa change, plus c'est la méme chose.*

Dick se detuvo y se encaró con él.

—Mis habitaciones deben estar cerca de aquí —dijo—. Las encontraré sin su ayuda. Adiós.

Ruell le retuvo, con aire contrito.

—Mi querido muchacho, no fue mi intención molestarle. Me reí descortésmente de su ignorancia. Preguntó si el Jefe colecciona automóviles... Bueno, en este momento no recuerdo nada que *no* coleccione el Jefe. Colecciona colecciones interminable e insaciablemente. De hecho —dijo en tono persuasivo, cogiendo de nuevo el brazo de Dick—, esta montaña no es sino un pequeño estante colocado encima del insondable abismo que guarda las colecciones del Jefe. Bueno, aquí está su *suite.*

Dick se dejó guiar, pensando que así se libraría antes del hombre. Tenía algo que le inspiraba un profundo desagrado y desconfianza. Tal vez esa aversión tuviera que ver con su nombre tan familiar... Ruell. De pronto se detuvo, buscando el sobre que guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Aún estaba allí.

—¿Sí? —inquirió Ruell con expresión alerta—. ¿Trae algo para mí?

—Si es usted el hombre que mi padre... Quiero decir que si se llama usted...

—En efecto, soy León Ruell. Creía que usted ya lo sabía. Pero no hablemos aquí... —Inclinándose, abrió una puerta de palo de rosa tallada y le indicó a Dick que entrase.

Los techos eran inmensamente altos y acababan en tragaluces prismatoideos y puntiagudos desde los cuales se proyectaba un resplandor multicolor por las paredes. Hasta la altura de la cabeza de

Dick, las paredes eran de palo de rosa tallado y el resto estaba pintado en azul. Del otro lado de una puerta llegaba el sonido de un martilleo: las habitaciones daban la impresión de haber estado cerradas y desocupadas.

—Aquí estará cómodo —dijo Ruell en tono de crítica— durante un par de días, hasta que le encontremos un alojamiento más conveniente. Bien, y ahora, por favor… —Extendió la mano en la que Dick dejó el sobre.

Con un ademán de disculpa, Ruell se alejó un poco, rasgó el sobre con la uña del dedo pulgar y desdoblando una hoja muy fina de papel, lo leyó lentamente. Después estrujó el papel, pensativamente, y comenzó a comérselo. Sonrió al ver la expresión consternada de Dick.

—Es papel de arroz —dijo mientras se lo engullía—. ¿Nunca ha empleado este truco? Bueno, ya lo hará…

El martilleo había cesado. Frankie, la gárgola, salió de la otra habitación. Llevaba puesto un mono azul que le daba aspecto de perro feriante y una caja de herramientas de carpintería. Dirigió un saludo cordial a Dick:

—En seguida estará usted instalado, señor Jones. Salió; hubo un breve coloquio en la puerta y volvió a entrar, esta vez vestido con un mono amarillo y llevando el equipo de faena de pintor. Dick se le quedó mirando boquiabierto—. Se hará todo rápidamente, señor Jones —dijo Frankie haciendo una mueca jovial antes de desaparecer dentro de la otra habitación.

Reprimiendo una exclamación, Dick se dirigió hacia esa entrada. En el interior se había desmontado una sección de los paneles siendo remplazados por nueva madera tallada, en torno de la cual Frankie estaba fijando láminas de papel. El suelo a su alrededor aparecía cubierto de botes de pintura y goma laca, brochas y pistolas pulverizadoras. Decididamente su mono era de un inequívoco amarillo rabioso, una indumentaria completamente distinta a la otra azul que llevaba antes.

Ruell estaba al lado de Dick, mirándole con aire divertido. Al recordar el cambio operado en la puerta, dijo Dick:

—Son dos, ¿verdad? ¿Son gemelos?

Ruell prorrumpió en otra de sus explosiones de hilaridad.

—¿Que hay dos? ¿Y gemelos?

Frankie dio media vuelta —si es que él era Frankie— con una sonrisa más ancha aún.

—No se lo tome a mal, señor Jones —dijo—. Sorprendemos a mucha gente, ¿no es cierto, señor Ruell?

Las carcajadas de Ruell se extinguían trocándose en breves suspiros.

—*¡Ahuh! ¡Ahuh!* —Y seguidamente preguntó con toda solemnidad—: ¿Cuántos hay como tú en este momento, Frankie?

Frankie también se puso serio.

—Esta mañana hay exactamente doscientos cuarenta y tres como yo —dijo—. Como sabe, el mes pasado hubo solamente doscientos doce, pero ahora hay mucho trabajo en la construcción del Largo Corredor que se derrumbó parcialmente. Somos los mejores criados de Eagles,

señor Ruell. Después viene Hank, el porteador, y creo que de él sólo hay unos ciento diez. Bien, señor Jones, jamás había visto tantos sosías de un individuo, ¿verdad? —Se rió complacido.

Mientras se alejaban, Ruell dijo:

—Antes teníamos un número fabuloso de copias suyas. Trescientos cincuenta o más si mal no recuerdo. La única ambición de Frankie es batir su propio récord. Se cuenta cada mañana y si ha perdido alguna copia, anda todo el día con la cara larga. ¿Ocurre algo?

—Esto no tiene sentido —dijo Dick. Iba a sentarse cuando, al recordar que prácticamente estaba en su casa, primero le ofreció una silla a Ruell—. ¿Cómo saben a cuál de ellos le encargan algo? Y, suponiendo que desea usted que uno de ellos le recuerde algo, ¿cómo se las arregla después para identificarle?

—¡Oh, Frankie se lo dice todo a sí mismo! —dijo Ruell, sentándose con donaire, cruzadas las piernas y apoyada su mano en el bastón—. Por esta razón es tan útil... Lo sabe todo, está en todas partes y, además, si uno tiene un criado competente, ¿para qué andar con experimentos?

Por quinta o sexta vez oía la palabra "criado" desde su llegada.

—¿Aquí no les llaman "cuerpos"? —preguntó, irritado—. ¿O esclavos?

Ruell se encogió de hombros.

—Mi querido muchacho... —Su mirada irónica se agudizó—. Veamos, veamos. Montas bien a caballo, eres bastante buen tirador, y hábil con el bastoncillo, según has demostrado. Bien adiestrado serás excepcional. Sabrás nadar y bailar, supongo; nada sabes y nada quieres saber...

Dick se puso en pie.

—Aprende a dominar tu mal genio —dijo Ruell, conciliador—. Es tu peor defecto, salvo la ignorancia; siéntate, tengo que decirte una cosa. He dicho que te sientes. —Dick se sentó—. Eres joven —prosiguió Ruell en el mismo tono—, fuerte, bien constituido y bastante apuesto. Por encima de todo eres una cara nueva. Creo que será esta tu mejor línea de ataque.

—No comprendo —dijo Dick.

—¿No? Te lo expondré de esta manera. En Eagles todo es poder; órbitas y esferas de poder, mareas de poder. Puesto que tú no lo tienes, necesitas un protector. La pregunta es ¿cuál? Bien, en Eagles no se da nada por nada. ¿Qué tienes tú que ofrecer? Vamos *a* ver: ningún talento ni habilidades especiales, ninguna relación salvo yo mismo (y dicho de paso, de mí sólo recibirás buenos consejos), ni adictos, ni información especial. En resumen, no tienes nada más que tu persona. Déjame pensar. —Hizo una pausa, llevándose los dedos curvados a la barbilla—. Si hubieras dejado ahogarse a Keel, tendrías algo para empezar. Keel es el muchacho de Randolph y no hubieras podido desear nada mejor que eso; Randolph es el secretario de diversiones del Jefe... —Escrutó Ruell el rostro de Dick con más detenimiento—. No me pareces el tipo indicado. Es curioso, había esperado... Bueno, esto nos deja una sola alternativa. —Se echó hacia atrás en su asiento—. Tendremos que hacer de ti un caballero para las damas. La carrera suele ser corta y

más afortunada. Las señoras son caprichosas... Pero veamos qué se puede hacer. Te presentaré a un par de ellas. Te aseguro que hay algunas bastante atractivas. Y si no ocurre nada o no dura, lo intentaremos de nuevo.

Dick tuvo el presentimiento de que sería inoportuno enojarse. Sentía disgusto e incredulidad por partes iguales.

—¿Habla usted en serio? —Dick se levantó—. Ruell, le he escuchado porque... Bueno, mi padre le nombró a usted...

—¿Sí?

—...pero todo tiene un límite. Usted no me agrada y no quiero su consejo. Por lo tanto puede irse.

Ruell se puso en pie lentamente. Su rostro grisáceo estaba crispado, inmóvil. Dick sintió que se le aceleraban los latidos del corazón. La mano delgada de Ruell que empuñaba el bastoncillo aflojó la presión, relajándose.

—Olvidaré esto —dijo— en consideración a tu padre... pero sólo por esta vez. Eres un joven muy estúpido y más te valdrá tener más sensatez y de prisa. —Cuando llegó a la puerta, se volvió rápidamente— . *Au revoir.*

Dick respiró al fin profundamente, dejándose caer en la silla. De pronto volvía a sentirse cansado, le dolía la cabeza y los ojos le ardían.

"Cuerpos" gemelos, paneles tallados que debían acabarse inmediatamente. Lampreas en la fuente. ¿Qué dio a entender Ruell con su frase en francés, "cuanto más cambia, más es siempre lo mismo"? Las horribles insinuaciones que hizo Ruell con tanto desparpajo, sentado ahí mismo: "protectores", "el muchacho de Randolph", "caballero de las damas". ¿Y si todo eso era cierto? Pero podía no serlo.

Capítulo VIII

Durante diez días recorrió los corredores de Eagles, entre los "cuerpos" que empujaban sillas de ruedas y no le cedían el paso, sintiéndose centro de todas las miradas y (de ello estaba seguro) objeto de burlas a su espalda. Las ropas hechas en Colorado no tenían estilo, pero era lo mejor que consiguió; el género parecía tosco aunque le pareció excelente cuando el sastre lo llevó a sus habitaciones. Empezaba a comprender el "estilo" de Eagles y a darse cuenta de que él carecía del mismo: los trajes adornados, con pliegues, los complementos, los matices, las plumas o lazos de cintas, los perfumes, las maneras, las actitudes, la manera de andar, un millar de detalles.

Pasó junto a un andamiaje que cubría la mitad de una pared. Desde el corredor contiguo se oía el ruido de martillos perforadores. Al parecer, Eagles era reconstruido, diseñado y decorado de nuevo constantemente.

A pesar del mapa que uno de los Frankies le proporcionó, Dick se había extraviado innumerables veces, pero las múltiples vistas de Eagles empezaban a hartarle. Estaba cansado de sus habitaciones estrechas que carecían de gimnasio, de biblioteca e incluso de una piscina aceptable.

No conocía a nadie en Eagles excepto a Ruell, eso sin contar a los

Frankies y demás "cuerpos". Y lo peor era que no lograba entablar amistad con nadie más. Ni siquiera consiguió conocer al coronel Van Etten, el oficial militar encargado del servicio activo. En dos ocasiones fue rechazado en el antedespacho color crema y oro de Van Etten: en la primera le dijeron que para ver al coronel necesitaba citarse previamente; en la segunda, cuando ya estaba citado, le comunicaron que Van Etten había tenido que ausentarse. Si telefoneaba, le contestaban que el coronel no estaba en su despacho.

Del corredor por el que caminaba, descendían escalones amplios y curvados hacia un salón de cóctel en la penumbra. Las botellas y copas del otro lado de la barra del bar resplandecían con colores espectrales, los encargados del servicio eran simples siluetas. Deseoso de tener compañía, Dick miró al interior: en una mesa cercana había una mujer que le miró sin ninguna curiosidad durante unos instantes, volviéndose de nuevo hacia su compañero. Dick titubeó y después retrocedió. Tal vez este sitio estaba reservado... Siguió andando.

El corredor formaba curva en la dirección de una hilera de pequeños talleres de artesanos (joyas de coral, encuadernación de madera, batiks, calabazas pintadas) y desembocaba de nuevo en el corredor central. Ahora se encontraba en territorio conocido: ésta era la arteria principal a nivel medio. Estaba siempre concurrida, de noche y de día. Por ahí venía un hombre vestido de púrpura con una mitra en la cabeza, el tridente en una mano y el incensario en la otra. Dick le había visto anteriormente e hizo preguntas acerca de él. Frankie le informó que ese hombre era un sacerdote de Eblis... a saber qué era Eblis. Apareció entonces un grupo de chicas jóvenes, bonitas casi todas... pero "cuerpos" por desgracia. Dick apenas había visto a una mujer libre desde su llegada a Eagles. Detrás de ellas iban dos tipos morenos, de negro, con cachiporras y semblantes hoscos. Les reconoció por su uniforme: Guardias del Gismo.

Aquí el refectorio pequeño donde Dick comió un par de veces. Estaba situado a pocos metros de la puerta del despacho de Van Etten, pero era inútil dirigirse allá puesto que había conseguido otra cita para dos días más adelante. Le desagradaba comer solo en público, pero era peor hacerlo en sus habitaciones. Abatido, Dick se sentó en una de las mesas y encargó un pequeño refrigerio: pichones, pizza con anchoas, bistec tártara. No tenía apetito.

Movido por un repentino impulso, llamó de nuevo al camarero, que ya se alejaba.

—¿Señor? ¿Desea algo más?

—No, no. Pensaba que... ¿Conoce usted al coronel Van Etten? ¿Quiero decir si le ha visto?

—Oh, sí, señor.

—¿Qué aspecto tiene?

El camarero parpadeó, nervioso.

—¿El coronel Van Etten? Oh, es un hombre muy alto, señor, su aspecto es... *serio, y* tiene una cicatriz encima del ojo.

—Entiendo. Muy bien, esto es todo.

El camarero le dedicó una inclinación y se alejó. Dick comió el resto de la pizza, a desgana, pensativamente. Bien, ¿por qué no? ¿Qué podía perder? Aunque desaprovechara un día, tanto daba. Abandonó el refectorio, situándose en una arcada enfrente de la puerta de Van Etten. Entraba y salía gente, algunos con uniforme militar. Ninguno de ellos encajaba en la descripción. Era probable que Van Etten utilizara una puerta privada, pero aun en el caso de que la descubriera Dick, seguro que tendría la mala suerte de que el coronel entrase entonces por la puerta principal. Cuando se cansó al fin, Dick se acercó a una cabina de TV, interrumpió la película que aparecía en la pantalla y pulsó el botón de "Privado".

—¿Sí, señor? —dijo la muchacha rubia que apareció en la pantalla.

—Una llamada urgente a Buckhill en los Poconos. Hablaré con quien sea.

—Un momento, señor. —La pantalla se oscureció ligeramente y volvió a iluminarse—. Lo siento, señor, todas las líneas están ocupadas. Haga el favor de solicitar de nuevo la llamada.

Líneas ocupadas *todavía.* Dick apagó el televisor y volvió a su puesto de observación. Todos los días había intentado llamar a casa, pero las líneas siempre estaban ocupadas. Al principio lo hizo por deber, pero ahora empezaba a preocuparse. Si pudiera preguntarle al Hombre qué debía hacer... Aunque escribiera una carta, no conocía a nadie de confianza para que la llevara a destino. Si entregaba la carta al recadero de otra persona, era posible que la leyera alguien o que ni siquiera fuera enviada.

Pasó una hora, después otra. Cansado y aburrido, Dick permaneció en su puesto. Pensaba en lo que harían Ad y Félix a esta hora... ¿Montarían a caballo o estarían bañándose en el Lago Skytop? Le asaltó una insoportable nostalgia: los olores, el aire, los mismos azulejos que tenía debajo de los pies eran odiosos. Irguió el cuerpo y continuó esperando.

A media tarde salieron tres oficiales del despacho, enzarzados en conversación. El del centro era más alto que los otros, delgado, con las sienes blancas bajo su casco escarlata. Dick avanzó un poco, indeciso. Sí, no, sí, allí estaba la cicatriz.

—¿Coronel Van Etten?

Los tres levantaron las miradas.

—¿Sí? —inquirió el más alto.

—Coronel, soy Dick Jones de Buckhill. Quisiera hablar con usted unos momentos. Se trata de mi destino.

Van Etten parpadeó levemente.

—¿Su destino? —preguntó en tono distraído—. ¿Pasa algo con su destino?

—Todavía no lo tengo, coronel... De eso quería hablarle.

Los otros dos oficiales intercambiaron una mirada. Van Etten dijo:

—¿Dijo usted que se llama...?

—Dick Jones, coronel.

—Jones, pida hora a mi secretario. Los asuntos oficiales los despacho en mi oficina.

Van Etten se volvió para echar a andar. Dick dijo en voz alta:

—Coronel, usted no comprende. He tratado de verle a usted siguiendo los trámites normales, pero su secretario lleva diez días aplazando la entrevista...

Van Etten se detuvo, consternado.

—¡Cielos! —estalló. Uno de los oficiales se puso de puntillas para susurrarle algo al oído—. Sí, por supuesto —dijo Van Etten—. Crump, recuérdemelo después... Jones no será recibido en mi despacho ni siquiera para solicitar una entrevista hasta dentro de un mes. Tome nota.

—Sí, señor —dijo el oficial más joven, sacando una libreta de apuntes.

¡Un mes! Dick tuvo un estremecimiento de indignación.

—Y si no le gusta —prosiguió el coronel, inexorable—, puede regresar a Dunghill o como se llame...

—El nombre es Buckhill, coronel —dijo Dick, alzando la voz. Vio que la gente del corredor se volvió a mirarles.

—¡Dos meses! —exclamó Van Etten. Por un momento miró desafiante a Dick, luego consultó su reloj y dio media vuelta—. Es tarde, vamos.

El oficial joven cerró rápidamente su libreta de notas, susurrándole a Dick:

—¡Estúpido! Más le vale buscarse un amigo cuanto antes.

Seguidamente apresuró el paso para alcanzar a los otros. La multitud hizo corro a su alrededor.

Dick abrió el puño cuidadosamente; las uñas se le habían clavado en las palmas de las manos. Algunos rostros le miraban con curiosidad, otros divertidos, algunos con indiferencia. Tenía la visión borrosa cuando se dio la vuelta, casi a ciegas, encaminándose a donde le llevaran los pies.

Al poco rato descubrió que se encontraba en la Avenida Superior, el nivel más alto de Eagles exceptuando una o dos cúpulas. En el exterior el día se había nublado y la luz grisácea de la pared transparente volvía enfermiza y débil la luz de los fluorescentes.

Dick avanzó despacio, apretando la frente contra el cristal frío. Al otro lado del valle, las distantes montañas eran masas púrpuras y grises; detrás de ellas, las nubes avanzaban rápidamente. Los cúmulos turbios jalonaban el cielo con luz pálida, pero eran tan densos que lo ensombrecían todo como si ya hubiera llegado el atardecer. Por delante de la ventana subían velos de vapor, fantasmales. La enorme hoja de vidrio se abombaba hacia el interior, lastimando la frente de Dick. Se apartó. Los niveles inferiores de Eagles eran hilos de luz. No podía ver el suelo del valle, estaba demasiado oscuro.

Diez días atrás, cuando llegó aquí, fuera era primavera. Al mirar hacia la izquierda vislumbró la Torre inacabada con destellos cobrizos, contra el fondo gris. El cielo se ensombrecía más aún. El granizo racheado azotó cada vez con más fuerza el cristal y finalmente se precipitó un torrente cercando la Avenida como si fuera una cortina de plata.

Era imposible que trataran así a todos los que solicitaban un destino.

¿Por qué encontraba tantas dificultades? Tenía la impresión de que se le cerraban todos los caminos. El coronel no dio muestras de conocerle hasta que uno de los oficiales le dijo algo al oído... Le castigó con un mes de espera y luego con dos por haber protestado. Si volvía a hablar, probablemente tendría que esperar durante tres o cuatro meses... Y le entretendrían de este modo durante el tiempo que se les antojara. ¿Estarían ocupadas aún las líneas con Buckhill? ¿Lo estarían hasta que él se rindiera haciendo lo que le ordenaban? Pero eso no ocurriría jamás.

Cabizbajo, volvió lentamente hacia los ascensores. La gente pasaba en grupos por su lado. Cuando se tropezaba con alguno, Dick daba un rodeo, sin levantar la mirada. Más adelante, encontró un par de piernas cubiertas con mallas verdes que se movían a derecha e izquierda, imitando los movimientos de Dick.

Se detuvo, alzó los ojos: una túnica negra sujeta en la cintura por una cadena de medallones de bronce, una pechera de encaje, un rostro gris. Era Ruell, sonriendo blandamente.

—¿Y bien, joven Dick? ¿Por qué estás tan pensativo?

Dick vio a otros detrás de Ruell que le miraban, pero no les hizo el menor caso.

—Ruell, quiero hablar con usted.

—¡Excelente! Bajemos, hablaremos con más tranquilidad en otro sitio, mi joven amigo.

—No, hablemos aquí —dijo Dick, sin moverse—. ¿Le dijo usted a Van Etten que no me diera ningún destino?

—Mi querido muchacho... ¿tuviste dificultades con Van Etten? —Ruell se rascó la larga mandíbula, con una indolente sonrisa—. Es tan fácil suavizar estas cosas. Debiste acudir a mí. —Detrás de su cabeza, la luz pálida de la lluvia oscilaba en el techo metálico.

Hubo un murmullo de risotadas mal contenidas en último término. Dick se oyó a sí mismo diciendo:

—No puedo combatir a todo el mundo en Eagles, pero a usted sí.

Retiró su bastoncillo de la pinza. El corazón le palpitaba con violencia. Sabía que no podría vencer a Ruell, pero no podía hacer otra cosa. Pensó rabiosamente: "Si me derrota, le desafiaré una y otra vez. Le agobiaré hasta que sea él quien ceda."

—Puesto que insistes tanto... —dijo Ruell lentamente, con la mano encima del pomo de su bastoncillo—. Pero aguarda, una última palabra antes de llegar a medidas tan desesperadas. Me gustas, Dick. Conocí a tu padre. Aunque no lo apruebo, te conseguiré otro protector si lo deseas. ¿Qué te parecería un advenedizo ambicioso que simplemente quiere una sucesión de jóvenes de buena familia? Guardias de corps, aduladores... tal vez alguna que otra pelea. Créeme, Dick, perderé el tiempo cerrando este trato, pero al menos no te malograrás. ¿Sí? ¿Trato hecho?

Dick titubeó. Se dio cuenta de que flaqueaba su firme decisión mientras hablaba Ruell. Le costó trabajo rehacerse. Y su voz sonó con más aspereza de lo que se había propuesto.

—Saque su bastón.

El semblante de Ruell adquirió la dureza que Dick ya le conocía. Sus ojos entornados despedían destellos. Detrás de él, el círculo de espectadores retrocedió un poco, arrastrando los pies. Ruell retiró el pie izquierdo, doblando las rodillas ligeramente. Bajó la mano derecha con lentitud y levantó el bastón con un rápido movimiento. Antes de que aparentemente lo hubiera tocado, el bastón se agitó en el aire como si tuviera vida propia. El bastón de Dick se estremeció en su mano bajo la sucesión de golpes; izquierda, derecha, izquierda...

Recobrándose de la sorpresa, Dick asestó un golpe al hombro que Ruell paró sin apenas moverse y a su vez hizo una finta quebrantando la defensa de Dick y le propinó un golpazo en las costillas.

—Este es el primero —dijo Ruell con aspereza.

Retrocedió poniéndose en guardia.

Dick atacó con furia y destreza, encontrándose enzarzado involuntariamente en una danza de frenética esgrima. Ruell se limitaba a parar los golpes sin contraatacar, o a apartarse un poco dejando que el bastón de Dick azotara el aire. *Zas, zas*... Ruell estaba poniéndole en ridículo, como a un bebé inofensivo.

—¡Peleé! —gruñó, y oyó carcajadas a su alrededor.

Encolerizado, Dick arremetió de nuevo, pero le contuvo una parada con el codo del otro. Ruell hizo un quite desdeñoso, acorralándole aún más, y de improviso le golpeó en la sien. Tambaleándose, Dick perdió el equilibrio.

—Van dos —dijo Ruell sin alterarse, alcanzándole de nuevo en el estómago—. Y con éste, tres, Dick se desplomó pesadamente, sin aliento, contra el suelo que giraba en torno suyo.

Resonaban los ecos de voces irreconocibles, su mejilla contra el suelo notó la vibración de pisadas que se extinguieron por fin a lo lejos. Cuando se aflojó la opresión del pecho, pudo respirar un poco, con gran esfuerzo. Pero debía hacerlo para no morir.

Alguien le levantó la cabeza en un vano esfuerzo por ayudarle. Se movió débilmente y la mano desapareció. Un minuto después, reaparecieron otras manos, más toscas. Dick pensó en su aturdimiento que la primera debió ser la de una mujer. Le pusieron en pie, pero no se sostenía. Le pasaron los brazos por unos hombros atezados y se dio cuenta, por los ecos, de que le llevaban casi a rastras hacia uno de los gabinetes de la pared posterior. Allí le tendieron en el sofá. Dick les dejó hacer; el malestar le impedía incluso abrir los ojos.

—Pobre gatito mío —dijo una voz femenina, de timbre musical grato al oído—. ¿Quién es? ¿Lo saben?

—Se llama Jones —dijo un hombre—. Frankie dice que en las dos semanas que lleva aquí no ha hecho amistad con nadie.

Hubo un murmullo y luego una sensación de inconsciencia; volvieron las pisadas y alguien le puso un pañuelo húmedo sobre la frente.

—Lo mejor será dejarle solo —dijo la voz varonil—. Ya conocéis a Ruell.

—Sí, pero ¿qué será de él?

—Más no preocuparte, Viv... No puedes hacer nada.

El hombre se expresaba con respeto y cierta pomposidad, como si

dijera lo que se esperaba de él y no lo que realmente pensaba.

La mujer insistió:

—Es que yo podría aceptarle.

—Viv, tú sabes que es imposible. En tu lista tienes ya a seis personas de más. Querida, te *conviene* ser juiciosa.

—Oh, claro, supongo que tienes razón como siempre, Howie.

Al entreabrir los ojos, Dick vio borrosamente una manga masculina de terciopelo rojo y nubes de encaje color crema y un enorme sombrero blanco de mujer. La mujer le miraba, cogiéndose la barbilla con una mano enguantada. Detrás de ella había un grupo de "cuerpos" uniformados.

—Por lo menos podemos llevarle a casa —dijo ella— para que el doctor Bob le reconozca. Después ya decidiremos algo. Saúl, trae una silla, pronto.

Uno de los "cuerpos" hizo una reverencia, diciendo:

—En seguida, señora Demetriou.

Dick volvió a cerrar los ojos sin importarle gran cosa morir o seguir viviendo. Momentos después sintió que le levantaban y le sentaban en una silla rodante. Después se encontró tendido en una cama y vio a su lado a un hombre de bigotes canosos que olía a ron. En el azulado dosel, encima de su cabeza, había pájaros de plata.

—Oh —se quejó Dick, apartándose de los dedos que le palpaban la sien.

—Hum-mmm —observó el hombre de los bigotes canosos, enderezándose con un crujir de seda—. No hay huesos rotos. Se trata de una ligera contusión, nada serio. Se pondrá bien con un par de días de reposo. —Empezó a guardar algo en una caja, con expresión solemne y respiración dificultosa por los gruñidos que lanzaba.

Del resplandor de luz amarilla que había más allá de él, dijo una voz irónica:

—Conque un par de días, ¿eh? Viv, me rindo.

Cuando volvió a despertar, Dick tuvo dificultad en recordar dónde estaba y cómo llegó hasta allí. Incorporándose vio que se acercaba con presteza una chica vestida de amarillo desde el otro extremo de la habitación.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó con una amable sonrisa—. ¿Desea desayunar? —Era joven y bastante bonita, a pesar de la marca en verde de "cuerpo" en el centro de su frente.

—No tengo apetito —Dick descubrió bajo las ropas de la cama que llevaba un complicado camisón de dormir fruncido en el cuello. Dick empezó a saltar de la cama—. Por favor, déme mis ropas.

La chica, inquieta, le empujó suavemente por los hombros para que se acostara de nuevo.

—Oh, no, se lo ruego, señor Jones. Dijo la señora que debe permanecer en cama hasta que esté restablecido. Por favor.

Sentía un insoportable martilleo en la cabeza y no estaba de humor para protestar. Apartándola a un lado, se levantó. Tenía las piernas más débiles de lo que esperaba. Tuvo que apoyarse en el pilar de la cama.

La muchacha retrocedía de espaldas.

—¡Oh, cielos! *¡Señora Demetriou!*

Se abrió la puerta y entró una mujer con paso decidido.

—Vamos, vamos, métase otra vez en la cama. ¿No me ha oído?

Para evitar el ridículo de caerse redondo al suelo, Dick se sentó en la cama. La esclava le levantó las piernas y le arropó con el cobertor.

—Esto es todo —le dijo la mujer, que se sentó con gracia en la silla próxima a la cama—. No fuimos debidamente presentados —y su voz gangosa matizó burlonamente sus palabras—. Soy la esposa de Charles Demetriou y usted el señor Richard Jones. ¿Cómo está usted?

Tenía la oportunidad de verla claramente por primera vez. Era esbelta y vestía un vaporoso salto de cama color violeta con una toca del mismo tono graciosamente colocado sobre su melena de cabellos castaños. Su rostro era delgado y moreno, con pómulos salientes y unos ojos grandes de párpados caídos.

Dick comenzaba a impacientarse. Recordaba mal la conversación que oyó el día anterior, pero se habló de la conveniencia de ayudarle o de abandonarle a su suerte. En cualquier caso, esta mujer fue testigo de su humillación.

—Encantado de conocerla —dijo secamente—. Fue muy amable de su parte ayudándome, pero ya me encuentro bien. ¿Puede enviar mensaje a mi esclavo para que venga a buscarme...?

Cuando ella siguió observándole en silencio, sin sonreír, Dick se sintió incómodo y casi obligado a añadir:

—En mis habitaciones podré descansar también. No quisiera parecerle un desagradecido, pero...

—Pero lo es —replicó ella. Se levantó, con el cuerpo muy erguido, y posó la mano sobre un teléfono de estilo francés antiguo. Permaneció así, como si hubiera olvidado lo que iba a hacer—. ¿Es de fiar su criado?

—Lo ignoro —dijo Dick—. Me lo enviaron de la Dirección. Supongo que es buena persona.

—¿Cómo se llama?

—Albert.

—¡Oh, *cielos*! —exclamó la mujer—. ¿Es un individuo desgarbado y torpe que siempre parece necesitar un buen corte de pelo?

—Sí, ése es. ¿Por qué?

—Es el peor criado de Eagles. Lo destinan a visitantes de paso como mensajeros y gente así. Mi querido señor Jones, ¿no encontró usted nada mejor que ese individuo?

—No la comprendo —dijo Dick; le costaba un esfuerzo seguir la conversación a causa de la fuerte jaqueca—. Me dijeron que estaba prohibido traer a los "cuerpos" propios a Eagles.

—Bueno, esto es cierto, pero no obstante... —Apartando la mano del teléfono, permaneció de pie junto a la silla, mirando a Dick—. ¿Le duele la cabeza?

—Un poco.

—Me lo figuraba. Vamos a ver ahora. —La mujer cogió una bolsa de hielo de la mesa y la puso con cuidado sobre la sien hinchada. Al

inclinarse hacia él, Dick notó su perfume fresco y ligero, parecido al de la madera de sándalo—. ¿Por qué se peleó con Ruell? ¿No sabía que iba a pasarle esto?

—Tenía que hacerlo de todos modos —dijo Dick, poniéndose en guardia—. Mi situación no ha empeorado por eso, pero si hubiera ganado yo...

Ella hizo un mohín.

—Ruell es el mejor luchador de bastón de Eagles, pero usted lo ignoraba, ¿verdad?

—Sí —contestó Dick, sintiéndose ridículo y tonto. Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? Y puestas así las cosas, ¿qué iba a hacer ahora?

En cualquier caso, no debía causar la impresión de necesitar compasión.

—Será mejor que me vaya —dijo—. Si me trajeran mis ropas...

—No sea estúpido —dijo ella, sin sonreír—. Tal vez podamos ayudarle. Dígame, ¿pensó en lo que sucedería si derrotaba a Ruell?

—No lo pensé. Supongo que fue una idea improvisada. Tal vez creí que podría obligarle a retirar a sus perros.

—¿Sus perros?

—Ruell ha conseguido que Van Etten y otros que desconozco trabajen para él. No consigo que me den un destino ni llamar a mi casa...

Ella cerró los puños.

—¡Ese reptil! Me pone furiosa pensar que... —Se volvió—. Howard, ven y escucha esto. No darás crédito a tus oídos.

—¿No? —dijo una voz que Dick pudo reconocer. Entró un hombre alto, de anchos hombros, vestido con un traje amarillo de corte sencillo. Era joven, tendría pocos años más que Dick, una cara delgada y simpática, un bigotito y estaba turnando un largo cigarro.

—Richard Jones, Howard Clay. Ahora cuéntenos toda la historia, Richard, porque todos somos amigos. Howard, escucha esto.

—Escucho.

Clay se sentó a los pies de la cama, recostado contra el pilar. Sus ojos castaños eran cordiales, pero irónicos.

Puesto que no había más remedio, Dick les contó todo cuanto le había sucedido desde el primer día. Cuando terminó de hablar, Clay silbó suavemente.

—De todos modos, admiro su temple —dijo—, pero cometió un error. Ahora Ruell, después de haber sido provocado, nunca le dejará en paz a menos que se rinda.

Dick cerró los puños.

—Tiene que haber alguna solución. ¿Acaso lo único que se puede hacer aquí es dejarse maltratar como un "cuerpo" o un animal?

Se produjo una pausa embarazosa.

—No diría yo tanto —dijo la señora con gran frialdad.

Clay se inclinó hacia adelante para sacudir la punta de su cigarro en un cenicero; tenía el ceño fruncido.

—Bueno, lo siento —dijo Dick—, pero así me lo ha parecido.

—Dígame —empezó a preguntar Clay—. ¿No ha pensado en acudir al Jefe?

Dick titubeó.

—No lo sé. ¿Cree que eso daría resultado?

—No, pero es la única tontería que le falta por hacer. Escuche, señor Jones, le aconsejo lo siguiente: Búsquese un protector sin esperar a que Ruell lo haga por usted. Consiga una persona que le agrade y si es posible de más categoría que Ruell para que éste no se atreva a buscarle complicaciones. Todo irá bien para usted si consigue que su amigo le libre de Ruell, aunque sea asustándole. De lo contrario, Ruell le hará morder el polvo. Le acosará implacablemente hasta pulverizarle, y entonces le enviará al Batallón de Inadaptados. Es la verdad.

Clay se puso en pie y cruzó la habitación con las manos en los bolsillos. La mujer le vio salir con expresión pensativa.

—Howard.

—¿Sí? —respondió él, sin volverse.

—Creo que voy a hacerlo yo.

Él giró en redondo.

—Sabía que ibas a decir eso. Estás loca, ¿sabes? Sería lo mismo que adoptar al Cuerpo de Ballet Magyar; tampoco podrías mantenerles.

—Charles tendrá que aumentarme la asignación —replicó ella. Clay refunfuñó.

—Sí, pero ¿te la aumentará?

—Tendrá que hacerlo. —La mujer se volvió hacia Dick—. ¿Quiere que le adopte, Richard?

Dick estaba indeciso. Sin saber por qué, esto no le gustaría, pero la razón le decía que no podía desaprovechar una oportunidad honorable.

—¿Qué tendré que hacer a cambio? —preguntó.

—¿Hacer a cambio? —repitió ella con extrañeza—. Oh, ya entiendo. Richard, ¿qué edad me calcula?

La súbita pregunta no sorprendió a Clay; aproximándose de nuevo, puso el pie encima del brazo del sillón, y ambos observaron a Dick en regocijado silencio.

Dick la miró: su cutis carecía de arrugas, a excepción de unas imperceptibles rayitas debajo de los ojos. Ni una bolsa debajo de la barbilla, y sus manos también eran tersas, sin venas. Era de suponer que éstas eran las señales de vejez. Su figura era esbelta como la de una muchacha. Nada en ella traicionaba una edad avanzada, salvo, tal vez, la mirada penetrante y el trazo firme de su boca. Sin embargo, carecía en absoluto de la suavidad y dulzura de la juventud: su esbeltez era casi esquelética y se veían los huesos delicados de su rostro.

Era probable que tuviera cuarenta años por lo menos. Reduciría años, por cortesía.

—¿Treinta y cinco? —preguntó.

Ambos sonrieron, y la sonrisa de ella le dio un aire casi de adolescente.

—Tengo bastantes más. Soy... Bueno, soy lo bastante vieja. Tengo un nieto que casi tiene su edad, ¿no es cierto, Howie?

—Mmm —dijo Clay, mordiendo la punta de otro cigarro puro.

—Para dejar las cosas en claro —dijo Dick—. ¿Significa esto que resolvería mis problemas respecto al destino y que podría utilizar la TV

para hacer la llamada?

—Y además le mantendrá, vistiéndole decentemente —dijo Clay—. Supongo que vivía de su asignación como visitante, ¿verdad? Bueno, Vivian tendrá que hacer mucho más que esto por usted, aunque no se cómo, pero si ella lo promete, lo hará.

Y la miró de soslayo, con los ojos entornados.

Ella le puso la mano en el brazo.

—No te preocupes, Howie —dijo suavemente.

Clay pareció tranquilizarse.

—Y a cambio de todo esto —le dijo a Dick—, ni siquiera tendrá usted que llevar un paquete... a menos que desee hacerlo. Vivian no exige nada... os una filántropa.

Dick fue incapaz de interpretar el significado de la mirada que cruzaron ella y Clay.

—*¡Cómo eres!* —exclamó la mujer, volviéndose con una sonrisa—. Bien, ¿todo arreglado, entonces?

Dick recordaba las palabras de Ruell: "En Eagles no dan nada por nada." Al otro lado de la cama, estos dos extraños le miraban con una expresión enigmática en los ojos.

Pero ¿acaso podía decir otra cosa más que "sí"?

La imagen era borrosa y fluctuante en la pantalla, por falta de sincronización.

—¿Papá? ¿Eres tú?

—Aquí estoy, Richard. Te veo y te oigo con claridad. ¿Qué ocurre ahí?

—Es que... Oh, ahora ya se ve bien. —Las rayas de color se incorporaron al rostro de su padre, con matices verdosos en las partes más oscuras. Dick aumentó la potencia del control rojo, y redujo la del azul. El rostro adquirió unos contornos más normales—. ¿Cómo están todos?

—Bien, muchacho. Richard, hemos tratado de comunicarnos contigo desde que llegaste ahí. Tu madre ha...

—¡Dick, cariño! —Apareció la cara de su madre y su voz parecía forzada—. Estábamos tan *preocupados.* ¿Por qué no has llamado?

Dick se oyó decir:

—Había avería en los circuitos. —No tenía la intención de mentir, pero ahora se daba cuenta de que la verdad era imposible porque le hubiera comprometido a dar demasiadas explicaciones.

—Bueno, al menos ya sabemos que estás bien —dijo su madre, mirándole con ansiedad desde la pantalla—. Me da tanta alegría verte de nuevo, hijo. Pareces un poco cansado.

—Será porque tiene mucho trabajo —dijo su padre—. Tengo entendido que te asignaron ya un destino, ¿verdad?

—Sí, papá, estoy en el Quinto de Caballería, al mando del general Myer. —Clay le acompañó al día siguiente de la paliza al despacho de Van Etten y el asunto quedó resuelto en cinco minutos.

Su padre hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Es un buen Cuerpo. ¿Hablaste con Ruell?

—Sí.

—¿Has conseguido relacionarte con gente?

—Pues, para ser exactos, no, papá. —Titubeó ahora tendría que explicarlo todo de pe a pa, pero ¿cómo empezaría?

La expresión de su padre se había endurecido.

—¿No? ¿Quieres decir que no tienes ninguna amistad?

—Oh, sí, la tengo... Es la señora Demetriou, una dama muy amable. Pero Ruell y yo tuvimos algunas diferencias... —concluyó con voz apagada.

—¿Una mujer? —preguntó su madre—. Fred, esto no acaba de gustarme. Querido, ¿qué clase de mujer es ella? ¿Cómo la conociste? ¿Es...?

—He oído hablar de ella —dijo su padre—. No tengo nada que objetar. —Miró fijamente a Dick—. ¡Espero que no te hayas enemistado con Ruell!

—¡Oh, no, papá! —Una mentira total.

—Muy bien. Richard, los niños quieren decirte hola. Luego seguiremos hablando.

Su madre se retiró a desgana de la pantalla.

—Dick, procura escribir lo antes que puedas...

Él observó con extrañeza que había envejecido desde que se despidió de ella en casa.

Aparecieron Ad y Félix, gritando:

—¡Hola, Dick!

Y a continuación vio a Constance, muy crecida ya, con el cabello recogido en un moño en lo alto de la cabeza, y el joven Edward en los brazos de la señorita Molly. Todos sonreían y parloteaban a un tiempo...

Momentos después, su padre les hizo salir a todos de la habitación y, volviendo antes la cabeza para cerciorarse de que no podían oírle, miró de nuevo a Dick, en silencio.

—¿Cómo van las cosas en Twin Lakes? —preguntó Dick.

—Todo lo bien que cabía esperar —respondió su padre—. El avión que despegó como señuelo regresó sano y salvo, por si te interesa saberlo.

Dick dio un respingo: se había olvidado del avión.

—Esto, sin embargo, no tiene importancia —prosiguió su padre—. Lo que quería hablar contigo, Richard... —Vaciló, cosa muy impropia en el Hombre, y terminó la frase con un gesto de disgusto—. Tal vez te acuerdes del bufón que se lastimó al caer mientras se celebraba el banquete.

Dick reflexionó unos instantes.

—Oh, sí, ya lo recuerdo.

—Encontramos unas octavillas escondidas en sus ropas. Eran instrucciones para fabricar armas con cuchillos de cocina y herramientas de jardinería.

—Dick notó que palidecía.

—¿Quieres decir que *nuestros esclavos*...?

—Algunos de ellos han recibido copias de estos folletos y no lo han informado. Ignoramos de quiénes se trata. Aquí jamás hemos utilizado esposas, Richard, pero opino que no tenemos otra alternativa, dadas las

circunstancias.

—Sí, naturalmente, papá. —Se humedeció los labios—. Pero... Bueno, es que no puedo creerlo...

—Tampoco yo. Nuestros esclavos siempre fueron leales. Pero este año hay algo extraño en el aire, Richard. Lo noté en Richmond y en otros lugares. Creo que lo mejor es prepararse. Bien, Richard, me parece que esto es todo.

—Sí, papá. Adiós.

La imagen convergió rápidamente en el centro, formó un remolino veteado de color, tembloroso antes de menguar y desvanecerse finalmente.

Capítulo IX

Al cabo de un mes, Dick se sentía en Eagles casi como en su propia casa. Había cosas que seguían no gustándole, otras que le turbaban y algunas que no conseguía comprender, pero en conjunto, no podía negar que ese sitio era fascinante. Eagles era inagotable; cubría las caras del sur y del este de la cima montañosa en docenas de desniveles partidos. Había un campo deportivo subterráneo donde jugaban fútbol y pelota base los equipos de esclavos. Había una biblioteca emplazada en una zona más extensa que el edificio principal de Buckhill; salas de colecciones, jardines, observatorios. A Dick aún le faltaba por ver, y no los vería sin especial autorización, departamentos enteros. Incluso si se excluían estas secciones, el lugar cambiaba constantemente, brindando siempre novedades. Daba la sensación de que allí nadie sosegaba ni un momento. Uno despertaba cualquier día, descubriendo que el corredor exterior había sido repavimentado con losas de turquesa, o que el patio moro que bordeaba la Gran Avenida ya no existía y en su lugar había un acuario lleno de peces increíbles: peces dorados, majestuosos, espléndidos, que le obligaban a uno a quedarse embelesado mirándolos.

Pero tampoco quedaba tiempo para permanecer inactivo en ninguna parte. Jamás faltaba un compromiso, una cita, la prueba del traje para ir a una fiesta —era asombroso el tiempo que se perdía para vestir bien—, salir con algunas chicas o con Vivian. En honor a la verdad, raras veces veía a Vivian, la cual desaparecía durante días enteros, pero en ocasione? ella le pedía que la acompañaran cuatro o cinco protegidos, y en estos casos era obligado complacerla por galantería, considerando lo mucho que todos ellos le debían.

Frunció el ceño. Alex, su paje, quien era diez veces más competente que el que Dick tuvo previamente, o Sam, el de casa de sus padres —aunque Dick aprendía rápidamente a aceptar su discreta destreza como norma establecida—, Alex dio los últimos toques al arreglo de la chorrera de Dick y, ladeando un poco la cabeza, examinó el efecto de conjunto.

—Alex, hoy no tenemos ningún compromiso con la señora Demetriou, ¿verdad?

—No que sepamos, señor. Esta semana no hemos visto a la señora.

—Está bien. Me he acordado de la ópera, pero eso será el viernes. ¿No

ha llegado aún el señor Clay?

—Iré a ver, señor. —Alex se acercó a la puerta, miró hacia fuera—. Ahora mismo llega, señor.

—Bien, ¿has acabado con esa maldita chorrera?

—¡Dick! —llamó Clay desde la habitación contigua—. Vámonos, se nos hace tarde.

—¡Aún no he desayunado! —protestó Dick.

Clay asomó la cabeza por la puerta.

—Casi es la una, ganso. Vamos, ¿quieres o no ver la Torre? Decídete de una vez.

—Está bien. —Alex sostenía la nueva chaqueta de mañana. Dick introdujo los brazos en las mangas. Era de seda tejida a mano, con un dibujo que hacia parecer más alto—. ¿Vienen Thor y Johnny? —preguntó.

—No, iremos nosotros dos solamente... Conseguí únicamente dos plazas. —Alex estaba abrochando el cinturón y las cadenas. Clay cogió el gorro de seda del tocador y se lo encasquetó a Dick en la cabeza—. Vamos —dijo, arrastrándole hacia la puerta—. Te repito que llegamos tarde.

Clay tenía una silla de manos esperando fuera. Apenas se instalaron en el interior, los porteadores echaron a correr al trote, pero cuando alcanzaron el corredor principal, caminaron con más lentitud. Más adelante había alboroto; la gente se apartaba a ambos lados del corredor, los que iban a pie y en sillas de manos, sin distinción. Ellos siguieron su ejemplo. Por la amplia y desierta avenida descendía un pequeño grupo de hombres al frente del cual caminaba pausadamente un hombre corpulento de unos cincuenta años. Sus movimientos eran torpes y se adivinaban los miembros rígidos debajo de un manto gris. Le escoltaba la Guardia a ambos lados y detrás. Los de la Guardia llevaban una pistola enfundada; eran las primeras armas de fuego que Dick veía en Eagles. Más atrás iban dos "cuerpos"

empujando una silla y a cada lado unos cinco hombres vestidos con un traje de mañana oscuro.

El hombre que iba al frente tenía un rostro cetrino, los carrillos blandos y fofos, su nariz parecía un burujo. Con la boca ancha y desprovista de labios apretaba un cigarro apagado. Sin volver la cabeza, miraba a uno y otro lado mientras caminaba. Sus ojillos se fijaron sin curiosidad en Dick y Clay. Su expresión abatida no se alteró. Siguió andando.

La multitud invadía de nuevo el centro del corredor.

—¿Quién era *eso*? —preguntó Dick.

Clay le miró de reojo.

—¿No lo sabes? Es verdad, nunca le habías visto. Era el Jefe.

La gente iba y venía, como una marea rutilante, entre ráfagas de perfumes y un murmullo de risas. A un lado, media docena de indios de nariz de halcón y ojos negros, luciendo turbantes; allí un sacerdote de Eblis y un saltabanco gitano que discutían, cogidos del brazo; la famosa señora Wray, cuyas intrigas eran la comidilla de Eagles; más allá se acercaba un carro atestado de monstruosos "cuerpos" encargados de la

limpieza de los suelos. El corredor estallaba con exuberancia de ecos: esto era vida. El dueño de todo aquello debía ser un hombre afortunado. ¿Qué más podía pedirle nadie al mundo? ¿Pero si dominando todo aquello no había sino aquella cara de sapo con semejante expresión de irremediable tristeza...?

Pasaron por delante de una puerta en la que montaba guardia un individuo con cara simiesca y vestido de negro: en la puerta había una G familiar, con el símbolo de tibias cruzadas. Era una Sala del Gismo. Ahora Dick comprendía perfectamente cómo estaba organizado Eagles y por qué no podía ser de otra manera. Todos los Gismos de Eagles pertenecían al Jefe, lo mismo que los "cuerpos". Era una precaución elemental. Existía una guardia selecta que vigilaba los Gismos e incluso un Cuerpo más escogido aún que únicamente se dedicaba a vigilar a los guardias, con una complicada tradición de odio y rivalidad entre ellos.

En Eagles había centenares de Gismos que proporcionaban riquezas día y noche sin interrupción. Pero su número era limitado incluso aquí. Era preciso un sistema de racionamiento: tanto para un visitante de paso, tanto para un favorito del Secretario, tanto más para el propio Secretario... Eso daba sentido a la incesante y turbulenta lucha de posición que había en Eagles: se aspiraba a la posición que permitía lujos y placeres para uno mismo y el poder de conseguirlos para otros. Existía también un peligro tentador para cualquier hombre aficionado *a.* juegos de fortuna: a cada peldaño que se subía de la pirámide, la posición de uno resultaba más expuesta y aumentaba el número de personas que anhelaban derribarle. Ese peligro le daba picante a la empresa, prestando fulgor a los ojos y rojos destellos a los labios.

Cuando cruzaban una de las amplias plazas a mediano nivel, Dick levantó la mirada, acertando a descubrir una figura familiar asomada a la terraza superior. La visión duró un solo instante y la túnica blanca se confundió pronto entre la multitud.

—¿Era algún conocido? —preguntó Clay, siguiendo su mirada.

—Creo que era Keel. Ahora ha desaparecido.

Dick y el muchacho rubio se habían encontrado varias veces en los corredores después de su pelea y en todas las ocasiones se saludaron con una ligera e indiferente inclinación de cabeza. Los amigos de Keel y los de Dick no se trataban entre sí y hasta el presente no había habido una segunda disputa.

Pero hacía un momento Dick advirtió algo especial en la expresión de Keel: una sombra de burla que resultaba más inquietante que la picardía...

—No volverá a molestarte —dijo Clay con aire ausente—. El reglamento prohíbe rivalidad entre los bandos. Es algo que el Jefe lo tiene muy en cuenta.

—Que se atreva a desafiarme —dijo Dick, con una sonrisa de autosuficiencia. Se había entrenado con el viejo Finnegan, maestro en el arte de esgrimir el bastón, y su aptitud natural había mejorado hasta tal punto que ninguno de los otros protegidos de Vivian lograba derrotarle.

—Bueno, supongo que eso no te preocupa, ¿verdad? Olvídalo.

Habían franqueado una rampa, cruzando una entrada desconocida aún para Dick. Se encontraban en una larga explanada de techo de cristal que corría paralela a una vía ferroviaria hundida. Debajo de ellos había dos vagones inmóviles; uno cargado de láminas de metal dorado, el otro vacío. Las vías casi se unían en un mismo punto. Más allá, a través del cristal, Dick vio un pico metálico que relucía bajo el cielo pálido.

Un individuo nervioso, que llevaba puestos el chacó y la chaqueta de pieles de la Guardia, se afanaba en el andén, inspeccionando una pequeña flotilla de sillas, unas veinticinco en total, que estaban apretujadas contra una barricada en forma de uve. Excitado, se acercó con una lista en la mano.

—¿Clay? ¿Jones? Está bien, ya podemos empezar. Un momento.

Se volvió; había alboroto arriba, en la punta de la uve. Dick vio al ocupante de la silla más adelantada, un hombre de cara encarnada que golpeaba el rostro de un "cuerpo" que mantenía la verja cerrada. El bastón cayó una y otra vez mientras el esclavo trataba en vano de protegerse la cabeza. Cuando éste cayó desapareciendo a la vista, otro "cuerpo" le reemplazó al instante. El hombre de cara colorada lanzó un rugido, levantando el bastón de nuevo. Pero en ese momento el nervioso Guardia gritó:

—¡Está bien, ábrela!

La verja se abrió lentamente y empezaron a desfilar las sillas de manos. Abriéndose paso a empellones, el oficial se dirigió a su propia silla, al tiempo que murmuraba en voz baja, retorciéndose el bigote.

Una vez restablecido el tráfico después de ese embotellamiento, las sillas de manos se desparramaron en todas direcciones. Dick reconoció a varias personas conocidas, pero la mayoría del grupo eran visitantes: una señora mayor con un horrible manto floreado, dos parejas de mediana edad, un joven desgarbado que llevaba un sombrero del Oeste. El hombre de cara encarnada destacaba aún en la primera fila. Dick le vio echar la cabeza hacia atrás para echar un trago de una botella.

Dick dedicó entonces su atención a la Torre que aparecía cada vez con más claridad a través del techo de cristal del pasaje. Mientras se aproximaban, vio que las partes inferiores estaban entrecruzadas con andamios, como si fuera una torre hecha con cerillas, y de su centro sobresalía la punta metálica... Obsesionado por ese pensamiento, comenzó a darse cuenta de lo enorme que era la Torre.

El pasaje era muy largo y la torre estaba más lejana de lo que parecía. Cuanto más se acercaban a ella, tanto más monstruosas e increíbles eran sus dimensiones. Los enormes contrafuertes aparecían muy altos, amenazadores y, en comparación, la punta soleada y distante de la Torre se empequeñecía, brillando en lo alto como una estrella caída. Dick se sintió singularmente empequeñecido y eso no le gustó: en vez de que la Torre aumentara de tamaño, parecía como si él y el resto de todos los seres humanos se volvieran pequeños, diminutos como saltamontes.

—Dejaremos las sillas aquí —dijo el oficial nervioso. Estaba de pie al final del pasaje.

Más allá, a través de las puertas de cristal, vieron un espacio oscuro en el cual se movían camiones y colgaban cables enlazados. Se oía el sordo rugir de motores y un penetrante martilleo que apenas permitían oír la voz del oficial. Los invitados abandonaron las sillas y se acercaron a él. Los esclavos se llevaron las sillas rodantes.

—Nos disponemos a entrar en la Torre de Eagles, el objeto más alto de todo el mundo construido por el hombre —dijo el oficial en voz alta— . Tiene mil seiscientos pies de altura. El Empire State Building de Nueva York tenía mil doscientos cincuenta pies, la Gran Pirámide de Giza medía sólo cuatrocientos ochenta y un pies cuando estaba intacta. La Torre Eiffel de París, Francia, tiene novecientos ochenta y cuatro y un cuarto, menos de los dos tercios de la altura de la Torre de Eagles. La Torre tiene una sección transversal triangular y está construida con una aleación única de ferroplatino. Las planchas exteriores grabadas son de oro de catorce quilates y cada una representa más de ochenta horas de trabajo manual realizado por especialistas. Síganme, por favor.

Cruzaron la entrada, pasando a un vasto espacio de formas y sonidos confusos. Visto de cerca, el interior estaba bien acabado y pródigamente iluminado. Más allá había una vorágine de sombras jalonada sólo por débiles rayos de sol y alguna que otra luz de una linterna.

—Esto —gritó el oficial— es la Gran Escalera que, una vez terminada, se elevará a toda la altura de la Torre.

Los focos iluminaron el pie de la distante escalera que se enroscaba sinuosamente en torno de una columna central, perdiéndose en las sombras del descansillo superior. En uno de cada dos peldaños había un nicho que contenía una estatua de diez pies. El mármol de los peldaños y el pasamanos y paredes tenían complicados grabados e incrustaciones.

—A la izquierda de la Escalera —prosiguió la voz— observarán el Cenotafio Edmond, erigido en memoria de Edmond Crawford, segundo Jefe de Colorado.

Se trataba de un enorme pastel de bodas de granito y metal blanco; llevaba una inscripción que no pudieron leer debido a la distancia, y el conjunto formaba una base para lo que, según adivinó Dick, era una figura heroica, de la cual sólo se veían los pies.

El grupo se desvió hacia la izquierda, penetrando en un amplio ascensor abierto y provisional al parecer. Había espacio para todos y aún sobraba; la cabina hubiera podido admitir incluso un camión pequeño. Separados del vacío por una simple reja plegable, la cabina empezó a elevarse lentamente.

Por encima del primer descansillo, el interior de la Torre era un armazón ahuecado de andamiaje en el cual figuras diminutas se afanaban como abejas en un panal. Algunas partes de la combada estructura interior aparecían revestidas de grandes arabescos de metal labrado, figuras intrincadas que se curvaban y enlazaban sobre sí mismas. Otras parecían estar recubiertas de esmalte o azulejos de cerámica.

—Cada pulgada cuadrada de la Torre —dijo el guía—, interior y exteriormente, será adornada, cuando se termine, con obras de arte

únicas realizadas por los hombres de Eagles que se enviaron a buscar a todas las partes del mundo. Vean aquí uno de los cincuenta cineramas que funcionarán en toda la Torre.

Se trataba de una plataforma flotante, suspendida de manera casi invisible, encima de la cual había gigantescos robots, abigarrados, arrodillados en rígida postura, un hombre y dos muchachos, entrelazados entre sí por serpientes.

—Representan escenas mitológicas —agregó el guía.

La cabina se paró en el rellano siguiente y todos la abandonaron para dirigirse hacia otro ascensor más pequeño, el cual les transportó hacia arriba, por una zona en sombras donde resonaban débilmente los activos útiles de trabajo, y finalmente se encontraron rodeados de luz deslumbrante. Superando el área de andamiaje, salían de nuevo a la luz del sol, y ante las hileras de altas ventanas, pudieron ver el cielo.

El segundo ascensor se detuvo también cerca de la cima y entonces subieron por una angosta escalera, al otro lado de la cual silbaba el viento, hasta llegar a una plataforma triangular cuyo techo formaba cúpula.

Dick se detuvo ante la ventana más próxima para mirar hacia abajo. No podía ver la base de la Torre, pero allí, debajo directamente, Eagles parecía una alfombra multicolor cubriendo la cumbre de la montaña. Desde esta altura vertiginosa, la misma montaña se desplomaba a lo lejos. La fuerza del viento azotaba el marco de la ventana, que temblaba bajo la mano de Dick, y la pared parecía estar a punto de derrumbarse en el vacío. Se sobresaltó al sentir la mano de Clay agarrándole por el codo.

—Vamos, como sigas soñando despierto vas a perdértelo todo.

El resto del grupo se apretujaba en torno del centro de la plataforma, donde había una barandilla circular alrededor de un pozo abierto. Debía ser la columna central en torno de la cual se construyó la escalera, pensó Dick; era hueca por alguna razón. Encontró sitio al lado de Clay, y entonces miró hacia abajo.

El pozo tenía unos diez pies de ancho, era perfectamente circular y liso, y descendía en línea recta hasta que los sucesivos círculos de luz procedentes de las lámparas en sus nichos se fundían en uno solo. El fondo era un puntito, un simple punto matemático. Subía por el pozo un aire frío que extendía un olor desagradable. Dick se dio cuenta de que estaba temblando.

—Hay mil seiscientos pies hasta el fondo —dijo Clay, a su lado.

Sacándose un pañuelo del bolsillo, le hizo un nudo y lo arrojó por encima de la barandilla. La forma blanca flotó en su caída, disminuyendo de forma interminable hacia el centro de la luz, donde acabó por desaparecer.

—Ningún objeto metálico, por favor —dijo el guía. Al otro lado del pozo, el hombre de cara encarnada se disponía a tirar un frasco de metal—. Pueden arrojar objetos de tela, papel o madera —añadió el guía—, pero se ruega que no tiren metal, plástico o cristal.

El hombre de cara encarnada dejó caer el frasco, que chocó con un saliente de la pared interior del pozo, salió desviado y empezó a girar en

el vacío.

—Señor —dijo el guía, acercándose a él—, le rogué no tirar objetos de metal.

El hombre de cara encarnada dio media vuelta, un tanto vacilante, y sacó un cigarro de su bolsillo.

—No me diga —respondió al tiempo que arrojaba el encendedor. Se encaró con el oficial—. ¿Es usted un hombre o un "cuerpo"? —preguntó—. Por Dios que no le tolero a ningún "cuerpo" decirme lo que debo hacer... —Trató de sacar algo de su bolsillo.

El oficial hizo una señal a los dos guardias que ya acudían precipitadamente. Agarrando al hombre de cara encarnada por los codos se lo llevaron hacia la escalera. Mientras se resistía, el hombre gritaba obscenidades, y al pasar le dio un puntapié a una señora de mediana edad. La señora cayó lanzando un chillido, y entonces el oficial, mordiéndose el bigote, se aproximó al hombre de cara encarnada, golpeándole en la sien con una cachiporra enfundada en cuero.

Aunque no fue un golpe fuerte, al parecer, el hombre de cara encarnada se desplomó instantáneamente y se lo llevaron como si fuera perro muerto.

Segundos después, el grupo fue tras ellos; la señora lastimada por el puntapié también se marchó cuando la ayudaron a levantarse.

Mientras andaba, Dick tropezó con un montón de sacos de papel pesados y sólidos. Su zapato quedó cubierto por una capa de polvo blanco. Picado por la curiosidad, se inclinó para leer la etiqueta, apenas visible bajo el polvo blancuzco: CAL VIVA.

Alcanzó a Clay en la mitad de la escalera.

—El oficial de Guardia sí es un "cuerpo" —dijo—. Le vi la marca. Pero golpeó brutalmente a un hombre.

Clay hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Cumplía órdenes.

—Pero no debe permitirse que los "cuerpos" golpeen a la gente —dijo Dick—. ¿Qué le pasará ahora?

Clay le miró, sonriendo levemente.

—¿Tú qué crees?

Entraron en el ascensor y bajaron en silencio. El oficial de Guardia, pálido, miraba fijamente al frente. Al hombre de cara encarnada, cuya respiración era dificultosa, le sostenían entre los dos guardias. En la planta baja, le dejaron apoyado contra la pared en un rincón mientras el oficial telefoneaba. Dick no volvió a ver a ninguno de ellos.

Capítulo X

Como siempre, la fiesta de Melker estaba concurrida y animada. Melker era un hombrecillo enano de aspecto desagradable, con una barba realmente repulsiva. Sus habitaciones eran espaciosas, pero bastante sucias y desaseadas. Melker tenía vagas relaciones con el Ejército, pero no era nadie, según tenía entendido Dick, quien no se explicaba la razón de que todo el mundo asistiera a sus recepciones de

los sábados por la noche. Pero puesto que allí nunca faltaba nadie, Dick tampoco dejó de ir.

Las atracciones valían la pena: dos bailarinas y un conjunto comediante que anteriormente perteneció a la Casa. Sin embargo, a las once la velada comenzó a resultar terriblemente aburrida. Las mujeres bonitas se retiraban, los camareros desaparecían con las bebidas, y algunos charlatanes como el coronel Rosen trataban de acaparar la atención general hablando con machaconería de la Guerra del Establecimiento... Inevitablemente, la gente empezaba a bostezar y, llegado este momento, Dick abandonaba la fiesta en compañía de unos amigos para ir en busca de algo más divertido.

Sin embargo, esta noche Clay le retuvo cuando se dirigía hacia la puerta.

—¿Te marchas tan pronto? Espera un poco.

Indicando con la cabeza al coronel Rossen, cuya voz marcial atronaba al otro lado de la sala, Dick replicó:

—¿Para escuchar eso? No, gracias.

Clay no le soltaba el brazo.

—Espera. Hay un motivo para que te quedes.

Intrigado, Dick tomó asiento y dejó vagar su mirada, alerta. El tedio se hizo insoportable durante algún tiempo. Luego, cuando se llevaron fuera a un borracho, la atmósfera cambió de manera prodigiosa. El coronel Rossen calló bruscamente y se sirvió otra copa; los camareros se movían de nuevo activamente entre las sillas; hubo murmullos de risas y conversaciones. Incluso las luces parecían más brillantes.

Dick miró a su alrededor. La mayoría de los presentes estaban en su edad viril; había algunos muchachos y ancianos y solamente tres mujeres: dos viudas cómodamente instaladas, con sus respectivos esclavos a mano, y una mujer algo más joven, pero fea, en el otro extremo.

Melker, que estaba sentado junto a la chimenea, dio un golpe seco a su copa de vino para llamar la atención, diciendo:

—Señoras y caballeros, el tema de esta noche es "Esclavitud". Coronel Rossen, le rogamos que empiece usted expresando la opinión tradicional.

Dick no pudo contener un audible gemido. Rossen, un cincuentón casi calvo, le miró, enarcando las cejas, y empezó a hablar.

—La esclavitud es una institución en toda sociedad civilizada desde los tiempos más antiguos hasta la actualidad. Empleando el término en su sentido más amplio, diré que en cualquier época en la que existieran las artes y ciencias civilizadas en todo su apogeo, han estado fundadas en el trabajo forzado, es decir, en la esclavitud. Observemos...

—¡Tengo algo que objetar! —exclamó un hombre moreno de aspecto vigoroso apuntando a Rossen con su pipa—. ¿Sostiene usted que el campesino de la Edad Media era un esclavo?

—Lo sostengo, señor.

—No, era un siervo de la gleba, y hay una importante diferencia. Un siervo estaba apegado a la tierra...

—Como una calabaza —murmuró una voz irónica al oído de Dick.

—...y sólo podía ser vendido junto con la tierra, mientras que el esclavo era una propiedad absoluta al que se vendía en cualquier momento.

—El reglamento establece —dijo Melker— que el coronel Rossen puede denominar esclavo a un siervo si es éste su deseo. Por favor, prosiga usted, coronel.

Dick volvió la cabeza; Clay habíase sentado discretamente un poco más atrás.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Dick.

—Es el Club de los Filósofos... Cierra la boca y escucha. Tal vez aprendas algo.

—Observemos la diferencia —decía Rossen— entre los sistemas de esclavitud individual, esclavitud de clases y esclavitud mecánica. Esta última, invención de la llamada Revolución Industrial, puso fin a la práctica de la esclavitud individual en Europa y América, pero introdujo una nueva forma de esclavitud de clases, esto es, la industrial. En épocas más recientes...

—Un momento, coronel —exclamó la mujer fea—. Esas personas eran libres. En esta parte del continente tenían una democracia... Podían cambiar de empleo cuando querían.

—Pero ¿tenían que trabajar?

—Bien, si quiere usted exponerlo de esta forma... Sí, bajo el sistema monetario tenían que trabajar para ganar dólares, pero podían *escoger.* ¿Se da usted cuenta...?

—Podían elegir entre trabajar o morirse de hambre —respondió el coronel positivamente—. La diferencia entre...

—¡Oh, vamos, coronel! Esa gente fue la mejor pagada en la historia... Tenían automóviles, aparatos de TV...

—Mis esclavos tienen aparatos de televisión —dijo Rossen—, no necesitan coches. Si los necesitaran, los tendrían también. De hecho, pueden disponer de su propio tiempo. Esta es la diferencia esencial entre el esclavo y el hombre libre, llámenles esclavos, siervos, jornaleros, villanos, obreros de fábrica...

—¿O soldados, coronel? —preguntó una de las viudas con voz penetrante.

Rossen se atiesó.

—Señora, yo presto un servicio libre. En cualquier momento puedo presentar mi dimisión...

—La señora Maxwell se sale del tema —intervino Melker suavemente—. Señorita Flavin, de acuerdo con el reglamento, el coronel puede llamar esclavos a los obreros industriales, según su propia definición. Coronel, creo que estaba usted desarrollando un punto determinado.

—En efecto. Bien, la esclavitud mecánica, la esclavitud de la máquina, fue aclamada como una gran emancipación; era de suponer que eliminaría la necesidad de la esclavitud humana convirtiendo a todo el mundo en gentilhombre. A mayor producción de las máquinas, más ocio para los humanos.

La mitad de los presentes levantaban sus manos, pero el presidente

las ignoró.

—Bien, ahora les hablaré del Gismo, la última palabra en esclavitud mecánica...

—En *producción* mecánica —empezó a corregir la señorita Flavin, acaloradamente, pero Rossen la hizo callar con un ademán.

—Un momento. El Gismo hace todo lo que hacía cualquier máquina de la Edad Industrial para eliminar el esfuerzo humano... genera potencia, lo fabrica todo, desde aviones reactores a cepillos de dientes, suministra piezas de repuesto y todo esto a un coste cero de materiales y el mínimo de supervisión humana. *Pero...* —hizo una pausa—. El Gismo no limpiará una habitación, hará la cama, nos peinará el cabello ni empuñará un arma. A más ocio, más necesidad de servicio personal. Y ya ven el resultado... la esclavitud mecánica *hace* la esclavitud humana, y la prueba está en que tenemos la más elevada proporción entre esclavos y hombres libres en la historia mundial... más de cincuenta contra uno. Aquí en Eagles es de trescientos contra uno. Digan lo que digan ustedes, los moralistas, no podía suceder de otro modo.

Cogió una copa llena, hizo con ella un irónico saludo antes de apurarla, y volvió a dejarla en la bandeja que tenía al lado.

—Perfectamente —dijo Melker, llamando al orden con un golpe seco de su copa—, muy bien, coronel. Ahora, después de su amable invitación a los moralistas, representados por la señorita Flavin, oigamos el debate.

—Bien, en primer lugar —dijo la fea, indignada—, no somos moralistas como nos llama el coronel. Somos humanitarios. Es una posición ética, y si el coronel ignora la diferencia entre ética y moral, no pienso perder el tiempo ahora instruyéndole.

"El coronel acaba de explicarnos que la esclavitud es inevitable —prosiguió la fea—, y por supuesto que hay un pequeño error en su argumento. Hicieron falta cinco años de guerra brutal y la *exterminación* de centenares de miles de personas para imponer este denominado sistema inevitable que disfrutamos hoy; un sistema que, como admite el coronel, había caído en desuso hace ciento cincuenta años aproximadamente. Y, naturalmente, el Gismo es el fin de todo progreso científico. Oh, sí, ya lo hemos visto porque en los últimos cincuenta años no ha habido ningún desarrollo científico importante... ¡ni uno solo! Pero esto es lógico, por supuesto, ya que vimos lo que un pequeño invento, el Gismo, le hizo al mundo, y tememos que otro pudiera trastornar nuestro *inevitable* sistema.

Dick se volvió para mirar a Clay, boquiabierto, atónito. Jamás había oído hablar así ni imaginó nada parecido. Pero Clay estaba retrepado en su silla, con su cigarro ladeado, con la misma expresión con que escucharía una opinión moderada acerca del tiempo.

—Una pregunta —gritó un hombre de aspecto erudito desde el otro lado de la sala. Tenía los cabellos blancos y le cabalgaban sobre la nariz unas gafas anticuadas—. ¿Cree la señorita Flavin que la guerra no es inevitable?

Ella se volvió de cara a él.

—Lo creo, en efecto, señor Belasco. Como todos los apologistas de la brutalidad, usted opina sin duda que la historia demuestra su punto de vista: siempre ha habido guerras, por lo tanto son inevitables. Adoptando su pueril argumento, yo podría decir que siempre ha habido períodos de paz y por consiguiente la paz es inevitable.

—Simples intervalos entre guerras —refunfuñó el coronel Rossen—. El hombre es un animal combativo, la mujer es una especie de pájaro parlante.

—Nos desviamos del tema —dijo Melker—. Señorita Flavin, si está usted de acuerdo, creo que sería interesante que todos escucháramos algo acerca del sistema alternativo que pregona su grupo.

—Con mucho gusto —dijo la mujer, mirando con hostilidad a Rossen—. Como indica nuestro nombre, nosotros, los humanitarios, creemos que el hombre tiene un deber ético para con el hombre. Creemos que el valor de cualquier sistema se mide por la consideración dada a todos los seres humanos, no solamente a una clase privilegiada. Y en ese sentido, nuestro sistema actual es un tremendo fracaso.

—Oh, bien —exclamó Rossen—, si vamos a emplear esa clase de lógica, abajo los caballos... Ellos no ponen huevos.

Hubo algunas carcajadas.

—Coronel, le hemos concedido una muy amplia libertad en sus definiciones —intervino Melker—. Prosiga, por favor, señorita Flavin.

—Nuestro primer objeto —continuó diciendo ella— es la abolición de la esclavitud y el retorno a las instituciones libres y democráticas. Ningún progreso moral o material puede lograrse en un mundo helado, como el nuestro, en un molde rígido de supresión de libertades. Una vez alcanzado nuestro objetivo por medios ordenados, entonces nuestros problemas (y los habrá innumerables) se resolverán a medida que surjan. No creemos que la única sociedad estable sea la que condena al noventa y nueve por ciento de sus miembros a una degradante servidumbre.

Se veían varios manos levantadas. Melker preguntó con un movimiento de la cabeza a un joven que llevaba una chaqueta de color castaño rojizo:

—¿Señor Oliver?

—Bueno, yo no soy filósofo ni nada que se le parezca —empezó Oliver—, pero me parece que hablan de tener consideración y todo esto. Bien, supongamos que se libera a los esclavos. No lo veo muy claro, pero lo que deseo saber es... En el caso de que las pequeñas familias estuvieran desparramadas en vez de vivir en casas grandes como ahora, ¿habría entonces una mayor consideración? Quiero decir que entonces empezarían a luchar entre sí, mientras que actualmente, por lo menos les tenemos bajo control evitando que peleen.

—Una opinión muy valiosa e interesante —dijo Melker suavemente—. Señor Collundra, ¿deseaba usted contestar a esa pregunta?

El hombre moreno dijo:

—Bien, señor Oliver, como usted indica, en cierto modo es difícil medir la consideración, la felicidad o nada. Pero hay una norma establecida que puede usarse: el uso eficiente de la tierra. Hace setenta

y tantos años, vivían ciento ochenta millones de personas en el continente norteamericano; hoy día no existe un censo demográfico, pero se calcula que existe una octava parte de esa cifra. Les propongo esa escala como referencia a fin de que puedan comparar las dos formas de vida. Opino que sería provechoso un debate acerca de ese punto.

—Bien, empiezan los fuegos artificiales —dijo Melker frotándose las manos—. ¿Señora Maxwell?

Bajo la capa de cosmético, la expresión de la anciana era divertida.

—Bien, el señor Collundra está en lo cierto, aunque dudo que él lo sepa. Lo que se estudia *es* el uso eficiente de espacio, y yo podría incrementar las cifras que él nos ha indicado. Cuando llegaron los primeros hombres blancos a este continente, la mitad eran bosques, según tengo entendido. En cien años los redujeron a un tercio, despejando el resto, que convirtieron en granjas, pueblos y ciudades. Entonces llegamos nosotros, y en menos de cien años logramos que el continente estuviera de nuevo cubierto a medias de bosques. Deberíamos sentirnos orgullosos. Utilizamos solamente unas cien mil millas cuadradas; me refiero a la tierra mejorada, tierra que es distinta a la de antes de nuestra llegada. Una buena epidemia acabaría con todos nosotros. Según creo, la Muerte Negra de Europa enterró a más gente de la que actualmente hay en América del Norte. Después de eso, vendrían los pumas y coyotes. *Ellos* son innumerables.

Cuando terminó de hablar la señora Maxwell, Melker hizo una señal a un hombre de barba blanca que permanecía rígidamente sentado.

—¿Comandante Holt?

Holt carraspeó antes de decir con voz pausada:

—No sé si entendí bien a la señora, pero opino, si lo que les interesa es la densidad de población, que la mejor civilización fue la India, antes del Gismo: había doscientos por milla cuadrada. Tal vez seamos demasiado pocos actualmente. La situación es insólita y se le pone rápido remedio. Tengo entendido que en la mayoría de las familias rurales tienen cuatro o cinco hijos. Dudo que lleguemos a la cifra de doscientos por milla cuadrada, pero nos aproximaremos bastante, y, llegado ese momento, habrá otra guerra del tipo que ha descrito antes la señorita Flavin.

Holt carraspeó con menos timidez que antes y prosiguió inesperadamente:

—Ahora bien, en mi opinión este problema de población ofrece una faceta que la señorita Flavin y sus seguidores se resisten a afrontar. Señorita Flavin, permítame formularle la siguiente pregunta: ¿Verdad que en su opinión fue un error ético limitar el número de Gismos?

—Claro que lo fue —contestó ella—. De esa injusticia original derivaron inevitablemente las otras. En cuanto al aumento de población... —se le encendieron las mejillas—, hay métodos y medios diversos, como usted sabe perfectamente, comandante...

—Disculpe, no estoy de acuerdo —dijo Holt—. Los métodos voluntarios para el control de nacimientos sólo dan resultados para la gente que decide emplearlos. El control demográfico que no sea útil

para todo el mundo, es un fracaso, porque únicamente sirve para aquellos que lo ponen en práctica. El único control de nacimientos eficaz es el que afecte a todo el mundo, como el límite de espacio o de alimentación. Veamos, señorita Flavin, si los Gismos están libremente disponibles, jamás podrá haber escasez de alimentos, ¿no es cierto?

—Sí.

—Sí, la comida nunca faltaría y sería de esperar que la gente no guerreara, matándose unos a otros, sólo porque su número se incrementaba, ¿no es verdad?

—Si prefiere usted enfocar el asunto de esta manera...

—Bien, entonces nos queda un límite de espacio: señorita Flavin, no habría un fin a nuestro aumento natural hasta que hubiera una persona por cada yarda cuadrada de superficie terrestre en el planeta.

Melker estaba radiante:

—Abusando de mi privilegio de presidente, permítame decir que su descripción del futuro me llena de gozo: un enorme montón de desechos, gente esperando en colas, cada uno junto a su Gismo. Ni árboles, animales o pájaros, sin espacio para lagos o ríos... Y si a eso vamos, ¿por qué desaprovechar los océanos, comandante? Supongo que podríamos construir balsas... ¿Sí, señor Kishor?

Un joven chupado de cara, sentado en el brazo de un sofá, había garrapateado notas en una libreta. Ahora esgrimía en la mano los resultados:

—Tal vez les interese saber cuánta gente soportaría la Tierra de acuerdo con las cifras señaladas por el comandante Holt: en números redondos, sesenta y un trillones, novecientos cuarenta billones de personas.

—Bueno, podríamos doblar este número levantando otro piso... —gritó alguien.

Melker llamaba al orden dando golpecitos.

—Más seriedad... más seriedad... —decía un hombre gordo, de facciones embotadas.

—Sí, señor Perse.

—Hablando en serio, hay una respuesta para este ridículo problema al que hemos estado dándole vueltas. Me refiero, naturalmente, a los viajes espaciales. Ya sé que algunos de ustedes consideran que los viajes espaciales fue una locura del siglo veinte. Pero les aseguro que no lo es. Viajar por el espacio es un arte completamente resuelto hasta el mínimo detalle, superando al de hace un siglo, que sólo requiere un combustible adecuado... ¡que proporciona el Gismo! De no ser por las infortunadas moratorias que agobiaron al progreso científico a comienzos de la era actual, ahora ya estaríamos en el espacio y... Bueno, eso no se sabe de forma general, pero tenemos razones para creer que seguramente abandonaron la Tierra una o más astronaves durante la Guerra del Establecimiento. Si lo que necesitan es espacio, existe la Luna, Marte, Venus y todos los demás planetas del sistema para empezar. Cierto que hay tristes limitaciones en este pobre planeta, pero el mundo no debe hablar de reducir nuestra población. Señoras y señores, les ruego que consideren que solamente en nuestra galaxia hay

más de treinta billones de soles.

A Dick la cabeza le daba vueltas. Evidentemente se equivocó al creer primero que estas personas hablaban de traición, porque de otro modo un veterano militar como el coronel Rossen se hubiera marchado inmediatamente. No, esto era lo que él estuvo buscando sin saberlo: una conversación inteligente desprovista de sensiblería vulgar. Estas personas sabían de lo que hablaban. Dick tomó una determinación repentina, pensando: "Me gustan. ¡Yo también hablaré como ellos!"

Después, mientras regresaba a casa por los corredores residenciales de luces azules —caminaba para hacer ejercicio, con Clay a su lado—, Dick sintió una agradable exaltación. A través de la angosta claraboya se veían las estrellas, brillando en un cielo inundado por el claro de luna. Después de todo, la vida continuaba: aquí o allá en su casa, nada era distinto en realidad. Él era Dick Jones de Buckhill y el mundo era su ostra.

Dormían ya todos los criados menos el paje.

Dick le despidió también, ofreció un último trago a Clay y se arrojó encima de un diván. La habitación era espaciosa y cálida, las luces indirectas destellaban en las superficies de las mesas y las estanterías de libros. Había camelias frescas arregladas con buen gusto en varios jarrones.

—Howard —dijo—, ¿desde cuándo dura eso?

Clay rompió la quietud al encender una cerilla.

—En realidad, desde hace poco tiempo. —Se extendió por el aire la fragancia del cigarro—. Aquí hubo un Club de Filósofos que fue suspendido veinte años atrás. Melker lo ha reanimado. Se me ocurrió que encajarías en él. —Durante unos momentos fumó en silencio, añadiendo después—: Por supuesto que llegará el día en que esperarán que hables. Si quieres te prestaré algunos libros.

—Sí... ¿Tratan de vuelos espaciales?

Clay tardó un poco en contestar.

—Es mejor que olvides eso, Dick. Ya sé que Perse es capaz de entusiasmar a cualquiera, pero eso es un callejón sin salida.

—¿Por qué? Tenía mucha lógica.

—Nada se arregla huyendo al espacio. Nuestros problemas están aquí. Además, él miente cuando dice que todo está bien calculado. Sé bien que se ha perdido la mitad del arte. —Y después de una pausa—: De las personas que hablaron esta noche, ¿cuál te parece la más importante?

Dick lo meditó.

—¿Melker tal vez?

—No, no es Melker.

—Entonces Rossen o Holt...

—Ninguno de ellos, ni tampoco los del grupo de Humanitarios. Es el señor Oliver.

Dick volvió todo el cuerpo para mirarle:

—*¿Oliver?*

—Eso es. Ahora te mueves en círculos de exaltados, muchacho. "Oliver" es Oliver Crawford..., que es precisamente el heredero de

Eagles. Algún día será el Jefe, y si para entonces eres amigo suyo... —Clay hizo un gesto expresivo con la punta de su cigarro—. Él tiende hacia el bando conservador, naturalmente, pero tiene demasiados escrúpulos; quiere conservar lo que tiene sin herir a nadie.

Clay se puso en pie.

—Es tarde. Mañana seguiremos hablando.

Dick lanzó un suspiro. Sentía un agradable cansancio.

—¿Howard?

La silueta de su amigo se volvió en la puerta iluminada.

—¿Sí?

—Cuando llegué, ese reptil de Ruell me dijo que en Eagles nadie hace nada por nada. Estaba equivocado, ¿verdad?

Clay le miró desde el otro lado de la habitación.

—Vete a dormir —dijo, y cerró la puerta.

Capítulo XI

El Jefe despertó de su sueño sofocante. El corazón le golpeaba violentamente. Se incorporó bruscamente, presa de un terror que le aturdía, dejándole tembloroso.

Pero las luces seguían encendidas como antes, estaba él solo en el dormitorio. No había sonado la alarma. Podía ver la cúpula del techo, donde tampoco había nadie.

Se echó hacia atrás, recostándose en los almohadones, y cerró los ojos un instante. Una pesadilla horrible. Horrible. Incluso ahora le saltaba aún el corazón dentro del pecho y podía ver el corredor gris y a su hijo Oliver que se inclinaba para abrir la compuerta metálica y redonda del suelo de piedra. Quedó paralizado, sin habla, hasta que se movió la tapa y vio debajo una franja de sombras. Luego, las sombras se abatieron y él empezó a gritar pidiendo auxilio. Entonces, despertó.

Era imposible fiarse de nadie. Tal vez si alguien de confianza pudiera vigilarle durante las noches en sus habitaciones, no tendría las pesadillas con tanta frecuencia... Claro estaba que seguramente las provocaba una mala digestión. Se dio masaje en el estómago fláccido, gimiendo, hasta que consiguió eructar. Ya se sentía mejor. Parpadeó ligeramente. El corazón le latía con más normalidad y el mal sueño se desvanecía. Pero estaba despierto; eran las seis. Sería inútil que tratara de dormirse otra vez.

¿Qué habría debajo de aquella compuerta para que se asustara tanto?

Le recordaba el pozo existente debajo de la Torre, cubierto para aislar el hedor interior... Pensativo, olfateó el aire y se agitó en la cama como un gran lagarto gris. Sus ojos eran lechosos y apagados.

Un momento después, se levantó y empezó a pulsar el conmutador del aparato de comunicación que tenía al lado de la cama.

—¿Jefe?

—No es una alarma —gruñó—. Organiza una fiesta en la Torre... con unas diez personas.

Mientras esperaba, abrió la caja fuerte y se preparó un tentempié con

el Gismo particular y los "protes". Diez minutos después, se oyó el suave zumbido del aparato de comunicación.

—¿Sí?

—Ya están los diez en la Torre, Jefe... todos hombres. Podemos conseguirle mujeres si lo prefiere.

—Tanto da.

El Jefe acabó de mondar la última pata de pollo y arrojó el hueso a la caja de desperdicios. Limpiándose las manos de grasa en su túnica, fue a sentarse delante de la TV. Otra vez sentía fuertes palpitaciones, con una tensión violenta. Con gesto huraño, tiró de la tabla faldera hacia sí mismo.

Tenía los dedos rígidos cuando tocó los controles. El resentimiento, la indignación soterrada que siempre le acompañaban y carecían de motivo y de desahogo, bullían ahora en su interior. Y les dio salida. Pulsó el conmutador del canal para la "Torre".

Ante él, la pantalla cobró vida y luz. El Jefe oprimió el segundo de la hilera de seis botones.

La pantalla brilló con luz mortecina. El indicador decía "Pozo Uno".

El Jefe contemplaba un círculo de luz a una aparente distancia de diez o doce pies; le era posible ver la parte inferior de la pequeña pasarela y su puntal de apoyo. Arriba resplandecía bajo los focos el techo pintado de amarillo.

Pulsó el botón siguiente. La parte superior del pozo aparecía al fondo, menguando hasta convertirse en un puntito; esta segunda cámara estaba emplazada a cien pies de profundidad. La luz que irradiaban lámparas empotradas a intervalos de diez pies iluminaba el pozo a todo lo largo, como si fuera el interior de un enorme gusano anular.

Montó los labios sobre los dientes y se oyó a sí mismo gruñir involuntariamente.

Pulsó el cuarto botón. El enfoque ahora era casi idéntico, sólo que la parte superior del pozo era invisible y los círculos de luz parecían fundirse al converger. Esta cámara se encontraba a cuatrocientos pies de profundidad.

Oprimió el quinto botón. El mismo aspecto, y el pozo aparecía enfocado a un nivel de novecientos pies.

Apretó el sexto botón. Empezaba a respirar penosamente. La pantalla mostró una rejilla de hierro con barrotes de media pulgada cruzados en intercalaciones de cinco pulgadas. Más arriba de la rejilla se veía idéntica perspectiva. Este era el punto más bajo, a mil seiscientos pies de profundidad. Debajo del mismo no había nada excepto el foso.

Pulsó el primer botón y el indicador señaló "Plataforma". La cámara estaba emplazada al otro lado de la abertura del pozo, enfocado desde la pasarela. En el lado opuesto, detrás de la barandilla, se hallaba reunido un grupo de personas. Había diez esclavos con camisas blancas y media docena de guardias. Esperaban en silencio, cabizbajos, como si el resplandor les lastimara los ojos.

El Jefe sintió seca la garganta. Tocó la clavija del audífono, diciendo:

—Saquen fuera al primero.

Todas las cabezas se levantaron repentinamente, volviéndose hacia el

altavoz. El cabo de guardia señaló a uno de los esclavos, al que dos guardias apartaron a rastras del grupo restante. Era un hombre delgado, de hirsuto bigote. Le obligaron a andar hasta el extremo de la pasarela, con los pies colgando en el vacío. El Jefe pudo ver las convulsiones de la nuez de Adán de su garganta mientras trataba de tragar saliva.

El Jefe mantenía inmóviles sus dedos gruesos encima de los botones. Arrugaba la frente y tenía las mandíbulas y el cuello crispados, en tensión.

—Preparados —dijo. En la pantalla, el condenado a muerte abrió la boca, y el cuerpo se le puso rígido.

—Ahora —dije el Jefe, inclinándose con avidez hacia adelante.

Capítulo XII

Dick estaba a medio vestir y bastante aturdido por el sueño cuando oyó la discreta llamada en la puerta. A fin de no despertar a uno de sus criados, fue a abrirla personalmente.

—¿Sí? ¿Quién es?

No contestó nadie y a nadie se veía a través de la mirilla. Dick oyó un ligero crujido junto a sus pies y al bajar la vista descubrió que alguien había echado un sobre blanco por debajo de la puerta.

Se inclinó para recogerlo. El sobre estaba en blanco y contenía una sola cuartilla. La desdobló a la luz de la lámpara más próxima y empezó a leer:

> "Apreciado enemigo:
>
> "Al verle he recordado mis vivos deseos de reanudar nuestra relación. La reja que algún imbécil quitó del Arroyo de las Truchas antes de nuestro primer encuentro, ha sido ya colocada de nuevo en su sitio, de modo que no puedo ofrecerme para ahogarle allí. Lo cierto es que resultaría embarazoso abandonar su cadáver en cualquier parte de Eagles.
>
> "Por consiguiente, propongo que nos encontremos *fuera* de Eagles. Si utiliza la salida del extremo norte de la Avenida Superior dentro de media hora, me encontrará esperándole en los tejados. Venga bien abrigado y con equipo adecuado para una escalada. Confío en que, como hombre de honor, quemará esta nota y no hablará de ella con nadie.
>
> "Atentamente,
> "Un amigo."
>
> "P.D. Si por encontrarse indispuesto prefiere no acudir a la cita, sabré comprenderlo. No se me ocurriría llamarle cobarde la próxima vez que nos veamos."

Dick estrujó el papel. Tenía las manos heladas y el corazón le latía con fuerza a causa del temor y la cólera. ¿Cobarde él? El cobarde lo

sería Keel, que rehuía una pelea justa. Lo más probable era que ni él mismo se presentara en el lugar indicado... Era ridículo... Aquellas alturas vertiginosas resultaban temibles incluso a la luz del día; peores serían de noche, en medio del frío y las violentas arremetidas del viento.

Se volvió. No, sería un estúpido si cayera en la trampa. Además, era tarde y estaba cansado y no muy sobrio.

Se detuvo a desgana. Aunque fuera cierto, esto no cambiaba nada: claro que debía ir.

Después de recoger el papel, que había tirado al suelo, lo quemó en un cenicero. Al arder chisporroteó con un *sssss* burlón, como si estuviera impregnado de alguna solución inflamable. Con los nervios crispados, Dick se acercó al armario y empezó a vestirse.

Escogió ropas de abrigo: gruesos pantalones de montar a caballo, un suéter forrado de piel, suelto y cómodo, encima de un jersey de cuello alto. Dudó entre los guantes gruesos y los finos, pero escogió por fin estos últimos. Peor sería tener los dedos torpes que agarrotados por el frío. Se calzó un par de botas militares; eran fuertes, pero flexibles como el ante. Se sujetó el bastón al cinto, quitándole previamente las cadenas del codo. Después de pensarlo mejor, se metió en el bolsillo un frasquito lleno de brandy. Echó una última mirada al apartamento, a la cama caliente y tentadora y al espléndido guardarropa, y finalmente salió al corredor.

La Avenida Superior aparecía desierta bajo las estrellas. Dick encontró la puerta metálica y cuadrada, pintada de gris, en un rincón de la puerta tallada del norte. El macizo picaporte colgaba abierto.

Hizo girar la puerta contra su resorte y asomó la cabeza al exterior cautelosamente. La noche era fría y clara, de un azul metálico. En la cúpula estrellada, la luna indolente en cuarto menguante, y aquí abajo todo cubierto por una blancura espectral: tejados, cúpulas, albardillas y las laderas superiores de la montaña, todo en silencio.

Keel estaba de pie sobre el metal acanalado del tejado, a pocos metros de distancia. El vaho de su respiración era blanco. Los ojos brillantes resaltaban bajo sus cejas.

Dick se adelantó, dejando que la puerta se cerrara a su espalda.

Sintió el frío en la cara; las mismas estrellas parecían estremecerse de frío en su vasta cúpula. Miró a su alrededor. Más allá de los contornos de la Avenida de la que acababa de salir, Eagles aparecía como un bosque de tejados puntiagudos, cúpulas y minaretes. Cada ventana era un ojo negro; únicamente la Torre, sobresaliendo como un espejismo del mar de tejados, derramaba luz amarilla desde su pico.

El viento aullaba con violencia al otro lado del tejado estrecho en el que se encontraban de pie. Keel habló con voz ronca:

—¡Feliz encuentro a la luz de la luna!

Dick siguió avanzando hasta que sólo le separaron algunos pasos de Keel. El hombre rubio vestía de forma parecida: una chaqueta de cuero, pantalones fuertes y botas altas. Daba la espalda a la luna y su rostro quedaba en la sombra, apenas iluminado por el pálido reflejo metálico del tejado. A través del vaho, le relucían los dientes.

—Si mal no recuerdo, indiqué que no viniera armado.

Dick señaló la piqueta que asomaba por encima del hombro de Keel.

—¿Y eso qué es?

Keel volvió ligeramente la cabeza para mirarla.

—Equipo de alpinista... Muy útil, pero será mejor que empecemos en igualdad de condiciones.

Se descolgó la piqueta del hombro, junto con un rollo de cuerda, y los arrojó hacia el borde del tejado. Cayeron sin ruido.

Con un encogimiento de hombros, Dick se quitó el bastón, que rodó brevemente por encima del tejado hasta desaparecer vertiginosamente hacia abajo, en el vacío, donde se perdió de vista.

Keel aguardaba con una sonrisa irónica.

—¿Listo? Pues en marcha.

Dándose la vuelta, echó a andar a través del tejado. En una esquina de la Avenida había una escalera metálica. Keel empezó a franquearla agarrándose a los escalones. Después de observarle, Dick le imitó. Sentía en las manos el frío de los travesaños y se arrepintió de no haberse puesto los otros guantes. La silueta apareció por un momento contra el fondo del cielo, desapareciendo después. Las rachas de viento azotaban la espalda de Dick mientras seguía trepando.

En lo alto de la escalera se encontró frente a un tejado metálico que se elevaba sesgado hasta un pico alto. Allí estaba Keel, en negro y plata, esperando.

La escalera se prolongaba tejado arriba en anchos travesaños de acero espaciados. No podía hacer otra cosa, excepto seguir trepando. Mientras ascendía, Keel le hizo un saludo burlón y volvió a desaparecer de su vista.

El pico del tejado resultó ser un extremo de un largo caballete que terminaba en una curva brusca a lo lejos y desembocaba después en una torre redonda. Una luz clara bañaba la torre y los tejados; debajo de ellos, se abría un abismo insondable. El caballete era plano y formaba una especie de pasarela de unas ocho pulgadas de ancho. A unos doce metros de distancia, Keel aguardaba en jarras.

Desde el último escalón era posible poner un pie sobre el caballete del tejado y, alzando después el otro, izar el cuerpo en una posición embarazosa. Dick no tuvo más remedio que encaramarse apoyándose a gatas para no perder el equilibrio a causa del viento que le zarandeaba por todos lados, pero la humillación le impulsó a enderezarse. Permaneció de pie, luchando por no perder el equilibrio, con el corazón agitado.

Por un momento tuvo la certeza de que iba a caer, pero eso pasó pronto y consiguió sostenerse sin mover los brazos. Desde lejos, Keel le dirigió otro saludo irónico, después de lo cual echó a andar hacia la curva del caballete del tejado.

Poniendo un pie delante del otro, Dick le siguió cautelosamente. Exceptuando el viento y la distante figura de Keel, no había indicios de vida en todo el mundo: eso lo habían dejado abajo. Dick experimentó un singular sentimiento al recordar los corredores cálidos e iluminados. ¿Cuántas veces los recorrió sin sospechar siquiera la existencia de este mundo solitario que había a varios metros por encima de su cabeza?

La luna proyectaba su sombra ante sí mismo. Sobre los tejados descubrió la Osa Menor y un poco más arriba la Osa Mayor. La Vía Láctea formaba un arco gigantesco en las alturas. Dick no se atrevía a mirarla por miedo a perder el equilibrio.

De forma imperceptible, cada vez se sentía más aligerado del frío y el vértigo. Apenas veía el blanco resplandor de los tejados. Siguió a Keel hasta el otro lado de la torre, hasta adentrarse en un laberinto de paredes y tejados. En algunas ocasiones franqueaban escaleras y en otras escalaban aguilones allí donde el techo era demasiado inclinado y no permitía caminar.

A Dick le silbaban los oídos y tenía los dedos de las manos y los pies completamente entumecidos, pero continuó siguiendo los pasos de Keel. Su sentido del peligro era apenas inaudible, como un sonido familiar extinguiéndose a lo lejos.

Transcurrió largo tiempo antes de que se detuvieran a descansar, a horcajadas los dos sobre el caballete del tejado. Sentados, cara a cara, separados por unos doce metros. A su alrededor, el cielo y el mar silencioso de las azoteas.

La respiración fuerte de Keel lanzaba vaho por encima de su cabeza y le relucían los ojos. Sacó un frasco enfundado en cuero y lo levantó a guisa de saludo. Acordándose de que él llevaba otro, Dick sacó el suyo y desenroscó el tapón. Bebieron juntos. El brandy al pasarle por la garganta le inundó el cuerpo de fuego.

Vio resplandecer los dientes de Keel.

—¿Arrepentido de haber venido?

—¡No! —gritó. Y eso era verdad en cierto modo, por extraño que pareciera.

Keel asintió con la cabeza y se volvió, apoyándose con las manos en un declive del tejado mientras las piernas le colgaban por el otro. Seguidamente se izó dándose impulso y Dick, imitándole, fue tras él.

Avanzaban por cornisas, aferrados con las puntas de los dedos, mientras el viento les azotaba por debajo; recorrieron albardillas donde era preciso combatir el vendaval abrazándose de piernas y brazos a la piedra frígida; después se descolgaron por piedras angulares embarbilladas de aristas cortantes.

La luna estaba ya alta cuando llegaron a lo que bien podía ser el fin del mundo: un tejado que descendía casi verticalmente hasta un saliente ancho, a unos veinte pies más abajo. Más allá, y a cada lado del mismo, había un abismo que no llegaban ni los rayos de la luna: un abismo que se desplomaba abajo, abajo hasta terminar en negras sombras.

Manteniéndose a prudente distancia de Keel, Dick le miró con inquietud. Esto era un callejón sin salida. Pero Keel estaba vuelto de espaldas al precipicio, descolgándose con precaución hasta quedar suspendido de las manos y su cuerpo aplanado en la pendiente inferior. Su rostro, vuelto hacia la luna, tenía un brillo pálido. Después desapareció sin ruido apenas, y cuando Dick miró hacia abajo le vio en el saliente inferior.

Por primera vez desde que comenzó la aventura, Dick se sintió

asaltado por un presentimiento. ¿Caerían al fondo de ese interminable cañón?

—¿Asustado? —preguntó Keel.

Dick apretó las mandíbulas. Se volvió y, agarrándose al borde como antes lo hiciera Keel, se dejó caer. Las plomadas le comunicaban su frío al cuerpo. Tragó saliva con esfuerzo. Debajo no veía nada y resultaba penoso soltar las manos. Pero era imposible volverse atrás. Aflojó los dedos y sus pies chocaron con una sacudida en el saliente. Se enderezó, aturdido.

Keel se encontraba a poca distancia, contemplando a través del vacío el edificio de enfrente, que tenía los postigos cerrados. Dick no había visto aquel balcón pequeño de hierro. Su proximidad era engañosa. Se encontraba algo más abajo de su posición, pero los dos edificios, según calculó Dick, estaban separados entre sí por unos quince pies.

—El equipo nos hubiera sido útil ahora —dijo Keel, sin volver la cabeza.

Dick comprendió a qué se refería. Por encima del balcón había una cornisa, y echándole un gancho les hubiera permitido sostenerse y saltar al balcón. Pero eso quedaba descartado, ya que no tenían una cuerda. Para salvar la distancia, hubiera sido preciso arrojarse de cabeza, como quien se tira a una piscina. Para eso hacía falta tener más coraje del que suele tener la mayoría de hombres.

Keel estaba quitándose los guantes rápidamente. Se frotó las palmas de las manos en su chaqueta. Dick le vio gotas de sudor en la frente. Retrocedió hasta tocar la base del tejado con sus tacones. Entonces, se apoyó en las plomadas para estabilizar su postura y miró a Dick. Su rostro estaba crispado; su mirada parecía encerrar una súplica.

Dick era incapaz de articular palabra.

Irguiéndose, Keel hizo oscilar los brazos y se adelantó hasta el frontal del saliente.

—¡Keel, no lo haga! —gritó Dick repentinamente, sintiéndose el corazón en la garganta.

Keel agitó la cabeza y retrocedió otra vez. Hizo una profunda aspiración y volvió a exhalar el aire. Respiró de nuevo, contuvo la respiración, fija la mirada aún en el balcón de enfrente.

—Cállese —dijo de pronto—. ¡Oh, Dios. —Cerraba sus ojos y su mueca revelaba los dientes.

—Escuche, Keel..., golpearemos sobre los tejados... llamaremos la atención de alguien.

—Jamás —dijo Keel.

Respiró profundamente una vez más, vaciló y acto seguido, con un extraño gruñido, se precipitó hacia adelante. Su pie chocó en el frontal del saliente: con el cuerpo casi horizontal, se arrojó de cabeza.

Dick tuvo la sensación de que la sangre no le afluía ya a la cabeza. El otro hombre parecía suspendido en el aire, con los brazos extendidos. Al chocar con los barrotes, las manos de Keel se asieron a ellos y le resbalaron; el cuerpo de Keel cayó pegado a la pared. Por un horrible momento pareció estar colgado, suspendido bajo la sombra del balcón. Dick oyó un grito ahogado cuando Keel se precipitó bajando un piso y

otro hasta quedar engullido por la silenciosa profundidad. Tras un largo momento, se percibió un golpe distante y el eco acabó de extinguirse.

Capítulo XIII

Dick pegó la espalda contra las plomadas para no caer. Le flaqueaban las piernas, la respiración entrecortada le hacía daño en el pecho y todas las azoteas parecían girar en torno suyo, como en un inundo de náusea.

Cuando todo se estabilizó, Dick miró el mar desolado de tejados: angulares, puntiagudos, romos; aquí un chapitel parecido al de una iglesia, allá dos minaretes gemelos, y una cúpula achatada algo más lejos. Pero ni un sola luz en toda aquella extensión; incluso el resplandor de la cima de la Torre estaba apagado. Dick estaba solo.

Ahora comprendía lo que Keel se proponía hacer al llegar al final del viaje: alcanzar el balcón y desaparecer por su puerta, dejándole solo en este saliente donde tendría miedo de dar el salto y no sabría volver por el camino que habían recorrido. Su estratagema pudo haber resultado; *había* resultado... Dick apartó la mirada del balcón. Ocurriera lo que ocurriera, aunque muriese de frío, jamás tendría el valor de saltar.

¿Qué otra alternativa tenía? El tejado que había detrás suyo era demasiado escarpado, infranqueable. Quedaban los tres laterales del saliente. De rodillas, Dick miró al fondo desde el borde de cada uno de ellos. A la derecha, una pared de mampostería completamente lisa por la que no podría bajar ni una mosca. Más adelante sólo consiguió distinguir una cantería ornamental a unos doce pies más abajo. Debajo, nada que permitiera abrigar alguna esperanza, si la había, de descolgarse sin los adecuados avíos de alpinismo.

A la izquierda el edificio confinaba con el hastial de un tejado algo más bajo. El edificio contiguo era igual de alto y su tejado piramidal; parecía que allí había un hueco. Ambos tejados tenían canales, y Dick pensó que podía rodear el tejado piramidal por ambos lados, yendo hacia el este. Si conseguía alcanzar el primer tejado, eso al menos significaría el comienzo de algo.

Pero la pared de este lado era tan escarpada como la otra, una prolongación del caballete de adorno de la pared frontal, angosta y demasiado baja.

Sí, Keel sabía lo que hacía. Sólo había un camino para llegar y salir de este saliente. Dick estaba atrapado.

Enderezó el cuerpo, y miró, escuchando. Nada había cambiado; ni un movimiento, ni un sonido, salvo el distante silbido del viento. Con un esfuerzo, se volvió despacio para examinar minuciosamente cada pared visible. Podía haber algo que se le hubiera pasado por alto y significara su salvación. Pero todo seguía igual que antes; las ventanas permanecían herméticamente cerradas.

Tenía el cuerpo entumecido por el frío. De pronto se dio cuenta de que esto era el principio de su muerte.

Ese pensamiento aceleró con violencia los latidos de su corazón; imposible negar la vida que le fluía por la garganta. Se arrodilló otra vez

en el lado izquierdo del saliente, miró los tejados distantes y después la pared lisa de debajo con una fijeza desesperada, como si el esfuerzo lograse abrirle un camino.

La luz de la luna caía sesgada sobre la pared resaltando hasta la más mínima irregularidad. Observándola, Dick fue convenciéndose de que aquellos puntos oscuros eran hoyos. Precisamente debajo había algunos agrupados y hacia la izquierda otros a intervalos. Había una ranura a mitad de camino hasta el tejado contiguo. Si lograse llegar hasta ella... Había una remota posibilidad, pero salvar aquella corta distancia debajo de la cual se abría el abismo. Era horrible.

La luz de la luna era engañosa, siendo imposible calcular la profundidad de los hoyos. Los más oscuros eran inaccesibles. Inclinándose hacia adelante, Dick sondeó los más cercanos con las puntas de los dedos y descubrió que eran simples huecos en la cantería.

Sentado en cuclillas en el frío saliente, se quitó los guantes —lo que volvió a recordarle a Keel— y, tras una breve vacilación, se quitó también las botas y los calcetines. Tendría que llevarse las botas porque las necesitaría si conseguía llegar al otro lado... Las tiró una tras otra al tejado contiguo, donde cayeron al canal con un desagradable ruido. Arrodillándose primero, descolgó luego las piernas que quedaron suspendidas. Era bastante fácil tantear y localizar las grietas con los pies desnudos que empezaban a dolerle a causa del frío. Lo más difícil era dejar caer su propio peso sostenido solamente por sus antebrazos, y buscar grietas para apuntalarse. Llegó el momento en que únicamente, aferrado con las puntas de los pies y las manos, tenía que soltar su punto de apoyo de lo alto de la pared: Y eso era imposible. Sin embargo, lo hizo, soltando primero una mano y luego la otra. Se apretó contra la pared, sosteniéndose con los pies y los dedos. En una ocasión, cuando apartó una mano para apuntalarse en otra grieta, sintió que la otra mano se escurría. A tientas, buscó de nuevo el punto de apoyo y al encontrarlo, permaneció inmóvil, jadeando, mientras las gotas de sudor le producían escozor en los ojos.

Finalmente reunió el valor suficiente para intentarlo de nuevo, consiguiéndolo esta vez. Ahora apoyaba los dedos de los pies en el caballete de albañilería. Lo peor había pasado. Avanzó con cautela por la acanaladura, al final de la cual descubrió la exasperante proximidad del tejado. Se acercó paso a paso, sin abandonar su punto de apoyo hasta el momento de dar el salto. Cayó de cara, con una rodilla y una mano en el canal del tejado.

Hubiera sido agradable permanecer allí, sintiendo la solidez del tejado debajo de su cuerpo, pero aún tenía un largo camino por delante. Tenía los brazos y las piernas muy débiles, pero consiguió ponerse las botas de nuevo y encaramarse al caballete del tejado.

El tejado piramidal formaba una "L" entre dos aguilones de tejado. Trepar por él hubiera sido una temeridad, pero sólo pasó un mal momento cuando salvó la distancia entre ambos canales dejando oscilar su cuerpo.

Desde el caballete del tercer tejado, distinguió el lejano resplandor de

una luz amarilla.

Era el patio de una azotea de cristal y la luz procedía de una hilera de antiguos faroles callejeros alineados en el sendero ornamental, tres niveles más abajo. Dick conocía bien el lugar; en su parte posterior había la suite de Vivian. Sabía incluso cuál era la ventana de su alcoba.

Tardó una hora en llegar a través de los tejados. Estaba cansado y casi helado. Tenía los dedos insensibilizados. Se cayó al descolgarse hasta el techo de cristal, lastimándose el hombro. Ahora, agazapado en el cristal, sentía el calor de abajo. Había una puerta en el rincón del tejado. Desde aquí, Dick podía ver la escalera y la pequeña plataforma de la que arrancaban los escalones. Pero la puerta estaba cerrada con llave.

Las luces parecían más intensas vistas a través del cristal. Dick tenía lúcida la cabeza, pero todo cuanto veía adquiría ahora una belleza irreal: las lámparas, los relucientes azulejos, las mismas piedras de la fachada de formas originales le fascinaban. Veía claramente todas las hojas de la plañera que surgía a su derecha, proyectada en silueta, cuyos matices verdes y amarillos se entremezclaban con un misterio de oscuridad. El viento no soplaba aquí y el calor procedente de abajo le relajó los miembros. No deseaba estar en otra parte ni siquiera incorporarse de rodillas. Parecía como si su cuerpo fuera de otra persona.

Le asaltó vagamente la idea de que debía hacer un esfuerzo mientras podía. Levantó un pie para golpear con él la hoja de vidrio. Golpeó con más fuerza y la hoja exterior se rompió, subiendo una racha de aire caliente que se enroscó a su tobillo.

Bajó ambos pies, apartando los azulejos y los cristales rotos a un lado. Primero dio una patada con un pie y después con los dos. Sintió una torcedura violenta en los hombros y entonces se vio precipitado al balcón de la ventana más alta. Se quedó inmóvil en e! lugar donde había caído, mirando sin curiosidad la luz tenue que salía desde el interior.

Alguien se acercó a las ventanas, abriéndolas. Dick vio que le miraban y oyó exclamaciones. Tuvo la sensación de que le llevaban en brazos y después, al entreabrir los ojos, encontró a Vivian Demetriou inclinada sobre él.

Era una cama diferente en un dormitorio diferente, pero Dick tuvo la fuerte sensación de que volvía a esa alcoba después de su pelea con Ruell. Y también tuvo la curiosa impresión de que Clay estuvo aquí unos instantes antes, aunque ya no estuviera ahora. En la habitación sólo estaban Vivian y una criada que se movían silenciosamente junto al aparador. Ahora se acercó con una bandeja de la que Vivian cogió una copa de vino al tiempo que le ordenaba retirarse con un movimiento de cabeza.

Vivian se aproximó a su cama y se inclinó para levantarle la cabeza, sosteniéndole la copa para que bebiera: Dick sintió en la lengua el calor del oporto. Apoyaba la cabeza en la curva del brazo de Vivian. Olía su perfume seco, limpio como el de la madera de sándalo.

—¿Estuviste paseando por los tejados? —preguntó dulcemente.

Él cerró los ojos y asintió con la cabeza.

—Debió ser terrible —dijo ella en un susurro. Su salto de cama de satén marrón estaba abierto en la parte de delante, descubriendo un destello de carne que temblaba como líquido cuando ella se movía. El borde de la copa le rozó de nuevo el labio inferior; Dick agitó la cabeza.

Vivian dejó la copa en alguna parte detrás de ella y le bajó la cabeza para que descansara sobre la almohada.

—¿Y el otro hombre...? ¿Se mató?

Él hizo un signo afirmativo con la cabeza, consciente de la cálida curva de su cuerpo apretado contra él cuando respiraba. El vino le había dejado los labios dulcemente pegajosos. Ella se inclinó lentamente; y lentamente su boca descendió sobre la de Dick.

Capítulo XIV

Cierta hermosa mañana de julio, el Jefe y algunos de sus más íntimos, se encontraban, vistiendo indumentaria de caza, en espera del coche especial que les conduciría al valle.

Los hombres del grupo fueron muy puntuales. El Jefe se retrasó más que de costumbre, pero parecía no tener ninguna prisa. Permanecía de pie en el borde de la terraza algo separado del grupo, mirando a través del cristal el brillante arco de intenso azul del cielo jalonado sólo por altos cerros. A regular distancia, de izquierda a derecha, se prolongaba una estela de vapor. El Jefe la observaba alisándose los guantes que llevaba puestos, con aire ausente.

La estela de vapor floreció de pronto en un extremo, brotando de la misma pétalos de color gris. Alguien del grupo lanzó una exclamación. Volviéronse las cabezas.

Transcurrían los segundos; entonces se oyó en el cielo un sonido muy intenso que hizo vibrar el cristal.

—¡Dios mío! —dijo alguien.

La estela de vapor aún surcaba el cielo, terminada ahora en un borrón redondo. Más abajo, tres o cuatro aviones pequeños convergieron en un punto determinado del suelo.

El Jefe volvió la cabeza ligeramente para preguntar algo; uno de los secretarios se adelantó precipitadamente y le contestó. No dijeron nada más. El Jefe dio la señal para que abrieran el coche y todos subieron al mismo.

Media hora después, dos de los hombres se encontraron casualmente junto al cuerpo de un gamo recién muerto. Estaban en un claro pedregoso al pie de las colinas y al sur de Eagles. El aeropuerto se encontraba a media milla de distancia solamente, invisible al otro lado de la montaña. El helicóptero del Jefe, desde el cual disparó contra el gamo, flotaba suspendido en el aire a poca distancia. Dos guardabosques se ocupaban de envenenar el cuerpo del gamo para los buitres que volaban en lo alto.

—Estas aves de carona tendrán dificultades —dijo Palmer tirando de las riendas de su caballo. Era el Secretario de Transporte del Jefe, un hombre colérico de engañosos ojos azules y dóciles.

—Cierto —dijo Cruikshank, atusándose los rojizos bigotes. Ambos miraron hacia lo alto, no a los buitres sino al helicóptero.

—¿Sabes quién iba en ese avión? —preguntó Cruikshank.

—Claro que sí. Era Rumsen, de regreso a Ischia.

—Me lo temía —dijo Cruikshank. Era el Secretario del Ejército—. La cuestión es, ¿qué hará ahora el Duce?

—Supongo que mandará a otro mensajero la próxima vez: todo será para bien.

—No —Cruikshank se volvió para mirarle directamente a los ojos—. Es un mal asunto, Gene. He visto cómo se marchaban en otras ocasiones. Son unos granujas. Cuando le han tomado gusto, son incapaces de detenerse.

Palmer sacó el cigarrillo y mientras lo encendía miró a Cruikshank con un guiño.

—Jamás matará a nadie de Eagles. Es una obsesión suya.

—No, ¿pero estás a salvo *ahora*? —Vio que Palmer miraba involuntariamente hacia la forma oscura del helicóptero—. ¿Lo estarás mañana o el mes próximo? Sabes bien que está harto de los esclavos, Gene... Ahora quiere caza mayor.

—Tendré que pensar en ello —exclamó Palmer. Cruikshank permaneció montado a caballo. El sol le calentaba los hombros. Al otro lado de Palmer, los ojos vidriosos del gamo parecían mirarle con fijeza. Era un buen ejemplar. Las moscas se apretujaban sobre la mancha de sangre que fluía de una aleta de la nariz. Era un gamo duplicado, naturalmente; había mucha caza en los terrenos circundantes, pero reservaban esta zona para las cacerías del Jefe. Para Cruikshank ese gamo tenía algo familiar. A fin de cuentas, no era imposible.

Se pregunto cuantas veces habría muerto ese mismo gamo bajo el sol...

—Si creyera que había otra alternativa... —dijo Palmer.

Cruikshank replicó con lúgubre satisfacción:

—Pero no la hay.

—Me pregunto si el próximo nos gustará más...

Cruikshank sonrió torvamente, tirando más de las riendas. Los guardabosques habían terminado y se dirigían a sus caballos. El helicóptero enfilaba hacia el Oeste.

—Julio, Augusto, Tiberio —dijo Cruikshank para sus adentros—, Calígula, Claudio, Nerón...

Capítulo XV

La patrulla descendía lentamente por el pedregoso sendero de la montaña. El sol brillaba intensamente en un cielo limpio y claro. Dick, que cerraba la retaguardia, miró con desagrado las cabezas de los seis soldados de infantería, y las jorobas de los dos animales de carga. Le dolía la garganta, reseca por la sed, pero era inútil exponerse a otro desaire por pedirle a Lindley que detuviera la columna mientras llenaba su cantimplora.

El transporte les lanzó a tierra con escasas provisiones en opinión de

Dick. El reglamento prohibía, por supuesto, llevar un Gismo a territorio hostil.

—Hacían "vida campestre" —dijo Lindley.

Más adelante, una voz nasal decía:

—La chica que jugaba al póquer con Tucker, tenía un miedo cerval a que...

Lindley, cuyo aspecto era frágil como una boquilla de pipa, se divertía de lo lindo.

Dos días atrás, Clay fue a decirle con emoción contenida:

—Dick, está a punto de ocurrir algo grande.

—¿Te refieres al cambio?

—¡Chitón! Sí, de eso se trata. ¿Cómo lo sabías?

—Has estado preparándome para eso durante semanas, ¿no? Esperaba que me lo dijeras de un momento a otro.

—Hasta ahora no me han permitido hablarlo claramente. Muy bien, se te presenta la oportunidad de pasarte al bando justo. En nuestro regimiento hay un hombre al que van a mandar en una misión de rutina. Cuando regrese será ascendido, asignándosele un nuevo destino. Ahora bien, necesitamos un hombre en ese lugar y ese hombre no puede ser Lindley: no es de fiar. De forma que te asignaremos a esa misión al mando de Lindley. Lo único que debes hacer es... asegurarte de que él no regrese.

Dick no albergaba ninguna duda respecto a cuál bando era el suyo, a pesar de la lealtad tradicional de Buckhill a la familia del Jefe. Estas consideraciones no le preocupaban en absoluto. Lo que le inquietaba era su misión con respecto a Lindley, y no porque le agradara ese individuo: Lindley era un hombre de cabellos ralos, piel rosada, ojos saltones y unos modales condescendientes tan irritantes como su reptil ironía. En realidad sería un placer matarle... Y eso era lo malo.

Siempre que pensaba en Buckhill —cosa poco frecuente en los últimos tiempos, ocupado como estaba por otros asuntos— se daba cuenta del profundo cambio operado en él en tan pocos meses. Aún recordaba su angustia y su horror de aquella tarde, cuando vio caer a Cashel a tierra.

Ahora esa imagen se confundía con el recuerdo del cuerpo de Keel precipitándose por el cañón a la luz de la luna. Dos duelos, dos muertes y se le pedía que volviera a mancharse las manos de sangre.

¿Qué ocurriría si descubría que eso le gustaba...?

Al mediodía hicieron un alto para repartir raciones de comida duplicada y abrevar los caballos en un riachuelo cercano que corría junto al valle.

Lindley, recostado cómodamente en su macuto que utilizaba como almohada, contempló la colina que se elevaba por encima de ellos a través de unos prismáticos.

—Ah —dijo de pronto—. Sargento, llévese dos hombres allá arriba para ver si hay alguien... ahí, detrás de ese enorme peñasco gris.

El esclavo hizo un saludo y llamó a otros dos para que le siguieran. Momentos después, desaparecían los tres entre la espesura. Dick enfocó sus prismáticos en la dirección indicada por Lindley. Sólo vio un

montón de ramas secas, arrastradas al parecer por los torrentes primaverales, cuyo aspecto recordaba el de un nido de pájaros gigantesco.

Al poco rato vio los uniformes verdes de los soldados entre la arboleda. La radio de Lindley dijo:

—Aquí no hay nadie, señor.

—¿Hay algo dentro?

—Algunos trastos viejos, señor... Un par de pellejos, huesos. Basura.

—Está bien, fotografíelo, dejen una trampa y bajen —dijo Lindley con indiferencia.

Dick miró con curiosidad las dos instantáneas Polaroid que trajo el sargento al regresar: mostraban un bulto de la altura de un hombre, de palos enredados y entremezclados con hojarasca y barro. El enfoque interior revelaba unos huesos muy lisos, de venado y conejo seguramente, y un montón de pieles resecas. Entre los desperdicios había un fragmento de cacharro de alfarería.

—¿Vio alguna vez cubil semejante? —preguntó Lindley, cogiendo las fotos.

—Jamás. ¿Qué clase de animal es ese?

—Un animal humano —respondió Lindley escribiendo algo al dorso de las fotos—. El basurero peor y más canalla del mundo. Su mordedura es venenosa. Bien, a éste lo sorprenderemos si vuelve, pero probablemente no lo haga.

—¿Está insinuando que alguien *vivía* en ese montón de ramas?

—Una casa, por favor —corrigió Lindley con expresión irónica—. ¿No hay nada parecido en el campo del que vino usted?

—No, hay algunas colonias de pescadores en la marisma, pero viven en sitios que tienen aspecto de casa, al menos las hay con chimenea y todo.

—Eso porque excluyen a los indios —comentó Lindley—. Un error, si me permite decirlo. Entre esos montones de basura suele encontrarse un comanche.

Dick miraba a lo alto de la colina.

—¿Cómo se las arreglan en invierno?

—Oh, se mueren de hambre y frío. Han olvidado cómo hacer fuego. Algunos sobreviven comiendo toda la grasa que encuentran. Hay caza abundante, pero sólo capturan a las piezas enfermas. La nutrición es pésima. Padecen escorbuto, sin mencionar las pulgas, los piojos, garrapatas y otros parásitos. —Consultó su reloj—. Es hora de ponernos en camino. Sargento, ensille los caballos.

Horas después atravesaban un valle pequeño, cercado por colinas azules, de fragantes lupinos, para llegar al río cuyas aguas turbulentas destellaban bajo los chopos de Virginia.

Dick vio la forma arqueada de un pez saltando fuera del agua. El fragor y la espuma del agua llenaban el aire. Suspiró, sintiendo el vivo deseo de desmontar para saltar por encima de las rocas que jalonaban la corriente.

Le sorprendió que Lindley diera la orden de detenerse. Momentos después, los caballos quedaron trabados a la sombra de los árboles, dos

soldados se alejaron en busca de leña y el propio Lindley se acuclilló junto al riachuelo donde empezó a revolver en el interior de su macuto.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Dick, acercándose a él.

Lindley estaba armando las partes de una caña de pescar.

—Ahora esperaremos, hemos llegado al punto de reunión y a la hora señalada. Es posible que nuestro contacto se presente hoy o quizá en otro momento. Entretanto... —entregó la caña a Dick mientras empezaba a armar otra—, nos dedicaremos a pescar.

Dick escogió una mosca artificial de la colección de cebos de Lindley: el riachuelo tenía truchas abundantes. Entre los dos capturaron una docena en menos de media hora. Eran de una especie desconocida por Dick, con una aleta dorada amarilla y unos costados moteados de rojo.

Después de cenar descansaron en sus sacos de dormir, viendo cómo se oscurecía el cielo y aparecían las primeras estrellas. Se oían los grillos en los campos y del agua se elevaba una brisa fresca. El riachuelo quedaba oculto por los troncos de los árboles. De la fogata moribunda brotaba un resplandor rojizo. A corta distancia uno de los caballos trabados empezó a patalear nervioso. Lindley se incorporó apoyándose en el codo. Dick distinguió sus ojillos brillantes en la penumbra.

Desde lo alto de la cuesta se oyó gritar una voz:

—¡Alto! ¿Quién va?

—Un amigo —contestó otra voz gutural.

—Adelántese para que podamos reconocerle, amigo.

Lindley empuñaba el revólver con una mano y con la otra apagó el cigarrillo contra el suelo. Dick se incorporó quedando sentado. De momento no vio nada, pero después logró distinguir dos figuras que descendían por la pendiente. Obedeciendo la orden de Lindley, uno de los soldados arrojó un puñado de ramas a la hoguera. A la luz temblona de la fogata reavivada, Dick vio la cara del hombre que se acercaba: chata, morena, una nariz ancha, los cabellos ásperos y negros que asomaban por debajo de un sucio sombrero de fieltro.

Llevaba pendientes de oro y vestía una chaqueta de cuero y pantalones azules que se le pegaban a las piernas arqueadas.

—Hola, Johnny —dijo Lindley, levantándose—. Está bien, Pierce, vuelve a tu puesto. Siéntate, Johnny... ¿Tomarás café?

El indio se sentó, gruñendo.

—Este es Johnny Partridge —dijo Lindley—. Es un Klamath. Su pueblo fue expulsado de Oregón por los Arapaho hace unos cincuenta años. Han quedado pocos. Johnny hace algunos trabajos para nosotros de vez en cuando, ¿verdad, Johnny?

—Buenos trabajos —dijo el indio, aceptando el pichel de café humeante de manos de un soldado. Dio un sorbo ruidoso y lo devolvió—. Más azúcar.

—Muy bien, echadle cuatro cucharadas —dijo Lindley. Su rostro sonrosado tenía una expresión cruel a la luz de la fogata—. Mucho azúcar, mucho tabaco para Johnny si nos da buena información.

—Dos rifles —dijo Johnny levantando la mano—. Cien cajas de cartuchos.

—Un rifle y diez cajas de cartuchos —dijo Lindley— si la información vale la pena, Johnny.

—Es muy buena. Hombre blanco, gran cruz mágica. Mucho malo.

Con la mano esbozó la forma de un Gismo en el aire con tanto acierto que convenció a medias a Dick. ¿Cómo era posible que hubiera alguien en esos bosques salvajes que tuviera un Gismo en su poder?

Lindley había dicho el día anterior:

—Eso sólo el cielo lo sabe, pero es posible y tenemos que cerciorarnos.

Lindley estaba diciendo ahora:

—¿Tú has visto la gran cruz mágica, Johnny?

El otro asintió enérgicamente con la cabeza.

—Tú venir ahora y yo enseñar.

—¿Cree que dice la verdad? —preguntó Dick a Lindley mientras montaban a caballo.

—Oh, probablemente no. Johnny jamás ha visto un Gismo auténtico, sólo en fotos. En cualquier caso, es un mentiroso incorregible, como todos los indios.

Ya se formaba la columna y Lindley espoleó a su montura situándose al frente, mientras Dick cerraba la retaguardia como antes.

Quedó atrás el rumoroso riachuelo y les envolvió la oscuridad. Dick apenas veía más allá de la cabeza del caballo, pero se daba cuenta de que ascendían por una pendiente y sólo distinguía el resto de la columna en silueta contra el fondo de las estrellas. En el mundo no había más sonido que el de los cascos de los caballos y el leve chirrido de los arreos.

Cuando apareció la luna, baja en el sur, estaban recorriendo la orilla de un lago tranquilo que parecía una franja plateada junto a las formas irregulares de los pinos. Cabalgaron durante casi toda la noche. Cuando se detuvieron al fin cerca de la cima de una sierra, la luz ya se había ocultado.

—Descansaremos aquí hasta el amanecer —dijo Lindley en voz baja, reuniéndoles a todos a su alrededor—. Prohibido encender una hoguera, fumar o hablar en voz alta. Sargento, apueste a dos centinelas. El resto échense a dormir mientras puedan.

El suelo estaba escarchado y el aire era muy frío. Dick descansó arrebujado en su saco de dormir hasta que Lindley le despertó sacudiéndole los hombros.

El sol era un resplandor verdusco en el horizonte. Los contornos de hombres y caballos parecían cartones recortados en la semioscuridad.

—Venga conmigo —dijo Lindley.

Subieron hasta lo alto de la sierra donde se tumbaron de bruces, mirando hacia el otro lado del cañón. Dick descubrió junto a Lindley la forma de Johnny Partridge.

—Dice Johnny que ya se les ve —murmuró Lindley—, pero creo que miente. Observe esa línea del horizonte.

El cielo se iluminaba intensamente; había franjas plateadas, pálidas y frías sobre el horizonte del este. El mundo cobraba un poco de color y ya se distinguían sombras. A su espalda oyeron el ladrido de un coyote,

un sonido soñoliento, solitario.

Dick descubrió que la cima opuesta estaba cubierta de espesa arboleda de la que sobresalían algunos pinos. Parpadeó. La escena estaba desierta un momento antes, pero ahora había docenas de formas ovales debajo de las ramas de los árboles. Mientras las observaba, distinguió en una de ellas una entrada por la que descendía una diminuta figura humana por una invisible escalera suspendida.

—¡Ah! —dijo Lindley, junto a Dick. Se produjo un clic metálico cuando empuñó el rifle para colocarlo en posición de tiro. Dick le vio apuntar a través de la mira y bajar de nuevo el cañón, suspirando—: El blanco es perfecto, pero debemos ser pacientes. ¿Le ha visto, Jones?

—Sí.

—Son nuevos en esta región. No estaban ahí cuando vine hace dos años. Según Johnny, son los descendientes de mestizos Araphao y Sarsi, prisioneros fugitivos y algunos blancos degenerados. Una especie algo superior a nuestros amigos de ayer, empero; han alcanzado el nivel del mono.

En el fondo del cañón había un lecho de corriente seco, atestado de maleza.

—Quiero que vaya al lado opuesto —dijo Lindley— con precaución, pero no tarde demasiado en volver. Se llevará a tres soldados y a Johnny como intérprete. El resto permaneceremos aquí, listos para disparar.

Predominaban las sombras cuando Dick y su grupo llegaron a lo alto de la senda. Ladraba un perro mestizo en alguna parte, al que contestó otro. En una de las casas de los árboles asomó una cabeza por la puerta.

Detrás sonó la seca detonación de un rifle. El impacto de la bala arrancó astillas junto a la cabeza del primitivo que retrocedió hacia el interior, chillando. Empezaron a agitarse otras casas en los árboles. La confusión fue enorme cuando aparecieron más figuras humanas, ladraron los perros y empezaron a oírse voces por todos lados. Desde la sierra opuesta, los rifles hicieron fuego por segunda vez y un cuerpo cayó desplomado al pie de un árbol.

A una señal dada por Dick, los soldados se desplegaron a lo largo del borde del poblado. Buscó a Johnny Partridge con la mirada: estaba a la derecha.

—Diles que lo saquen fuera —ordenó Dick.

El indio asintió con la cabeza y, echándola hacia atrás, rompió a hablar pronunciando sílabas guturales, agudas que pulsaban su garganta como la de un animal.

Un instante después, contestó una voz oculta. Johnny Partridge se volvió después de escucharla.

—Dicen que aquí no tener ninguna cruz mágica de hombre blanco. Vosotros ser grandes embusteros.

Dick se encogió de hombros.

—Muy bien, emplearemos otros medios. Diles que…

Le interrumpió el grito de alarma dado desde el otro lado del cañón. Entrevió una figura oscura en la entrada de una choza, uno de cuyos

brazos blandía un palo. Casi al instante la choza voló en pedazos. Del lado contrario del cañón seguían disparando los rifles constantemente. Y todos los tiros iban dirigidos a la misma cabaña. Cuando se asomó el primitivo, Dick tuvo tiempo de ver un largo arco en una mano antes de que cayera a tierra. Una sustancia oscura empezó a gotear desde el fondo tejido de la choza.

Dick volvió la cara con disgusto.

—Diles —prosiguió— que si vuelven a intentar algo, les ocurrirá lo mismo y que no abandonen las chozas hasta que nosotros se lo ordenemos.

Johnny Partridge lo tradujo en otro torrente de sílabas estridentes. Se produjo un silencio.

Dick señaló la choza más cercana.

—Primero ésta.

El indio avanzó un poco más y gritó de nuevo. La cortina se agitó un momento después y por ella asomó una cara tímida. El nativo arrojó una escalera de cuerda, bajó por ella y se quedó plantado, sin nada en las manos, mirando ora un rostro ora otro. Dick le indicó con un ademán al soldado de su izquierda.

—Sube tú.

El soldado hizo un saludo y empezó a trepar por la escalerilla. Al desaparecer en el interior de la choza, hubo una conmoción y casi al instante reapareció el soldado forcejeando con una primitiva. De un puntapié, el soldado obligó a la mujer a descender y reunirse junto al hombre. Como éste, ella tenía cabellos negros, piel amarillenta; sus hombros eran anchos y los pechos colgantes. Sólo se cubrían las partes delanteras y posteriores con un pedazo de corteza.

—¿Había algo arriba? —preguntó Dick.

Titubeó el soldado.

—No tuve tiempo de inspeccionar bien, señor.

—Sube entonces.

El soldado trepó por la escalerilla, desapareciendo en el interior y luego asomó la cabeza:

—Nada, señor. —Descendió otra vez.

—Está bien. Que suban y diles que no queremos a sus mujeres.

Los dos primitivos escucharon con incredulidad al intérprete. Se miraron mutuamente y lentamente empezaron a trepar por la escalera.

Opusieron resistencia los ocupantes de las dos siguientes chozas; después la tarea resultó algo más fácil. Se procedió a la inspección de todas las chozas del poblado.

El Gismo no estaba allí.

Johnny Partridge preguntó algo a gritos a los ocupantes de la última choza, un hombre, una mujer y un muchacho adolescente. El hombre respondió secamente. Johnny hizo otra pregunta. El hombre dio una breve y enérgica respuesta y luego escupió.

El indio se volvió hacia Dick con los ojos chispeantes.

—Le pregunto dónde estar gran cruz mágica de hombre blanco. Dice no saber. Luego pregunto por el viejo santón. Dice que estar muerto. Gran embustero. ¡Encuentra al viejo santón y encontrarás gran cruz

mágica!

Dick escrutó el bosque del otro lado del poblado. No se veía nada; el registro de esos bosques les llevaría días enteros.

—Grandes cobardes —dijo Johnny Partridge—. Asustarles un poco y ellos hablar, ¿sí?

Dick titubeó un poco antes de contestar.

—Adelante.

Adelantándose, Johnny Partridge cogió al muchacho y lo apartó del lado de sus padres. El chico dio un traspié y cayó de rodillas. Asiéndole por los cabellos, Johnny Partridge apoyó la punta de un cuchillo contra su cuello.

Los padres dieron un paso hacia adelante, gritando alarmados, y entonces se detuvieron al ver los rifles de los soldados. Johnny Partridge hizo una pregunta y el chico contestó con voz ahogada. El indio repitió la pregunta. La punta del cuchillo pinchaba ya la piel; el muchacho sintió la sangre que le corría cuello abajo. Habló de nuevo, aterrado.

Johnny Partridge parecía satisfecho. Los padres proferían sonidos de horror; les hacían preguntas guturales desde todos lados del claro y ellos gritaron la respuesta. El poblado se alborotó en cuestión de segundos.

—Vamos —dijo Johnny Partridge levantando al muchacho de un tirón—. Él pronto enseñarnos lugar.

Dick vio los semblantes airados que les miraban desde las entradas de todas las chozas. Ladró un arma desde el otro lado del cañón y el disparo de advertencia abrió un agujero en una de las cabañas. El parloteo de voces era ensordecedor.

Johnny Partridge hizo caminar al muchacho a empujones. Entonces se le echaron encima los padres y se enzarzaron en una rabiosa pelea. A una señal de Dick, se adelantó uno de los soldados, que les derribó de un culatazo a los dos. Johnny Partridge estaba sangrando por la oreja partida y el profundo arañazo debajo de un ojo, pero no había soltado el brazo del muchacho. Echaron a andar.

El chico sollozaba, casi encorvado sobre la mano que le tenía cogida el indio. Después de adelantarse unos metros en el bosque, llegaron a otro claro que estaba sembrado toscamente de maíz. Más allá, había un sendero apenas visible que se internaba entre los árboles.

Aumentó el clamor de voces a sus espaldas. Oyeron una ráfaga de disparos y un estrépito a ambos lados del bosque. Alguien se acercaba corriendo. Dick se volvió, viendo que el soldado que tenía al lado levantaba el rifle; un estampido y entonces vio desplomarse al primitivo que corría entre los árboles.

Se oían gritos por todos lados.

—Es mejor que nos demos prisa —le dijo Dick a Johnny Partridge. El indio asintió con la cabeza y echaron a andar al trote. Los disparos habían cesado.

El sendero terminaba bruscamente a la vuelta de la curva, enfrente de un acantilado de piedra arenisca. En el acantilado había la abertura de una cueva oculta por una cortina de piel que se apartó al asomarse

un primitivo, arco en mano. Uno de los soldados cayó a tierra con el hombro atravesado por una flecha emplumada. Los otros dos dispararon simultáneamente y el primitivo se desplomó arrastrando consigo la cortina. Dick oyó una serie de lamentos procedente de los bosques.

El interior de la cueva era oscuro y estaba lleno de humo; olía a excrementos, carne podrida y deshechos. A un lado había en confuso montón pieles, cacharros de arcilla y otros objetos. De una estaca apuntalada en el techo colgaba un trozo de carne casi oculta por un enjambre de moscas.

Al fondo la cueva se estrechaba y había otra cortina de piel, ante la cual estaba en pie un hombre viejo.

Tenía el aspecto demacrado y sucio, sus ojos de demente resaltaban entre la masa de cabellos grises. Llevaba puesta una túnica de tela que debió ser magnífica para el modo de vivir de los primitivos, pero que ahora estaba desgastada, rota y sucia de grasa; agitó las manos al verles, abriendo su boca desdentada de la que sólo salieron sonidos incomprensibles. Sus huesudas rodillas se movían en una danza torpe.

—Hombre loco —dijo Johnny Partridge respetuosamente—. Muy viejo, muy santo.

—Quitadle de enmedio —dijo Dick.

Cuando un soldado levantó la culata de su rifle, el anciano desapareció de un salto vacilante a través de la cortina. A una señal de Dick, otro soldado desgarró la cortina.

Iluminado apenas por la luz temblorosa del pabilo de un cacharro pequeño lleno de aceite, el anciano hacía muecas y se convulsionaba de miedo, agitando los brazos. En la cueva había solo un tosco altar abierto en la piedra arenisca y sobre el altar una cruz de madera.

Sólo eso. No había ningún Gismo.

Dos palos cruzados y unidos por una fibra, con dos pieles de serpiente colgando de cada lado.

Capítulo XVI

Las puntas de las flechas de los primitivos estaban envenenadas. No hubo dificultad en extraerle la flecha del hombro al soldado herido, pero una hora después el infeliz moría entre tetánicas convulsiones. Eso brindaba una oportunidad. Acamparon al anochecer sobre un declive elevado de difícil acceso en caso de ataque. El cielo estaba limpio. Dick sintió oscilar pesadamente la tierra bajo sus pies; el aire aún olía a savia. En la oscuridad y el silencio, Dick se sintió paradójicamente cerca de Buckhill. Evocaba otras escenas con gran intensidad: los prados verdes, las sombras de la mañana bajo los aleros de los establos, los reflejos del sol sobre el lago. Creyó comprender por primera vez cuánto valía Buckhill, el precio que por él pagó su padre y antes de él *su* propio padre.

Por el contrario Eagles tenía una importancia transitoria en sus recuerdos: era como un campo de torneo, lleno de acción turbulenta, importante mientras duraba. Era preciso sobrevivir, mantenerse porque

ese era el precio que se pagaba y no porque fuera un objetivo. Era la prueba de que uno estaba en plena forma.

La punta del cigarrillo encendido de Lindley brillaba en la oscuridad; después formó arco en la noche y desapareció.

—Buenas noches, Jones —dijo Lindley—. Mañana a esta hora estaremos en casa y con un nuevo triunfo personal.

Pero ya llevaba el veneno en el cuerpo. Dick cambió las cantimploras cuando las llenaron al mediodía.

—Esto —había explicado Clay, mostrándole a Dick un frasquito— es de efectos lentos, pero seguros. Hay que esperar cuatro horas, pero gracias a que es incoloro y de sabor insípido, es posible mezclarlo con cualquier cosa.

Por la mañana, el cuerpo de Lindley apareció todo azul en su saco de dormir. Cuando lo examinaba, Dick le produjo un arañazo junto al cuello con su sortija, dejando que los soldados sacaran sus propias conclusiones al ver la pequeña herida. Le enterraron debajo de un túmulo de piedras. Y Dick regresó a Eagles con nuevas líneas en su rostro.

—El punto es crucial —dijo Melker, cuya frente aparecía cubierta de sudor. El aire estaba estancado; el humo azulado flotaba por encima de la luz—. Es preciso convertir rápidamente un grupo reducido en una fuerza capaz de tomar Eagles. Digo "rápidamente" porque prolongar el asunto significaría correr el riesgo de que alguien nos traicionara. La máxima seguridad estriba en actuar con la máxima rapidez: reunir fuerzas, atacar y mantener la posición conquistada. Tengan presente que la "seguridad" es relativa. Nos exponemos a un grave riesgo.

—¿Insinúa que abandonemos el proyecto? —preguntó el coronel Rossen sin alterarse.

—¡No! —A Melker le temblaba la barba—. No... eso sería un suicidio, porque una conspiración suspendida es inútil, sin valor excepto como arma de traición y chantaje. Quiero dejar bien sentado que todos nosotros estamos comprometidos en esto, que lo llevaremos adelante pase lo que pase.

Todos le observaban: el comandante Holt, la señora Maxwell, la señorita Flavin, cuyas manos descansaban recatadamente en su regazo, el doctor Belasco, Collundra, Kishor y dos hombres importantes: Cruikshank y Palmer, a quienes Dick aún no había conocido. Era un grupo selecto, el círculo íntimo de la conspiración en el que Dick se encontraba desplazado: ¿Por qué estaba allí?

Melker se echó hacia atrás, suspirando:

—También quería ver a cuántos podría intimidar. Por fortuna, la respuesta es a ninguno de ustedes.

Algunos sonrieron.

—Somos gatos viejos, Melker —dijo el coronel.

—Tal vez, tal vez, pero soy un hombre suspicaz.

—Bien, como todos ustedes saben, Dick Jones recibió la orden de liquidar a Lindley. Eso fue un experimento en varios aspectos.

Rossen inquirió vivamente interesado:

—¿Sí?

—Lindley tenía una misión clave. Haremos mover los hilos convenientes y mañana tendremos aquí a nuestro hombre. Ahora bien, opino que en una situación de anormal alerta, un hombre como Lindley hubiera estado en guardia. Dick, cuente cómo eliminó usted a Lindley.

Dick explicó:

—Eché el veneno en mi cantimplora y procuré coger la suya cuando el soldado nos trajo las dos.

Melker enarcó las cejas.

—Corrió usted un gran riesgo, joven.

—No, en absoluto —dijo Dick—. Lindley no recelaba nada, y eso era lo que queríamos saber.

—También hemos obtenido valiosa información... respecto a Jones y al propio Lindley.

Melker dirigió una mirada significativa a Dick.

—Jones, permítaseme decir que le hubiéramos prevenido acerca de este aspecto del asunto si ello le hubiera ayudado de algún modo.

—Creo comprender, señor —dijo Dick, cuya curiosidad era ya superior a su resentimiento. Todo eso eran preliminares, ¿adonde querían ir a parar?

Melker prosiguió diciendo:

—De común acuerdo decidimos la conveniencia de estar seguros de Oliver antes del Cambio.

—Pero en desacuerdo con respecto a los métodos —intervino Collundra.

—Cierto —Melker respiró profundamente; le brillaban los ojillos astutos—. Pero ahora puedo comunicarles el éxito en lo que considerábamos una deseable aunque improbable posibilidad.

Excitados, los demás se inclinaron hacia adelante.

—¿Ha conseguido...? —preguntó Belasco.

—En efecto —dijo Melker—, hemos obtenido el "prote" de la joven en cuestión, duplicándola como una de las criadas de la requisición rutinaria. Ahora está en estas habitaciones. Después de prepararle durante toda la mañana, cuando Clay estime que Oliver está a punto para el encuentro... ¿Sí?

Un hombre de ojos negros, vestido con la librea de la servidumbre de Melker, se le acercó murmurándole algo al oído.

—¡Magnífico! —exclamó Melker—. Señoras y señores, ha llegado el momento. Colóquense ante la TV, porque dentro de unos instantes verán algo sumamente interesante.

Dick se encontró al lado de Melker cuando el grupo se situó al otro extremo de la habitación. La TV estaba encendida, mostrando una de las habitaciones más pequeñas de la *suite.* En ella no había nadie. Según el ángulo de enfoque de la cámara, el pickup debía estar oculto en algún mueble, acaso debajo de una mesa.

Melker le sonrió con una contagiosa jovialidad:

—Es posible que todo eso le desconcierte un poco, Jones.

—¿Un poco? —exclamó Dick.

—Se trata de una extraña historia. Tal vez quede tiempo para

contarle lo más importante. Thaddeus Crawford, el fundador de Eagles, se casó con una esclava. Eso no era insólito en aquellos tiempos, cuando las discriminaciones sociales eran menos rigurosas. Ella le dio un hijo y después enfermó, muriendo al poco tiempo. Pero Thaddeus había tomado la precaución de duplicarla desde el principio. Después de todo, era una esclava.

—Pero, ¿su *esposa?* —dijo Dick.

—Oh, sí, desde luego. Bien, en sus últimos años de vida, a Thaddeus empezó a obsesionarle el temor de que Eagles fuese a parar a manos de advenedizos. Quería asegurar la sucesión de Thaddeus, de forma que indujo a su hijo a casarse con la "gemela" duplicada de su propia esposa.

Dick no pudo reprimir un respingo de asco.

—Sin embargo, dése cuenta de que técnicamente no fue un incesto, ya que el duplicado era una chica de veinte años. La madre del muchacho murió a los veinticinco, quince años atrás. Bien, pues se casó con ella y tuvieron un hijo: el actual Jefe de Colorado. Pero la chica murió también, al parecer a causa de una debilidad congénita. Existía ya una cierta tradición, y usted sabe lo que significa la tradición en una gran propiedad. Según creo, incluso hay la extendida superstición de que todo hombre que posea Eagles *tiene* que casarse con la esposa del Jefe. En cualquier caso, nuestro Jefe actual, Thaddeus II, a los 24 años le duplicó y se casó con ella, quien tuvo un hijo ese mismo año —Oliver— y murió en 2032. Lo irónico es... —Melker, haciendo muecas de gárgola, puso su mano huesuda sobre el brazo de Dick— ...Lo irónico es que la idea era un error genéticamente. El hijo de Thaddeus, Edmond, tenía la mitad de los genes de su madre, naturalmente. El hijo de Edmond, Thaddeus II, tenía tres cuartos de los genes de su madre, y Oliver siete octavos. Si nada cambia, dentro de algunas generaciones la casta sólo consistirá en los genes heredados de la madre... —Melker agitó la mano—. A Thaddeus más le hubiera valido aparejar a su mujer con el mayordomo.

Dick observó que a su alrededor todos enderezaban el cuerpo. Melker desvió la mirada hacia la pantalla.

Se volvió. En la pantalla, Oliver y Clay acababan de entrar en la habitación. Oliver llevaba un atuendo más llamativo que de costumbre, en blanco y oro, sus cabellos estaban bien peinados y estaba pálido. Sus labios se movían, pero el susurro de pasos no permitía oír sus palabras.

—¡Chisst! —dijo la señorita Flavin, con enojo. El grupo se calló.

—Espera un momento —dijo la voz de Clay—. Ordenaré que la hagan pasar en seguida.

Cuando Clay le dejó solo, Oliver miró alrededor nerviosamente, empuñando en una mano el bastón tallado de metal que llevaba, y con la otra mano se tocaba la chorrera de encaje. Después, tumbándose en un diván, fijó la mirada en un cuadro colgado de la pared, un lateral del cual era visible en la pantalla: su tema era "Caballero riéndose", de Frans Hals. Seguidamente, se puso en pie y empezó a andar de un lado a otro.

Melker, junto a Dick, respiraba ruidosamente, tenía los ojos brillantes y la boca húmeda entreabierta:

—Su madre murió cuando él tenía seis años —susurró—. ¡Mírele bien ahora, mírele bien!

Al oír un sonido inaudible en la pantalla, Oliver dio media vuelta. Un instante después alguien entraba en la habitación.

Como todos los demás, Dick estiró estúpidamente la cabeza para ver más allá del lateral de la pantalla. La muchacha apareció entonces, con paso vacilante, y se detuvo, mirando en silencio a Oliver.

Llevaba puesto un vestido de falda ancha, a la moda de veinte años atrás en Eagles. Sus cabellos rubios estaban peinados con un estilo más anticuado aún. Era delgada y torpe, sus ojos verdes alargados contemplaban atónitos a Oliver. Le temblaron los labios, como si se le hubiera olvidado hablar.

Oliver cayó de rodillas, alzando los brazos:

—¡Oh, mamá! —exclamó—. ¡Mamá Elaine!

Capítulo XVII

Dick despertó sobresaltado por las carreras que sonaban en el corredor y el estrépito de cristales rotos. Se incorporó, con el corazón agitado. Las luces de las habitaciones contiguas le obligaron a entornar los ojos. Oyó un portazo.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

Apareció Alex corriendo, con el rostro lívido y asustado.

—¡Oh, señor, señor, en los corredores están matando gente!

La distante explosión hizo estremecerse el suelo. Luego, se oyeron gritos, más lejanos aún. Dick saltó de la cama, furioso.

A pesar de los buenos propósitos de Melker, el Día del Cambio se aplazó una y otra vez; según noticias últimas, estaba previsto para tres días más adelante.

O bien se había adelantado la fecha, sin decírselo a él, o hubo una indiscreción y el Cambio fue traicionado.

El paje, agitado, pero guardando la compostura, le entregaba los pantalones. ¡Si supiera algo más!

—Dime lo que has visto, Alex. No, esos no… quiero el uniforme.

—Ha sido terrible, señor. Estaba yo en el Corredor Largo, dirigiéndome a la Sala del Gismo para la asignación de la mañana. Entonces oí estampidos de armas de fuego. La gente se volvió como yo, sin dar crédito a sus ojos. Un hombre echó a correr y junto a la fuente de oro sonaron otros disparos; el desdichado cayó a tierra. Fue un mal sueño. Y no tiene usted idea de la sangre que…

—¿Quién disparó contra él?

—No lo vi, pero sonaron otros tiros en el corredor, señor Jones, y entonces vi correr a muchos hombres que empuñaban armas, perseguidos por los rojos que disparaban.

—¿Guardias de la Casa?

—Sí. No dejaban de disparar… Pensé que me matarían. Dieron muerte a dos que han quedado en el corredor. También vi a los de

uniforme negro, los Guardias del Gismo, pero me escabullí prudentemente, señor Jones. ¿Qué va a ocurrir?

—¡Diablos! —exclamó Dick, tirando de la cadena del codo sujeta al cinturón que no cedía. Estiró la cadena a través de la manga, haciendo lo mismo por el otro lado. En cualquier caso, necesitaría libertad de movimientos en los brazos.

Una cosa sí sabía: si los Guardias estaban capturando a los conspiradores, todo se había perdido. El atentado era un fracaso. La cuestión era saber si habían descubierto los nombres, en cuyo caso no tardarían en capturarles a todos. Lo más conveniente para él era abandonar Eagles lo antes posible.

Pero si ignoraban su nombre y huía, eso equivaldría a reconocerse culpable. Sin embargo, tendría la posibilidad de salvarse si afrontaba la situación.

Encontró dos muertos en el corredor, encogidos junto a la pared ensangrentada. Dick reconoció a uno de ellos: Era Thor Swenson, con quien estuvo bebiendo cerveza la misma víspera. Lo curioso era que ignoraba que Thor estuviera complicado en la conspiración.

Más adelante, en el Corredor Largo, había más cadáveres, de ambos sexos, "cuerpos" y personas.

Le asaltó un recuerdo incongruente, sin razón justificada: el del perro mestizo muerto en Buckhill, el día antes de su marcha, y al muchacho "cuerpo" llorando arrodillado junto al animal.

Aguzó el oído. Había cesado el tiroteo, sólo se oía un rodar de ruedas cuyo eco crecía en intensidad. Una voz que gritaba órdenes. De improviso apareció un pelotón de Guardias de la Casa, con dos cañones de campaña. Dick vio que el oficial que iba al frente de los mismos le miraba fijamente, y sintió cubrírsele la frente de sudor frío. Por primera vez se le ocurrió pensar que un uniforme militar podía no significar protección alguna. Hubo grandes infiltraciones en el Ejército y era muy probable que algunos conspiradores llevaran uniforme cuanto estallara la revuelta.

Sin una vacilación, echó a andar hacia el oficial, pisando fuerte. Los guardias estaban colocando los cañones en direcciones opuestas para cubrir ambos lados del corredor. El oficial levantó la pistola:

—Alto. Identifíquese.

—Teniente —dijo Dick respetuosa pero firmemente—, debe haber algún error. El general Myer se dispone a emplazar una posición de artillería en este mismo lugar. Hace apenas quince minutos fue a ocuparse de las requisiciones. Yo soy su ayudante, el teniente Jones.

—Recibo órdenes del cuartel general de la Guardia —dijo el otro, bajando la pistola—. ¿Dónde está su arma de cinto?

—Todavía no nos las han entregado. Escuche, teniente, no dispone de hombres suficientes para esta operación. Podrían enfilarle desde ese corredor transversal.

—Cubrimos toda esa zona hasta las Arcadas —replicó el oficial, aunque su voz sonaba algo menos segura—. Ustedes, los soldaditos de plomo del Ejército, siempre en babia, como de costumbre. Diablos, todo ha terminado... Estamos aquí sólo como medida de precaución. Puede

decirle a su general Myer que...

Le interrumpió un grito estentóreo:

—¡Atención! ¡Firmes! Han atentado contra la vida del Jefe. Gracias a la Guardia de la Casa, se ha dado muerte o captura a todos los cabecillas de la rebelión, pero aún siguen libres otros miembros secundarios. Permanezcan en sus puestos hasta que termine el registro de todas las habitaciones.

Estirando el cuello, Dick pudo ver el lugar de procedencia de la voz, una pantalla pública de TV de la plaza. Desde este ángulo, la imagen era clara aunque un tanto irregular. La cámara enfocaba los cadáveres apilados en el Patio de la Armería. Al fondo se veía la Fuente de bronce de la Conmemoración. Dick vio el rostro de enano de Melker, ahora sin expresión alguna. La sangre enmarañaba su barba hirsuta.

Al enfocar la cámara hacia un punto elevado, Dick vio un grupo de personas de pie cerca de la pared, con las manos atadas a la espalda. Clay era uno de ellos: miró inexpresivamente a la cámara y luego parto la mirada con indiferencia.

La cámara estaba enfocada en otra dirección, mostrando un cuerpo que se columpiaba en el aire, atado por los pies como si fuera un ave de corral. A Dick le costó trabajo reconocer el rostro del hombre colgado boca abajo.

Era Oliver.

La voz gritó de nuevo:

—Uno de los rebeldes que se buscan es una mujer, de unos veinte años de edad, rubia, ojos verdes. La persona que la encubra será fusilada. La persona que la entregue o facilite información sobre su paradero será recompensada con anticipos de asignaciones o un alto cargo. Se recompensará con la libertad al sirviente que la denuncie o la entregue a las autoridades.

Al teniente de guardia se le escapó un silbido. Su semblante cobró una repentina expresión de alerta. La misma expresión reflejaban los rostros de los otros guardias. Todos ellos eran esclavos, naturalmente, esclavos especiales que disfrutaban el privilegio de llevar armas en Eagles, cosa que les daba cierta superioridad sobre cualquier hombre libre. Pero saltaba a la vista que darían un brazo o una pierna por ser una *persona.*

Esta probabilidad de ser libres se presentaba en raras ocasiones. Ahora, eso indicaba la importancia que esa mujer debía tener para el Jefe.

La mujer era Elaine, de eso no había duda según la descripción dada. Era lógico que al Jefe le interesara encontrarla... Cualquier estúpido que la hubiera poseído se creería capacitado para promover otra revuelta. Pero, ¿correría el riesgo de dar libertad a los esclavos?

Existía otra posible explicación. Cuando el grupo de Melker consiguió un duplicado de Elaine, podían haber destruido o escondido el "prote" al mismo tiempo. Hubiera bastado con archivarlo mal: resultaría prácticamente imposible, por falta de tiempo, encontrarlo entre billones de "protes" archivados.

Dadas las circunstancias, aún cuando el nombre de Dick constara en

la lista negra, si reaparecía con la mujer del Jefe, una vez restablecido el orden, podría alcanzar con eso su inmunidad. Ya era algo, una posibilidad al menos.

Sintiéndose observado por los guardias, Dick consultó su reloj.

—Supongo que ahora se han cambiado los planes —dijo—. Será mejor que vaya a comprobarlo.

El teniente de Guardia asintió con un gesto hosco y Dick se volvió, alejándose.

¿Qué camino tomaba? Tenía que decidirlo rápidamente. La muchacha pudo haber salido por cualquiera de las docenas de salidas del sector de la suite de Melker. Había incontables escondrijos, por cuyo motivo eran muy reducidas las posibilidades de encontrarla.

Pero cuando reflexionó sobre eso y se dio cuenta del peligro que corría él mismo, Dick pensó instintivamente: *abajo.*

Para lograr la captura de un gamo, uno debía pensar como el gamo. Dick entró en el ascensor de la plaza más próxima, pensando: "Estoy asustado, tengo que esconderme... desaparecer o me matarán. Abajo. En lo más profundo. Hacerme muy pequeño y taparme hasta la cabeza."

Ahora se encontraba en el más bajo nivel residencial. Los corredores empezaban a llenarse. Pasó cerca de un pelotón de Guardias, recordando con el tiempo justo que debía mantener la espalda erguida y pisar con firmeza. Le miraron con insistencia, pero le dejaron seguir su camino: Iba de uniforme y su actitud denotaba que llevaba alguna misión determinada.

Entonces descubrió una puerta ante la cual debía haber pasado antes cien veces sin verla: dos batientes oscilantes, con la marca verde que significaba PAÍS DE "CUERPOS".

Empujó la puerta y entró en otro mundo. Brillaban luces opacas desde los techos altos, las paredes eran de cemento inacabado y los suelos sólo estaban cubiertos por pasarelas de alfombras de goma. Su aparición fue recibida con un murmullo de voces y algunos movimientos; su olfato captó el desagradable olor a aire enrarecido, acre. Por un instante tuvo la sensación de encontrarse de nuevo en la cueva del santón. Dick experimentó la singular impresión de una visión doble: arriba los polvorientos fluorescentes y abajo el débil pabilo de aceite. Eso pasó pronto y siguió andando corredor abajo. Los "cuerpos" a medio vestir fijaban en él sus ojos soñolientos desde sus catres cuando Dick cruzó una puerta abierta. Desde otra puerta salía el sonido metálico de cacharros y el olor a jabón y ropa sucia. Pasó por su lado un viejo con ropas de algodón amarillas que empujaba un carro rodante lleno hasta los topes de cacharros de cocina. Dick le detuvo con brusquedad:

—¿Dónde está la puerta que da acceso al nivel inferior?

—Señor —dijo el viejo, asustado— no hay más salida que la que está sellada. Nadie va allá abajo, está prohibido. Lleva el propio sello del Jefe, se lo mostraré.

Echó a correr, abandonando el carro, y Dick fue tras él hasta el corredor contiguo donde descendieron un tramo de escaleras. La puerta tenía un portacandado y un cerrojo; éste llevaba una grabación que

Dick palpó con el dedo: una "C" con un delicado dibujo en su parte superior, un águila probablemente.

—Tráeme herramientas —dijo—. Un escoplo y un martillo. Quiero que la puerta esté abierta antes de cinco minutos.

—Señor, no tenemos permiso...

—¡Tráelas! —gritó Dick. El viejo se escabulló haciendo un gesto desesperado.

Minutos después regresó, en el centro de un grupo de criados. Uno de ellos, inevitablemente, era Frankie. La gárgola llevaba consigo una caja de herramientas. Tenía expresión abatida.

—Señor Jones, comprenderá que no podemos abrir esta puerta sin la autorización del propio Jefe. Si la consigue usted...

—No hay tiempo —dijo Dick—. Se trata de una emergencia. A ver... — Buscó en sus bolsillos, encontrando un pedazo de papel—. Dame un lápiz, yo lo firmaré.

Frankie le entregó un trozo de lápiz de carpintero, sin abandonar su expresión de duda. Dick garrapateó: "Asumo toda la responsabilidad por abrir la puerta de las dependencias del servicio", y estampó su firma al pie.

Los "cuerpos" lo examinaron con distintos grados de incomprensión. Probablemente eran pocos los que sabían leer y escribir. Frankie parecía más apenado que antes, pero se guardó el papel cuidadosamente doblado, y luego sacó un escoplo y un martillo de su caja de herramientas. Tres golpes fuertes partieron un brazo de la grapa se sujeción del cerrojo. Después de desmontar por completo el cerrojo, Frankie se apartó, sosteniéndolo en la palma de la mano.

Al abrir la puerta, Dick vio una luz tenue y vacilante al extremo de un pasadizo corto.

—Echad el cerrojo otra vez cuando yo haya entrado —les dijo al cruzar la puerta.

Al final del pasadizo encontró una sala amplia y vacía. Las débiles luces del techo no eran ni siquiera fluorescentes, sino anticuadas bombillas incandescentes que irradiaban un enfermizo resplandor anaranjado que mantenían el sitio casi a oscuras. El aire estaba enrarecido. El silencio era absoluto.

Dick se sentía solo y un poco estúpido. ¿Y si la chica no había venido aquí? Hacía años que nadie había cruzado por esa puerta. Pero había centenares de posibles entradas y probar con todas y cada una hubiera sido una tarea interminable. Al menos, ahora se encontraba aquí y si ella tomó ese camino, no sería difícil localizarla.

Se inclinó: en la espesa capa de polvo había huellas de pisadas, pero ninguna de ellas era reciente. Había algunos carritos de mano arrinconados a un lado de la estancia, plataformas de descarga en la otra pared, cerradas ahora por puertas metálicas. A derecha e izquierda había puertas abiertas más allá de las cuales sólo se veían luces amarillentas muy espaciadas que jalonaban débilmente la oscuridad.

Dick echó a andar por el corredor del lado izquierdo, pasando por delante de varias puertas, algunas de las cuales estaban cerradas con llave. Las puertas abiertas mostraban en su interior montones de

objetos enigmáticos. En una ocasión Dick alargó la mano y tocó la pata de una mesa. Era evidente que eran almacenes abandonados, llenos de artículos que tuvieron valor en otra época y ahora estaban completamente olvidados. Se alteró al recordar las palabras de Ruell "El Jefe colecciona colecciones... En realidad, toda esta montaña..." ¿A qué profundidad llegarían estos almacenes subterráneos?

Movido por un oscuro impulso, empezó a descender por la primera escalera.

Se encontró rodeado de objetos amontonados cochite hervite: mesas, sofás, sillas con las patas arriba, libros desparramados por el suelo, pantallas cubiertas de polvo.

A lo lejos, alguien estaba roncando.

El sonido arrancaba múltiples ecos de los techos abovedados. Dick escuchó, conteniendo la respiración y un instante después oyó un distante y confuso estruendo. Alguien... alguien... ¿Qué otra persona podía ser?

Avanzó con cautela, evitando hacer ruido, pero fue inútil. Al volcarse una silla, Dick tropezó contra una mesilla produciendo un ruido delator.

Al instante, alguien echó a correr estrepitosamente en la distancia. Dick soltó un juramento, apartó la mesa violentamente y emprendió la persecución. El corazón le golpeaba con fuerza; saltó el obstáculo de una estantería caída, brincó entre un grupo de sillas y trepó por un diván volcado. Se detuvo para escuchar.

Los ruidos se oían débilmente a lo lejos. La persecución se prolongó durante lo que a Dick se le antojaron horas. Franqueó barreras de muebles y canastas hasta que hizo alto de nuevo para aguzar el oído. Empapado en sudor, boqueando como un pez fuera del agua, descansó apoyando un pie sobre el escarpado aparador. Ningún sonido. Hizo una profunda aspiración, la contuvo: nada, nada excepto el batir de la sangre en sus oídos.

Miró en todas direcciones. En el mar de patas de mesa, espejos y superficies de madera no se percibía movimiento alguno. Era imposible que ella hubiese escapado de la bóveda, ya que las puertas más próximas eran casi invisibles en la distancia. Debía esconderse en algún rincón de esa jungla de madera, agazapada debajo de una mesa o dentro de un armario, inmóvil, con la respiración ahogada, como un conejo atrapado en una madriguera.

Aguardó, con la esperanza de que ella perdiera la serenidad y reanudara la huida. Después de descansar un poco, siguió avanzando haciendo el menor ruido posible. Hacía el recorrido pacientemente, con frecuentes pausas para escuchar. A la tercera pausa, un sonido muy leve rompió el silencio: era el crujido de madera. Ella debía haber cambiado de postura. Era imposible que alguien pudiera permanecer inmóvil sobre una superficie dura.

Dick tuvo una idea al ver la caja llena de lámparas de cristal que tenía a mano: sacó una de forma acampanada y la arrojó en la dirección de donde procedía el sonido. La lámpara chocó ruidosamente.

Esforzando la mirada, vio un movimiento convulsivo en el bosque de

patas de sillas. Saltó por encima de un sofá Imperio, pasó zigzagueando entre montones de mesas y llegó a una enorme mesa escritorio: encogida en el hueco de la parte inferior, la chica le miraba con ojos asustados.

—Está bien, salga —dijo Dick.

La muchacha se levantó lentamente, cubierta de polvo. Su cuerpo delgado, así como su mejilla tiznada le daban un extraño aire patético. Observó Dick que llevaba rasgada la falda de su vestido anticuado: su indumentaria era inadecuada para corretear por los almacenes de los sótanos.

La expresión de miedo era de duda ahora.

—Oh, ¿no es usted...?

—Sí, Dick Jones.

Se conocieron de manera muy superficial en el último mitin.

Ella intentó reírse.

—Bueno, pues ¿por qué no lo dijo antes? Quiero decir que todo eso... —Hizo un ademán desmayado.

—Si me hubiera dado a conocer, ¿me habría creído? —preguntó Dick—. Vamos, salgamos de aquí.

Ella puso su mano en la de Dick: era suave y estaba fría.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras él la ayudaba a levantarse. Con un gesto se apartó los largos cabellos de la frente—. ¿Podemos ir arriba? ¡Caramba, debo tener un aspecto horrible!

Dick improvisó mentiras al referirse al Cambio y ella las aceptó. ¡Qué joven era! Dick estaba obsesionado por este pensamiento, impresionado por la esbeltez de su cuerpo y la inocencia de sus palabras. ¿Se sintió alguna vez tan aturdido, ni siquiera en Buckhill? Era imposible.

Trató de volver a la puerta por el mismo camino que siguió antes, pero cuando llegaron, comprobó que se había equivocado. Esta escalera, al revés de la otra, descendía hacia un rellano intensamente iluminado.

Sabía que acaso tardarían días enteros en abrirse paso entre tantos muebles.

—Vamos —dijo, cogiéndola del brazo.

Abajo había otra bóveda de dimensiones ilimitadas, alumbrada por las luces azuladas del techo. Había cajas y embalajes de todos tamaños, pero al menos quedaba espacio suficiente para moverse entre ellos. También había huellas recientes en el polvo.

Dick frunció el ceño. Le contrariaba pensar que encontrase a alguien antes de entregar su prisionera a las autoridades: podía tratarse de alguien capaz de tomarle por cómplice de la chica. Sin embargo, valía la pena correr ese riesgo con tal de salir de allí lo antes posible. Tenía que haber algún ascensor o una escalera en ese sótano.

Pero el camino se estrechaba a medida que avanzaban, y las cajas eran cada vez más escasas. Había una caja muy alta a través de cuyos laterales de plástico vieron, como si estuvieran congelados en un sucio bloque de hielo, animales de trapo de toda especie: osos, elefantes, tigres, leones, monos... gastados todos ellos, inservibles, y sin el menor parecido con objetos dignos de un coleccionista.

Aquí había una estantería llena de libros con fundas de plástico individuales. Algunas encuadernaciones eran buenas, otras incluso ostentaban grabaciones, pero las había también en muy mal estado. Dick leyó algunos títulos: *La Isla del Tesoro, El Mago de Oz, Peter Pan* y *Wendy.* Había una hilera de volúmenes estrechos en cuyos lomos figuraba solamente el monograma "TC". Uno de ellos estaba roído por las ratas. Dick lo cogió, le sacó la funda y lo abrió por el centro. Al pie de un ejercicio, y con escritura infantil, había una adivinanza: "¿Qué tiene 22 piernas y moscas? Respuesta: Un equipo de futbolistas muertos."

Más abajo, el dibujo de un cuchillo hecho con trazos fuertes de lápiz. Dick devolvió el libro a su sitio.

—¿Usted sabe qué *es* todo esto? —preguntó la muchacha.

—Por lo visto él no tiraba nada —dijo Dick mirándola con curiosidad. Ella le correspondió con una sonrisa temblorosa, más consciente de su proximidad que de algo tan remoto como la infancia del Jefe.

Era curioso pensar que ella dio vida a ese muchacho que hoy era el sapo repulsivo que gobernaba en Eagles. Si Thaddeus II contaba nueve años cuando escribió el Diario, ella debía estar muerta desde hacía cuatro años... Ese pensamiento le aturdía un poco. Todo eso, tan hundido en el pasado, no era más que un futuro irrealizado para ella: tenía veinte años otra vez y aparentaba dieciocho. Dick supuso que lo mejor que podía sucederle sería pasar por todo aquello nuevamente. Tanto mejor para ella que lo ignorase.

El suelo era interminable. El aire olía a moho y a papeles viejos y polvorientos. Había cajas de plástico y bultos por doquier, algunos aún enteros. Después, el lugar empezó a cambiar de aspecto. Pasaban junto a una hilera de edificios pequeños aislados como otras tantas cajas, algunos de los cuales tenían un lado de piedra o ladrillos y el resto. de madera y yeso. En uno se veía el rótulo de "DROGUERÍA DE STRIPPEL"; la puerta estaba sellada, pero su cristal aparecía roto.

—¿Nos sentamos a descansar un minuto? —preguntó la muchacha— . Estoy muerta de cansancio.

Dick entrevió los contornos de una mesa y sillas en el oscuro interior.

—Tenga cuidado —dijo, sosteniéndola por el codo mientras atravesaban la puerta rota, de la que se desprendieron algunos fragmentos de cristal. Las sillas eran vulgares, del tipo barato del siglo veinte, aunque parecían sólidas y no estaban demasiado sucias de polvo. Probablemente el interior fue sellado y llenado de gas inerte hasta una época reciente.

Se sentaron, rodeados por todos lados de vitrinas, postales, estanterías, revistas y libros encuadernados en rústica. Los mostradores estaban cubiertos de muestrarios de postales, algunas habían caído al suelo.

Dick recogió una postal en cuya parte delantera había unas bolsitas de cacahuetes sujetas con grapas. Al dorso se leía: "Señor detallista, examine este muestrario confeccionado con el único objetivo de AUMENTAR SUS VENTAS Y SUS BENEFICIOS..." Se trataba seguramente de una reproducción. Ningún objeto de esa clase había

sobrevivido a los años del Cambio.

Le sorprendió ver que la muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé —apenas pudo decir ella. Apoyó la cabeza en la palma de su mano, con la que se frotó el ojo. Esa postura daba un absurdo aspecto frágil a su cuello y sus hombros. Dick sintió el impulso de rodearla con el brazo. Vio las pestañas largas y oscuras, que eran casi invisibles cuando ella levantaba los ojos.

—No me haga caso, soy una tonta. —Sus labios estaban hinchados y sus mejillas levemente encendidas.

Dick se decidió a rodearle el cuerpo con el brazo. Era esbelta, suave; sus cabellos le cosquilleaban en la barbilla. Ella le apartó momentos después.

—¿Puede darme un "kleenex"...? Quiero decir, una servilleta de papel.

Él se la dio. La muchacha se sonó la nariz, se secó los ojos y trató de sonreírle.

—No me mire, debo estar espantosa.

Era cierto: tenía la cara congestionada, los ojos y los labios hinchados... Pero también era cierto que Dick sentía un penoso anhelo en su interior. "Estoy enamorándome", pensó, sin lograr creerlo.

Reconoció los síntomas, aunque era la primera vez que eso le ocurría. Las facciones, que antes le parecieron completamente vulgares, ahora eran únicas. Vio que algunas no eran hermosas —sus orejas, por ejemplo—, pero le inspiraba únicamente orgullo y placer. Cualquiera podía ver que era atractiva; a Dick le gustaba todo en ella.

Una parte de él rechazaba esos pensamientos sin sentido ni razón, la otra conjuraba otras nuevas, las más irracionales, las mejores. ¿Haría trabajos domésticos para ella? ¿La cuidaría en su enfermedad, la bañaría, le daría de comer y la vestiría? Sí, muy a gusto. ¿Daría su vida por ella? Vaciló, pero pronto se dejó llevar de una corriente de emociones: tal vez lo haría. Su siguiente reacción fue de horror: el amor era algo horrible capaz de destruirle a uno. Pero, en cierto modo, el horror aumentaba su complacencia.

Ella dijo como disculpándose:

—Durante años ni siquiera he *pensado* en los "drugstores". Es que fue tan inesperado... —Miró en torno suyo, mordiéndose los labios—. Píldoras Carter para el hígado... ¡Oh!, y la fuente está ahí. No creo que funcione.

Contemplaba el mostrador de mármol con taburetes altos delante y el espejo detrás del mismo.

—¿Que si funciona? —dijo Dick.

—Quiero decir que no podríamos hacernos un batido de helado o algo así, pero tal vez haya un poco de agua, ¿verdad? Tengo mucha sed.

—Voy a ver —dijo Dick, poniéndose en pie rápidamente. Había dos grifos en una pila metálica, los manipuló, pero no salió nada—. No, no hay agua. —Detrás del mostrador vio una botella en un compartimiento entreabierto—. Pero aquí tenemos cerveza de jengibre.

—¡Oh, será delicioso!

Él abrió la botella, empleando parte del contenido para enjuagar dos

vasos, los llenó y los llevó a la mesa.

La muchacha hizo un pucherito.

—Es algo áspero, ¿verdad? Pero sabe bien —agregó rápidamente, tomando otro sorbo. Puso el vaso encima de la mesa—. Me alegro de que me encontrara. En cuanto le reconocí... ¡me sentí tan tranquilizada!

—¿De verdad?

—¡Oh, sí! Tiene usted un rostro muy poco corriente. Siempre recuerdo las caras. La suya es tan cuadrada, tan seria. Y las cejas, esas cejas espesas que se levantan —ella hizo girar el dedo índice— hacia los extremos. —Le sonreía, pero sus ojos aún estaban empañados de lágrimas—. Conocí a un muchacho que tenía unas cejas iguales a las suyas. Se llamaba Jimmy Bowen. Usted me lo recuerda bastante.

Dick se sintió singularmente complacido y receloso.

—¿Dónde le conoció?

—En Dunrovin, la propiedad del señor Krasnow. Mi padre era el jefe del invernadero. No creo que haya oído usted hablar de esa finca. Dicen que ya no existe. —Otra vez estaba melancólica—. Jimmy y yo pensábamos casarnos, pero papá dijo que él era poco para mí. Entonces me vio el señor Sinescu y me trajo aquí. Claro está que entonces aún no se había construido todo esto. Únicamente había un edificio en lo alto de la montaña. —Tuvo un delicado estremecimiento—. El señor Crawford iba a casarse conmigo, me dijeron después. Creo que debí adivinarlo y que fue eso lo que me hizo caer tan profundamente dormida.

—¿Dormida? —inquirió Dick, con curiosidad. Le bastaba con escucharla, pero esa palabra le llamó la atención.

—Ah, pero ¿usted no lo sabía? Es algo increíble... ¡estuve dormida durante más de setenta años! No creo que eso le haya sucedido jamás a un ser humano, aunque dicen que las ranas sí lo hacen. No desperté hasta... déjeme pensar... Sí, hasta hace tres semanas. No podía creerlo, pero entonces me enseñaron todo esto... —La muchacha agitó las manos, brillándole los ojos de excitación, mostrando los dientes blancos—. Fue como un sueño.

—¿Quiere eso decir que no la duplicaron? —preguntó Dick incrédulamente.

—¡Oh, no! Iban a hacerlo, pero me dormí antes y no les fue posible hacerlo. Estuve de suerte. No me gustaría que me duplicaran, ¿y a usted?

Dick movió la cabeza, sintiéndose entristecido. Ahora lo comprendía; ella se imaginaba ser la Elaine original, rehusando creer que era un duplicado de ella. Por esta razón se inventó la historia de su largo sueño, llegando a convencerse a sí misma de que era cierto. Resultaba patético, y le recordaba lo que trataba de olvidar.

Ésta era la cuarta Elaine. Tenía veinte años y las otras tres murieron a los veinticinco.

Esta vez sería distinto, se dijo Dick con coraje. Lo malo era que ignorase de qué murieron las otras: tal vez se trataba de algo relacionado con su maternidad. O podía tratarse de una dolencia que ella ya llevaba en su organismo, sin saberlo... algo que podía curarse

ahora si alguien se tomaba esa preocupación.

En cualquier caso, la cadena se había roto: ella jamás se casaría con Oliver. Dick tendría que improvisar algo... La sacaría sin que les vieran los Guardias, tenía que alejarla de Eagles... Y de pronto comprendió que sería preciso sacarla del continente. Sería más prudente llevarla a casa, en Buckhill, algunos años más adelante... Tuvo una rápida visión de sus padres: *Pero, ¿quién es su familia? ¿Quieres decir que es un duplicado? ¿Una esclava?*

Irritado, ahuyentó ese pensamiento, encogiéndose de hombros. Ahora no podía detenerse por esas preocupaciones, tenía que pensar en otras muchas cosas. Si no le hubiera ocurrido algo tan irracional... Mentalmente veía lo distinto que todo pudo haber sido: entregaría la muchacha a los oficiales de la Guardia, sería felicitado, tal vez el Jefe en persona, recibiría honores, homenajes...

Tuvo un momentáneo desfallecimiento. Pero vio que Elaine le miraba con sus ojos verdes; era muy extraño que sus ojos siempre tuvieran mucho más significado que sus propias palabras. Y Dick olvidó todo.

Sonó un ligero ruido en la puerta. Se volvió, alarmado, pero era sólo Frankie, la gárgola... Eran dos "gemelos" con blusones grises que acarreaban bolsas.

Se tranquilizó al momento. Los Frankies iban desarmados —naturalmente—, y no les acompañaba ningún guardia. Debían haberles mandado a los sótanos en busca de algo... seguramente de algún objeto de la colección del Jefe. De todos modos, resultaba extraño ver a alguien en ese abandonado laberinto... Y curioso también que avanzaran tan despacio, como si fueran figuras vistas bajo el agua. Sus expresiones solemnes no cambiaron, pero florecían hacia él con una especie de significado incandescente. Sus ojos, narices y bocas parecían iluminados por detrás.

Olvidando quiénes eran y adonde iban, Dick sólo fue capaz de seguir mirándoles fijamente, con la esperanza de descifrar el enigma.

Lo último que oyó fue un sonido que le alarmó vagamente, el mismo del que sólo se había percatado a medias: el silbido del aire al escaparse.

Capítulo XVIII

Él y Adam habían llegado hasta la parte más profunda del lago y, en un alarde de audacia, él se había dejado caer al agua deslizándose por el costado de la barca, hundiéndose más y más hasta el fondo verdusco, cubierto de algas. Ahora estaba subiendo, pero la quilla de la embarcación estaba muy distante, en un círculo pequeño de luz. Parecía como si nunca fuera a alcanzarla. Se dio impulso con los pies para salir antes a la superficie. Trataba de respirar, pero el pecho le dolía; apretó las mandíbulas y se cogió la nariz con el índice y el pulgar. Los oídos le zumbaban...

Con una exclamación y un escalofrío, volvió en sí. El espejismo parecía tan real que por un momento sintió correr el agua entre sus cabellos. Entonces vio que se encontraba en una habitación blanca y

sintió la espalda apoyada en la blanda dureza de una cama. En el techo desnudo brillaba un antiguo fluorescente Se oyó un movimiento, el crujido de papel, y una figura se acercó a Dick.

Era Frankie.

—¿Se siente mejor? —preguntó la gárgola.

—Eso creo. Me duele la cabeza. ¿Qué sucedió?

Frankie hizo una mueca.

—El argón le dejó sin sentido, señor. Ya le había hecho efecto cuando nosotros aparecimos por la puerta.

—¿El argón? —preguntó Dick estúpidamente.

—El del "drugstore". Todos esos sitios tienen una permanente destilación a gotas de argón para prevenir los escapes. Nunca nos tomamos la molestia de taponarlo porque no era peligroso ya que apenas permanecemos allí dentro más allá de unos momentos.

"Debió formarse una concentración de argón", pensó Dick. El argón no era venenoso, pero si había una suficiente cantidad en el aire podía asfixiarle a uno. Ese fue su error; dio por sentado que el lugar estaba ventilado, de lo contrario jamás hubiera...

De pronto se incorporó.

—¿Dónde está Elaine?

La gárgola señaló en silencio al otro extremo de la habitación, donde había otra cama estrecha. Elaine estaba en ella, pálida, con los ojos cerrados.

Dick trató de levantarse, pero Frankie le obligó a echarse hacia atrás.

—Está bien, señor... Usted descanse. Recobrará el conocimiento en cualquier momento.

Dick no se opuso. Estaba demasiado aturdido para protestar. Haciendo chasquear la lengua, Frankie le miró con expresión afligida.

—¿Qué hacía usted allá abajo? Parece usted un buen muchacho. ¿Para qué tuvo que ir a espiarnos de ese modo?

Dick se le quedó mirando.

—¿Espiaros? ¿Qué quieres decir?

—Olvídelo. Lo soy quien hace las preguntas, no usted. ¿Cómo se llama, señor?

Dick estaba perplejo.

—Frankie, ¿no me conoces? Soy Dick Jones.

—Dick Jones —repitió la gárgola chupando la punta de un lápiz. Escribió algo en un pedazo de papel que apoyaba sobre la rodilla—. Está bien, habrá sido un olvido mío. ¿Y ella cómo se llama, señor Jones?

Dick guardó silencio. Al bajar los ojos vio algo increíble: Frankie llevaba un revólver sobre la cadera.

—...espiarnos de ese modo... Nunca nos molestamos en taponar el escape...

—Se llama Clarinda Jones —improviso Dick—. Es... es mi prima. —Observó a la gárgola, que seguía escribiendo con dificultad—. Frankie, ¿no es verdad que últimamente no has estado arriba?

—Hace mucho tiempo que no subo —dijo Frankie, moviendo la cabeza—. Pero iré muy pronto. Vamos a ver, ¿qué hacían usted y la

señorita allá abajo?

—Huíamos de la rebelión. —Esperó un poco—. ¿Qué hacíais en aquel "drugstore"?

—Necesitábamos medicina —refunfuñó Frankie—. ¿A favor de qué bando estuvo en la revuelta?

—A favor de ninguno —dijo Dick prudentemente—. Había tiroteo y Clarinda estaba asustada, de modo que la llevé a los sótanos. Después nos extraviamos.

—Mmmm —dijo Frankie. Terminó de escribir y se guardó el papel—. Bueno, veremos si el Anciano lo cree. Vamos abajo.

Dick se levantó:

—¿El Anciano? —Tuvo que sostenerse para no perder el equilibrio. Aún estaba algo aturdido.

—Eso es. Vamos, no le haga esperar.

Cuando pasaron junto a la otra cama, Dick se inclinó para mirar a Elaine: su cabeza se movió un poco, parpadeó...

Dick se arrodilló y le sostuvo la cabeza entre sus brazos.

—¿Se encuentra bien?

Fijó sus ojos en él, parecía reconocerle.

—Me siento tan *rara...* —dijo, mientras le echaba los brazos al cuello desmayadamente.

—Está bien, está bien, la llevaremos también a ella —dijo Frankie—. Ayúdela a levantarse. Seguramente podrá andar.

Dick le lanzó una mirada de resentimiento y seguidamente ayudó a Elaine a sentarse en la cama. Ella consiguió ponerse en pie, apoyándose en el brazo de Dick.

—¿Qué sucedió? —preguntó mirando a su alrededor—. ¡Oh, cómo me duele la cabeza!

—Eso pasará en seguida. Vamos, alguien quiere vernos.

Caminaron delante de Frankie por un corredor lóbrego.

—A la derecha —dijo la gárgola.

Pasaron por delante de hileras de cajas de cartón almacenadas y cruzaron una puerta al otro lado de la cual había maquinaria de aspecto macizo. Más allá, recorrieron un amplio espacio abierto donde había una docena de Frankies afanados en escribir a máquina. Doblaron otra esquina y otro Frankie les paró a punta de un rifle del ejército.

—Por el Anciano —dijo el Frankie que iba con ellos, y el otro les cedió el paso.

Entraron en otra habitación donde había dos Frankies sentados a unas mesas escritorio con teléfonos. Allí tuvieron que detenerse de nuevo. Elaine ya estaba completamente despierta y miraba todo con temor y sorpresa. Mientras hablaban los dos Frankies, Dick le susurró al oído:

—No saben quién es usted. Les dije que es mi prima Clarinda Jones. Siga el juego.

Cuando echaron a andar otra vez, ella le miró, asintiendo con la cabeza. Llegaron después a otra habitación muy espaciosa cuyas paredes aparecían cubiertas por grandes ampliaciones de planos. Había

algunas mesas de despacho ante las cuales trabajaban otros tantos Frankies. En el centro, sentado ante una mesa provista con pantalla de TV, vieron a quien evidentemente era el Anciano.

Levantó los ojos cuando se acercaban, y Dick contuvo la respiración repentinamente. Era un Frankie, pero veinte años más viejo... corpulento, de cabellos grises, unas facciones grotescamente feas que con la edad parecían adquirir mayor dignidad. Les observó sin curiosidad y luego siguió hablando por el instrumento que tenía en la mano.

Al cabo de un momento les miró de nuevo.

—¿Sí?

—Es la pareja que encontramos en el "drugstore", señor.

Dick contuvo la respiración de nuevo. Aunque esto sólo sirviera para confirmar lo que ya había visto, le asombraba que un "cuerpo" llamase señor a otro "cuerpo".

Aquí abajo, trabajando como topos, los Frankies habían creado un mundo propio en los subterráneos de Eagles. Como a todos los demás sirvientes de Eagles, debían ser "cambiados" a los cuarenta años o antes, siendo enviados a otros establecimientos, en teoría, pero en realidad se les daba muerte. Sin embargo, he aquí a un Frankie que había vivido una década más de lo que le correspondía, y allí otros que llevaban años sin subir a los niveles altos. Frankies sobrantes, duplicados probablemente para una tarea especial y que en lugar de ser destruidos fueron introducidos aquí abajo clandestinamente. Dick era incapaz de calcular cuánto tiempo había durado esta operación.

El locutor de la pantalla de TV estaba hablando. El Anciano observó la pantalla y luego habló por el micrófono que sostenía en la mano:

—Quiero ver de nuevo el Nivel Dos. —Osciló la luz azulada de la pantalla. El Anciano dijo—: Dirijan a la caballería pesada hacia el Corredor Oval. —Momentos después, desvió la mirada de la pantalla para mirar a Dick y a Elaine.

—Además de Eagles, ¿qué otros lugares constaban en los planes de rebelión de Melker?

Dick contestó prudentemente:

—Eso podrían decírselo los conspiradores, no yo.

Lo dijo en un tono neutral. No podía tratar al Anciano como a un igual, pero era contraproducente emplear con él una innecesaria rigidez que provocaría su antagonismo. Dijo el Anciano:

—Te permití mentirme una vez. No vuelvas a intentarlo. —Fijó de nuevo su atención en la pantalla—. Nivel Uno —Del altavoz salió un alboroto confuso.

El Anciano levantó la mirada instantes después:

—¿En qué otros lugares planeó Melker otro levantamiento?

Dick empezó a sudar. Aun tratándose de un "cuerpo", había algo en él que intimidaba. Dijo, involuntariamente:

—Melker tenía enlaces en Indian Springs y Mont Blanc, así como en algunos otros sitios... Eran personas capaces de asumir el mando de acuerdo con él. Pero solamente planeaba efectuar un Cambio total aquí... No juzgó necesario hacerlo en los demás puntos.

Hubo una pausa. Dick miró contrariado la TV de la mesa. ¿Qué estaba sucediendo arriba?

Preguntó el Anciano:

—¿Escapó alguien más que tú sepas?

Dick movió torpemente la cabeza:

—Vi a Melker muerto..., a Oliver y a muchos otros.

—¿Dónde?

—Les vi por TV... Yo no estaba presente —agregó—: No tomé parte en la lucha... Me escapé lo antes que pude.

El aparato de TV emitió un fuerte impacto. Dick se puso rígido instintivamente, ciñendo con más fuerza la cintura de Elaine, pero no sintió nada: estaban a demasiada profundidad para sentir el *shock.*

—¿Sabes qué fue lo que desbarató el plan?

—No —contestó Dick—. Alguien debió ir a contárselo al Jefe. Pudo ser cualquiera. Sabíamos que acabaría por suceder algo así.

—Es un inconveniente —dijo el Anciano, impasible—. Nosotros también teníamos hechos nuestros planes... Pensábamos atacar durante la boda. —Miró a Elaine—. Su boda, señorita Elaine.

Dick sintió estremecerse el cuerpo de ella. No se movió ni dijo nada; ¿qué podía decir? El Anciano sabía quién era ella... era lo bastante viejo para saberlo. Debía tener veintitantos años cuando vivía aún la última Elaine.

Con los labios entreabiertos, Elaine respiraba rápidamente. Sus cabellos rozaban la mejilla de Dick.

Observando el rostro del Anciano, Dick especulaba, furioso, en el significado de sus palabras; escuchaba los apagados sonidos de la TV, tratando de interpretarlos. Y en todo momento se sentía turbado por la proximidad de Elaine.

Un Frankie se acercó desde la pared para mostrarle un papel al Anciano, al tiempo que murmuraba unas palabras. El Anciano contestó brevemente y el Frankie volvió a su puesto.

La TV emitió otro impacto. El semblante del Anciano asumió una expresión indescifrable para Dick.

—Teníamos que atacar pronto —dijo—. Nuestro problema más grave son las comunicaciones, como ya puedes comprender. Melker contaba con apoyo desde el exterior, pero nosotros no. —Hablaba con una extraña persuasión, mirándoles a uno y a otra, como si quisiera estar seguro de que le comprendían—. La alteración de horario perjudicó sobremanera nuestros planes, pero, cuando menos, parece ser que hemos tenido éxito en Eagles... —Indicó el aparato de TV con la cabeza—. La última posición de resistencia, el arsenal de Patio Rosa, acaba de ser tomada.

Le miraron en silencio, atónitos.

—¿Que ha tomado *Eagles*? —pudo decir Dick por fin. Era algo monstruoso, increíble.

El Anciano asintió lentamente con la cabeza.

—Hay más de trescientos esclavos por cada hombre libre en Eagles —dijo—. Lo único que teníamos que hacer era extender la mano.

—No podrá retenerlo en su poder —dijo Dick.

El otro inclinó su enorme cabeza.

—Me temo que tengas razón. De eso quiero hablar con vosotros dos. —Volviéndose, murmuró unas palabras por el micrófono, que dejó encima de la mesa antes de abandonar la silla. Cogiendo a Dick y a Elaine por el codo, les condujo hacia la puerta. Detrás de ellos marchaban tres Frankies en guardia—. Subiremos al Bulevar para hablar —dijo el Anciano.

—¿Quién le reemplazará aquí?

—Uno de mis dobles. Como ve, tenerlos no carece de ventajas.

Avanzaron por largos corredores, rutas recientemente despejadas a través de la jungla dé almacenes, y finalmente llegaron a un ascensor.

En la parte alta, los corredores estaban casi desiertos. Había grupos de "cuerpos", la mayoría de los cuales llevaban brazales blancos. Un gran número de ellos eran soldados cuyas insignias habían sido arrancadas. Por doquier había señales de lucha y violencia, montones de escombros y restos de ropas destrozadas, así como algún que otro cadáver tirado por el suelo. Cuando pasaron junto a un corredor transversal, Dick oyó un solo tiro a lo lejos.

El Anciano y los Frankies miraron en aquella dirección, pero no dijeron nada.

En el corredor principal se cruzaron con un criado que llevaba una escoba y un carro de basura cargado hasta los topes. Era un individuo de cuerpo encorvado, mirada extraviada, de cincuenta años o más, y de ningún modo el tipo de sujeto que podía verse en los pisos altos. Cuando vio al Anciano, soltó la escoba y trató de abrazarse a sus rodillas. Uno de los Frankies se lo impidió, apartándole. Hablaba atropelladamente, la voz entrecortada; Dick sólo pudo entender estas palabras: "...poder ver la llegada de este día." Las lágrimas le corrían por las mejillas arrugadas.

El Anciano dijo:

—Está bien, está bien —y siguió andando.

Momentos después le dijo a Dick:

—Algunos de ellos lo esperaban desde hacía mucho tiempo. Éste en particular vio cómo "cambiaban" a su esposa y a sus dos hijos... El Jefe les hizo arrojar desde la Torre.

Se encontraban en una escalera estrecha que daba acceso a una terraza de cristales que daba al Bulevar. Dick había visto muchas veces ese lugar, pero jamás estuvo en el interior. En la puerta había pintado el emblema personal del Jefe, pero ahora estaba abollado y alguien había dibujado con tiza una enorme "X" roja encima del emblema.

Una vez en el interior, el Anciano les invitó a tomar asiento. A través del muro de cristal podían contemplar la amplia plaza iluminada por la fría luz que irradiaban brillantes gusanos de fluorescentes en diversos niveles. El inmenso suelo teselado estaba desierto, como en las ocasiones en que se despejaba la plaza para representaciones teatrales o circenses. Éste era el palco particular del Jefe.

Al otro lado de la Plaza se movían algunas figuras metódicamente en las escaleras y balcones. Se detenían ante cada puerta, entraban, desaparecían y al poco rato reaparecían. Se trataba de un registro de

habitación por habitación en busca de armas y fugitivos, supuso Dick. Cuando terminara el registro, los vencedores tomarían abiertamente el poder.

Esto era lo que todo el mundo había temido calladamente durante cincuenta años —una rebelión de esclavos—, y ahora eso había ocurrido. Dick sentía incredulidad en esos momentos, contemplando la Plaza tan llena de vida y colorido hasta hacía poco. En cuanto a Buckhill... de nada servía pensar ahora en eso, y Dick desterró ese pensamiento. El Anciano estaba diciendo:

—Quería hablar con vosotros en privado porque os dais cuenta de nuestro problema más grave. Hay pocos que lo comprendan.

—¿Y eso? —dijo Dick. Vio que los Frankies se habían ido, dejándoles solos. Cerca del Anciano había un aparato de TV en cuya pantalla se sucedían las imágenes en silencio, pero el Anciano no las miraba. Clavaba su mirada en Dick y Elaine:

—Hablo de seguir viviendo con el mundo después de nuestra victoria —dijo—. Es insuficiente haber tomado Eagles, ahora tenemos que gobernarlo. Queríamos dejar de ser esclavos, pero ¿qué significa esto? ¿Qué vamos a hacer...? ¿Tratar de ser amos y señores obligando a nuestros antiguos amos a ser nuestros esclavos?

Dick enrojeció de ira.

—Yo lo sé —prosiguió diciendo el Anciano—, pero la mayoría de mi gente no han pensado más allá. Podríamos convertir en esclavos a los hombres libres, pero eso nada resolvería. Significaría la reimplantación del antiguo sistema, sólo que peor. Porque seríamos mediocres hombres libres, y ellos serían peores esclavos.

Eso tenía lógica.

—Bien, ¿qué ocurrirá entonces? —preguntó Dick con curiosidad. Se daba cuenta de la proximidad de Elaine, sentada a su lado, la cual estaba inclinada hacia adelante, escuchando con atención. Ella tendió la mano y Dick la cogió entre las suyas.

—En primer lugar —dijo el Anciano—, debemos acabar con la injusta esclavitud. Eso es lo primero... Si no lo conseguimos, habremos perdido.

Dick se encogió de hombros.

—¿Cuáles son las otras posibilidades que nos quedan? —preguntó el Anciano, empezando a contar con los dedos—. Primero, podríamos expulsar a todos los hombres libres, quedándonos aquí solos. Pero la situación no sería estable, en particular si sólo se produjera en este sitio. Los nombres libres de los demás lugares querrían reconquistar Eagles. Es más, *podrían* reconquistarlo o destruirlo muy fácilmente si expulsáramos a los hombres libres, mientras que si los retenemos aquí, vacilarían antes de atacar. Segundo, estudiamos este plan con gran cuidado; disponiendo ahora de los Gismos, en muy poco tiempo podríamos hacer millares y millares de equipos pequeños de este tamaño aproximadamente y con las palmas de las manos indicó unos cincuenta centímetros.

"Cada equipo constaría de dos Gismos y una caja de "protes" para obtener las cosas básicas necesarias para la supervivencia de cada uno.

Habría armas, municiones, agua y alimentos básicos, medicinas, instrumentos y equipo eléctrico. Cada Gismo contaría con un dispositivo de parada y un inhibidor a fin de poder obtener nuevos "protes" con el mismo de todo lo que se deseara duplicar. Cargaríamos esos equipos en aviones, lanzándolos en unidades por todas partes. Muchos de ellos serían capturados y destruidos por los hombres libres, naturalmente, pero todo esclavo que consiguiera uno de estos equipos tendría en sus manos la posibilidad de ser un hombre libre.

Se echó atrás en su asiento.

—Creemos que eso sería factible, y una vez se empezara, los hombres libres serían incapaces de ponerle fin. Dejaríamos esos equipos flotando y suspendidos de globos. Incluso lograríamos que ese procedimiento fuese automático, instalando un enorme Gismo en algún punto secreto en las montañas, y dejarlo funcionando automáticamente para que soltara al viento esos equipos que permanecerían flotando en el aire.

Hizo una pausa.

Dick lo imaginó; el plan era inteligente y sabía por instinto que el Anciano llevaba razón. Una vez puesto en práctica, no habría fuerza humana capaz de ponerle fin a ese plan.

—Pero desistimos —dijo el Anciano— por la siguiente razón: si estudias su historia, verás que todas las injusticias y derramamientos de sangre ocurridos durante los primeros veinte años que siguieron al Cambio, fueron ocasionados por un plan como éste. Alguien, ignoramos quién, distribuyó Gismos por los correos postales gubernamentales de aquella época. ¿Y qué sucedió? Si algún hombre abusaba de las condiciones anárquicas para conseguir un ejército de esclavos, nadie podía defenderse contra él a menos que dispusiera de otro ejército igual. Nosotros creemos que un procedimiento similar sería inevitable si llevásemos a cabo ese plan por segunda vez. Los esclavos propiedad de grandes casas desaparecerían, cosa deseable desde nuestro punto de vista, pero al mismo tiempo provocaríamos otra anarquía que daría lugar a derramamientos de sangre, guerras sin importancia que degenerarían en tremendos conflictos bélicos antes de que las condiciones de vida fueran encauzadas al mismo sistema de amos y esclavos.

"Recordaréis que al principio dije que ante todo debe acabar la injusta esclavitud. Este es nuestro objetivo. Por eso no podemos echar a los hombres libres ni distribuir Gismos a capricho. ¿Qué alternativa nos queda entonces?

Levantó un tercer dedo:

—Una sola: que aprendamos a convivir en paz, respetándonos mutuamente como iguales los hombres libres y los que fueron esclavos.

Dick procuró mostrarse impasible, pero su rostro debió reflejar el desprecio y la repugnancia que sentía, ya que el Anciano dijo:

—¿Estás pensando que eso jamás sería posible? ¿Por qué no? ¿Existe alguna diferencia intrínseca entre el hombre libre y el esclavo?

—Sin duda —replicó Dick.

—¿Qué pensar entonces de la señorita que tienes al lado? ¿Es libre o esclava?

Dick dijo con aspereza:

—Es libre. Estuvo casada con el Jefe... es decir... —Calló, muy confuso.

Elaine le oprimió el brazo.

—Dick, esto no está bien.

Ella creía que Dick se refería a Oliver. Todavía no comprendía que no era la Elaine original.

—Comprendo, quieres decir que su condición es libre. Es cierto. Pero fue comprada y vendida, sus padres eran esclavos, y, además, es producto de un duplicado. Entonces, y según tu modo de pensar, ¿no es esclavo un duplicado?

Dick miró el rostro de Elaine: estaba turbada, no comprendía nada... Aún no aceptaba la realidad, pero lo haría. Se volvió hacia el Anciano, con expresión resentida.

—Es un caso diferente —dijo secamente—. Entonces todo era distinto... aún no había nada definitivamente establecido.

—¿Y ahora? —dijo el Anciano—. Está bien, supón que, mientras duermes, ordeno tu traslado a la Sala del Gismo para que te saquen un duplicado. Pudo haber sucedido, ¿no crees...? Y supón que ordenase la destrucción de tu cuerpo... que matara al Dick Jones original, dejando vivir a su doble... Ahora mírame a los ojos y contesta: *¿puedes saber acaso si he hecho ya eso contigo?*

De pronto, a Dick le pareció una posibilidad muy real.

El sudor le cubría la frente y empezó a sentir malestar. ¿Sería *él* un duplicado sin saberlo? Analizó sus recuerdos, sus sensaciones físicas. Se sentía como de costumbre, pero eso no le tranquilizó: conocía duplicados que se creían auténticos hasta que alguien les decía la verdad.

—Algún día te diré la verdad —añadió el Anciano—. Ahora todavía no. Quiero que pienses en ello.

—Si usted me... —exclamó Dick con voz ahogada.

—¿Cambiaría algo si lo hubiera hecho? Eso es lo que quiero que pienses. —El Anciano se puso en pie y abandonó la habitación sin prisas. Dick entrevió a un Frankie montando guardia cuando se cerró la puerta.

Se inclinó hacia adelante, furioso, apoyando la barbilla en los puños.

—¿Dick? —dijo la muchacha, cogiéndole el brazo.

Él se apartó.

—Ahora déjeme en paz.

Ella se retiró en silencio, dolida. Después habría tiempo para pedirle disculpas. Ahora tenía que pensar.

Abajo, en el Bulevar, aparecían algunas personas. La distancia no le permitía ver los rostros, pero todos ellos vestían a la moda. Les hubiera tomado por un grupo normal, si no fueran tan pocos y caminaran con tanta vacilación.

Aparecieron más, formando corros para hablar, algunos se movían sin rumbo fijo. Los Frankies y otros "cuerpos" andaban entre ellos, ocupados en sus tareas. Cuando faltaba el espacio, eran los hombres libres quienes se apartaban, como para evitar el contagio.

Suponiendo que *él* fuese un duplicado... un esclavo o una horrible mezcla, un semiesclavo. Una cosa era enamorarse de un duplicado, la otra imaginar que uno mismo pudiera serlo.

¿Dónde residía la diferencia? Estaba claro: diferenciaba la libertad de la esclavitud... las cosas buenas, decentes, dignas de las humillantes, infrahumanas, sucias. Por mal que estuvieran las cosas, valía mucho ser aún Dick Jones de Buckhill: era un hombre capaz de cuidar de sí mismo, con un nombre y un lugar que defender luchando.

Tenía que averiguarlo, pero... ¿cómo? Aunque volviera el Anciano y le dijera "Le mentí" o "Le dije la verdad", en ambos casos podía tratarse de una mentira y Dick se quedaría con la duda.

Se estremeció. Abajo en el Boulevard, la gente se movía con enloquecedora lentitud. El mundo se había vuelto odioso, todos los colores eran deslucidos y el tiempo se hacía interminable.

¿Cuáles fueron los motivos del Anciano? Debía querer algo, de lo contrario no se habría molestado tanto. Si se proponía utilizar a Dick era posible que le hubiera duplicado, pero... ¿para qué, puesto que podía asegurar haberlo hecho de todos modos? Dick se animó y desanimó casi al mismo tiempo. Suponiendo que el Anciano estuviera improvisando alguna prueba de que le había duplicado...

Porque, ¿qué dijo exactamente? "Suponga que hubiera ordenado la destrucción de su cuerpo..." Eso lo recalcó, añadiendo: *"¿Puedes saber acaso si he hecho ya eso contigo?"*

Naturalmente que no. Un duplicado no podía saberlo.

Después, cuando se iba, el Anciano dijo: "¿Cambiaría algo si lo hubiera hecho?"

¿Qué cambiaría...?

Suponiendo que *él* fuera un duplicado. Se entregó a la idea, con la tensión y dudas de un hombre que bordeara el peligro. Si nadie lo sabía ni podía probarlo y ni siquiera acusarle de serlo —en una palabra, si era un hombre libre a los ojos del mundo—, entonces, efectivamente *era* un hombre libre.

Movió la cabeza, desconcertado. Aunque sumamente paradójico, todo parecía perfectamente razonable. Las cosas tenían un aspecto que él jamás había sabido ver. Era algo que movía a reflexión.

Eagles le hizo realista. Creía en los hechos, en el cambio de los mismos para adaptarlos. Era la forma de sobrevivir y no perder el juicio. Era duro, representaba sacrificios —ya había perdido un gran número de cosas que estimaba en gran valor—, pero era el único medio.

Ahora bien, si la diferencia *esencial* entre un hombre libre y un esclavo era una distinción arbitraria, el mundo de Dick se tambaleaba sobre sus cimientos.

Pensativamente miró hacia abajo a los dos Frankies que se encontraban ahora en el Boulevard. Eran ineducados, miopes, vulgares y simples prototipos de la más baja casta de "cuerpos". Sin embargo, el propio Anciano era un Frankie... un Frankie que había rebasado la mediana edad, adquiriendo una profunda y extraordinaria personalidad. Si tanto podía conseguirse con ese material, entonces no existía una diferencia real, intrínseca, ni razón alguna por la que un

Frankie no pudiera ser un hombre libre o un hombre libre ser un sirviente.

¿Qué estaba sucediendo en la Avenida, en los patios y en las plazas? ¿Qué pensaba la gente ahora, cuando Eagles estaba en manos de los esclavos? ¿Qué proyectos y reajustes se hacían? ¿Quién vivía y quién había muerto? Dick sintióse impaciente por bajar y participar en todo ello bajo cualesquiera condiciones.

Ahora bien, el Anciano sabía quién era Elaine y resultaba fácil suponer que la utilizaría con fines políticos. Además, eso tenía alguna relación con Dick: tendría que representar algún papel importante. De lo contrario, el Anciano no se hubiera tomado tantas molestias en hacerle cambiar de opinión... A Dick le latía el corazón con violencia. Creyó ver cómo el plan iba cobrando forma.

Al poco rato volvió a abrirse la puerta, dando paso a la figura del Anciano. Se detuvo para hablar en el umbral con los Frankies, y después la puerta se cerró a su espalda. Se acercó y tomó asiento.

—¿Lo has pensado? —preguntó.

Dick asintió con la cabeza:

—¿Y bien?

—Estoy dispuesto a escuchar —dijo Dick.

El Anciano se echó hacia atrás.

—Muy bien. Recordarás haberme oído decir que nuestra única solución consiste en aprender a convivir pacíficamente, como iguales. Esta es la única salvación para Eagles, no sólo en el aspecto moral sino en el práctico también. De otro modo no podríamos sobrevivir. Pero, en mayor escala, esta es también la única salvación de la raza humana. Si perdemos aquí, habrá otra revuelta de esclavos en otra parte, en otra época y otra más si es necesario hasta que finalmente gane una de ellas.

—No sé... —dijo Dick— todo fue bien durante más de un siglo.

—Reconocerás que la situación era inestable —dijo el Anciano con expresión grave—. El punto básico es éste: el sistema de esclavitud da paso a la libertad. El sistema de libertad, si tiene sólidas bases, jamás cambiará al de esclavitud. Yo sé que tú, en abstracto, deseas algo estable, algo duradero.

Dick hizo una mueca.

—Tal vez, en abstracto.

—Entonces y abordando el asunto de forma más directa, ¿convienes conmigo en que una sociedad mixta sería estable y eficaz aquí en Eagles?

Dick titubeó:

—Sí.

—¿Comprendes lo que significaría que los anteriores hombres libres trabajaran junto a los anteriores esclavos, compartiendo ambos sus responsabilidades?

—Sí.

—¿Eso te repugnaría?

—Por supuesto.

—Pero, ¿lo harías bajo determinadas circunstancias?

Se miraron mutuamente y Dick dijo:

—Dígame a qué se refiere usted.

El Anciano contestó:

—Tú y la señorita Elaine contraeríais matrimonio. Creo que eso no repugnaría a ninguno de los dos.

Dick miró a la muchacha la cual, ruborizándose y sonriendo, bajó la mirada.

—Las relaciones que tiene tu familia harían casi imposible que algunos exaltados tomaran medidas de represalias contra Eagles. Por ser ella un duplicado, mi gente la aceptaría... La unión sería ideal para nuestros fines. Tú actuarías como jefe del comité interno de gobierno, representándonos en las relaciones con otros cabezas de familias.

En tensión, Dick reprimía su excitación.

—Pero usted estaría entre bastidores.

El Anciano inclinó la cabeza.

—Durante algún tiempo. Más adelante habría elecciones y si desearas otro cargo, lo tendrías. Pero nadie podrá ejercer un poder absoluto —y añadió—: Te aseguro que tu poder será mucho mayor del que nunca habrías tenido bajo el antiguo sistema.

Dick asintió lentamente con la cabeza.

—¿Aceptas?

—Déjeme hablar antes con mi padre en Buckhill —dijo Dick.

—¿Y?

—Si él da su conformidad, aceptaré.

El Anciano se dirigió a la puerta donde habló con los Frankies que había fuera.

—Eso requerirá algún tiempo —dijo—. Antes tendremos que comunicar con Buckhill. Haré traer aquí el aparato cuando esté listo. — Abandonó la habitación.

Hubo un silencio.

—Dick —dijo Elaine—, cuando dijo que yo era un duplicado... ¿era cierto?

—Sí. Estamos en el año 2149. Oliver era el nieto del hombre que te duplicó... Crawford, el primer Jefe de Eagles.

Ella miró por la ventana, con expresión tranquila, unidas las manos en su regazo.

—Creo que ya lo sabía, pero no quería reconocerlo —dijo Elaine—. Yo no me *siento* duplicado... es extraño...

—Comprendo —dijo Dick—. Lo mismo da, no tiene importancia.

—¿De verdad? —Ella se volvió, mirándole a los ojos. Tenía la cara encendida, brillantes los ojos—. ¿A ti no te importa?

—No —contestó Dick, dándose cuenta de que decía la verdad.

Se aproximó a ella, tomándola entre sus brazos. Observó unas pulsaciones en la base del cuello esbelto de Elaine. Sus ojos verdes le miraban a través de las pestañas: eran hermosos, extraños, muy extraños.

La besó. Elaine se entregó a su cálido abrazo y un instante después, echando la cabeza hacia atrás, preguntó falta de aliento:

—¿Y deseas casarte conmigo?

Capítulo XIX

A fin de cuentas, ¿tenía eso algo de malo?

Recordó que esta posibilidad se discutió en el club de Filósofos de Melker. Eso parecía haber sucedido mucho tiempo atrás, la realidad era muy distinta. No obstante, recordaba aún algunos de aquellos argumentos. Una sociedad que empleaba métodos injustos para suprimir a algunos de sus miembros (y a los esclavos tenía que llamárseles miembros de la sociedad) estaba creando fuerzas que tarde o temprano se liberarían. Además, una sociedad que daba más importancia al nacimiento que a la capacidad debía, con toda probabilidad, acabar con la capacidad de su clase dirigente. Se iba a parar a lo mismo; era lógico y, en cualquier caso, eso fue lo que había sucedido.

Los corredores de Eagles desbordaban actividad y colorido otra vez: corrientes humanas que se movían incesantemente, hablando poco y casi siempre en susurros. Era curioso aguzar el oído, en espera de escuchar los sonidos que debiera haber allí.

Los escombros habían sido retirados de la Gran Avenida, pero no se había efectuado ninguna reparación. Nadie viajaba en sillas, todos iban a pie exceptuando a algunas personas, Frankies por regla general, que montaban motos scooter. No se veía un solo uniforme. Por doquier había sirvientes, caminando entre la multitud, con las cabezas erguidas, y una expresión desagradable para quien la viera. Algunos de ellos llevaban vestidos de hombres libres: viendo sus ropas, uno se extrañaba de ver después el rostro de quien las llevaba.

Se habían confiscado todas las armas. Se suponía que sólo podían llevar armas los Frankies, pero Dick vio a más de un ex sirviente con un bastón o una pistola, y los Frankies no intervenían en absoluto.

Hubo alguna dificultad en establecer conexión con Buckhill; entretanto se celebraron conversaciones sobre una base especulativa. Dick y Elaine celebraron una reunión con los probables miembros del comité gubernamental del Anciano, y ahora iban a preparar la ceremonia de la boda que estaba señalada para dos días después.

Elaine caminaba a su lado, pálida, etéreamente hermosa, con un vestido de seda verde duplicado apenas hacía una hora de un "prote" que no se había utilizado durante veinte años. Le brillaban los ojos y tenía las mejillas sonrojadas. Dick sentía el calor de su mano: estaba febril de excitación. Iban escoltados por los Frankies armados, cuyos rostros de gárgola estaban inmóviles, inexpresivos, revestidos de una nueva y extraña dignidad.

La situación se normalizaba con toda la rapidez que podía esperarse razonablemente. Se produjo un ligero alboroto cuando un rato antes bajaron el cuerpo del Jefe de su sagrado refugio: algunos ex esclavos se arrojaron sobre el cadáver como bestias salvajes, y los Frankies tuvieron que llevarse el cuerpo precipitadamente.

Ya aprenderían. Tenía que haber superiores e inferiores, incluso en una sociedad sin esclavos.

Dick se sintió incómodo al observar que había muchos esclavos —ex esclavos— entre la muchedumbre. Parecían salir, cada vez en mayor número, de sus guaridas. Todos en silencio, con los ojos llameantes. Los subterráneos de Eagles debían estar vacíos. Dick jamás había visto a tantos juntos.

Más adelante la multitud se arremolinaba cerca de la pared, pero ese movimiento en masa cesó en seguida, y la circulación volvió a normalizarse.

Cuando ellos pasaron cerca de aquel sitio, Dick vio a un joven de pie, con el rostro pálido y desencajado, apoyado contra la pared. Le corrían hilillos de sangre por la cara. Dick le reconoció: era uno de los matones de Randolph, un hombre notable por su refinada crueldad con los esclavos. Nadie se le acercaba ni le dirigía la palabra; la gente pasaba de largo, calladamente.

Mal asunto, pensó Dick, con el corazón oprimido de pronto por una gran emoción. Ahí residía el mayor peligro: si era imposible controlar esas cosas...

Tuvo una evocación fugaz, incongruente... recordó los "cuerpos" trabajando en el jardín, de pie junto a un árbol talado, a la sombra de la fría mañana; sus hachas relucían una tras otra: *bang...* pausa... *bang...*

—¿Qué tienes? —le preguntó Elaine con ansiedad, apretándole el brazo con su mano.

—Nada, no te preocupes.

Estaba alerta, en tensión, pero no ocurrió nada más. La gente prosiguió su camino tranquilamente. Pasaron por delante de la entrada del Pequeño Corredor de Oro, el lugar donde Dick sostuvo su primera pelea en Eagles. Volvió la cabeza, como si esperase descubrir allí a Keel. Pero el corredor estaba desierto, el agua fluía silenciosamente.

En el cruce de los Cuatro Caminos, en el suelo de mosaico blanquinegro, se produjo cierta confusión, como de costumbre; la gente se congregaba en el centro, esquivándose unos a otros. Los ecos resonaban bajo el techo de múltiples bóvedas; Dick jamás había visto aquello tan concurrido. Había un hombre con sombrero blanco, dos indios con turbantes, allí un quepis, y esclavos, esclavos por doquier. En el mismo centro, el movimiento era casi nulo, las voces se confundían haciéndose irreconocibles.

Dick vio que los dos Frankies cruzaban una mirada. Instintivamente, cogió la mano de Elaine y le rodeó la cintura con el brazo.

—Dick, ¿ocurre *algo?*

No le contestó. La multitud se apartaba a un lado. De pronto el ruido lo dominó todo: alguien había disparado un tiro y el eco repercutía una y otra vez en el techo. Dick descubrió el humo del disparo en el centro de la muchedumbre. Después, sonaron varias voces que hablaban a un tiempo y pareció como si la gente se contrajera en grupo más apretado. Alguien gritaba, Dick no entendió el qué. Un Frankie, ninguno de los suyos, trataba de abrirse paso hacia el lugar del tumulto, pero los "cuerpos" formaban barrera infranqueable. Del otro lado acudían otros corriendo.

Los dos guardias de corps Frankies se miraron en silencio; entonces,

uno de ellos indicó el corredor transversal más próximo con un movimiento del pulgar y el otro asintió con la cabeza. Sin más, cogieron por el brazo a Dick y a Elaine y apresuraron el paso en aquella dirección. Detrás de ellos, el alboroto iba en aumento.

En el corredor, los hombres que entorpecían el paso corrían hacia los Cuatro Caminos; en su mayoría eran esclavos. Algunos miraron al grupo de Dick, los hubo que incluso dejaron de correr, pero se vieron obligados a seguir adelante empujados por los que les seguían detrás. A lo lejos, un altavoz anunciaba algo en tono altisonante e incomprensible.

En el cruce siguiente, se internaron en la Hilera de Joyeros. Dick se dio cuenta de que enfilaban la ruta más corta para llegar al cuartel general provisional del Anciano en la Plaza. Si lograban atravesar la Plaza, Elaine estaría a salvo.

Apenas se oía la barahúnda de los Cuatro Caminos. La multitud se dispersaba. Todas las tiendas pequeñas ubicadas en la pared estaban desiertas y una de ellas tenía el escaparate roto; los fragmentos de cristales cubrían el pavimento.

Dick observó que Elaine estaba muy pálida y callada. Ahora comprendía lo que estaba ocurriendo, pero no tenía miedo. Lo más importante era salvarla a ella.

Algo más allá sonaba un sonido prolongado y persistente. Cuando avanzaron un poco vieron de que se trataba: un individuo bajo, uniformado de gris, hacía rodar pasillo abajo un pesado barril. El esclavo se detuvo en la curva antes de llegar a la Fuente Foley de la plazoleta y, con visible esfuerzo, puso derecho el barril. Aún se encontraba algo distante. Le vieron levantar la tapa y arrojarla al suelo. Después, introdujo una mano y la sacó ennegrecida. Ya estaban lo bastante cerca para distinguir sus facciones. En su rostro grisáceo, vagamente familiar, resaltaban los ojillos perversos. El esclavo sostenía la mano negra a la altura del hombro, con la palma vuelta hacia arriba. Cuando pasó un hombre libre, vestido de seda anaranjada y encajes, el ex esclavo extendió la mano, dando con ella un golpe seco. El hombre retrocedió tambaleándose, con un burujo oscuro cubriéndole la mitad del rostro. Dick no le conocía: era un hombre de cabellos grises y unos cincuenta y tantos años de edad. Este se quedó mirando al esclavo, con estupor, sin comprender nada. El esclavo le hizo una mueca y rompió a reír.

El hombre retiró la mano de su mejilla y la miró: sus dedos enguantados estaban manchados de grasa negra. Lanzó una exclamación ahogada y trató de echar mano del bastón que no estaba en su cinturón. El esclavo, haciendo muecas, esperaba. Ahora se hallaban lo bastante cerca para verlo todo con detalle: el semblante crispado de cólera del hombre, las facciones grises del esclavo desencajadas por una sonrisa. La gente, casi todos esclavos, contemplaban la escena en silencio.

El hombre abría y cerraba los puños. Por fin, pálido, se volvió para alejarse.

—¡*Yaaaah!* —aulló el esclavo.

Al instante, los rostros de los demás esclavos adquirieron una expresión febril; corrió un murmullo y una carcajada colectiva que aumentaba de volumen.

Con aire torvo, los Frankies condujeron a Dick y a Elaine hacia adelante, dando un rodeo al grupo de exaltados. Estos empezaban a reaccionar activamente, en medio de un vocerío ensordecedor. Dick vio que un esclavo viejo se precipitaba hacia el barril, hundía en él su mano y la sacaba de nuevo, negra hasta el codo. Más allá, una digna mujer vestida de violeta, avanzaba protestando, empujada violentamente por los esclavos que la cercaban. El viejo se volvió y, deliberadamente, le plantó de un golpe el puñado de grasa en la cara.

El círculo de gente se estrechó y Dick dejó de ver lo que ocurría en el centro.

Capítulo XX

El gentío abarrotó ruidosamente los corredores de Eagles por espacio de horas. La situación se prolongaba increíblemente, sin una pausa. Al principio los Frankies trataron de controlar a la masa, exhortándoles al orden por medio de los altavoces, después colocaron barreras a través de los corredores principales. La muchedumbre pasó por encima de ellas, arrollándolas. Murieron algunos Frankies en el tumulto. El resto se encontraba ahora en lugar seguro, en los balcones y otras posiciones desde las que dominaban la escena, alertas.

El gentío producía un sonido incesante, monótono, insoportable: era un sonido violento, inhumano, como el del oleaje insistente, enloquecedor, ron sobreagudo de histeria casi inaudible.

Después de insultar y matar a hombres libres en los corredores, la masa echó abajo las puertas de apartamentos privados y por algún tiempo los fuertes golpes de los acotillos puntuaron el tumulto. De pronto, la multitud se agolpaba ante una puerta derribada, se vaciaban casi los corredores y una media hora después de una enloquecida destrucción, salían de nuevo en tropel, hasta que repetían lo mismo en otra parte.

A medianoche los Guardias del Gismo libraron un combate feroz en el entresuelo inferior, usando morteros, granadas y armas de pequeño calibre. Alguien hizo volar la mitad del techo bajo el cual se encontraban, y la explosión retumbó en todo Eagles. Al poco rato reaparecieron algunos esclavos con armas duplicadas por el Gismo, pero ya no quedaban hombres libres a quienes dar muerte.

La muchedumbre airada seguía adelante. Estaban insatisfechos de la matanza de la tarde, no tenían bastante con los centenares de cadáveres de hombres, mujeres y niños descuartizados y torturados. Arrancaron cortinajes, destrozaron muebles y artesonados de las paredes, rompieron lámparas y adornos, quemaron libros. Había innúmeras fogatas en los corredores, esparciendo unas humaredas asfixiantes. Los Frankies combatieron el fuego con extintores y mangueras suministrados por el Gismo; por los corredores fluían agua y sangre. Al apagarse las hogueras quedó un olor acre, húmedo y

montones de cenizas. Pero la chusma siguió adelante con su obra.

Estaban destrozadas todas las ventanas y el aire frío de las alturas penetraba por las puertas que colgaban de sus goznes; los papeles volaban por los corredores, entre las figuras que corrían precipitadamente, y el viento agitaba las ropas de los cadáveres. Ahora algunos de los esclavos esgrimían hachas, otros manejaban los acotillos y los paneles metálicos se desplomaban con estrépito; al caer, la mampostería levantaba nubes de polvo, el mármol se agrietaba.

La luz incierta hacía resaltar rostros transfigurados, oíos desorbitados, bocas crispadas... máscaras de crueldad y triunfo, desencajadas, todas idénticas. Les reconocieron únicamente por su expresión común: jardinero y camarera, paje, cocinero y artesano. Corrían y tropezaban en confuso tropel, sin fatiga, como si estuvieran drogados, parloteando entre sí, sucios, sudorosos, ensangrentados, ennegrecidos, con la mirada extraviada.

Dick era uno de ellos. Vestido con los harapos de un esclavo muerto, tiznados el rostro y las manos, corría junto con los demás. Las caras que flotaban a su alrededor eran como reflejos de la suya propia. Llevaba horas enteras corriendo gritando; pero no sentía cansancio ni advertía que de su garganta únicamente salía un áspero susurro.

Al principio, cuando saqueó los cadáveres para conseguir ropas para Elaine y para él, pensaba que sólo les serviría un disfraz: formar parte de la muchedumbre exaltada, sentir lo que ellos sentían, pensar como pensaban ellos. Trató de explicárselo a Elaine antes de salir al corredor, pero le faltó tiempo para hacerlo. Les separaron casi en el mismo instante. No había vuelto a verla desde entonces.

Sabía que sólo sobreviviría convirtiéndose en uno de los cazadores. Y lo hizo. Ahora no tenía identidad, ni ansiedad, ni pena por haber sido separado de Elaine. Elaine era una sombra en su mente. Dick era ahora un ser que aullaba, se movía, con el cerebro invadido por la violencia y el ruido, que iba en busca de más violencias y ruidos.

Recordaba haber dado cabriolas en la Gran Plaza, sosteniendo en la mano algo redondo, oscuro e informe por los largos cabellos oscuros; recordaba los gritos de entusiasmo de todos los que saltaban para quitárselo de la mano.

Después, llegó, sin saber cómo a las Salas del Gismo situadas bajo los barrancones de la Guardia y, a la luz de un fluorescente intacto aún, alguien repartió dinamita a la masa, pero Dick prefirió coger un hacha; casi sin transición, se encontró a poco en el Conservatorio Elwvn, descargando el hacha contra las vitrinas de cristal, contemplando, en medio del estrépito, los troncos acuchillados y las ramas cubiertas de relucientes fragmentos de cristal.

En determinado momento, vio al hombre que corría, gritando; llevaba una mujer en brazos, y se precipitaron juntos contra la ventana rota de la Avenida, perdiéndose juntos aún en el abismo negro del exterior... La carrera, el grito de "¡Yaaah!" y la rotura de cristales retumbaban aún en su cerebro, sin significado alguno.

Abajo, en alguna parte, se produjo una fuerte explosión y el suelo osciló como bajo el impacto de un tremendo martillazo, derribándole a

tierra. Dick se levantó, un tanto aturdido, observando a su alrededor que los rostros de los demás parecían volver a la razón por un momento.

Se hallaban en la Nueva Galería y Dick vio los marcos destrozados colgando de las paredes, sin las pinturas. Seguidamente, la multitud se precipitó hacia adelante, en confusión, tomando otra dirección:, corría por la rampa hacia la plaza, detrás del Jardín de Deportes, donde se dispersó mezclándose con otra muchedumbre que venía desde el otro lado. Entonces, se dividieron todos en una docena de direcciones distintas: algunos a través de las arcadas hacia el sector de los Joyeros, otros por el túnel que conducía al museo anexo, otros aún se internaron por los pasillos que arrancaban desde el extremo de la plaza.

Dick se encontró, jadeando, en un corredor oscuro y de techo bajo donde se alineaban los vacíos escaparates de las tiendas; papeles y cristales cubrían el suelo. A lo lejos se perdían las pisadas; estaba solo.

Enfrente había una cabina de TV, sin puerta, el tubo visual parecía un ojo ciego. Dejándose llevar por un impulso repentino, se acercó a la cabina y empezó a pulsar los botones para conseguir una llamada. Percibió un leve zumbido en los altavoces. Los circuitos funcionaban. No ocurrió nada más, y cuando accionó los conmutadores para comunicarse con el exterior de Eagles, no obtuvo respuesta. Naturalmente. Era imposible efectuar llamadas exteriores desde estas cabinas a menos que se establecieran circuitos especiales a través del Monitorio Central.

Lo pensó mientras apoyaba las manos sobre el tablero de controles de la oscura cabina. Su cuerpo empezaba a acusar el cansancio al detenerse. Sudaba, inclinado, tratando de orientarse. La Central estaba sólo dos niveles más abajo. No sería difícil llegar hasta allí, pero, ¿valía la pena intentarlo? Sabía el peligro que representaba apartarse de la multitud, lejos del sentimiento de protección que daba la masa, pero esa oportunidad quizá no volvería a presentarse.

Vaciló por un instante; después, irguiendo el cuerpo, echó a correr pasillo abajo, con el semblante inexpresivo.

La Central era una sala enorme llena de escombros. A excepción de algunos tubos visuales, todos los demás habían sido destruidos y era evidente que los tableros de controles fueron atacados con hachas. Los cables estaban cortados, los cajones abiertos y esparcidos sus contenidos, las mesas y las sillas patas arriba. Después de cerrar la puerta, Dick fue de un tablero a otro, febrilmente, tratando de encontrar uno que funcionara. Era inútil; por lo visto la chusma había arrasado esta sala una y otra vez.

Contempló, abatido, los tableros destrozados. Luego, recorrió de nuevo la estancia.

En el rincón, cerca de la puerta, había un montón de escombros mayor que los demás, donde había dos armarios volcados. Al hurgar con el pie, descubrió bajo los fragmentos de cristales y cartón, algo intacto que brillaba. Lo extrajo: era una TV portátil, del tipo utilizado para emisiones intramurales en Eagles, provista de fuente de potencia y antena propias. No tenía ni un solo arañazo.

Abrió la tapa posterior, localizó un par de cables adoptivos y los empalmó con los bornes de TV. Pasaba el tiempo, Volvió de nuevo a los tableros de control, descubrió dos cajas de enchufe rotuladas "BCAST" y "RCVE" y enchufó el aparato.

Se iluminó la pantalla. Era el Canal tres, por el que solían dar películas de aventuras. Vio a un hombre al que atrapaba y sacudía un león. Conectó rápidamente con el Canal nueve.

La pantalla brilló con luz mortecina hasta que apareció, sobre un fondo gris, este rótulo en blanco "OCUPADOS TODOS LOS CIRCUITOS". La voz registrada en el cuadro de distribución dijo:

—Aquí Emisora de Montañas Rocosas. Todos los circuitos están ocupados. No se retire, por favor.

Aguardó con impaciencia: el aviso registrado se repetía a intervalos de segundos. Por fin se iluminó débilmente la pantalla, hasta que pudo leerse con toda claridad: "HAGA SU LLAMADA, POR FAVOR".

Dijo la voz:

—Aquí Emisora de Montañas Rocosas. Por favor, su nombre, y nombre del lugar de destino.

Dick dijo:

—Buckhill, en los Poconos —añadiendo—: ¡Es urgente!

El letrero de la pantalla decía ahora "GRACIAS". La voz prosiguió:

—Gracias, transmitimos su llamada. No se retire, por favor.

Transcurrió más de un minuto. El letrero era distinto ahora: "HACE LA SEÑAL", con un disco que se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba.

Después de un prolongado intervalo, la pantalla volvió a iluminarse con claridad. Surgía algo oscuro... Dick vislumbró una figura alta contra el fondo de una habitación familiar. Dijo:

—Papá...

Calló. Aquella figura que veía en la pantalla no era su padre. Entonces se dio cuenta de que el despacho de la torre estaba destrozado, los papeles desparramados encima de la mesa escritorio, los ventanales y las estanterías destruidos.

Por fin le reconoció: era uno de los "cuerpos" jardineros, un mozarrón llamado Roy; estaba allí, plantado en jarras, con mirada torva, empuñando un ensangrentado cuchillo de carnicero.

La marea humana continuaba su interminable avance. Algunos de sus miembros desplegaban aún una feroz actividad, otros fueron vencidos por el cansancio y caminaban vacilantes, como sonámbulos; pero la corriente humana no se interrumpía.

Ya no quedaba un sitio donde los saciados ex esclavos pudieran sentarse para contemplar lo que habían conquistado. Sillas y mesas estaban destrozadas, las ventanas arrancadas, los objetos pequeños pisoteados, rotos, los artesonados de las paredes e incluso el suelo estaban levantados. En catorce horas, la magnífica ciudad-palacio que fue Eagles se había convertido en una colmena de celdillas grises abarrotadas de escombros.

Debajo de las Columnatas del Norte ardía una enorme hoguera cuya

densa columna de humo era dispersada por el viento hacia lo alto. Las murallas exteriores aparecían demolidas, los tejados estaban parcialmente rotos y el frío inundaba todos los corredores. Algunos sectores permanecían iluminados, por las luces del amanecer.

Al pasar constantemente de la luz a la oscuridad, la gente se miraba entre sí, con las caras abotargadas, las mandíbulas fláccidas, vidriosos los ojos. Continuaban andando porque no podían hacer otra cosa y porque presentían que si se detenían pasaría algo terrible.

Las explosiones se sucedían a largos intervalos. El techo del Patio Rosa se desplomó sepultando a centenares de personas. El Largo Corredor ya no existía. Por un lateral de la Torre trepaba una columna de humo; sus incrustaciones de oro, hechas a mano, aún brillaban, pero quedaban tan empequeñecidas por la distancia que parecían polen ligero, que flotaba en el aire hasta esfumarse.

Dick se encontraba en un balcón que daba al Patio Marson, que ahora se abría al cielo. El techo fue arrancado por una explosión, dejando al descubierto el patio rebosante de escombros, cuyos balcones, escaleras y distintos niveles tenían el aire silencioso y enigmático de las excavaciones arqueológicas. El viento frío aullaba en lo alto, y a su paso Dick se aferraba a la barandilla, aturdido, azotado por las ráfagas de viento. Después de llamar a Buckhill, estuvo deambulando por espacio de horas enteras, sin pensar ni sentir nada. Ahora, desde esa altura, podía contemplar los tejados de Eagles. Había muchas otras habitaciones abiertas al cielo, como dientes podridos, y Dick pudo ver que en su interior había figuras con las cabezas vueltas hacia arriba mirando al nuevo amanecer.

Más abajo, los tejados se desplomaban en desniveles vertiginosos. La montaña aparecía debajo de ellos, envuelta en sombras azules, con el cable roto del funicular que parecía un trazo de tiza en la oscuridad. Dick comenzó a distinguir los contornos de los edificios del aeropuerto y en la pista, los aviones destrozados.

Le llamó la atención otra columna de humo y al volverse para mirarla, oyó de nuevo el sonido apagado de un clamor. Se desprendían más incrustaciones de oro de la Torre y la estructura entera parecía estremecerse. El viento arrastró de nuevo un chirriante sonido de protesta. Contra el fondo azul del cielo del amanecer, la Torre era más hermosa que nunca. Se erguía como un árbol dorado, sin ramas ni raíces, resplandeciente en la desnuda belleza de sus heridas, con sus contrafuertes que, cual raíces, se aferraban a la montaña.

Del costado de la Torre salió otra columna de humo. Tembló, como un árbol bajo un hachazo. Después, la vio inclinarse. El enorme tallo de la Torre se doblaba, lentamente; seguía doblándose con una increíble lentitud, aumentando de tamaño contra el fondo del cielo, mientras el viento traía nuevos ecos sísmicos. Se inclinaba más y más, hasta que Dick pudo ver el escamoso diseño de los paneles de oro en su estructura y la cúpula opaca que descendía ahora con mayor rapidez, mientras él sentíase acometido por el pánico, en una espera tan angustiosa que no le permitía gritar. Caía de prisa, como si el mismo cielo se desplomara sobre la Tierra, cada vez mayor, mayor, como una

luna descendente y por fin cayó por completo, levantando fuentes de escombros grises en sus raíces arrancadas de cuajo, sin que alcanzara a destruirle a él. Al mirar hacia abajo, Dick la vio disolverse en el caos dorado, mientras a su alrededor volaban en espiral los fragmentos de las azoteas. Después, Dick sintió que bajo sus pies, la montaña se convulsionaba una y otra y otra vez.

En el prolongado, irreal silencio, la nube gris y anaranjada se esparció lentamente en el aire, formando estelas que iban menguando. Entre las azoteas de Eagles, los espacios abiertos comenzaron a ennegrecerse con las figuras que se agolpaban para mirar hacia arriba. No hubo más explosiones.

Eagles parecía respirar más despacio; había desaparecido el motivo del frenético movimiento. Acudía la gente, individualmente, cansada, para mirar a su alrededor, con expresión atónita.

Al otro lado del mundo, el sol, al elevarse, extendía sus alas majestuosas, ora mezclándose con escarlata, matizado de púrpura. En la pura cúpula del aire remontaban el vuelo hasta infinitas alturas las amarillentas vetas de los cirros. La luz pálida se extendía lentamente, dando profundidad y redondez a la tierra plana.

Capítulo XXI

Cuando descendía desde el patio hasta el laberinto de corredores, Dick vio a los Frankies caminando con aire decidido entre las multitudes apáticas, y se dio cuenta de que en toda la noche y la mañana no había reconocido ni una sola vez el rostro familiar. Parecía como si los Frankies se hubieran sumergido en la mente de la masa, como lo hizo él mismo, y sólo ahora, cuando se mostraban de nuevo los rostros individuales, fuera posible distinguirles de los demás.

En la esquina donde el corredor pequeño se unía al Pasaje del Norte, había dos Frankies colocando en el suelo macizos bultos de rifles. Cada uno llevaba un "Winchester 375" colgado del hombro, del mismo tipo y calibre que los rifles que estaban desempaquetando. Cuando Dick se detuvo a mirar, los Frankies empezaron a parar a los que pasaban, entregándoles un rifle a cada uno y apartándoles después a empellones, no sin antes decirles algo.

Dick se aproximó un poco y al momento le agarraron por el brazo, pusieron un rifle en sus manos y el Frankie repitió en tono mecánico:

—Sitúese en una azotea o una ventana. De prisa.

Sonaban gritos lejanos en otros corredores; los que empuñaban rifles se alejaban apresuradamente, seguidos por otros menos activos.

Después de entregar la última arma, los Frankies repitieron la orden y se marcharon. Tratando de ponerse en guardia, Dick echó a andar, tomando el camino por el que vino.

Los Frankies organizaban su defensa: eso quería decir que se preparaba un ataque contra Eagles y desde el aire. Eagles siempre fue considerado inexpugnable, pero Dick comprendió algo más despierto el cerebro, que estando en ruinas la ciudadela, destruidas las defensas del pie de la montaña y desguarnecida, la situación cambiaba

sobremanera.

El gigante de la montaña estaba mutilado, desvalido: ahora vendrían las arpías.

Subió de nuevo al patio descubierto. Entonces vio las formas esbeltas de alas dobladas, sacudidas por la violencia de las corrientes de aire. Tenía cada uno una cola de fuego; Dick pudo distinguir la diminuta carlinga y la cabeza del piloto. Eran aparatos dos plazas de un tipo desconocido para él, unos helicópteros modificados que llevaban un cohete acoplado en la cola. Los cohetes les daban potencia suficiente para maniobrar contra las violentas rachas de viento de la cima montañosa. Aun así, los aparatos oscilaban bruscamente cuando quedaban copados por las traidoras corrientes ascendentes.

Dick vio una rueda de fuego que al chocar contra la ladera montañosa, estallaba en un vivido resplandor, para desplomarse seguidamente hacia el fondo, convertirse en una chispa que se empequeñeció hasta desaparecer.

Pensó, algo aturdido aún, que cada aparato debía llevar un Gismo que permitía a un avión de estas dimensiones utilizar la constante potencia del cohete. Nadie se hubiera atrevido a tanto en época normal, ni siquiera el Jefe. Probablemente se había intentado sin la debida reflexión...

Tuvo la vaga sensación de que a su izquierda sonaba un disparo. Al volverse, vio un grupo de figuras armadas con rifles que se hallaban en una plataforma, segundos antes de que alrededor de ellas saltara la mampostería. Uno de los aviones sobrevoló el lugar y remontó el vuelo; Dick vio claramente el fuego del cohete cuando el aparato viró para descender nuevamente.

Otros aparatos se entrecruzaban sobrevolando las azoteas de Eagles, un paisaje tan esquelético como el de la luna, con torres de tejado abierto como las bocas del cañón.

Al paso de los aviones, se levantaban nuevas columnas blancas. Dick no vio caer ninguna bomba y supuso que los aviadores disparaban proyectiles explosivos. Se desplomaron más tejados. La grisácea corrupción pareció agitarse, bajo el cielo cándido, como algo vivo aún que se retorciera de dolor.

Al oír unas pisadas fuertes, se volvió descubriendo que tres hombres trepaban por la escalera, jadeando, llevando una ametralladora. Ignorando a Dick, apoyaron la ametralladora contra el parapeto. Por encima pasó un avión, rápido como un pájaro mosca. Los hombres le apuntaron en vano con el arma. Acto seguido, la desviaron hacia otro avión más distante, y comenzaron a disparar.

Ensordecido, Dick vio que los proyectiles expulsados por la ametralladora destellaban en el aire puro. Más ametralladoras hacían fuego desde el otro lado de las azoteas. Estalló un avión en el aire, primero como una bola de fuego, después fue una nube de humo y finalmente los restos cayeron a su alrededor. Dick se refugió instintivamente bajo el parapeto.

Sus manos todavía sostenían el rifle. Al mirarlo, Dick lanzó un juramento en voz monótona, sin saber lo que decía. A corta distancia, la

ametralladora seguía disparando; y a lo lejos se veía el resplandor de los morteros emplazados en puntos diferentes. Uno de ellos hizo fuego contra el avión que sobrevolaba su posición; hubo un tremendo estallido, y sólo quedaron humo gris en el lugar donde antes estuvo el arma y un remolino de fragmentos.

Al mirar hacia arriba, Dick vio descender un avión en picado, a una velocidad imposible; en los extremos de sus alas parpadeaban unas luces. Agachado junto al parapeto, Dick vio las irregulares fumaradas de balas enfrente del balcón, junto a los artilleros. Luego salió una llamarada del morro del aparato y simultáneamente volaron por el aire parapeto y artilleros.

Los escombros le llovieron alrededor. Cuando al fin pudo mirar de nuevo, había desaparecido la mitad del balcón; no quedaba rastro del arma ni de los artilleros. Le dolía la cabeza. Se llevó la mano a ella apartándola manchada de sangre y polvo de mampostería. No sabía si estaba malherido.

Se levantó tambaleándose, sin soltar el rifle. Brotó una última explosión por encima del lugar donde debiera estar la Avenida; después, el desigual racimo de edificios quedó a oscuras y en silencio. Había cesado el fuego y los rápidos aviones describían círculos o permanecían inmóviles en el aire.

Advirtió con perplejidad que la escalera por la que antes había subido, ya no existía. Se encontraba aislado en el balcón.

Más allá de las laderas inferiores de Eagles, uno de los aviones iniciaba una serie de extrañas maniobras: descendía rozando los tejados, remontaba el vuelo bruscamente, permanecía inmóvil, como suspendido en el aire, y luego recomenzaba la operación.

Forzando la vista, Dick observó un ligero movimiento entre los tejados y el avión cuando éste descendía hasta el fondo. Era un hilo muy delgado, acaso un cable o una cuerda con un diminuto objeto en su extremo que era violentamente zarandeado por el viento. Seguidamente, Dick tuvo la impresión de que recogían ese hilo o cable. No sabría decirlo con exactitud. El aparato se inclinó de nuevo, brotó de nuevo el hilo o cable y esta vez quedó tirante en el aire, entre las azoteas y el avión.

El avión estaba suspenso, embestido violentamente por las corrientes ascendentes, pero sin alterar su posición. Otros aparatos iniciaban la misma maniobra; un par de ellos se situaron casi inmediatamente.

Entonces vio unas formas oscuras que bajaban por los cables deslizándose: hombres con pesados equipos de aviador, con casco y con los pertrechos en torno del cuerpo. Los aviones, cual cometas, estaban suspensos por encima de toda la extensión gris; los hombres se desparramaban en enjambre por encima de los tejados derruidos.

Dick vio aparecer de pronto a un hombre armado con rifle por el borde de una torre. No oyó el disparo, pero uno de los invasores cayó desplomado, con los brazos en alto. Los que estaban cerca de él se pusieron a cubierto y Dick percibió el estampido de rifles automáticos. El hombre apostado en la torre, giró sobre sí mismo antes de caer, desapareciendo de la vista. Su arma salió despedida por el aire.

Después del feliz lanzamiento de sus hombres, cortaban los cables y se alejaban, siendo reemplazados por otros; por lo visto la reserva era interminable.

Los aparatos estaban más cerca. A la luz del día brillaban las chaquetas de cuero de los invasores, y sus anteojos despedían destellos blancos. Algunos descendían hasta el interior de Eagles y luego desaparecían; otros, con equipos de alpinista, se abrían paso sistemáticamente por encima de las azoteas.

El balcón en el que Dick se encontraba se estremeció a causa de un rugiente temblor subterráneo. Se elevó una negra humareda, junto con un eco confuso de gritos y voces. Por otra azotea abierta a varios centenares de metros, brotó otra columna de humo.

Reaparecieron figuras oscuras en los balcones, corriendo... agitando los brazos para demostrar que estaban desarmados. Eran los esclavos. Los invasores les cercaron. Brotaron nuevas humaredas y más esclavos. Si los invasores ya habían descubierto que todos los hombres libres de Eagles habían sido asesinados...

A varios metros de distancia, en un balcón más pequeño que el suyo, Dick vio aparecer dos figuras: un hombre y una mujer. Él tenía un cuerpo familiar, enormes hombros y una cabeza de revueltos cabellos grises. Al volverse de cara al cielo, Dick le vio la cara: Era el Anciano. Sólo entonces miró a la muchacha y vio que era Elaine.

Dick se levantó lentamente. Vestía harapos de esclava, llevaba los cabellos en desorden y tenía el rostro ennegrecido, pero sus ojos verdes eran inconfundibles y el gesto tan suyo de secarse la frente con la muñeca. Ella aún no le había visto.

El Anciano le había descubierto y pareció reanimarse. Cogió a Elaine por el brazo haciéndola volverse en su dirección. Desde el otro lado del boquete, Elaine exclamó:

—¡Dick...!

Era inequívoca la súplica. Clemencia por clemencia, favor por favor. Si Dick podía salvar su vida y la de Elaine, también debería salvar la del Anciano.

Vio que la muchacha le reconocía y que extendía sus brazos hacia él, gritando:

—¡Dick! ¡Oh, Dick!

De pronto, un avión invasor descendió hacia ellos. El anclote alcanzó el pico de un tejado próximo. Un segundo avión descolgó su cable a varios centenares de metros. Dick vio los rostros cubiertos con anteojos que les miraban desde lo alto, y las figuras uniformadas que surgían del vientre de los aparatos, y empezaban a descolgarse por los cables tirantes.

Dick hizo correr el pensamiento febrilmente. Todo volvía en tropel: la rebelión de los esclavos, Elaine, el Anciano, toda su vida en Eagles, Buckhill... y sin intención consciente, levantó el brazo que sostenía el rifle. La culata se adaptaba perfectamente en su hombro. Por encima del punto de mira vio el semblante sobresaltado del Anciano.

Apretó el gatillo y cayó la figura corpulenta.

Por un momento, Elaine permaneció inmóvil, aterrada, después se

volvió echando a correr hacia la escalera. Desapareció al instante.

El Anciano, con una mancha de sangre en el pecho, que se extendía rápidamente, rodó hasta quedar ladeado y finalmente cayó hacia atrás, inmóvil.

Los invasores se apartaban de los cables de lanzamiento, mirando hacia Dick:

—¿Quién es? —gritó uno de ellos.

—Dick Jones de Buckhill.

Se acercaban a él, con precaución, apuntando con sus armas.

—Todo va bien, yo le conozco —dijo uno. Era un muchacho delgado, con los colores de Puget Sound en sus galones; el otro, algo mayor, llevaba la insignia del Jefe de Salt Lake.

—Hizo muy bien en disparar contra ese "cuerpo" —dijo, mientras saltaba el parapeto. Mostró su ametralladora a Dick, sonriendo excitado—. Ya tenía mi dedo en el gatillo.

De improviso surgió un violento borbotón blanco en el centro del campo de azoteas, alto como un geiser, entre remolinos de nubes de fragmentos. El impacto hizo bambolearse el balcón.

—Dios, ¿ha visto eso? —gritó el más joven, como si no se diera cuenta de lo que decía.

—Habrá volado en pedazos algo importante.

—Dios, Dios —continuó exclamando el más joven, con los ojos brillantes y febriles. De pronto, levantó el rifle y empezó a disparar contra las figuras que aparecían en un tejado próximo. Cayeron algunas, el resto desapareció de la vista.

—Jamás ha existido nada parecido —dijo el joven, mirando a su alrededor con expresión fascinada.

Dick dirigió la mirada hacia el cuerpo del Anciano, inerte, más pequeño de lo que fue. Vio la escalera vacía por la que Elaine había desaparecido y luego contempló el humeante campo de azoteas, casi irreconocible: los lugares que recorrió siguiendo a Keel bajo la luna, donde peleó contra Ruell y amó a Vivian...

—No sé si estará enterado de lo ocurrido en Buckhill —estaba diciéndole el oficial de más edad junto al oído. Apenas entendió las palabras—. Hubo mala suerte... mataron a toda su familia. Los "cuerpos" se refugiaron en los bosques, pero les encontrarán tarde o temprano.

—Les encontraré yo personalmente —dijo Dick, sin volverse. Quería que la imagen de Eagles en su actual estado quedara grabada en su mente. Aquí, en lo más profundo, estaba enterrada su juventud bajo las cenizas, sepultada bajo las azoteas derruidas. Bien, que siguiera donde estaba.

Volvió los ojos hacia el Este, hacia Buckhill. Ya no quedaba ninguna emoción en su interior: pero sabía que por fin era un Hombre y que tenía una labor que realizar.

FIN